

ALFOMBRA DE NOMBRES: ANÁLISIS INTERDISCIPLINARIOS Y DIVERSAS MIRADAS SOBRE LOS TOPÓNIMOS

Jesús Israel Baxin Martínez
Coordinador



ALFOMBRA DE NOMBRES:
ANÁLISIS INTERDISCIPLINARIOS
Y DIVERSAS MIRADAS SOBRE
LOS TOPÓNIMOS

JESÚS ISRAEL BAXIN MARTÍNEZ
COORDINADOR

ALFOMBRA DE NOMBRES:
ANÁLISIS INTERDISCIPLINARIOS
Y DIVERSAS MIRADAS SOBRE
LOS TOPÓNIMOS

Mariana Alzaga Fernández • Jesús Israel Baxin Martínez •
Sebastián Estremo Paredes • Ulises A. Gómez Vázquez •
José Abraham Méndez Hernández • Marcelo Ramírez Ruiz •
Laura Rodríguez Cano • Rodolfo Rosas Salinas •
Guillermo Tovar Márquez • Angela Miren Valero Rosales •
Leonardo B. Varela Cabral

FACULTAD DE FILOSOFÍA Y LETRAS
UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO

Alfombra de nombres: Análisis interdisciplinarios y diversas miradas sobre los topónimos
Jesús Israel Baxin Martínez; Mariana Alzaga Fernández; Sebastián Estremo Paredes; Ulises A. Gómez Vázquez; José Abraham Méndez Hernández; Marcelo Ramírez Ruiz; Laura Rodríguez Cano; Rodolfo Rosas Salinas; Guillermo Tovar Márquez; Angela Miren Valero Rosales; Leonardo B. Varela Cabral

Colaboración. Jesús Israel Baxin Martínez (coordinador); Juan Carlos Hernández Vera (cuidado de edición); Daniela Macías Galván (composición y diseño de cubierta)

Serie. Jornadas

Edición. 1ª. 2025.

D.R. © 2025 Los derechos patrimoniales pertenecen a la Universidad Nacional Autónoma de México. Ciudad Universitaria, Coyoacán, C.P. 04510, Ciudad de México, México.

ISBN 978-607-587-936-9

Facultad de Filosofía y Letras de la UNAM.

Circuito Interior. Ciudad Universitaria, s/n. C.P. 04510. Coyoacán Ciudad de México, México.
coord.publicaciones@filos.unam.mx

Forma sugerida de citar.

Baxin, J.I. (2025). *Alfombra de nombres: Análisis interdisciplinarios y diversas miradas sobre los topónimos*. Universidad Nacional Autónoma de México, Facultad de Filosofía y Letras. <https://ru.atheneadigital.filos.unam.mx/>

Excepto donde se indique lo contrario, este contenido digital está bajo una licencia Creative Commons Atribución-No comercial (CC BY-NC) 4.0 Internacional, <https://creativecommons.org/licenses/by-nc/4.0/legalcode.es>. Para un uso diferente escribir a: ru.atheneadigital@filos.unam.mx

Con la licencia  usted es libre de:

Compartir: copiar y redistribuir el material en cualquier medio o formato.

Adaptar: remezclar, transformar y construir a partir del material.

Bajo los siguientes términos:

Atribución: usted debe dar crédito de manera adecuada, brindar un enlace a la licencia, e indicar si se han realizado cambios. Puede hacerlo en cualquier forma razonable, pero no de forma tal que sugiera que usted o su uso tienen el apoyo de la licenciante.

No comercial: usted no puede hacer uso del material con propósitos comerciales.

En los casos que sea usado el presente contenido digital, deben respetarse los términos especificados en esta licencia.

Introducción

A pesar de su relevancia en la cotidianidad, los topónimos no han sido un objeto de estudio primordial entre las investigaciones sociales y humanísticas en México, sino que su presencia resulta más frecuente como un tema transversal de múltiples indagaciones culturales, lingüísticas, históricas o geográficas. Debido a ese potencial, se proyectó reunir investigaciones específicas de topónimos como casos que pudieran aportar conceptos y metodologías interdisciplinarios en un proyecto que ahora cobra forma de libro.

Desde la geografía cultural, Paul Claval ya expresó que hay “una verdadera alfombra de nombres que recubre la Tierra para convertirse en objeto de discurso” (Claval, 1999: 162). Esta premisa influyó el título de esta obra que conjunta investigaciones relacionadas con las maneras de nombrar diferentes espacios dentro y fuera de México, en el planeta Tierra y más allá de él (en el relieve de la Luna, el planeta Marte y otros astros), como palabras atrapadas en los mapas, pero que también los trascienden.

El estudio de la toponimia¹ ha evolucionado en cada disciplina, dejando de primar el carácter descriptivo para dar paso a su valor explicativo en el devenir de las sociedades y culturas. Los lingüistas ya no sólo prestan atención a las raíces etimológicas, sino que también amplían su mirada hacia el uso cultural de las palabras que aluden a los lugares. Los geógrafos dejaron de usar únicamente al topónimo como parte de la introducción monográfica al estudio del lugar, ahora observan la manera en que la palabra evoca otras capas de ocupación del espacio identificando sus modificaciones físicas y sociales. Los historiadores, por su parte, distinguen que, como palabras escritas y en la oralidad, los nombres de lugar se modifican y, como una estela

¹ Es pertinente señalar que, a veces, se usa el término “toponimia” no para la disciplina derivada de la Lingüística, sino para el conjunto de nombres regionales: la toponimia purépecha, la toponimia mixteca, etcétera.

del trayecto, cambian la impronta del mapa conservando también cierta esencia del pasado. Igualmente, antropólogos y arqueólogos ahora identifican en el topónimo un remanente de sociedades pasadas que da pistas sobre asentamientos y maneras de nombrar que al reaparecer pueden contrastarse con el presente.

Es así, que esta obra muestra sólo algunas de las posibilidades teórico-conceptuales, empírico-metodológicas y ético-reflexivas para abordar el estudio interdisciplinario de los topónimos o nombres geográficos mediante múltiples reflexiones que se desprenden de cada uno de los casos de estudio.

En ocasiones, para indagar sobre la naturaleza de los topónimos sólo es posible acudir a fuentes históricas como glifos en códices, mapas antiguos o menciones en crónicas y relaciones de época para comprender procesos fundacionales, corrupciones lingüísticas y desapariciones terminológicas. Teorizar sobre el origen y evolución de los topónimos puede ser un punto de partida para dar paso al trabajo empírico complementario, tal como lo abordan algunos de los autores y autoras aquí reunidos.

En consonancia con lo dicho líneas arriba puede decirse que los estudios contemporáneos de los topónimos son menos rígidos que en décadas anteriores.² Ahora se discuten las fuentes antes incuestionables y los discursos oficiales y cuando así lo amerita se complementan las investigaciones con trabajo de campo, considerando como portavoces a los habitantes de los lugares que le dan sentido a su espacio y que han preservado los nombres geográficos en la oralidad y la escritura.

El dinamismo de este tema muestra que las posibilidades de estudio de los topónimos son amplias, y sin ser ejemplos exhaustivos, entre otros, permiten mostrar los patrones de distribución de los nombres de lugar indicando aspectos de la geografía pasada y presente (condiciones del entorno)³ y la relevancia de las lenguas originarias de cada región,

² Es importante remitir y revalorar obras de autores clásicos de la toponimia publicados entre finales del siglo XIX e inicios del XXI como Antonio Peñafiel (1897), Cecilio Robelo *et al.* (1966), Miguel León-Portilla (1982), Ignacio Guzmán Betancourt (2002) o Carlos Montemayor (2007).

³ Como ejemplo de esta noción véase el *Atlas toponímico de España* (2007) de Jairo García, quien se vale de la cartografía para mostrar la presencia de hidrotopónimos,

algunas con más hablantes, pero que representan la huella viva de las culturas-lenguas en las denominaciones del territorio.

Cabe añadir que, al ser un instrumento que contribuye a producir el espacio, los topónimos llevan implícita una noción de poder en tanto que nombrar es apropiarse de diferentes territorios. Simultáneamente a las narrativas del poder estatal contemporáneo están las cosmovisiones de los pueblos originarios que conllevan sus propios procesos culturales e identitarios. Ya sea en una u otra postura, del topónimo se desprende el gentilicio que caracteriza a las personas originarias de una localidad y de una región.

En una noción histórica, la toponimia no es estática sino que varía a través del tiempo, contiene estratos de información sobre paisajes anteriores, relaciones de la población con los elementos no humanos del entorno, actividades productivas que mutaron o desaparecieron, o aspectos de la sociedad que van de un acto fundacional a la reivindicación de las figuras religiosas o históricas de otros momentos, incluso anécdotas que acontecieron puntualmente en un lugar, por lo tanto, el nombre geográfico puede convertirse en una herramienta valiosa de análisis que puede y debe considerar la indagación interdisciplinaria.⁴

Es importante considerar que en la apertura del abanico de estudios hay una necesidad de homologación o recopilación de las diferentes escrituras de los topónimos para su ordenamiento más allá de un registro en las bases de datos o de una etiqueta en los mapas, en tanto son parte del patrimonio de las sociedades del pasado y actuales. También es importante indicar que, simultáneamente a los topónimos oficiales, existen otros alternos de los cuales es relevante dejar testimonio en tanto la gente los reconoce, y que son dignos de recuperación, aunque no aparezcan en los mapas.

fitotopónimos, zootopónimos, entre otras categorías analizadas en la península Ibérica y sus islas.

⁴ En esta tónica cabe destacar “Topónimos y cronología: notas sobre una puerta distinta al estudio del pasado” de Brígida von Mentz publicado en la revista *Historia mexicana* (El Colegio de México) en 2017, el cual incorpora términos propios de la toponimia como los calcos, los procesos de corrupción o los arcaísmos, aspectos que no pueden ignorar los especialistas que abordan los topónimos desde distintas disciplinas humanísticas con énfasis en las sociedades del pasado.

Los trabajos aquí recopilados, son una nueva contribución al estudio interdisciplinario de los topónimos. Si bien hay algunos antecedentes editoriales relativamente recientes⁵ su origen es diferente. El punto de partida fue el proyecto de investigación “Los topónimos: denominaciones espaciales dentro y fuera de las representaciones cartográficas” en la Facultad de Filosofía y Letras UNAM, el cual surgió con la inquietud de llevar por nuevos derroteros y a públicos diversos una línea de investigación sobre los nombres geográficos. De ahí el hecho de que entre 2022 y 2023 se llevaron a cabo una jornada y dos coloquios que reunieron a especialistas de diversas regiones y áreas del conocimiento con el tema común de la toponimia.⁶

Es importante aclarar que, como tal, esta obra no se trata de la memoria de un evento académico, en tanto se planeó como uno de los productos del proyecto, al reunir por escrito sólo una selección del conjunto de investigaciones que ejemplifican distintas escalas, disciplinas y casos de estudio, tal como se describe a continuación, en su conformación por tres secciones y diez capítulos, con especialistas de la geografía, la historia, la etnohistoria, la arqueología y la lingüística.

La primera sección se denomina “Análisis geográficos desde escalas amplias” e incluye tres capítulos. En el primero, *Astrotopónimos: Conexiones entre el espacio terrestre y el estudio del cosmos*, Guillermo Tovar Márquez destaca cómo la necesidad humana de nombrar, rebasa el planeta Tierra para ratificar la identificación de espacios observados a través del telescopio. Resalta el hecho de nombrar los espacios extraterrestres sin haber estado físicamente en ellos, rompiendo con la manera de hacerlo en la Tierra. Mediante la explicación de los aspectos de la

⁵ Por ejemplo, el libro *La memoria de los nombres: la toponimia en la conformación histórica del territorio. De Mesoamérica a México*, coordinado por Karine Lefebvre y Carlos Paredes y publicado en 2017 por el Centro de Investigaciones en Geografía Ambiental. La intención de esta nueva obra es brindar un complemento de los casos y enfoques abordados desde aquella ala de la UNAM en Morelia, Michoacán.

⁶ Un aspecto digno de mención sobre esos eventos fue que se superó la expectativa tanto de la cifra de especialistas que abordan el tema, como del interés entre la comunidad académica de distintas latitudes de México y diversos países para escuchar los resultados de las investigaciones, por lo que se concluyó que las personas que tratan principal o tangencialmente el tema de los topónimos es un número considerable, y aunque dispersas, sus investigaciones comienzan a visibilizarse.

nomenclatura planetaria ejemplifica su estandarización y cuestiona las diferentes acepciones del término astrotopónimo, entre tal cúmulo de nombres ejemplifica la presencia mexicana en diferentes astros de manera oficial, localizándolos y justificando su origen. Pensar al espacio exterior como un tema futurista es sólo una idea, en tanto a nivel toponímico es ya una realidad, como complemento falta la huella humana que al pisar confirme la apropiación de aquellos espacios que hasta hoy han sido nombrados remotamente.

El capítulo *Toponimia, geo-cuerpo y Estado-nación* corresponde a la pluma de Sebastián Estremo Paredes. El autor presenta un texto con una carga de geopolítica en tanto defiende la tesis de que los topónimos son asignados por quienes detentan el poder a diferentes escalas y que el Estado cimenta y consolida su narrativa identitaria a partir de la toponimia. Para defender lo anterior, Estremo repasa la importancia del territorio como el geo-cuerpo construido a partir de las instituciones, las cuales se valen de la hegemonía de actores en distintas etapas para definir un discurso y crear una narrativa identitaria. Repasa los estratos de la toponimia mexicana y ejemplifica la distribución de algunos sufijos, letras iniciales o palabras clave para comprender la presencia o ausencia de ciertas lenguas originarias o influencia del castellano a lo largo y ancho del territorio; detrás de este análisis cartográfico continúa el argumento de la dominación toponímica o la sobrevivencia de formas alternas en lenguas que fueron minoritarias o acalladas, tanto en nuestro país como en algunos espacios de los Balcanes y la región kurda.

Para cerrar la sección escrita por geógrafos desde escalas amplias, Jesús Israel Baxin Martínez presenta *Nombres geográficos: patrimonio inmaterial en la palabra escrita, la oralidad y los imaginarios en México*. En este texto la propuesta versa en exponer la relevancia histórica de la toponimia en México a través de múltiples ejemplos de homonimias y la presencia de los nombres geográficos en los glifos, los mapas, la palabra escrita, la expresión oral y los imaginarios. El muestreo de nombres incluye también casos de topónimos modificados, desaparecidos y curiosos tanto en el territorio continental como en el insular. Este bagaje da pie a la propuesta de considerar a los nombres geográficos originarios como parte del patrimonio cultural intangible que merece un registro y puesta en valor como parte de los procesos

históricos en el territorio cuya expresión ha sobrevivido y es preciso reivindicar como parte de la identidad y la diversidad cultural.

La segunda sección se titula “Análisis históricos desde escalas locales” y la conforman cuatro estudios específicos en ubicación y profundización de fuentes y metodologías. *La toponimia mixteca de los cuatro rumbos* es una investigación en la cual Marcelo Ramírez Ruiz resalta la relevancia de los puntos cardinales y el centro aplicados a la distribución de los topónimos en la Mixteca Alta. Por medio de la revisión de códices, un método adaptado de Maarten Jansen y el trabajo de campo del propio autor en la región, se van desmenuzando los elementos de la cosmología que permiten diferenciar y caracterizar los cuatro rumbos. A la identificación de ubicaciones, los recorridos del sol y la atribución de cada elemento se suma la percepción de los pobladores de la región para entender el recorrido histórico que permanece en la geografía, tanto en sus espacios vividos cotidianamente, como en aquellos con un significado sagrado.

En el capítulo *Pintando espacios: recursos gráficos en una pintura del suroeste poblano del siglo XVII* a cargo de Rodolfo Rosas Salinas y Laura Rodríguez Cano la fuente principal del estudio es una representación espacial de tierras (caballerías) que los naturales de diferentes localidades solicitaban en merced al alcalde de la provincia de Chiautla de la Sal. Los autores desmenuzan el contenido de la pintura enumerando y ordenando los topónimos, la distribución de los elementos del paisaje representados y realizan sus hipótesis acerca del posible origen del autor del documento visual pues no se asemeja ya a la tradición mesoamericana, sino a la novohispana, pero con un amplio conocimiento del espacio geográfico. En estudios como éste cabe resaltar la noción de cambio en el paisaje, para reconocer que algunos asentamientos fueron suprimidos o reubicados, mientras que otros aún se mantienen hasta nuestro tiempo en los mapas de esta región del suroeste de Puebla.

El sexto capítulo *La toponimia como fuente para la historia: el caso purépecha* fue escrito por Mariana Alzaga Fernández. La autora defiende la importancia de los topónimos como un documento que perdura en el tiempo y que puede ser útil para la reconstrucción de los espacios de ocupación indígena. Particularmente sobre la región purépecha recurrió a una serie de fuentes entre los siglos XVI y XX para la búsqueda de las

diferentes interpretaciones toponímicas de lugares que conservan la lengua originaria. Su muestreo de 40 topónimos presenta las variantes de escritura, las diferentes interpretaciones o posibles significados y las fuentes de origen, este ejercicio abona a la categorización de cada nombre de acuerdo con las condiciones del entorno y pone en valor el registro de acuerdo con los diferentes momentos en que los autores dejaron un testimonio relevante para el presente.

Cierra esta sección el capítulo *Habitando un paisaje cañero. Pujiltilic: el topónimo de un pueblo en Chiapas desde su historia, geografía e imaginario* de Ulises A. Gómez Vázquez. El autor se acerca a un asentamiento en la Depresión central de Chiapas, emplazado en la segunda mitad del siglo XX a partir de la llegada de un ingenio azucarero. Sin embargo, la región cuenta con una historia prolongada en la cual han acontecido múltiples cambios en el paisaje (entre ellos la desaparición de localidades antes relevantes), por lo que es necesario un recuento para contrastar los posibles significados del topónimo que es eje de la investigación como indicador de las modificaciones espaciales, entre otras: el cultivo de algodón, la presencia de ganado, la introducción de la caña de azúcar y la desecación de las ciénegas. Sumado a lo anterior, las migraciones y la casi desaparición de lenguas originarias, generan una nueva etapa mestiza en la que se ignora el pasado remoto o se reinterpreta la toponimia tseltal castellanizándola.

La tercera y última sección “Análisis históricos desde los bordes literario y lingüístico” reúne tres investigaciones. En el capítulo *El nombre vasco-franco de California: una propuesta alternativa*, Leonardo Varela Cabral hace una nueva lectura de un topónimo controversial. Se ha difundido que California debe su nombre a un libro de caballerías de principios del siglo XVI, dicho origen ha sido aceptado durante mucho tiempo debido a su cualidad estética e imaginaria, por lo que el autor repasa la asociación del nombre con la reina Calafia. Sin embargo, al revisar los escritos de los misioneros jesuitas del siglo XVIII se abre la puerta a una reinterpretación lingüística en relación con un espacio significativo y aún emblemático en nuestros días: Cabo San Lucas. Es importante señalar que la interpretación alternativa se asocia también con otro aspecto literario, pero que, a diferencia del precedente, tiene un carácter descriptivo de la geografía litoral.

El noveno capítulo del libro *Axcan motocayotia 'ahora se nombra'*. *Análisis de la toponimia nahua como fuente para la reconstrucción etnohistórica* fue escrito por Ángela Miren Valero Rosales. En su investigación, Valero hace una exhaustiva presentación de la toponimia nahua, al repasar su presencia en gramáticas, catálogos etimológicos y estudios multidisciplinarios. También realiza una diferenciación pertinente entre topónimo y nombre de lugar a partir de su estructura morfológica, ambos son objetos de estudio que es importante reconocer en estadios históricos, en tanto el náhuatl ha sido una lengua que provino del norte de México, antes de asentarse en Mesoamérica y posteriormente verse influida por su contacto con el castellano. El análisis toponímico ofrecido por la autora se realiza mediante un muestreo que considera sintaxis, locativos, sufijos, posposiciones y predicados verbales; dicho ejercicio permite contribuir no sólo a la comprensión etimológica, también a una reconstrucción etnohistórica del trayecto de los nahuas, cuyas pistas pueden rastrearse en algunos topónimos mencionados en documentos históricos narrados en la propia lengua.

Finalmente, en el capítulo *Traducciones e interpretaciones incorrectas en los topónimos en náhuatl del centro de México: Amozoc y Xicalco, dos estudios de caso* escrito por José Abraham Méndez Hernández se ejemplifica la revisión de fuentes diversas en relación con dos lugares pequeños y poco estudiados, cuyos nombres han sido objeto de errores transmitidos por el hecho de asumir significados inadmisibles y no cuestionados de un autor a otro. Al realizar una revisión de los diferentes estudios identificados para los topónimos de Amozoc (Puebla) y Xicalco (Ciudad de México), el autor se percató que las interpretaciones especulativas han sido oficializadas por los gobiernos locales en formatos como los escudos municipales (similares a glifos toponímicos) e información en las páginas web de municipios y alcaldías. Derivado de su revisión y conocimiento de la lengua náhuatl, Méndez propone nuevas interpretaciones para estos dos topónimos con la intención de esclarecer los significados para los oriundos de dichos lugares.

La reunión de los estudios descritos intenta fomentar la relevancia de los topónimos como temas multi e interdisciplinarios, de manera que se cuente con un *corpus* significativo de investigaciones realizadas desde diferentes áreas del conocimiento en la tercera década del siglo

XXI, que igualmente puedan ser útiles y de consulta para interesados en los temas, regiones y disciplinas abordadas dada la apertura hacia nuevos planteamientos.

Es pertinente señalar que cada autor utiliza su propia metodología, y que en aquellos casos en los que se valen de mapas para ilustrar el proceso de indagación o como un producto final llegan a resultados cartográficos heterogéneos, lo cual forma parte de la riqueza de indagación y exposición, donde el lector podrá identificar vías propicias para replicar o no los modelos propuestos.

Como ya se señaló, las escalas de estudio que se ofrecen en el conjunto del libro son heterogéneas, pasando del espacio exterior a las regiones internacionales y de México. Específicamente, para los estudios centrados en México, aunque no se encuentren representadas todas las entidades federativas, el muestreo de casos y regiones es amplio, pues se abordan no sólo diferentes ubicaciones (noroeste, occidente, centro y sur), también lenguas originarias diversas como el mixteco, el purépecha, el tseltal y el náhuatl. De esta manera el orden del libro pretende mostrar que, a pesar de los centralismos que aún perviven en México, es posible reunir diversas miradas, en este caso a partir del filtro interdisciplinario que guarda algún énfasis, pero donde los topónimos no dejan de ser el eje conductor.

Deseamos que, al llegar a los lectores, esta obra brinde lecturas nuevas e interesantes planteamientos sobre esa alfombra de nombres que es parte de nuestra cotidianidad y que resulta relevante no sólo para ubicarnos en los mapas, sino para poner en valor las denominaciones del espacio como parte de nuestra identidad cultural y de la historia que las sociedades han forjado a lo largo de distintas etapas hasta nuestros días.

JESÚS ISRAEL BAXIN MARTÍNEZ

Bibliografía

- CLAVAL, Paul (1999). *La geografía cultural*. Buenos Aires, Eudeba.
GARCÍA, Jairo (2007). *Atlas toponímico de España*. Madrid, Arco Libros.

- GUZMÁN Betancourt, Ignacio, comp. (2002). *Los nombres de México*. México, Secretaría de Relaciones Exteriores/ Instituto Mexicano de Relaciones Internacionales.
- LEFEBVRE, Karine y Carlos Paredes, coords. (2017). *La memoria de los nombres: la toponimia en la conformación histórica del territorio. De Mesoamérica a México*. Morelia, Centro de Investigaciones en Geografía Ambiental, UNAM.
- LEÓN-PORTILLA, Miguel (1982). “Los nombres de lugar en náhuatl. Su morfología, sintaxis y representación glífica”, en *Estudios de Cultura Náhuatl*, vol. 15. México, IIH, UNAM, pp. 37-72.
- MENTZ, Brígida von (2017). “Topónimos y cronología: notas sobre una puerta distinta al estudio del pasado”, en *Historia Mexicana*, vol. LXVII, núm. 1. México, El Colegio de México, Centro de Estudios Históricos, pp. 7-59.
- MONTEMAYOR, Carlos, coord. (2007). *Diccionario del náhuatl en el español de México*. México, Coordinación de Humanidades, Dirección General de Publicaciones y Fomento Editorial, Programa Universitario México, UNAM/ Nación Multicultural.
- PEÑAFIEL, Antonio (1897). *Nomenclatura geográfica de México: etimologías de los nombres de lugar correspondientes a los principales idiomas que se hablan en la república*. México, Oficina Tipográfica de la Secretaría de Fomento.
- ROBELO, Cecilio Agustín, Manuel de Olaguíbel y Antonio Peñafiel (1966). *Nombres geográficos indígenas del Estado de México: estudio crítico etimológico*, vol. 6. México, Biblioteca Enciclopédica del Estado de México.

SECCIÓN I.

Análisis geográficos
desde escalas amplias

Astrotopónimos: Conexiones entre el espacio terrestre y el estudio del cosmos

GUILLERMO TOVAR MÁRQUEZ

Facultad de Filosofía y Letras, UNAM

La importancia del topónimo en los estudios geográficos queda manifiesta en la multitud de estudios que se derivan de los nombres de lugares, sin embargo, debemos partir de una reflexión que conlleva un razonamiento epistemológico: el proceso de construcción del topónimo ha obedecido desde tiempos inmemoriales al conocimiento y presencia humana en determinado lugar.

Cuando los exploradores salían de su espacio conocido y se enfrentaban a nuevos paisajes, y con ello también a nuevas geoformas, ecosistemas y orografías, tenían la labor natural de encontrar similitudes y referencias en su propia cultura y experiencia para nombrar los lugares. Esto nos lleva a una conclusión que puede parecer evidente: los lugares aún no visitados tampoco tenían un nombre. Por sencilla que parezca esta afirmación, nos conduce por un camino que debemos recorrer igual que los exploradores hicieron: los nombres de los lugares derivan de la presencia humana en los mismos. Hay pocos casos que escapen a esta regla, y son aquellos topónimos que primero nacieron en la narrativa e imaginación y luego se anclaron en la realidad al nombrar un sitio que aparentemente comparte características con la descripción literaria como sería el caso de California que aparece por primera vez en el relato de caballería “Las sergas de Esplandián” (Rodríguez de Montalvo, 1588).

El ejercicio de estudiar los nombres del lugar requiere un análisis por parte de la disciplina llamada *toponomástica* (Coseriu, 1999), para distinguirla de la toponimia como estrictamente el conjunto de nombres de los lugares. Es así como los nombres de los lugares representan una de las actividades más propias de los seres humanos, la necesidad de nombrar para apropiarse (ya sea cultural, económica o utilitariamente) de las cosas. Maximiano Trapero lo expresa de una forma sencilla y adecuada cuando dice que todo aquello que en la naturaleza adquiere una notoriedad y cumple una función identificadora, merece un nombre (Trapero, 2004).

Dentro de la toponomástica encontramos diferentes denominaciones espaciales que identifican al lugar, cada categoría de topónimo responde

a una especial relación que hace la sociedad con su identidad espacial: cada cuerpo de agua, montaña, héroe, proceso o santo los dotan de una narrativa e historia fruto de la evolución de la relación de los humanos en el tiempo con el espacio vivido. Sin embargo, dentro de los diferentes tipos de topónimos podemos encontrar una similitud en la estructura que los va construyendo a lo largo del tiempo, los nombres de los lugares que las comunidades humanas van viviendo y transformando también se transforman y reciben diferentes denominaciones, incluso para un mismo locativo. Por otra parte, el proceso de creación del nombre de un lugar en otro cuerpo planetario es diametralmente distinto y por ello se distingue como un proceso histórico-geográfico diferenciable de sus análogos terrestres.

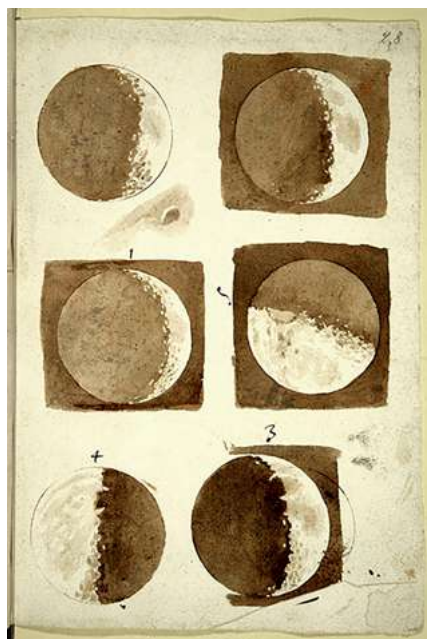
La creación del topónimo obedece a la presencia

Por más simple que pueda parecer la idea, esta representa un proceso que es digno de análisis. Si viviéramos en la época de las exploraciones, todos los días podríamos tener acceso a nuevas visiones del mundo. Imaginemos que somos un ser humano al final del neolítico que va explorando con su grupo cada nuevo rincón que se presenta en la ruta para encontrar mejores condiciones climáticas. Al caminar y subir una montaña y ver por primera vez un valle, seríamos los primeros seres humanos en observarlo y por lo tanto en nombrarlo. Ese lugar, antes aislado de la misma concepción humana y por ende de cualquier denominación cultural, ahora existiría en nuestra percepción y, por consiguiente, comenzaría a ser nombrado.

La idea de que la nomenclatura de geoformas y lugares en distintos cuerpos planetarios sigue un camino completamente distinto al proceso de denominación de cualquier otro topónimo requiere de nuestra atención y análisis, pongamos por ejemplo al cuerpo celeste más cercano y con mayor historia en la determinación del nombre de sus características: la Luna. En principio nuestro satélite tenía un nombre propio dependiendo de la civilización que lo nombrara, que casi siempre correspondía a una deidad: *Selene* para los griegos, *Metztli* para los mexicas e *Ix Chel* para los mayas.

A pesar de que las diferentes características físicas de la Luna estaban ahí, éstas no eran perceptibles para las personas que la observaban por un problema esencialmente de definición óptica.¹ No fue hasta que Galileo presentó el telescopio astronómico en 1609 que los “detalles” en la superficie fueron evidentes (Coronado, 2009), antes de este momento se pensaba que la superficie de la Luna era perfectamente lisa y sin irregularidades. Entonces, Galileo tuvo que llevar un registro de las observaciones que hacía y comenzar a nombrar las diferentes características que podía registrar a lo largo del tiempo: estaba nombrando lugares sin haber estado físicamente en ellos (figura 1) (Galilei, 1609).

Figura 1. Dibujos de la Luna.



Fuente: G. Galilei (1609). *Dibujos de la Luna*. Biblioteca Nacional Central, Florencia.

¹ Capacidad de discernir entre dos objetos separados pero que dependiendo de la distancia a la que se los observe éstos pueden parecer uno solo.

Este hito marcaría un proceso sin precedentes en la historia de la toponomástica: a diferencia de todos los procesos previos en los que era necesaria la presencia o visualización de un elemento topográfico o de paisaje para que obtuviera una identidad, en este caso se nombraron una serie de características sin haber estado ahí, sin ser conscientes de sus tamaños, origen o relación con la sociedad y sin tener la capacidad de estar físicamente en el lugar. Los nombres de las características identificadas por Galileo se limitaron a diferenciar entre montañas, valles y “mares”, zonas oscuras en la superficie de la luna en analogía a los cuerpos de agua en nuestro planeta.

Un caso similar en la historia de la toponomástica se dio con el nombre de la montaña que conocemos como “K2”, la cual fue nombrada así por el equipo de Thomas Montgomerie, quienes en el llamado “Gran Proyecto de Topografía Trigonométrica” realizaron las mediciones de diferentes montañas en la cordillera del Karakorum. Mientras registraban las alturas de los diferentes picos se apegaban en la medida de lo posible a respetar el nombre local de las montañas, así de manera provisional usaban la secuencia K1, K2, K3, etcétera, para sistematizar las mediciones. Sin embargo, la montaña con la clave K2 no poseía un nombre local dada la dificultad para llegar a ella: poca gente se había aventurado a tan lejano paraje y había podido observarla, así que no poseía un nombre propio aún (Curraín, 1995). Al parecer el primer nombre fue el determinado por una observación al que ahora conocemos que es el segundo pico más alto del planeta fue el dado por una observación científica, topónimo que aún conserva hasta nuestros días.

La toponomástica lunar, el primer caso

La historia de los topónimos lunares inicia formalmente con la publicación del mapa *Plenilunio Lumina Austriaca* de 1645 por Michel Florent Van Langrenus (Langrenus, 1645), en el cual construye toda una nomenclatura para los cráteres, cordilleras, mares y zonas altas (a las que llama *terra*). Langrenus usa los nombres de monarcas y casas reales europeas (Phillipicus, Borbonicum, etcétera) para nombrar a los mares, y denominaciones de valores humanos y cualidades de carácter para las “tierras”, llamadas Sapientia, Pacis, Dignitatis, etcétera (figura 2).

Figura 2. Plenilunio Lumina Austriaca.



Fuente: M. Langrenus (1645). *Plenilunio Lumina Austriaca*. Biblioteca Crawford, Edinburgo.

Sin embargo, la nomenclatura de las características lunares no estuvo unificada, por el contrario, cada astrónomo dedicado a esta nueva “selenografía” daba su propia propuesta de denominaciones espaciales, cada uno con su idiosincrasia y visión cultural de lo que debería dotar

de nombres a lugares nunca antes visitados por la humanidad. Es así que cuatro años después Johannes Hevelius publica su *Selenographia* (Hevelius, 1649) en la que cambia los nombres de los mares por análogos en la Tierra, siendo así que el mar Mediterráneo, Adriático y Caspio ahora tenían su contraparte en la superficie lunar en las tierras bajas lunares compuestas de roca basáltica formada millones de años atrás en erupciones volcánicas, mientras que las tierras altas formadas por montañas y mesetas lunares Hevelius las bautizó como regiones del viejo continente como África, Egipto y Persia (figura 3).

Figura 3. *Selenographia sive lunae descriptio*.



Fuente: J. Hevelius (1647). *Selenographia sive lunae descriptio*, Biblioteca ETH, Zúrich.

No fue hasta 1651 que Giovanni Batista Riccioli propuso una tercera nomenclatura, que ésta comenzó a ser apoyada (por lo menos en parte) por la mayoría de la comunidad científica de la época, siendo así que la

denominación de los mares lunares realizada por Riccioli permanece hasta nuestros días. En su *Almagestum Novo* (Riccioli, 1651) usa las denominaciones de *Oceanus Procellarum* (Oceano de las tormentas), *Mare Serenitatis* (Mar de la serenidad), *Mare Crisium* (mar de las Crisis), etcétera (figura 4).

Figura 4. Mapa de la luna, *Almagestum novo*.



Fuente: G. Riccioli (1651), *Almagestum novum*, Biblioteca ETH, Zúrich.

Este proceso de nombrar y renombrar los diferentes lugares en otros cuerpos planetarios desemboca en la necesidad de una convencionalidad

en los topónimos, es decir, éstos podrían tener distintas denominaciones dependiendo de la cultura, autor y tiempo, sin embargo poseen una característica única que los distingue de cualquier otro: la observación de estos lugares es accesible a cualquier persona que posea un instrumento óptico con la suficiente resolución y, por lo tanto, cada quien podría usar una nomenclatura diferente, llevando a una dificultad en la comunicación de resultados y descubrimientos.

La convencionalización de la nomenclatura planetaria

La necesidad de homogeneizar la nomenclatura lunar y de cualquier otro cuerpo celeste, tuvo que esperar a que las instituciones internacionales como la Unión Astronómica Internacional (IAU) tuvieran a bien comenzar el proyecto de un proceso y registro único para los nombres de características físicas y que además se definieran las reglas por las cuales éstos deberían aceptarse y pasar por un proceso de estandarización. En la ciudad de Roma se llevó a cabo la asamblea general de la IAU en el año de 1922, en la cual se definió el Grupo de Trabajo en Nomenclatura de Sistemas Planetarios (International Astronomical Union, 1922). Con esta acción comenzó un proceso de estandarización, en el cual el nombramiento de cualquier elemento observable sobre la superficie de otros planetas, satélites, cometas y asteroides debía pasar por un proceso de registro y convención aplicable a todas las comunicaciones científicas.

Fue hasta 1935 que se publicó el primer documento que comenzaba con la era de la nomenclatura general de la Luna, tomando en cuenta fuentes históricas y llegando a una estandarización de los topónimos usados (Blagg & Müller, 1935). Este esfuerzo tendría eco en un sistema cada vez más sofisticado, en el cual no solamente la nomenclatura referida a la Luna sino a cualquier otro cuerpo planetario tendría que pasar por un proceso académico que ayudara a su estudio.

Al ser éste un proceso no sólo de nomenclatura sino también de cartografía fue evidente que el trabajo interdisciplinario era necesario, es por ello que ya a principios del siglo XXI y con ayuda de la tecnología digital, se sumó la Asociación Cartográfica Internacional (ICA, por sus

siglas en inglés) al publicar la base de datos de cartografía planetaria en la Conferencia Cartográfica Internacional (Hargitai, 2009), que funciona como un repositorio cartográfico para consultar y ayudar a sistematizar la información sobre los nombres geográficos en los cuerpos estelares.

El tercer actor en esta tarea ha sido el Servicio Geológico de los Estados Unidos (USGS, por sus siglas en inglés) el cual es el responsable de administrar la Gaceta de nomenclatura planetaria como recurso en línea de consulta abierta y que trabaja en coordinación con las dos instancias anteriores en la curaduría de los nombres geográficos (Unión Astronómica Internacional, 2022).

En esta base de datos internacional se concentran algunas de las ideas más importantes sobre la uniformidad y estandarización de los procesos para nombrar los lugares en otros cuerpos planetarios:

1. Se debe respetar el idioma original en el que fue nombrado. Esto evita duplicidades y le da prioridad a la determinación del nombre sin necesidad de una traducción.

2. No existen “exónimos” o equivalencias en otros idiomas. Contrario al proceso natural de los topónimos que son usados por culturas distintas o en idiomas diferentes. Así como una misma ciudad tiene nombres distintos, y a veces completamente disímiles, esto no puede ocurrir con la nomenclatura planetaria.

3. Se deben registrar los cambios a lo largo del tiempo. En la medida de lo posible y gracias a una curaduría específica, se puede hacer un seguimiento histórico de los cambios a lo largo del tiempo de determinada característica

4. Se definen temáticas generales para cada cuerpo planetario. Por ejemplo, para Venus se determinan los nombres de montes con diosas de diferentes mitologías.

5. Se definen categorías para rasgos específicos. Los cráteres pequeños en Marte toman su nombre de poblaciones humanas de menos de 100 000 habitantes en el momento de su descubrimiento o determinación en la nomenclatura.

6. Se mantienen los catálogos abiertos y actualizados. Todos los catálogos de nombres planetarios y de otros cuerpos del sistema solar se mantienen públicos y abiertos a consulta, además de publicar en

revistas arbitradas los cambios anuales y trianuales para llevar un seguimiento puntual de los mismos.

¿Es necesaria una categoría nueva para definir los lugares en otros cuerpos planetarios?

Encontramos en la literatura el uso del concepto “astrotopónimo”, sin embargo, a diferencia de otras clasificaciones toponomásticas como hidrónimo, orónimos, etcétera, éste no tiene un uso extendido y cuenta por lo menos con dos usos distintos que requieren aclaración. Por una parte, puede usarse para describir nombres de lugares en la superficie de la Tierra que se identifiquen con cuerpos celestes, por ejemplo “Cerro de la estrella” y “Valle de la Luna” (Dick, 1992) y, por otro lado, a los nombres de cuerpos astronómicos que se puedan identificar en los diferentes atlas y registros como propone Aché Aché, aunque también menciona el término “cosmónimo” (Aché Aché, 2020).

A estas dos acepciones podríamos agregar una tercera que sirva a los propósitos del presente texto: los nombres geográficos que se han asignado a los lugares localizados en la superficie de otros cuerpos planetarios. Es decir, mientras que la IAU y el USGS en conjunto se refieren en sus bases de datos solamente como “nombres de características” a cada uno de los topónimos asignados, es y será necesario reconocer que se está frente a una tarea toponomástica, y por lo tanto geográfica, y que esta labor irá cobrando mayor fuerza en este siglo, dado que la exploración humana *in situ* muy probablemente no se limitará en exclusiva a la superficie lunar como fue en la década de los setentas, sino que todo apunta a que la exploración humana de otros cuerpos planetarios está cada vez más cerca (Dominguez, 2019).

Por otra parte, vemos que las construcciones de las clasificaciones toponomásticas solamente usan la raíz de la característica que se quiere señalar, por ejemplo “hidro” para cuerpos de agua, “oro” para un elemento del relieve, etcétera, sumado a la partícula “nimo” para referirse al nombre del lugar, por lo tanto, en una equivalencia a esta construcción en la terminología, deberíamos usar la palabra “astrónimo” para los topónimos en la Tierra que refieran a elementos astronómicos.

Esto nos dejaría la libertad de usar el término “astrotopónimo” solamente para nombres de lugares bien localizados y definidos por las instancias responsables del registro y seguimiento de éstos.

En esta supuesta nueva clasificación de topónimos que podemos definir, se enmarcarían los nombres de lugares que han sido identificados y clasificados en otro cuerpo planetario, sin haber estado físicamente ahí, salvo los pocos espacios lunares que el ser humano ha visitado hasta la fecha en el caso de los seis sitios de alunizaje de las misiones Apolo y los lugares que fueron visitados por los astronautas de éstas (Scherer, 1971). Hay entonces una pertinencia epistemológica del neologismo, dadas las implicaciones histórico-geográficas en el contexto actual de la nueva carrera espacial y las herramientas metodológicas que fortalecen las investigaciones al respecto del tema. Eventualmente, cuando los primeros seres humanos aterricen en el planeta Marte, llegarán a un sitio que habrá sido nombrado con décadas de antelación a través de un proceso de clasificación estandarizado.

Los astrotopónimos mexicanos

Si nos atenemos a los argumentos antes expuestos, tenemos la capacidad de buscar y localizar en la base de datos de la Gaceta de Nomenclatura Planetaria (USGS Astrogeology Science Center, 2024), para encontrar una serie de astrotopónimos bien clasificados e identificados con distintas misiones de percepción remota. A continuación, haremos un recuento de las que hasta la fecha se pueden encontrar en diferentes cuerpos del sistema solar y que llevan nombres derivados de la cultura mexicana:

Ceres: es un planeta enano localizado en el cinturón de asteroides, su carencia de atmósfera y su posición hacen que la mayoría de sus características superficiales sean cráteres, los cuales son nombrados con deidades agrícolas de diferentes culturas (Leach, 1992), dado que el nombre de este cuerpo viene de la diosa de la agricultura para los romanos, por lo cual tenemos los siguientes casos de nomenclatura derivada de la cultura mexicana:

- a) Xochipilli, diosa náhuatl de la fertilidad y las flores.
- b) Centeotl, diosa náhuatl del maíz y la agricultura.
- c) Cozobi, diosa zapoteca del maíz y la abundancia.
- d) Lociyo, diosa zapoteca de la siembra del maíz.
- e) Ghanan, diosa maya del maíz.

Ío: satélite de Júpiter descubierto por Galileo Galilei en sus primeras observaciones a través de un telescopio astronómico, en un principio solamente fue nombrado Júpiter I, al igual que los otros tres satélites descubiertos en sus observaciones llevaban la designación del planeta y el orden en el que se encontraban, ahora los tres restantes son llamados Europa, Calisto y Ganímedes. En Ío no hay cráteres de impacto visibles, lo cual sugiere una actividad geológica muy reciente en su superficie, esto da lugar a una topografía cambiante. Las elevaciones cratéricas en este satélite toman su nombre de deidades volcánicas o solares, mientras que las *páteras*² de deidades solares o atmosféricas (Leach, 1992), de ahí la presencia mexicana en:

- a) Tonatiuh, dios náhuatl del sol.
- b) Ah Peku, dios maya del trueno.
- c) Chaak, dios maya de la lluvia y el trueno.
- d) Itzamná, dios maya del cielo, la lluvia y el viento.

Mercurio: el primer planeta del sistema solar carece de atmósfera por su cercanía al Sol y por la baja gravedad debido a su pequeño tamaño, por lo cual su superficie se encuentra constantemente bajo el azote de meteoros que dejan marcas de impacto, en este caso se ha determinado que éstas lleven nombres de artistas fallecidos, y México ha contribuido a su nomenclatura con los siguientes:

a. Izquierdo, por María Izquierdo (1902-1955), pintora mexicana nacida en San Juan de los Lagos, Jalisco. Representante del movimiento surrealista y expresionista.

² Una pátera es una forma de cráter irregular.

b. Nervo, por el poeta Amado Nervo (1870-1919), escritor perteneciente al periodo modernista.

c. Rivera, por Diego Rivera (1886-1957), pintor y muralista con un amplio trabajo y expresión política.

d. Sor Juana, por sor Juana Inés de la Cruz (1648-1695), poetisa exponente del siglo de oro.

Luna: en nuestro satélite natural los pequeños cráteres que se fueron descubriendo con ayuda de instrumentos de cada vez mayor precisión y capacidad de definición fueron nombrados por prominentes ingenieros y científicos, aunque el trabajo de éstos no estuviera enmarcado en la astronomía:

a. Erro, por Enrique Erro (1897-1955), pionero en la astronomía mexicana y fundador del Instituto Politécnico Nacional y del Instituto Nacional de Astrofísica, Óptica y Electrónica.

b. Carrillo, por Nabor Carrillo (1911-1967), ingeniero civil responsable de importantes obras de infraestructura hidráulica en la Ciudad de México y rector de la Universidad Nacional Autónoma de México.

Marte: los cráteres del planeta rojo son elementos superficiales muy evidentes debido al bajo impacto de la erosión eólica esto por su atmósfera poco densa y a la carencia de agua en estado líquido dada su baja presión atmosférica, estas marcas han sido nombradas en analogía a poblaciones de menos de 100 000 habitantes en el momento de la publicación de su nomenclatura, usando para ello un atlas mundial como base de autoridad para la determinación (Bartholomew, 1971):

a. Alamos, por la ciudad de Álamos, Sonora.

b. Arandas, por Arandas, Jalisco.

c. Creel, por Creel, Chihuahua.

d. Guaymas, por Guaymas, Sonora.

e. Izamal, Por Izamal, Yucatán.

f. Jojutla, por Jojutla, Morelos.

g. La Paz, por la Paz, Baja California Sur.

- h. Ocampo, por Ocampo, Michoacán.
- i. Taxco, por Taxco, Guerrero.
- j. Yelapa, por Yelapa en Cabo Corrientes, Jalisco.

Mathilde (asteroide): un cuerpo menor del sistema solar, que apenas alcanza los 52 km de diámetro (NASA, 2024) para el cual se escogieron nombres de cuencas y yacimientos carboníferos dada la abundancia de este elemento en su composición química:

- a. Oaxaca, por el estado y ciudad mexicana, los cuales cuentan con yacimientos de carbón (Agencia Internacional de Energía, 1983).

Gaspra (asteroide): se encuentra en la franja interior del cinturón de asteroides, tiene 12 km de diámetro (NASA, 2024) y fue descubierto en el año de 1916 en un observatorio ubicado en la península de Crimea, por lo que se le nombró en honor a la ciudad turística de Gaspra, para la denominación de sus cráteres y característica superficiales se han escogido nombres de ciudades con *spas* y aguas termales (Courbon, 1989):

- a) Ixtapan, por la ciudad turística ubicada en el Estado de México llamada Ixtapan de la Sal.

Conclusiones, hacia una frontera de las toponimias en el espacio exterior

Hemos argumentado sobre la necesidad de usar un término separado de los usados con anterioridad para definir topónimos en la Tierra con referencias a cuerpos celestes o referidos solamente a elementos que puedan señalarse en el cielo, parece pertinente que si los seres humanos comenzamos un largo recorrido de investigación y descubrimiento de las superficies de otros cuerpos planetarios, desde el primer uso del telescopio por Galileo hasta la obtención de detalladas imágenes con ayuda de sensores digitales y el uso de diferentes longitudes de onda para identificar las geoformas ajenas a nuestro propio planeta, quizá sea el momento de tomar con seriedad la inminente posibilidad de que

hombres y mujeres vuelvan a pisar el suelo de otros mundos y con ello se requiera de los estudios geográficos del lugar y sus nombres ahora como una actividad *in situ* y no como un proceso pasivo de observación y clasificación.

En un futuro, la presencia de seres humanos aumentará al máximo la capacidad de resolución y la necesidad de nombrar sitios que aún no descubrimos, pero que formarán parte de lugares que fueron nombrados tiempo atrás, los primeros seres humanos en pisar el planeta Marte llegarán a sitios que ya tienen un nombre, sin embargo su presencia implicará que retomen la dinámica natural del nombramiento de sitios que ya hemos experimentado a lo largo de la historia de la Humanidad: nada podrá evitar que los nuevos colonizadores (y eventualmente pobladores) doten de nombre a nuevas características que sean útiles para nombrar los sitios en sus actividades de exploración e investigación.

Durante mucho tiempo toda definición de Geografía implicaba los estudios de los elementos sobre la superficie de la Tierra, sin embargo el reconocimiento de las dinámicas toponomásticas en otros cuerpos planetarios y sus implicaciones ya son de interés para esta ciencia, los seres humanos ya estamos influyendo en espacios que aún no visitamos pero que también comienzan a ser modificados por la presencia de artefactos como sondas y “rovers” en la superficie de la Luna, Venus y Marte (incluso ya hay restos de una: la sonda Huygens, de la Agencia Espacial Europea, en Titán, la luna de Saturno), por lo cual la extensión del espacio geográfico poco a poco comienza a extenderse ya no más allá de las fronteras políticas, sino más allá de las fronteras celestes.

La toponomástica y la Geografía seguirán entonces teniendo vigencia, y deberá ser punto de partida para nuevos estudios y discusiones sobre la pertinencia del estudio del lugar, cuando éste no se encuentre únicamente en nuestro planeta.

Bibliografía

- ACHÉ ACHÉ, Daniel (2020). *Geografía relatada: etare lugar central y geografía del realismo mágico*. Caracas.
- AGENCIA INTERNACIONAL DE ENERGÍA (1983). *Concise guide to World Coalfields*. Londres.

- BARTHOLOMEW, J. (1971). *The Times Atlas of the World, comprehensive edition*. Edimburgh, The Times.
- BLAGG, Mari y Karl Müller (1935). *Named lunar formations*. Percy Lund, Humphries & Co. Ltd, Londres.
- CORONADO, Guillermo (2009). “El Sidereus nuncius: Galileo y el uso científico del telescopio”, en *Revista de Filosofía de la Universidad de Costa Rica*. Costa Rica, Escuela de Filosofía y del Instituto de Investigaciones Filosóficas de la Universidad de Costa Rica, pp. 157-165.
- COSERIU, Eugenio (1999). *Nuevos rumbos en la toponomástica, Diccionario de toponimia canaria: léxico de referencia oronímica*. Pról. de M. Trapero. Las Palmas de Gran Canaria, Gobierno de Canarias/ Consejería de Educación, Cultura y Deportes.
- COURBON, Paul (1989). *Atlas of the Great caves of the World*. St. Louis, Cave Books.
- CURRAIN, Jim (1995). *K2: The story of the savage mountain*. Londres, Hodder & Stoughton/ Coronet Books.
- DICK, Maria Vicentina de Paula do Amaral (1992). *Toponímia e Antroponímia no Brasil*. São Paulo, FFLCH/USP.
- DOMÍNGUEZ, Nuño (2019). “Una nueva carrera espacial”, en *Política Exterior*. Logroño, Universidad de la Rioja, pp. 30-37.
- HARGITAI, Henrik (2009). “International planetary cartography database”, en *International Cartographic Conference*.
- HEVELIUS, Johannes (1649). *Selenographia*. Biblioteca Nacional de Francia, París.
- INTERNATIONAL ASTRONOMICAL UNION (1922). *Transactions of the International Astronomical Union*. Roma.
- LANGRENUS, Michael van (1645). *Plenilunio Lumina Austriaca*. Edinburgo, Biblioteca Crawford.
- LEACH, Marjorie (1992). *Guide to the Gods*. Santa Barbara, ABC/ CLIO.
- NASA (2024). *Small Body Database lookup*. Recuperado el marzo de 2024, de Jet Propulsion Laboratory: <https://ssd.jpl.nasa.gov/tools/sbdb_lookup.html#/?sstr=253>.
- RICCIOLI, Giovanni Battista (1651). *Almagestum Novo*. Londres, Biblioteca del Observatorio Real de Greenwich.
- RODRÍGUEZ de Montalvo, Garci (1588). *Las sergas de Esplandián*. Alcalá de Henares.

- SCHERER, L. R. (1971). “The Apollo Missions”, en *Highlights in Astronomy*, pp. 125-141.
- TRAPERO, Maximiano (2004). “La toponimia de Gran Canaria en el tiempo en que Colón pasó por ella”, en *Anuario de Estudios Atlánticos*. Madrid, Las Palmas, Patronato de la “Casa de Colón”, pp. 27-70.
- UNIÓN ASTRONÓMICA INTERNACIONAL (2022). *International Astronomical Union*. Obtenido de *Gazetter of Planetary Nomenclature*: <<https://planetarynames.wr.usgs.gov/Page/Rules>>.
- USGS Astrogeology Science Center (2024). *Gazeeter of Planetary Nomenclature*. Obtenido de: <<https://planetarynames.wr.usgs.gov/AdvancedSearch>>.

Toponimia, geo-cuerpo y Estado-nación

SEBASTIÁN ESTREMO PAREDES

Taller Siranda

La forma como nombramos las cosas nunca es azarosa. Estudiar la etimología de las palabras, es un fenómeno interesante, pues podemos encontrar vestigios de cosmovisiones del pasado que a veces todavía moldean de alguna forma nuestro pensamiento. En ruso por ejemplo las palabras *прекрасный* (maravilloso) y *красный* (rojo) provienen de la raíz *крас*, la cual a su vez es una derivación del proto-eslavo *krasъnъ*, que significa “bello” (Lexicography, 2024). Si bien la raíz *krasъnъ* se utiliza en otras lenguas eslavas como el búlgaro (*красен*), serbio (*красан*), checo (*krasny*) o esloveno (*krasan*) para hacer referencia a algo “bello” o “espléndido”, el ruso es la única lengua que desde el siglo XVI se sirvió de ella para nombrar al color rojo. Este color tenía una connotación positiva pues se le asociaba con algo de alto valor. Su momento clímax fue durante la época del Ejército Rojo, la era soviética y el socialismo (СЛОВАРЬ СИНОНИМОВ, 2013). En ese sentido, tampoco es de sorprenderse que *работа* (trabajo), y *раб* (esclavo), o que *труд* (labor) y *трудный* (difícil) tengan en su respectivo caso la misma raíz.

En castellano hay alrededor de 4000 arabismos como *aceituna*, *alcancía*, *albañil*, *jabalí*, *tamarindo*, *acequia* o *azulejo* (El-shboul, 2018) que son legado de los ocho siglos de presencia árabe en la península Ibérica. Asimismo, según fuentes gubernamentales turcas, al menos 6 % de todas las palabras del turco provienen del árabe y más de 1300 vocablos del persa (Sahakyan 2010). En lenguas como el serbio o el albanés hay cientos de palabras que llegaron durante los cinco siglos que el Imperio Otomano estuvo en los Balcanes. Por ejemplo “frijol” en turco se dice *fasulye*, en albanés es *fasule* y en serbio *pasulj* (*насуљ*), no obstante su etimología no es ni turca, ni árabe, ni tampoco persa, sino que viene del griego *φασόβλια*. Las palabras, como las personas y las mercancías no respetan fronteras, sino que en su mera existencia narran procesos históricos.

Este mismo razonamiento es aplicable a la antroponimia, es decir, al estudio de los nombres de las personas. Si analizamos la frecuencia de un nombre en una región y un tiempo determinado podríamos encontrar patrones interesantes que nos darían pistas sobre el tipo de sociedad en la que nos encontramos. La proliferación del nombre Diego en Argentina entre 1970 y 1990 (Datos Argentina, 2024), en el contexto de la Guerra de las Malvinas, es un fenómeno que sin duda está ligado a Diego Armando Maradona. ¿Cuál es la densidad y distribución de nombres anglófonos como Brayan, Kevin, Scarlett, Kimberly por estado y por década en México? Su presencia y su frecuencia a lo largo del tiempo y el espacio está ligada a las olas migratorias hacia los Estados Unidos.¹

Nombrar es un acto político. Entre 1948 y 1950, en el contexto de la Guerra Civil griega, alrededor de 15 000 niños macedonios fueron expulsados de la parte sur de Macedonia como parte de la consolidación del proyecto de Estado-nación griego en la región. Fue sólo hasta 1982 que el gobierno permitió el retorno de macedonios con “orígenes griegos” a sus hogares con la condición de que renunciaran a sus nombres eslavos y adoptaran unos griegos (Aleksowski, 2013).

Si la antroponimia es un indicativo de procesos históricos, políticos y sociales, ¿por qué no habría de serlo la forma en como nombramos el territorio? En Turquía, desde la década de los años veinte, el Estado-nación turco² ha llevado una política de asimilación y exterminio por medio de los topónimos (Estremo, 2017: 91). Sistemáticamente han “turquificado” o borrado cualquier topónimo kurdo (Dêrsim por Tunceli), árabe (Diyarbakir por Diyarbakır), griego (Smyrnê por İzmir), asirio (Merdô por Mardin) armenio (Alashkert por Eleşkirt), georgiano (Tsxoristav por Öncül), etcétera, con la finalidad de alimentar el mito de la pureza túrquica del Estado-nación turco. Sevan Nişanyan sistematizó

¹ Según INEGI entre 2017 se registraron 1042 Brayan, 894 Kevin, 1142 Kimberly (295 Kimberly Guadalupe) y 391 Scarlett (INEGI, 2024).

² La diferenciación entre “turco” y “túrquico” radica en que los turcos son sólo uno de los pueblos que comprenden la familia de los pueblos túrquicos entre los que se encuentran por ejemplo los azerís, los uzbekos, los turkmenos o los kazajos. El nacionalismo turco más extremo agrupa a todos estos pueblos en uno solo y se consideran a sí mismos como una especie de “mega civilización” que va desde Altay (en Asia Central) hasta los Balcanes.

16 000 cambios de nombre en Turquía desde el siglo XX (40% de los topónimos de su base de datos)³ de los cuales la mayoría se dieron al oriente en regiones históricamente no-túrquicas de Anatolia (Nişanyan, 2011: 50-53). Desde hace varias décadas en Siria y Turquía el registro de nombres kurdos en actas de nacimiento está prohibido (Estremo, 2017: 84).

Tal y como sucede con la antroponimia, el nombre de los lugares resalta aquello que es importante para un grupo de personas en un tiempo y momento determinados. Desde lo natural, histórico o religioso hasta la cultura popular.⁴ Nombrar es un tema de poder,⁵ no obstante, este acto no es ni imparcial ni inocente, pues existen personas que pueden decidir qué y cómo nombrar y otras que no pueden hacerlo.

Según datos del Instituto Nacional de Lenguas Indígenas (INALI, 2024), en México se hablan 68 “lenguas indígenas” y 364 variantes divididas en 11 familias lingüísticas indoamericanas diferentes. ¿Qué porcentaje de los topónimos que hay en México están en alguna de estas 68 lenguas? ¿Cuántos están en español? ¿Qué “lenguas indígenas” predominan más que otras? ¿Por qué? ¿Dónde? En el presente trabajo exploraremos todas estas preguntas desde una perspectiva histórica y de geografía política. Partiremos de la premisa de que el nombre de las localidades está relacionado con aquellos que históricamente han detentado el poder político a diferentes escalas espaciales y temporales.

El objetivo de este capítulo es, por medio del estudio de caso de la toponimia mexicana, mostrar la relación que existe entre la toponimia y el Estado, y cómo este último se sirve de nombrar lugares para cimentar y consolidar su narrativa identitaria oficial. Dividiremos este trabajo en dos partes. En la primera estableceremos el marco-teórico y conceptual. Explicaremos y situaremos históricamente conceptos clave como: Esta-

³ En la provincia de Şırnak el 92% de los topónimos fueron renombrados.

⁴ En Nuevo México, Estados Unidos, hay una localidad que lleva el nombre de Truth or Consequences por un programa de televisión. A la vez que, según datos de INEGI (2024), en México hay cinco lugares que se llaman “La Chingada”.

⁵ Tal como mencionan Guillermo Tovar e Israel Baxin en sus respectivos capítulos de esta obra colectiva, nombrar responde a la necesidad de apropiarse de las cosas y, en el caso de la toponimia, de producir el espacio.

do-nación, nacionalismo y geo-cuerpo. En la segunda ejemplificaremos una serie de casos que nos permitirán dilucidar fenómenos históricos, lingüísticos, religiosos y políticos que se manifiestan por medio de la toponimia. Para ello nos serviremos de la clasificación histórica por estratos toponímicos de León-Portilla (2010: 171-185) y de algunos mapas del atlas *Topónimos: memoria de los pueblos en el territorio* (Estremo, 2022).

Estado-nación y geo-cuerpo

Fundamentos históricos del Estado-nación

El Estado moderno es una forma de apropiación y administración territorial, es un paradigma que surgió durante el siglo XVIII en Europa occidental. Responde a la difusión de la idea de universalidad de la nación (Anderson, 1993: 22). Esto quiere decir que, así como a cada uno de nosotros se nos asigna un género al nacer, también, salvo importantes excepciones, se nos asigna una nación. Hace cuatrocientos años esta idea era inexistente; incluso, en regiones como el Medio Oriente, este paradigma no lleva más de cien años, apenas está en proceso de consolidación. El Estado-nación es la expresión política-territorial de la nación. Por su parte, el nacionalismo es la doctrina que la considera como “el hecho fundamental y la finalidad suprema” (Sánchez, 1992: 97) y se constituye como el principal pilar ideológico que sostiene y justifica la existencia del Estado-nación.

Para Anderson hay dos componentes que dan cohesión a una nación: la etnia y la lengua. El primero se refiere a una especie de fenotipo compartido. Una idea que puede derivar en un supuesto de que existe una pureza racial entre grupos. Por otro lado, está el lenguaje. El establecimiento de lenguajes administrativos, que posteriormente se transformaron en lenguas nacionales, en las monarquías de vísperas de la era moderna, fue un factor determinante para la aparición de nacionalismos en Europa (Sand, 2013: 56-57).

La estandarización lingüística por medio de la palabra escrita tuvo como consecuencia un proceso de homogeneización literaria en los

países del occidente de Europa en los años posteriores a la Ilustración. De esta manera personas de todos los estratos sociales pudieron comunicarse con mayor facilidad entre sí y así emanó una conciencia de pertenencia a una comunidad imaginada,⁶ compuesta por individuos que poseían un lenguaje parecido. Como consecuencia de este proceso surgieron las lenguas nacionales y con ello los primeros cimientos de la conciencia nacional (Estremo 2017: 23). También permitió sostener la ficción de que todas las naciones tienen una continuidad histórica con un pasado inmemorial y un futuro eterno. Surgió la percepción de que la nación a la que pertenecen las personas ha existido y existirá desde y para siempre (Anderson, 1993: 49). De ahí es que surgen anacronismos como referirse a los pueblos prehispánicos como “antiguos mexicanos”.

La nación pretende exclusividad y tiene una territorialidad. Ninguna nación considera a toda la humanidad como parte de su comunidad, por el contrario, se consolida por medio de la diferenciación y la oposición. La territorialidad es la dimensión espacial de la nación. Para construirla necesita de una identidad espacial que se genera mediante símbolos y una temporalidad específica que vincula a una sociedad con el territorio que habita. De esta manera la exclusividad no sólo se da de forma abstracta, sino que se manifiesta en la ocupación del territorio (Sanguin, 1981: 52-53). Las fronteras refuerzan la narrativa de que cada nación es singular: única y especial.

Desde el siglo XVIII, el discurso nacionalista sirvió como un artefacto cultural para las élites dominantes con la finalidad de debilitar la identidad de clase y propiciar una mayor estabilidad social en beneficio de las élites. Fue difundido entre “el pueblo raso” por medio de las instituciones socializadoras cuya función hegemónica es la de adaptar la mentalidad, las creencias y el comportamiento de los individuos para que encajen dentro del plano ideológico-cultural estatal (Sánchez, 1992: 20). Así como la historiografía oficial que emana de las ficciones nacionalistas es el sostén argumentativo de la nación y justifica la necesi-

⁶ Es imaginada porque a diferencia de la idea de patria de la antigüedad o de la Edad Media, ésta es mucho más grande y por consiguiente implica que sea imposible conocer a todos los miembros de dicha comunidad. La comunidad imaginada es mucho menos tangible que la idea de patria de las ciudades-estado mesopotámicas o la Grecia antigua.

dad de, en principio, un Estado soberano para “todas las naciones del mundo”, la territorialidad es la personificación material del Estado (De Cillia, Reisigl y Wodak, 1999: 160). Ésta representa una base mucho más concreta y tangible del Estado. Es el cuerpo físico donde acontecieron todos los grandes hitos y mitos de la narrativa nacional. Es, pues, un “cuerpo nacional” o “geo-cuerpo” que debe construirse.

Historiografía y geo-cuerpo

Para que el Estado pueda gobernar con relativa calma sobre “sus” ciudadanos requiere del monopolio de la violencia, para ello se sirve de instituciones militares y policíacas. Sin embargo, ningún Estado puede garantizar su durabilidad sólo con las “fuerzas del orden” ni sin algo de buena voluntad por parte de sus gobernados. Para ello la organización política estatal crea normas y valores que son impuestos socialmente sobre los individuos por medio de las instituciones socializadoras. Para fines de esta subsección nos enfocaremos en particular en el control ideológico que ejercen las escuelas (mediante sus planes de estudio, rituales y libros de texto), cuya importancia está relacionada con la implementación de la escuela pública con carácter universal a partir del siglo XX (Sand, 2013: 62).

Durante el siglo XIX múltiples disciplinas, entre las que destacan la Historia y la Geografía, se desarrollaron oficialmente para otorgarle al Estado “argumentos científicos” que permitieran construir un discurso nacionalista territorialista. La Historia es la encargada de construir símbolos nacionales como mitos fundacionales, himnos, héroes, que trasladan la idea de la nación de lo abstracto a algo más tangible. Su función es fabricar una narrativa nacional con la que todos los ciudadanos se sientan identificados. La Geografía, por su parte, cimienta el geo-cuerpo mediante la creación de lazos emocionales que ligen a los ciudadanos con espacios físicos definidos. Para ello la cartografía y la toponimia son dos herramientas clave que permiten asociar la historiografía nacional y su “pasado inmemorial” con un territorio para así fortalecer el nacionalismo y moldear las creencias de sus ciudadanos acorde a esa narrativa.

El “geo-cuerpo” [...] era una condición necesaria para la formación de la nueva nación, y ante todo fue la moderna cartografía la que facilitó la creación de esa entidad territorial. Es habitual referirse a los historiadores como los primeros agentes autorizados de la nación, pero este título también debe otorgarse a los geógrafos que emprendieron su cartografiado. Aunque la historiografía ayudó a que el Estado nacional disciplinara su primigenio pasado, fue la cartografía la que ayudó a realizar su imaginación y su poder sobre el territorio (Sand, 2013: 61-62).

El geo-cuerpo se construye primordialmente por medio de recursos visuales como los paisajes. En México, por ejemplo, son frecuentes los anuncios televisivos patrocinados por los gobiernos estatales que animan a los televidentes a hacer turismo. Imágenes de cascadas, bosques, desiertos, playas y demás elementos geográficos son presentadas como algo de lo que “todos los mexicanos deberíamos de estar orgullosos”. Como si ese geo-cuerpo fuera “parte de nosotros”.

Otro buen ejemplo con mayor alcance son las tomas en las transmisiones de fútbol americano de la NFL. En éstas se presentan imágenes aéreas de las ciudades americanas y su vida cultural con la finalidad de generar admiración hacia el modelo estadounidense y su “geo-cuerpo”. El cine, la música y hasta los juguetes son otros vehículos para la consolidación de un “geo-cuerpo”. No es casualidad que en México todos hayamos escuchado del parque nacional de Yellowstone o el Gran Cañón, pero casi nadie del Lago Baikal en Rusia o el desierto de Kalahari en Namibia.

Otra herramienta tal vez menos espectacular, pero no por eso menos eficiente, para construir el “geo-cuerpo” es la cartografía. Schlögel (2007: 197-198), menciona que “el mapa mural de la escuela es el medio primario de nacionalización de las masas.” El desarrollo de la imprenta a partir del siglo XV permitió no sólo la difusión de las lenguas nacionales y un boceto de las potenciales fronteras de cada Estado-nación, sino también la producción masiva de material cartográfico acorde con las directrices de la historiografía oficial.

Los atlas nacionales y sus subproductos reproducidos en libros de texto distribuidos por todas las escuelas son el primer método de adoctrinamiento para que los ciudadanos lean el territorio desde la perspectiva del Estado. En el mapa mural de la escuela no se plasman

las diferencias a lo interno, sino que se refuerza la idea de homogeneidad y de oposición con el exterior. Posteriormente, durante el servicio militar, estos sentimientos cultivados desde la infancia son fortalecidos con “la defensa y el servicio por la patria”. La creencia del pasado inmemorial y el futuro eterno de la nación se cultiva mediante la enseñanza de la Historia y de cualquier elemento que permita asegurar la presencia de los supuestos “antecesores connacionales” dentro del imaginario colectivo del geo-cuerpo. La arqueología es una herramienta útil para estos fines, por ejemplo, mediante las excursiones escolares a zonas arqueológicas. Cuando se habla de los pueblos prehispánicos como si fueran los “antiguos mexicanos”, se les está atribuyendo a estos grupos tan heterogéneos una característica nacional que no va acorde a las identidades que éstos tenían en su tiempo. Los purépechas, yaquis, mexicas y mayas no se veían a sí mismos como “mexicanos”, ni mucho menos se consideraban como parte de un mismo grupo identitario. Esas atribuciones son hechas *a posteriori* por parte del discurso ideologizante del Estado que necesita de esas atribuciones anacrónicas para justificar su control sobre el territorio y sus habitantes.

Topónimos: memoria de los pueblos en el territorio

Términos conceptuales relacionados con la toponimia

Según el *Glosario de términos para la normalización de los nombres geográficos de las Naciones Unidas* la toponimia es la “ciencia que estudia los topónimos en general y los nombres geográficos en particular”, siendo que un topónimo es “el nombre propio con que se designa un accidente topográfico” (Naciones Unidas, 2002: 104). Los topónimos frecuentemente están compuestos por un elemento genérico, que se refiere a accidentes topográficos (como un río, una montaña o un lago), y por un elemento con relación al elemento genérico en particular (Naciones Unidas, 2007: 11). En “Lago de Chapala”, “Chapala” es el elemento específico que caracteriza al elemento genérico “lago”.

La forma como el Estado decide nombrar los lugares es parte de esta estrategia. En un país pluricultural y plurilingüístico como México esto ha sido un desafío que por supuesto está ligado a los intereses de las élites dominantes. Siendo que el castellano es la lengua oficial (también impuesta) del Estado existen afectaciones voluntarias e involuntarias en torno a los topónimos que no se encuentran en esta lengua hegemónica.

En nuestros días existen distintos métodos para lograr una homogeneización toponímica que se acerque lo más posible a una solución que represente la diversidad. Un ejemplo podemos encontrarlo en Macedonia del Norte, donde conviven poblaciones macedonias y albanesas. En ciertos barrios de Skopje, la capital, es común encontrarse con letreros que tienen escrito el topónimo en macedonio, albanés y hasta romaní (figura 1). Aquel que aparece arriba corresponde al de la comunidad mayoritaria. No obstante esta “consideración” por las minorías no es algo que acontezca, ni que interese a las autoridades en todos los contextos. Muchas veces para lograr esta normalización se puede recurrir a la transliteración, transcripción o traducción de los nombres geográficos.

Figura 1. Barrio de Čair, Skopje.



Fuente: Fotografía del autor en Macedonia del Norte (3 de octubre de 2022).

Pasar de una lengua a otra y reproducir los nombres con la mayor fidelidad posible no es una tarea sencilla pues hay sonidos que no existen en una u otra lengua. La *j* que usamos en el castellano no existe en italiano y la *h* aspirada del inglés no tiene un equivalente en castellano. Este tipo de problemáticas se hacen todavía más evidentes en lenguas con mayor lejanía o que no pertenecen a una misma familia lingüística. La *ħ* del árabe no está en ninguna lengua romance, ni eslava, ni anglo-sajona. La *ı* del turco puede encontrarse en ruso con la *и*, pero no en serbio. ¿Cómo hacer para comunicarle al lector la pronunciación de tal o cual sonido?

La transliteración es un mecanismo mediante el cual se utilizan símbolos especiales que indican con precisión la grafía original que están representando. Es fidedigna en el sentido de que si se conocen los sistemas de escritura de ambas lenguas la palabra puede reproducirse sin ninguna especie de “pérdida” fonética. Sin embargo, cuando no se conocen ambos sistemas de escritura y un lector estándar no es capaz de comprender alguno de estos símbolos no se puede leer la palabra y, además, se genera una complicación extra en el proceso de lectura. La transcripción, por su parte, es un intento aproximado por trasladar una palabra de una lengua a otra sin utilizar caracteres especiales que no se utilicen en la “lengua de destino”. En el proceso se pierden muchos de los sonidos originales de la palabra en cuestión. La traducción, a diferencia de las dos anteriores, “no pretende preservar la forma hablada original del endónimo ni su forma escrita” (Naciones Unidas, 2007: 93-97). Por consiguiente un endónimo (“el nombre de un accidente geográfico en una de las lenguas utilizadas en la región”) termina sufriendo un proceso de “exonomización”, es decir, que ese mismo nombre propio termina siendo designado en una lengua situada fuera del área donde tiene carácter oficial (Naciones Unidas, 2002: 85).⁷

Aunque tal vez no de una forma tan estandarizada la transcripción y la traducción son métodos que se han utilizado desde hace siglos para denominar lugares. A la llegada de los europeos a “América”, los colonos paulatinamente fueron transcribiendo o traduciendo muchos de los

⁷ Estambul es un exónimo en castellano para İstanbul, Nápoles para Napoli y Bucarest para București.

topónimos que existían en las tierras que iban ocupando. Sin embargo, muchas veces decidieron borrarlos y con ello comenzar a moldear el proceso de construcción de geo-cuerpo jerarquizando sus lenguas por encima de las que ya se hablaban en este continente.

Estratos en la toponimia mexicana

Si tomamos un mapa de la República Mexicana y nos fijamos en sus nombres no tardaremos en darnos cuenta de que hay regiones donde hay topónimos con ciertas terminaciones y que hay otras que, para alguien que sólo habla castellano, tienen nombres muy particulares. Para entender este fenómeno es necesario identificar los estratos toponímicos en el territorio mexicano.

León-Portilla identifica cinco grandes estratos toponímicos en México que corresponden a diferentes momentos de la historia. Los primeros dos son prehispánicos, uno correspondiente a periodos previos a la era cristiana, con nombres en más de cien lenguas de una docena de familias lingüísticas distintas. El otro, más reciente, está vinculado con la toponimia que emanó de la expansión de grupos nahuas por “Mesoamérica”. El tercer estrato está asociado al periodo colonial tras la llegada de los españoles, cuando miles de nombres fueron alterados por un sistema de transcripción todavía rústico. Asimismo son parte de esta capa topónimos que fueron combinados entre el castellano y las “lenguas indígenas”. También proliferaron aquellos que no provienen de ninguna de las lenguas autóctonas de “América”, ni del castellano, sino que aparecieron como consecuencia de los procesos históricos que acontecieron en la península Ibérica.

El cuarto estrato proviene del México independiente, cuando el proceso de “mestizaje toponímico” de nombres compuestos por alguna “lengua indígena” y el castellano tomó forma y la labor ideologizante del “geo-cuerpo” del proyecto de Estado-nación se hizo patente. Finalmente, la quinta y última capa es la del México contemporáneo. En este estrato se multiplicaron los topónimos que hacen referencia a personajes históricos y que a veces fueron mezclados con otros nombres indígenas. Como parte de esta nueva etapa narrativa del nacionalismo mexicano

de apropiarse lo prehispánico, muchos lugares fueron renombrados en beneficio de “lenguas indígenas” (León-Portilla, 2010: 171-173).⁸

II.3 Los periodos prehispánicos: de la diversidad lingüística a la expansión yuto-azteca

Los nombres más antiguos que existen en México provienen de tres grandes familias lingüísticas: maya, oto-mangue y hokana (León-Portilla, 2010: 174). La clasificación del INALI considera dentro de la rama hokana a los grupos seri y cochimí-yumana presentes en la península de Baja California y zonas costeras de Sonora. El cochimí, cucapá y kiliwa son ejemplos de lenguas del grupo cochimí-yumana. Kadakaamán es una localidad cochimí localizada en Baja California Sur y es uno de los topónimos más antiguos de los que se tiene registro. En el siglo XVIII fue renombrado como San Ignacio Kadakaamán por los jesuitas (León-Portilla, 2010: 174), es decir que su nombre actual corresponde al tercer estrato toponímico. Varias de estas lenguas ya están extintas, y otras, como el seri, están en peligro de extinción, no obstante, su presencia en los nombres de los lugares atestigua su presencia milenaria y, en algunos casos como el yoli (perteneciente al grupo yuto-azteca y asociado a otras lenguas de la región como el rálámuli, también conocido como “concho”) su exterminio a mano de los colonizadores.⁹ De los otros dos grupos podemos hacer referencia a los dos siguientes mapas:

⁸ Tal como señala Mariana Alzaga en su capítulo “La toponimia como fuente para la historia: el caso purépecha”, el estudio de la lingüística y de la toponimia histórica, en conjunto con los estratos propuestos por León-Portilla y la cartografía, nos permiten entender la evolución histórica del territorio e inferir patrones de contacto e interacción entre grupos étnicos no considerados centrales para la narrativa oficial estatal.

⁹ Véanse por ejemplo la sierra Navacoloaba (Sierra Nombre de Dios) o el Arekawaki (Cerro Grande) en los alrededores de la ciudad de Chihuahua.

Figura 2. Distribución de topónimos de México que terminan con el sufijo -chen.



Fuente: Estremo, 2022.

Figura 3. Distribución de topónimos de México que comienzan con la letra Y.



Fuente: Estremo, 2022.

En la figura 2, por medio del vocablo maya *chen* (“pozo”), podemos apreciar no solamente los lugares que llevan ese sufijo en el topónimo, sino también un aproximado de las regiones del país en donde se habla o se ha hablado alguna lengua de la familia mayense. Esto no quiere decir que no existan otras regiones donde se habló maya. Pueden haber otros factores geográficos (que no haya agua) o lingüísticos que no nos permitan ver esas omisiones. Por ejemplo dentro del patrón no aparece la zona de habla tének en la huasteca potosina. Esto se debe a que la palabra para “pozo” en esta variante de maya no es *chen*, sino *mom*. En México hay sólo doce localidades que tienen ese sufijo (Alkiná mom, Alojox mom, Chuche mom, Dhipak mom, Hac mom, It’il mom, Jol mom, Lay mom, Mexcala Cuaymom, Pila mom, Tzahib mom y Tzoté mom), once de ellas en el municipio de Tancanhuitz y una en Aquismón, todas ellas en la huasteca potosina.

La figura 3 nos señala al menos tres patrones fácilmente identificables. Uno correspondiente a la Sierra Tarahumara donde se habla el ralámuli (tarahumara), un segundo en las zonas de habla de lenguas mayenses en la península de Yucatán, los altos de Chiapas y la huasteca, y un último en la zona montañosa de la mixteca al occidente de Oaxaca. El mixteco pertenece al grupo oto-mangue, su palabra para “montaña” o “cerro” es *yuku* (o *yucu*). Si hacemos el mismo ejercicio que con *chen* o *mom*, nos daremos cuenta que de las 59 localidades que contienen ese sufijo (sea con *c* o con *k*), 54 están en Oaxaca, dos en Guerrero y una en Puebla (estas últimas tres muy cerca de la frontera con Oaxaca). Solo Yucumari y Yucuribampo están en Sonora en zonas de habla de lenguas cahitas.

Los primeros dos patrones tienen un aspecto en común que es que ni en la península de Baja California, ni en Sonora, ni en la península de Yucatán hubo expansión nahua. En cuanto a la mixteca, su inaccesibilidad protegió parcialmente a la toponimia original de la avanzada nahua. Cabe destacar que, como en otras partes, en la mixteca hubo una imposición de nombres nahuas cuyo significado es la traducción del topónimo mixteco original (León-Portilla, 2010: 177).

Figura 4. Distribución de topónimos de México que terminan con el sufijo -tlan.



Fuente: Estremo, 2022.

Figura 5. Distribución de topónimos en lengua p'urhé.



Fuente: Estremo, 2022.

En la figura 4 podemos utilizar la misma metodología que para el mapa de la figura 2. El patrón de distribución de localidades con el sufijo locativo *tlan* coincide a grandes rasgos con las regiones del país donde se habla, se habló o se impuso la toponimia nahua. Su número (1034) nos indica también la densidad de hablantes. Asimismo, si prestamos atención a los espacios vacíos que corresponden a todo el norte del país, la península de Yucatán y Michoacán y Guanajuato, y los cotejamos con la figura 4 identificaremos una correlación entre estos espacios sin puntos y la zona de influencia de la toponimia *p'urhe*. El pueblo purépecha nunca fue sometido por la dominación mexica y por consiguiente pudo conservar intacta su toponimia, tal y como sucede en las zonas mayas. Así pues estas distribuciones toponímicas nos están hablando de migraciones y procesos de conquista y de defensa que acontecieron en lo que hoy llamamos “México” previo a la llegada de los españoles.

El náhuatl no es la única lengua perteneciente al grupo yuto-azteca. Hay otras como las del subgrupo cahita, entre las que destacan el yaqui y el yoreme (mayo), en Sonora y Sinaloa, y el ralámuli en Chihuahua que se hablan en zonas donde no tuvo penetración el náhuatl. Los pocos casos que hay en esas zonas con el sufijo *tlan*, como San Miguel Zapotitlán, en Sinaloa, se deben más a curiosidades que a procesos históricos. La figura 5 resalta el topónimo híbrido de Badiraguato, en la sierra de Sinaloa, que atestigua migraciones purépechas a zonas cahitas.

León-Portilla destaca el uso de partículas locativas en la toponimia yuto-azteca. Esto nos ayuda a dilucidar más patrones, no sólo para el náhuatl, sino también para cualquier lengua perteneciente a esta familia. En el atlas *Topónimos: memoria de los pueblos en el territorio*, podemos encontrar otro par de ejemplos con patrones de distribución por medio de locativos, como los sufijos *bampo* y *joa* frecuentes en las lenguas cahitas y *bo*, *ba* y *chi* típicos del ralámuli (Estremo, 2022: 15-21).

Los topónimos nahuas están estructurados morfológicamente como formaciones locativas, al igual que los de otras lenguas yuto-aztecas como el tarahumara y el yaqui, y tienen con frecuencia un carácter descriptivo o son ricos en denotaciones culturales. Entre los conceptos que con más frecuencia se expresan en los locativos nahuas están los siguientes: descripciones de rasgos geográficos, elementos de la fauna

y la flora, recordaciones de acontecimientos en el pasado, ideas religiosas y referencias a actividades artísticas o de carácter económico. (León-Portilla 2010: 177).

Hasta el momento hicimos una especie de catálogo étnico-lingüístico de los pueblos que habitaron este territorio en época prehispánica, aquellos que la narrativa nacionalista llama anacrónicamente “antiguos mexicanos”. En la siguiente sección veremos cómo los colonizadores europeos se sirvieron de la dominación mexica para construirse un discurso de sucesión y continuidad imperial y cómo utilizaron el náhuatl como una herramienta para imponer su territorialidad mediante “una doble dominación toponímica”: la nahua y la española. La exotización y el consumo del mundo mesoamericano (zonas arqueológicas, danzas, gastronomía, etcétera) en contraposición con el discurso de un norte vacío, carente de historia y listo para ser ocupado por colonos europeos (como la Palestina ocupada por los sionistas) es parte de la creación diferenciada por zonas del “geo-cuerpo” mexicano.

Transcripciones, traducciones e imposiciones de la Nueva España al México independiente

La llegada de los españoles y la instauración de la Nueva España representó un parteaguas para las comunidades que habitaban el continente “americano”. Una vez derrotado el imperio mexica los españoles pudieron continuar su proceso de exploración y conquista con mayor facilidad. Para ello se sirvieron de estrategias diferentes según los desafíos que se les fueron presentando; el proceso de conquista que aconteció en el norte no fue el mismo que en el sur.

La solución que encontraron para hacer frente a las características climáticas, demográficas y económicas de los pueblos nómadas o semi-nómadas situados al norte del Trópico de Cáncer y la costa occidental del Pacífico fue en muchas ocasiones el exterminio. Esto se manifestó en términos toponímicos en la pérdida de miles de nombres geográficos en las lenguas originarias que nunca conoceremos (particularmente en Tamaulipas, Nuevo León, Coahuila, Durango y Zacatecas). Simultáneamente los nuevos asentamientos fundados por los españoles tomaron nombres que provenían de la península Ibérica, con orígenes

prerromanos (Salamanca), euzkeras (Durango), romanos (Mérida), germano-góticos, castellanos (León), entre otros (León-Portilla, 2010: 179-180). En Chihuahua, Sonora y Sinaloa sobrevivieron los topónimos cahitas y ralámulis provenientes del estrato toponímico anterior.

Figura 6. Distribución de topónimos de México que comienzan con la palabra Puerto.



Fuente: Estremo, 2022.

Un porcentaje importante de los nuevos asentamientos españoles estaba relacionado con la extracción de minerales en las zonas montañosas de los modernos estados de Chihuahua, San Luis Potosí (cuyo nombre proviene de la región minera homónima en Bolivia) y Guerrero. Así, pues, los puntos de entrada a estas zonas fueron nombrados como “puertos” como se puede apreciar en la figura 6. Dicho mapa muestra topónimos relacionados con actividades económicas y el saqueo de recursos.

La huella toponímica en el centro y sur fue distinta. Si bien muchos topónimos, particularmente nahuas, permanecieron, éstos se vieron alterados en su grafía y su fonética debido a la incapacidad (o el desinterés) de los españoles de trasladar el nombre original al castellano. Así pues surgieron topónimos nuevos producto de esta castellanización con escrituras que no comenzarían a estandarizarse sino hasta siglos más

tarde. En la figura 7 podemos ver todas las localidades de México que comienzan con la grafía x. Son muy pocas las palabras que inician con esta letra en castellano por lo que el patrón que corresponde principalmente a las zonas de habla del náhuatl y de las lenguas mayenses nos está mostrando parte de este proceso de transcripción. Topónimos como Xochimilco, Xilitla o Xalapa son un ejemplo de cómo diversos sonidos que no están presentes en el habla común del castellano se transcribieron para más o menos lograr trasladar los nombres de una lengua a otra.

Figura 7. Distribución de topónimos de México que comienzan con la letra X.



Fuente: Estremo, 2022.

La figura 8 es un ejemplo de la arbitrariedad con la que se trató el tema de la transcripción de nombres indígenas. A diferencia del mapa anterior, aquí el patrón de distribución abarca la zona de habla de maya en la península de Yucatán y los altos chiapanecos, más no del náhuatl. El paso del maya al castellano se realizó varios siglos más tarde por parte del lingüista soviético Yuri Knórozov. El fonema que en castellano es representado con la letra *c* en ruso se hace con la *k*, lo cual explica por qué los nombres mayas suelen iniciar con esa grafía y no con la *c* y viceversa. La escritura de los topónimos mayas se acerca más a lo que Naciones Unidas entiende por una transliteración pues la transcripción

del náhuatl fue realizada para satisfacer las necesidades inmediatas del momento y no bajo un espíritu de investigación en términos modernos.

Figura 8. Distribución de topónimos de México que comienzan con la letra K.



Fuente: Estremo, 2022.

La expansión de la toponimia nahua en zonas bajo la influencia imperial mexicana es producto del estrato anterior, como mencionamos anteriormente, muchos de estos nombres son traducciones de los originales. Los españoles se sirvieron de esto para dar nombre a miles de comunidades situadas al sur del Trópico de Cáncer. Por esa razón, si regresamos a la figura 3, vemos toponimia náhuatl donde viven otros grupos “indígenas”. Junto con la conquista a este periodo lo acompañó el proceso de evangelización de la mano misioneros católicos. Esto se vio plasmado en miles de topónimos en lenguas indígenas a los que se les antepuso el nombre de algún santo.

No es casualidad que en Michoacán o Sonora sea menos frecuente encontrar un topónimo acompañado del nombre de un santo que en Oaxaca. Es consecuencia de procesos de conquista diferenciados por las condiciones específicas de cada caso en cada región. Topónimos como Santo Domingo Tehuantepec en la zona huave y zapoteca del

istmo, simbólicamente representan una doble dominación toponímica pues no solamente llevan el nombre náhuatl, sino que también se le antepone el de un santo. De esta forma los españoles se posicionaron como los sucesores del antiguo dominio imperial mexica a la vez que impusieron sus dogmas religiosos. Esto habría de cambiar con la llegada del México independiente en el siglo XIX.

León-Portilla (2010: 182) señala que debido a diferentes procesos históricos, además de los topónimos réplica de España, poco a poco se sumaron otros tantos de origen africano e inglés. También podemos nombrar algunos curiosos como Puerto Bagdad en el estado de Tamaulipas o aquellos ligados a la migración china y japonesa en el noroeste del país como Puerto Chale en Baja California Sur. También están otros como Mexicali que se originaron de los cambios fronterizos y la relación que se generó con los Estados Unidos.

Figura 9. Distribución de topónimos de México que comienzan con la palabra Nuevo/a.



Fuente: Estremo, 2022.

El nacimiento del México independiente conllevó a un cambio en la narrativa de la entidad político-administrativa del momento. Hubo un cambio de discurso paulatino de lo peninsular y lo religioso hacia lo

nacionalista y secular. Razón por la cual demarcaciones como Nueva Santander, Nueva Galicia, Nueva Extremadura o Antequera tomaron nombres de origen indígena como Tamaulipas, Jalisco (derivado de Xalisco, véase la figura 6), Coahuila y Oaxaca (León-Portilla, 2010: 182). El Estado se apropió de los nombres indígenas como parte de su justificación de sucesión político-administrativa.

Finalmente en la figura 9 podemos observar cómo una gran proporción de las localidades que llevan la palabra “Nuevo” están en Chiapas, donde los desplazamientos de comunidades y el avance del protestantismo está muy presente. No es obra de la casualidad que muchas de estas comunidades hagan referencia a nombres bíblicos (Estremo, 2022: 52).

El México moderno

La separación de la Iglesia del Estado y su fortalecimiento durante el porfiriato nos llevan al último estrato toponímico de México. El militarismo y la creación de héroes nacionales como Miguel Hidalgo, Benito Juárez, José María Morelos y Vicente Guerrero se plasmó en la toponimia mexicana en miles de localidades. León-Portilla (2010: 183) ejemplifica esto con los nuevos estados de Morelos, Guerrero e Hidalgo o con el cambio de nombre de Paso del Norte por Juárez, Cajeme (caudillo de la rebelión yaqui) por Ciudad Obregón o Valladolid por Morelia. Asimismo ejemplifica el cambio de nombres con referencias religiosas como Santa Clara del Cobre por Villa Escalante en Michoacán.

El proceso de modificar nombres con santos por personajes de la Revolución Mexicana fue particularmente importante en los estados del norte. En Chihuahua, por ejemplo, San Carlos y Santa Elena fueron renombrados como Manuel Benavides y Benito Juárez respectivamente (Estremo, 2021), y más al sur, en Jalisco, Zapotlán El Grande por Ciudad Guzmán (aunque que hayan sido renombrados no significa que los locales se hayan apropiado del nuevo nombre). A otras como Guaymas, Matamoros o Veracruz se les antepuso el título de “Heroico” y a algunas como Culiacán (Rosales), Durango (Victoria) o Puebla (Zaragoza) se les añadió el apellido de un personaje histórico. Puebla es interesante pues aunque oficialmente lleva el nombre de Heroica Puebla de Zara-

goza también es conocida como Puebla de los Ángeles, es decir, en este topónimo vemos la confrontación narrativa entre los valores de la Nueva España y el México independiente.

Cerca del fértil valle de Mexicali podemos encontrar nombres de ejidos con nombres de los estados o ciudades de la república: ejido Michoacán, ejido Guerrero, ejido Hermosillo. El nombre de estos ejidos se debe a la ocupación del espacio por parte de migrantes provenientes de estados como Michoacán o Guerrero que rehicieron sus vidas a principios del siglo anterior en estas tierras cerca de la frontera. Poco a poco cada nuevo ejido fue retomando algún topónimo de un estado o una ciudad mexicana para seguir con la tradición, sin que forzosamente sus integrantes provinieran de estos lugares. Detrás de estos nombres se esconde no sólo la réplica de la toponimia impuesta por el Estado, sino también una historia de migración de contextos rurales. Es decir, es una mezcla entre lo oficial y la historia popular.

Cada gobernante ha buscado la forma de dejar su legado en el nombre de ciudades, colonias y calles. No es casualidad que la mayor parte de las colonias que llevan el nombre de Solidaridad hayan aparecido en el último cuarto del siglo XX y que habitualmente estén situadas en las zonas periféricas de las grandes metrópolis. El renombramiento de estaciones del Metro en la capital¹⁰ o incluso de calles como Puente de Alvarado por México-Tenochtitlan responde simbólicamente a la política nacionalista del presidente en turno. El proyecto del Tren Maya de López Obrador no se diferencía en mucho de aquello que se hizo en el pasado de apropiarse y exotizar lo prehispánico para justificar un proyecto político o económico.

Este nuevo estrato de toponimia nacionalista no es excluyente de las temáticas anteriores pues hay lugares que siguen siendo nombrados para hacer referencia a procesos históricos que nada tienen que ver con el nacionalismo. En Guaymas existe una colonia que se llama Yucatán porque sus primeros habitantes fueron yaquis que regresaron a Sonora después de haber sido obligados a trabajar en las haciendas henequeneras

¹⁰ La estación Etiopía hace referencia a la visita de Haile Selassie a México en agradecimiento por la postura anticolonial del Estado mexicano frente a la invasión italiana durante la Segunda Guerra Mundial.

de la península durante las campañas de desplazamiento, exterminio y esterilización forzada del Estado mexicano contra los yaquis.

Conclusión

El estudio de caso de los estratos de la toponimia mexicana nos relata procesos de cambio en la narrativa de los principios y valores que, en sus diferentes momentos, quisieron proyectar a lo interno y externo las élites que controlaron políticamente el territorio de lo que hoy conocemos como “México”. La temática de estos topónimos es un reflejo por medio del geo-cuerpo del discurso político e historiográfico deseado. A una escala más amplia es interesante contrastar el proceso de la toponimia mexicana con el de otros lugares como Turquía. Como mencionamos en la introducción la consolidación del paradigma nacionalista en el Medio Oriente es un fenómeno relativamente nuevo en comparación con América Latina. México lleva más de doscientos años como estado independiente mientras que países como Turquía apenas llevan cien y otros como Siria o Iraq no han cumplido ni siquiera el siglo. ¿Cómo se ha manifestado la toponimia en México con relación a estos otros países? Hay procesos que se vivieron en México hace siglos que se están presentando en la actualidad en el Medio Oriente. En ese sentido comparemos la eliminación masiva de toponimias kurdas en Turquía o Siria que amenazan el frágil discurso nacionalista turco y árabe en contraposición con la toponimia mexicana moderna que no sólo no busca borrar aquello que ya no fue borrado en el pasado, sino que en ciertos casos aglutina cada uno de sus estratos. Tal es el caso de San Cristóbal Ecatepec de Morelos:

[...] Ecatepec, “En la montaña del viento”, estaba ya acompañado del santo patrono, San Cristóbal. Más tarde se añadió “de Morelos” para recordar que en ese lugar fue ejecutado este héroe al tiempo de la revolución de independencia. Lo interesante de estos topónimos es que en ellos se conmemoran, de un modo o de otro, acontecimientos o personas que guardan relación con los tres periodos que integran la historia de México: su pasado indígena, su herencia española y la época moderna de su vida independiente. Podría decirse que así todos los antecedentes

de la gran familia que es México son objeto de reconocimiento (León-Portilla, 2010: 184).

En el barrio romaní de Shuto Orizari, al norte de Skopje, en la ex república yugoslava de Macedonia, hay una avenida que lleva el nombre de “Gvadalajara”. Durante la época de Tito en Yugoslavia el cine de Hollywood estuvo prohibido y fue sustituido por la época de oro del cine mexicano, cuando Guadalajara era el gran símbolo internacional de la mexicanidad. Las once letras que componen la palabra “Guadalajara” nos relatan parte de la historia de la humanidad. Su origen es árabe فراجحلا يداو (“río de piedras”) y es el nombre con el cual nombraron a una localidad en la península Ibérica cercana a Madrid durante su presencia en la región. Posteriormente los españoles hicieron lo mismo que los árabes y el topónimo viajó a América para dar nombre a una de las tres ciudades más pobladas de México de la actualidad. Otras localidades como Cartago (Costa Rica) o Cartagena (Colombia, de Cartago Nova) cuya etimología es de origen fenicio (Qart Hadasht, “ciudad nueva”) narran procesos históricos y migratorios semejantes. El apellido Melgar es también el nombre de una provincia en Perú y deriva del topónimo Málaga que también es fenicio. En el nombre de las personas o de los lugares que habitamos vive la memoria de aquello que aconteció en el pasado y que nos moldea en el presente. La toponimia como elemento fundamental del “geo-cuerpo” de los Estados-nación explica mucho si le prestamos atención.

Bibliografía

- ALEKSOWSKI, Petro, dir. (2013). *Makedonec* [documental]. Polonia, Polski Instytut Sztuki Filmowej.
- ANDERSON, Benedict (1993). *Comunidades imaginadas*. Trad. de Eduardo L. Suárez. México, FCE.
- CILLIA, Rudolf de, Martin Reisigl y Ruth Wodak (1999). “The discursive construction of national identities”, en *Discourse & Society*. vol 10, núm. 2. Londres/Nueva Dehli/Thousand Oaks, sage Publications, pp. 149-173.

DATOS ARGENTINA (2024). *Histórico de nombres*. Recuperado el 10 de enero de 2024 de: <https://datos.gob.ar/dataset/otros-nombres-personas-fisicas/archivo/otros_2.1>.

EL-SHBOUL, Ali (2018). “Los arabismos en la historia lingüística del español: Una estrategia para el aprendizaje del español y el árabe como lenguas extranjeras”, en *Revista de Filología y Lingüística de la Universidad de Costa Rica*, vol. 44, núm 2 [formato electrónico], pp. 179-212. Recuperado el 10 de enero de 2024 de: <<https://www.redalyc.org/journal/332/33267713010/html/>>.

ESTREMO, Sebastián (2017). *La construcción de nacionalismos en el Kurdistan y la Revolución del Rojava* (Bakur). México. Tesis, El Colegio de México. Recuperada el 10 de enero de 2024 de: <<https://repositorio.colmex.mx/concern/theses/xp68kg47r?locale=en>>.

ESTREMO, Sebastián (2021). *El río de los dos mundos*. Recuperado el 10 de enero de 2024 de: <<https://raichali.com/2021/05/04/cronica-río-bravo-santa-elena/>>.

ESTREMO, Sebastián (2022). *Topónimos: memoria de los pueblos en el territorio*. México, Fogra.

INSTITUTO NACIONAL DE LENGUAS INDÍGENAS [INALI] (2024). *Catálogo de las Lenguas Indígenas Nacionales* [pdf]. Recuperado el 10 de enero de 2024 de: <https://www.inali.gob.mx/pdf/CLIN_completo.pdf>.

INSTITUTO NACIONAL DE ESTADÍSTICA Y GEOGRAFÍA [INEGI] (2024). *Cuéntame de México*. Recuperado el 10 de enero de 2024 de: <<https://cuentame.inegi.org.mx/poblacion/natalidad.aspx?tema=P>>.

LEÓN-PORTILLA, Miguel (2010). “La multilingüe toponimia de México: sus estratos milenarios”, en *Obras de Miguel León-Portilla*. vi. *Lingüística* [pdf] III, UNAM, pp. 171-206. Recuperado el 10 de enero de 2024 de: <http://www.historicas.unam.mx/publicaciones/publicadigital/libros/obras_leon_portilla/545.html>.

LEXICOGRAPHY (2024). Происхождение слова красный. Recuperado el 10 de enero de 2024 de: <<https://lexicography.online/etymology/>>.

NACIONES UNIDAS (2002). *Glossary of terms for the standardization of geographical names*. Nueva York, Naciones Unidas.

NACIONES UNIDAS (2007). *Manual para la normalización nacional de los nombres geográficos*. Nueva York, Naciones Unidas.

- NIŞANYAN, Sevan (2011). *Hayalı coğrafyalar: cumhuriyet döneminde Türkiye’de değiştirilen yeradları*. Estambul, TESEV.
- SAHAKYAN, Lusine (2010). *Turkification of the toponyms in the Ottoman Empire and the Republic of Turkey*. Montreal, Arod Books.
- SÁNCHEZ, Joan-Eugeni (1992). *Geografía política*. Madrid, Síntesis.
- SAND, Shlomo (2013). *La invención de la Tierra de Israel: De Tierra Santa a madre patria*. Trad. de José María Amoroto Salido. Madrid, Akal.
- SANGUIN, André-Louis (1981). *Geografía política*. Trad. de Carmen Ferrer y Jordi García-Jacas. Barcelona, Oikos-Tau.
- SCHLÖGEL, Karl (2007). *En el espacio leemos el tiempo. Sobre Historia de la civilización y geopolítica*. Trad. de José Luis Arántegui. Madrid, Siruela.
- СЛОВАРЬ Синонимов (2013). Полная история происхождения слова “Красный”. Recuperado el 10 de enero de 2024 de: <<https://xn----7sbfc3aaqnhaffduk9p.xn--plai/blog/polnaya-istoriya-proishozhdeniya-slova-krasnyj->>.

Nombres geográficos: patrimonio inmaterial en la palabra escrita, la oralidad y los imaginarios en México

JESÚS ISRAEL BAXIN MARTÍNEZ
Facultad de Filosofía y Letras, UNAM

La acción de nombrar los espacios es inherente a los seres humanos. En múltiples escalas que van de los lugares cotidianos a las grandes regiones continentales, la humanidad ha tenido necesidad de colocar su impronta mediante nombres geográficos, palabras que aluden a características del entorno o a sucesos y personajes que recuerdan sus fundaciones o aspectos de la identidad propia del grupo cultural.

Existen palabras dispersas en los mapas, pero también en múltiples letreros que nos indican el nombre dado a espacios geográficos de diferentes escalas. En la oralidad y en los imaginarios también se reconoce a los lugares, los territorios y las regiones con palabras que los localizan, distinguen y describen. Debido a que indistintamente se utilizan los términos de topónimo y de nombre geográfico como sinónimos, al igual que “nombre de lugar”, es importante señalar su diferencia como punto de partida.

Los nombres geográficos se refieren tanto a lugares habitados (ciudades, pueblos; localidades de cualquier jerarquía) o divisiones administrativas (entidades, distritos, municipios, alcaldías; territorios en general), pero también a rasgos orográficos e hidrológicos naturales (montañas, cabos, lagos, mares) o creados por los humanos (presas, aeropuertos, carreteras) dentro del planeta Tierra, tal como lo especifica el Grupo de Expertos de Naciones Unidas en Nombres Geográficos (2007: 7), instancia internacional encargada de su normalización.

La toponimia es la disciplina que estudia los nombres dados a diferentes espacios (con mayor énfasis en los terrestres), como rama derivada de la lingüística. En tanto que, el término topónimo es un sinónimo de nombre geográfico, la palabra proviene de las raíces griegas τόπος (lugar) y ὄνομα (nombre), aunque puede referir a nombres extraterrestres, por ejemplo, en la Luna o Marte (*idem.*), puesto que

los cuerpos astronómicos cada vez cuentan con mayor descripción y nivel de detalle cartográfico.¹

Para los geógrafos, el estudio de los topónimos es fundamental desde diferentes puntos de vista, ya que el acto de bautizar o darle una denominación al espacio en cualquiera de sus categorías (territorio, región, lugar, paisaje) forma parte de la producción y apropiación del mismo por los grupos humanos (Claval, 1999: 172-173). Es la diferencia con los lingüistas, quienes prestan más atención a las cuestiones etimológicas (raíces, estructura) y a la evolución de las palabras.

Es así, que en este texto se considera que el nombre geográfico o topónimo es una coordenada lingüística que complementa a la latitud, la longitud y la altitud, dándole al lugar un carácter más humanizado y que diferencia cada espacio, a pesar de las homonimias o repeticiones de nombres en diferentes coordenadas.

Así, los nombres geográficos son una parte indisoluble del mapa, puesto que su uso como etiquetas marca y confirma la localización de determinados espacios, esto ocurre también en los navegadores contemporáneos dando dinamismo y mayor nivel de detalle al ampliar la escala, a diferencia de los mapas estáticos en soporte físico o digital.

En general, para los geógrafos y los científicos sociales el análisis de los topónimos permite relacionar algunas características del entorno con sus condiciones específicas en tiempos anteriores o presentes, puesto que muchos pobladores u ocupantes definieron nombres descriptivos de acuerdo con la presencia de recursos concretos (por ejemplo: rocas, agua, flora o fauna) o bien por sus actividades productivas u otros motivos de índole social. De esta manera, el topónimo, sea en lengua originaria o impuesta, es un posible indicativo de características del espacio en un momento determinado.

Para identificar los diferentes tipos de topónimos en campos semánticos concretos, algunos autores han propuesto categorías de clasificación por la predominancia de un elemento del paisaje en orotopónimos (re-

¹ En relación con los nombres extraterrestres se sugiere la revisión del capítulo “Astrotopónimos: Conexiones entre el espacio terrestre y el estudio del cosmos” de Guillermo Tovar Márquez, pp. 19-35, donde se presentan ejemplos sobre el nombramiento de espacios en planetas como Mercurio y Marte o satélites como la Luna, Ío, e incluso en asteroides como Ceres y Mathilde.

lieve), hidrotopónimos (cuerpos de agua), fitotopónimos (vegetación), zootopónimos (animales), cromotopónimos (aluden al color) y a nivel humano en nombres de cultura material (actividades productivas), de cultura espiritual (filosóficos, religiosos, artísticos), de procedencia de grupo (de tipo identitario, históricos), antropónimos (nombres propios de persona), hagiotopónimos (derivados de los santos) e incluso odónimos (relativos a caminos y vías de comunicación) (Anaya, 1965; Guzmán, 1987; Faure, 2004; García, 2007).

Respecto a la escala mínima de la toponimia, en este texto propongo que sea a nivel de localidad, en tanto que los rasgos internos como los nombres de calles, avenidas y vialidades se consideren nomenclatura urbana, ya que estos suelen ser más subjetivos, si bien cubren un objetivo de ordenamiento espacial, que no se puede ignorar como elemento de ubicación para sus habitantes y transeúntes.

La relevancia señalada hasta aquí sobre el estudio de los nombres geográficos es un preámbulo pertinente para comprender aspectos sobre su historia, distribución y trascendencia en México. El objetivo de este capítulo consiste en demostrar que los topónimos, más allá de su carácter descriptivo y de identificación para el ordenamiento territorial podrían ser considerados patrimonio inmaterial, en tanto expresan las necesidades de apropiación del espacio de diferentes sociedades en el tiempo y el espacio.

La naturaleza de los topónimos de México

El Instituto Nacional de Estadística y Geografía (INEGI) es la instancia que, además de encargarse de los censos y la cartografía oficial de México, tiene inventariados los nombres geográficos en diferentes escalas. Mediante el Marco Geoestadístico Nacional, el INEGI otorga códigos únicos y nombres oficiales asociados a los territorios internos del país: 32 entidades federativas y 2 453 municipios y, dentro de éstos a 189 432 localidades habitadas,² de acuerdo con el Censo de Población y Vivienda de 2020 (SIAP, 2022).

² De éstas, 185 243 son rurales (con menos de 2 500 habitantes).

Es importante destacar que los topónimos oficiales actuales se pueden consultar de manera más específica y amplia mediante el “Archivo histórico de localidades geoestadísticas” y que en este repositorio se pueden identificar los topónimos históricos de aquellas localidades que han sido renombradas desde 1900 o en algunos casos con datos anteriores, mediante sus “reseñas históricas” (INEGI, 2024a).

Obedeciendo a la definición de la ONU que incluye “lugares poblados” y “accidentes geográficos”,³ el número de topónimos incrementa. Por ejemplo, dentro de las localidades se enumeran las vialidades (calles, avenidas, ejes, parajes, etcétera), dentro de los rasgos orográficos hay cavernas, cráteres, desiertos, dunas y otras formaciones geomorfológicas; o dentro de las áreas de referencia naturales y culturales se incluyen bosques, salinas, sitios arqueológicos, zonas geotérmicas, entre otras (tabla 1).

Tabla 1. Ejemplos de la dimensión toponímica de México.

Tipo de rasgo	Número de elementos	Ejemplos
Localidades (vialidades y asentamientos humanos)	1 389 766	Boulevard Bonampak (Sinaloa) Colonia Campanatepetl (Puebla)
Servicios e instalaciones	299 053	Teleférico de Montetaxco (Guerrero) Aduana San Emeterio (Sonora)
Rasgos orográficos	86 829	Barranca Alcaparrosa (Edomex) Cerro Andangio (Michoacán)

³ Si bien este término se encuentra en desuso, el Grupo de Expertos de Naciones Unidas en nombres geográficos se refiere de esta manera a los rasgos orográficos e hidrográficos.

Rasgos hidrográficos	77 306	Río Aborichi (Chihuahua) Arroyo Atlamaxatl (San Luis Potosí)
Áreas de referencia naturales y culturales	20 887	Pinturas rupestres Cueva del ratón (Baja California Sur) Pirámide Cuyuxquihui (Veracruz)
Formas litorales	2 433	Cantil del Tambor (Hidalgo) Albufera Singaitita (Nayarit)
Formas del relieve submarino	98	Monte submarino Cantor (Océano Pacífico) Dorsal Popcorn (Océano Pacífico)

Fuente: Elaboración propia con base en INEGI, 2024c.

De esta manera, en otro repositorio de INEGI, el “Registro de Nombres Geográficos Continentales, Insulares y de las Formas del Relieve Submarino con fines estadísticos y geográficos”, se pueden consultar las bases de datos de todos los topónimos reconocidos oficialmente hasta la escala de calles, identificando la distribución de homonimias (nombres idénticos) a lo largo y ancho del territorio nacional.

A nivel histórico, cabe indicar que León-Portilla (2010) proponía que la toponimia de México puede leerse como una acumulación de capas o estratos, en relación con las etapas por las que ha transcurrido la ocupación del territorio. En ese sentido, se pueden distinguir al menos cuatro momentos de bautismos o denominaciones del espacio, dos de manera previa al virreinato donde prevalecían la oralidad o el registro gráfico mediante glifos⁴ (figura 1) y dos más en las que ya se cuenta con registros históricos.

⁴ Para la Ciudad de México Almaguer (2009) identifica 119 nombres en náhuatl, en tanto León-Portilla y Aguilera (2016) contabilizan 116 glifos toponímicos desprendidos del conocido como Mapa de Uppsala.

En el primer grupo se encuentran dos estratos: el antiguo donde había una diversidad de lenguas en Mesoamérica, Oasisamérica y Aridoamérica (sobreviven algunos como Mulegé, en Baja California Sur y Xbox en Yucatán), seguido por el de las migraciones y conquistas de los mexicas que consistieron en la imposición del náhuatl entre los siglos XIV y XVI (Coatzacoalcos en Veracruz y Tututepec en Oaxaca son claros ejemplos).

Figura 1. Reivindicación de glifos topónímicos en la Ciudad de México.



Fuente: Fotografías del autor, 2022.

Posteriormente se pueden distinguir el estrato del español, donde se incorporaron nombres castellanos (por ejemplo, del amplio santoral) y nuevas fundaciones (homonimias como Valladolid o Salamanca) incluyendo las de raíz árabe (Guadalajara, Guadalupe, etcétera) o distorsiones de los nombres originarios (por ejemplo, Ahuilizapan se convierte en Orizaba); mientras que el estrato moderno-contemporáneo alude a personajes y sucesos desde el México independiente (Morelia en honor a Morelos), incluyendo aquellos nombres derivados de lenguas extranjeras (como Estación Wadley en San Luis Potosí).

Si bien los topónimos de todas las etapas o estratos resultan relevantes, aquellos más antiguos que aún perviven en el territorio serán

objeto a destacar como parte de la propuesta patrimonial desde el punto de vista de la diversidad y pluralidad geográfica.

Las homonimias a lo largo y ancho del territorio

Resulta pertinente destacar que, en complemento con las coordenadas geográficas, los topónimos refuerzan en carácter único de cada lugar, a pesar de las repeticiones de nombres en diferentes ubicaciones del territorio.

En México, dentro de las más de 189 mil localidades registradas, se pueden identificar nombres repetidos por diversas causas. Algunos lugares se bautizaron de manera idéntica por condiciones similares del entorno (Acatlán “lugar de cañas” se repite en 29 localidades), por cuestiones mitológicas (Coatepec “en el cerro de la serpiente” da nombre a 48 localidades), por refundaciones de migrantes (Tlaxcala da nombre a 51 localidades, incluyendo ejidos), por advocaciones del catolicismo (hay 834 localidades llamadas Santa Rita), entre otros fenómenos socioculturales detrás de la elección de un nombre para un lugar habitado.

De esta forma, resalta el hecho de que entre los nombres más aludidos en la toponimia se encuentren Zapata, Guadalupe o Buenavista, todos provenientes de los estratos del virreinato o del México moderno-contemporáneo (tabla 2) y que otros nombres originarios sean de distribución única tales como Angangueo (purépecha), Calamajué (cochimi) o Chenalhó (tsotsil).

Tabla 2. Ejemplos de algunas homonimias en México.

Nombre geográfico	Municipios	Localidad urbana	Localidad rural	Rasgos hidrográficos	Rasgos orográficos	Calles
Almoloya	4	7	24	10	5	88
Buenavista	3	10	1 149	65	126	663
Guadalupe	12	47	2 339	87	94	8 142
La Paz	6	11	272	6	15	2 086
Leona Vicario	0	1	16	0	0	1 631
Mazatlán	3	4	24	0	1	505
Nogales	2	4	287	82	44	1 229
San Marcos	3	15	431	53	57	843
Santa Gertrudis	1	1	141	32	18	140
Tonalá	3	4	47	9	8	248
Xochitlán	2	4	12	1	0	16
Zapata	7	17	558	5	9	13 820

Fuente: Elaboración propia con base en INEGI, 2024b.

En otros casos, llama la atención el traslado de nombres en diferentes sentidos y ubicaciones. Por ejemplo, de acuerdo con algunos lingüistas el nombre original de Tacubaya en lengua náhuatl era Atlacuihuayan, con distintas interpretaciones tales como “lugar donde se lanzan o almacenan flechas” (Moctezuma, 2006) o “lugar donde se junta el agua” (Gobierno de México, 2013). Hasta finales del siglo XIX Tacubaya era un municipio de la prefectura homónima (figura 2), y aún a mediados del siglo XX era una ciudad al sur de la Ciudad de México, pero con el crecimiento de la mancha urbana perdió su jerarquía como localidad pasando a ser una colonia dentro de la delegación Álvaro Obregón⁵

⁵ Hasta 1940 fue denominada San Ángel, después Villa Obregón (INEGI, 2024a).

en 1970, y después se incorporó a la delegación (hoy alcaldía) Miguel Hidalgo.

Figura 2. Croquis del municipio de Tacubaya, 1897.



Fuente: SIAP, Mapoteca Manuel Orozco y Berra. Enrique Fabbri. COYB. DF.M44.V9.0525

Para complementar el ejemplo anterior cabe señalar que en Oaxaca existe un municipio llamado Mártires de Tacubaya en honor a un suceso acontecido en 1859 durante la Guerra de Reforma, y que Tacubaya también denomina 21 localidades rurales en entidades como Coahuila (San Pedro), Guanajuato (Pénjamo), Jalisco (Lagos de Moreno), Chihuahua (Camargo, Saucillo), Puebla (Tlacuilotepec) o Chiapas (Miraflores). Destaca que no hay alguna localidad que conserve el nombre original Atlacuihuayan, en tanto que su castellanización por mala audición pasó de un lugar en la Ciudad de México a renombrar espacios en entidades alejadas y diversas. Este caso es un claro ejemplo de la pérdida de la toponimia originaria por otra palabra corrompida que, en cambio, pervive al paso del tiempo.

Representaciones toponímicas: de los mapas a la oralidad y a los letreros turísticos

La evocación de los nombres geográficos es oral entre las sociedades de diferentes épocas, y escrito, dentro de los lenguajes típicos de la geografía: los mapas y la descripción. El nombre geográfico es un elemento relevante de la cartografía, en tanto forma parte de su rotulación (Carrascal, 2007: 55), sin embargo, además de una “etiqueta” en planos, cartas geográficas, mapas, globos terráqueos, navegadores o sistemas de información geográfica, los topónimos refuerzan la ubicación de lugares, regiones y territorios más allá de las representaciones espaciales.

Se pueden ejemplificar mapas históricos con verdaderos nombres geográficos contenidos en proyectos no llevados a cabo. Es el caso de la cartografía mexicana que muestra la división política en 50 departamentos del Segundo imperio 1862-1867 (figura 3) donde se puede observar que había nombres contemplados para denominar entidades que no llegaron a fraguarse, como Arizona, Mapimí, Batopilas, Fresnillo, Autlán, Tancítaro, Teposcolula o Tehuantepec, varios de los cuales estaban basados en la capital respectiva de la jurisdicción proyectada o en el nombre de la región natural.

Como se ha mencionado antes, el significado de los topónimos en muchos casos se asocia con una característica del entorno o con un elemento de identidad propia del lugar, si bien es posible también una denominación arbitraria. Más allá del conocimiento de su significado, la población oriunda puede acumular vivencias que contribuyen al arraigo y a la percepción subjetiva del espacio, en tanto que, para aquellas personas que tienen información parcial o indirecta sobre determinado lugar, se cuenta con imágenes concretas o semánticas asociadas con el solo hecho de mencionar un topónimo, todo lo cual contribuye a las identidades locales y a los imaginarios propios y externos.

Los nombres geográficos sufren alteraciones en la oralidad, ya que a veces se buscan palabras con sonoridad similar y significados diferentes para referirse a los lugares en tonos que van del cariño a la burla o el prejuicio. De esta forma, lugares cuya lengua original es el náhuatl como Ecatepec, cuyo significado es “en el cerro del viento” en la oralidad se convierte en “Ecatepunk”, mezclando parte del prefijo náhuatl y un anglicismo o “Ecateror” apuntando a la fama sobre inseguridad, o el caso de “Nezahualcóyotl” derivado de un antropónimo, “el Coyote hambiento”, reconocido por oriundos y fuereños como “Neza York” o “Mi Nezota” (Topherette, 2020), un guiño a localidades de los Estados Unidos, denominaciones que matizan los imaginarios.

Ocurre también que, entre el amplio listado de nombres curiosos que hay en México, hay algunos que dan una idea que difiere de su significado real, como se verá en los siguientes tres ejemplos. Mascota es una localidad en Jalisco, cabecera del municipio homónimo, se trata de un nombre en lengua indígena que fue transcrito de una manera entendible para los españoles, siendo alterado de su forma original, ya que posiblemente provenga del náhuatl Amaxacotlán o Mazacotla que significaría “lugar de venados y culebras” (INEGI, 2024a) y que nada tiene que ver con los animales de compañía.

Otro nombre curioso es el de Salsipuedes, el cual se distribuye en 119 homonimias en 21 entidades. La expresión castellana de dos verbos con un condicional en medio se aglutinó en una sola palabra y para asignar a lugares con ubicación en riberas (Tabasco), sitios de pesca (Sinaloa), ojos de agua (Sonora) y en una isla del Golfo de California (Baja California).

Por su parte, Honey no proviene de la palabra miel en inglés, sino que esta localidad en Puebla toma su nombre en honor a Richard Honey, personaje que se estableció en aquel lugar (antes llamado Chila), y montó una fábrica de pinturas elaboradas con tierras colorantes y resinas de la región. Tiempo después se segregó del municipio Pahuatlán en 1930 dando origen a una nueva cabecera (INEGI, 2024a).

Es así que a lo largo y ancho de México se pueden encontrar nombres geográficos de raíces indígenas (figura 4), castellanas (figura 5) y extranjeras, así como combinaciones, que le dan al territorio “una multilingüe toponimia” (León-Portilla, 2010) de carácter heterogéneo en el presente.

Figura 4. Portal de bienvenida al municipio de Ootzolotepec, Estado de México.



Fuente: Fotografía del autor, 2022.

Figura 5. Letrero turístico en Santa Rosalía, Baja California Sur.



Fuente: Fotografía del autor, 2019.

Las modificaciones y desapariciones de los topónimos

Los nombres geográficos son entes “vivos”, en tanto nacen, se desarrollan o modifican y, en ocasiones, desaparecen. Tal como la lengua y la sociedad evolucionan, los territorios y lugares se adaptan a los cambios y necesidades de quienes los habitan o los ocupan.

Durante los tres siglos del Virreinato de la Nueva España se tuvieron múltiples divisiones políticas que daban nombre a las jurisdicciones administrativas, en aquel tiempo Reinos, Provincias e Intendencias. Algunas se llegaron a denominar como nuevas fundaciones en la América hispana como fue el caso de la Nueva Galicia (actuales Jalisco y Nayarit), la Nueva Vizcaya (actuales Chihuahua y Durango) o el Nuevo Santander (actual Tamaulipas) (Commons, 2002), en tanto que los nombres de algunas capitales como Antequera o Valladolid, con el paso de los siglos se establecieron definitivamente como Oaxaca y Morelia, respectivamente.

En la historia moderna el territorio de México decreció en el siglo XIX al perderse parte del Septentrión (Alta California, Arizona, Nuevo México, Texas, la Mesilla), pero también se dio el caso de islas que le fueron arrebatadas: las del Archipiélago del Norte (hoy llamadas Channel Islands por los estadounidenses) y en el siglo XX la isla de la Pasión (Clipperton, hoy francesa). Por el contrario, en su primera etapa independiente, se incorporó a México el actual estado de Chiapas, incluyendo el Soconusco.

Las modificaciones territoriales en la historia han influido en el crecimiento o decremento de los listados de nombres nacionales, al igual que ocurre con la creación de nuevas localidades, la fusión de pueblos con las urbes o zonas metropolitanas e incluso la segregación de municipios para dar pie a otros nuevos que serán topónimos oficiales de mayor jerarquía.⁶ En las siguientes líneas se ejemplificarán algunos casos sobre las modificaciones y desapariciones de topónimos en el territorio de México.

⁶ De acuerdo con el Censo de Población y Vivienda 2020, ese año se registraron 13 nuevos municipios, entre otros: San Quintín en Baja California, segregado de Ensenada; Xoxocotla en Morelos, segregado de Puente de Ixtla; y Bacalar en Quintana Roo, segregado de Othón P. Blanco.

Diversidad toponímica en la zona continental de México

Además de los cambios territoriales en escala más extensa, a nivel local pueden identificarse casos de modificaciones de nombres geográficos por razones diversas. Tal como se comentó líneas arriba en los casos de Tacubaya y Mascota, por castellanización o mala interpretación fonética de los españoles, varios nombres originarios cambiaron para dar pie a nuevos topónimos que sobreviven hasta nuestros días. Tal es el caso Cuernavaca, originalmente Cuauhnahuac “Lugar rodeado de árboles”; Churubusco, antiguo Huitzilopchco “en el lugar de los colibríes del sur” o el caso de Orizaba, antes Ahuilizapan que tiene dos interpretaciones “disfrutar dentro del agua” o “río que sirve para regar” (INEGI, 2024a; Moctezuma, 2006).

Así como León-Portilla propuso cuatro estratos en la toponimia, cabe señalar que existen nombres originarios sin cambios o que han presentado modificaciones menores, conservándose desde el tiempo prehispánico. No obstante, otros fueron sustituyendo a los nombres antiguos, ya sea por las migraciones mexicas que impusieron el náhuatl (Tlaxiaco, en la región mixteca),⁷ por la reivindicación de héroes de la historia moderna y contemporánea (Ciudad Serdán, Ciudad Altamirano⁸) o por rescate de los nombres autóctonos (Chetumal), borrando denominaciones anteriores, tal como se observa en la tabla 3.

Tabla 3. Las capas enterradas en algunos topónimos.

Nombre actual	Topónimo anterior	Significado del nombre originario
Ciudad Serdán (Puebla)	Chalchi-comula	Criadero de piedras preciosas (náhuatl)
Ciudad Altamirano (Guerrero)	Pungarabato	Cerro del plumaje (purépecha)

⁷ Sobre esta región y lengua se recomienda acercarse al capítulo “La toponimia mixteca de los cuatro rumbos” escrito por Marcelo Ramírez Ruiz en esta obra colectiva, el cual analiza la asociación de la toponimia con elementos cosmológicos.

⁸ Véase la interpretación detallada del nombre Pungarabato en el capítulo de Mariana Alzaga “La toponimia como fuente para la historia: el caso purépecha”.

Chetumal (Quintana Roo)	Payo Obispo	Chactemal: Allí cae o baja la lluvia (maya)
Tlaxiaco (Oaxaca)	Ndisi nuu	En el lugar lluvioso del juego de pelota (nahuatl) / Buenavista (mixteco)

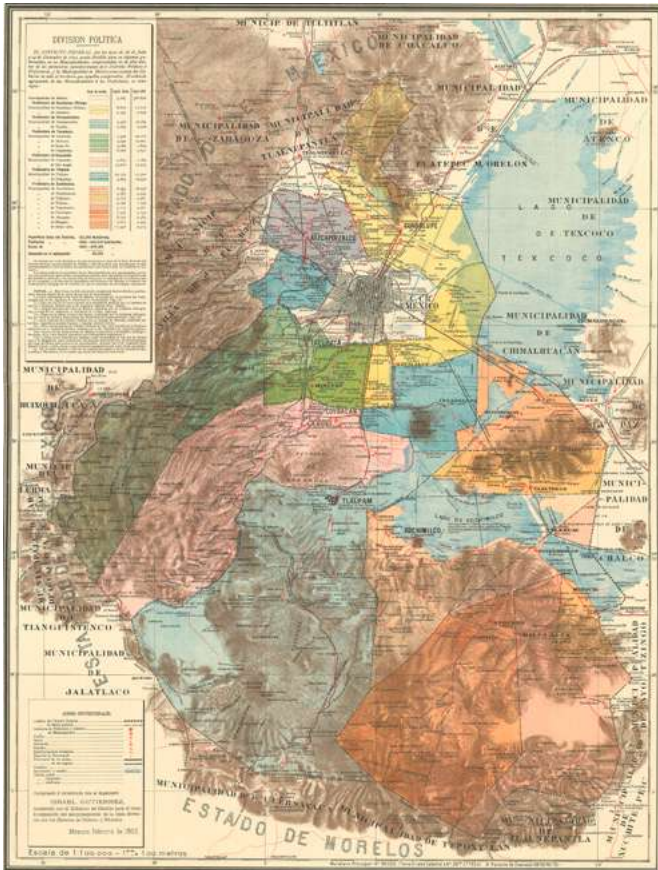
Fuente: Elaboración propia con base en INEGI, 2024a.

También se da el caso de la pérdida de nombres por su asimilación urbana. Algunos pueblos, antes localidades claramente diferenciadas fueron absorbidas por la mancha urbana convirtiéndose en colonias o barrios. Para el caso de la Ciudad de México este fenómeno no sólo sucedió en Tacubaya, también en lugares como Tacuba (cuyo topónimo original era Tlacopac “en el lugar de los mimbres”) o San Ángel (antes Tenanitla “donde abundan las murallas”). Éstos son claros ejemplos de pérdida de jerarquía territorial, ya que, aunque los nombres no desaparecen, pasan de ser localidades de una entidad a denominar colonias de una localidad.

En el caso del Distrito Federal, esta entidad fundada el 18 de noviembre de 1824 para albergar a los poderes ejecutivo, legislativo y judicial (SIAP, 2018), cambió su nombre en 2016 para convertirse oficialmente en la Ciudad de México cuyas delegaciones se reconocen ahora como alcaldías, un acontecimiento que no ha mutado del todo en la memoria de los habitantes vivos, quienes aún usan indistintamente uno u otro topónimo, una u otra referencia de demarcación.

Al revisar mapas históricos es relevante identificar cómo a inicios del siglo XX, el entonces Distrito Federal aún conservaba nombres para sus demarcaciones (entonces municipalidades) que se sustituyeron por los de personajes históricos (antropónimos), tal fue el caso de Guadalupe-Hidalgo que cambió por Gustavo A. Madero, Mixcoac por Benito Juárez o San Ángel por Álvaro Obregón, asimismo la municipalidad de México se convirtió posteriormente en las delegaciones Cuauhtémoc y Venustiano Carranza y las municipalidades de Tacubaya y Tacuba darían lugar más tarde a la delegación Miguel Hidalgo (figura 6).

Figura 6. Carta política del Distrito Federal, 1902.



Fuente: SIAP, Mapoteca Manuel Orozco y Berra. Israel Gutiérrez. Escala 1: 100 000. COYB.DF.M44.v11.0786.

Frente a la reivindicación de las raíces del náhuatl, en México también se ha dado el caso de la creación de nombres híbridos: Polotitlán, Hidalgotitlán, Minatitlán no son más que apellidos a los que se agregó el sufijo “titlán”, que significa “junto” o “entre” (Robelo *et al.*, 1966). De manera similar en el municipio de Chiautempan (Tlaxcala), una lo-

calidad registrada por primera vez en 1950 lleva el nombre de San Pedro Muñoztla, este sufijo a diferencia del anterior se traduce como “donde abunda” (*idem*), ya que entre sus habitantes el apellido predominante era Muñoz. De ser una localidad con 800 habitantes en 1950, en 2020 contabilizaron 4 035, por lo que en esta evolución demográfica habría que confirmar si continúa la tendencia original o ahora los apellidos son heterogéneos.

Particularidades de los nombres en las islas de México

Las islas de México, espacios menos reconocidos por la población, cuentan con sus propias modificaciones y desapariciones de topónimos. Durante el virreinato muchas islas fueron denominadas por exploradores y navegantes, como se puede rastrear en las crónicas y la cartografía histórica.

Entre las islas que bordean a la península de Baja California,⁹ por ejemplo, Hernán Cortés en 1535 denominó isla de Perlas a la actual Espíritu Santo y Santiago a la que se llamaría más tarde Cerralvo; en el siglo XVII la actual San Marcos ostentó el nombre de Galápagos, en tanto San Lorenzo fue la isla de San Sebastián y la de Guadalupe se conoció como isla de Pájaros. Las del Archipiélago de Revillagigedo aún en el siglo XVIII eran conocidas como Santa Rosa (actual Clarión), Santo Tomás (actual Socorro) y la Anublada (actual San Benedicto) (Reyes, 1992).

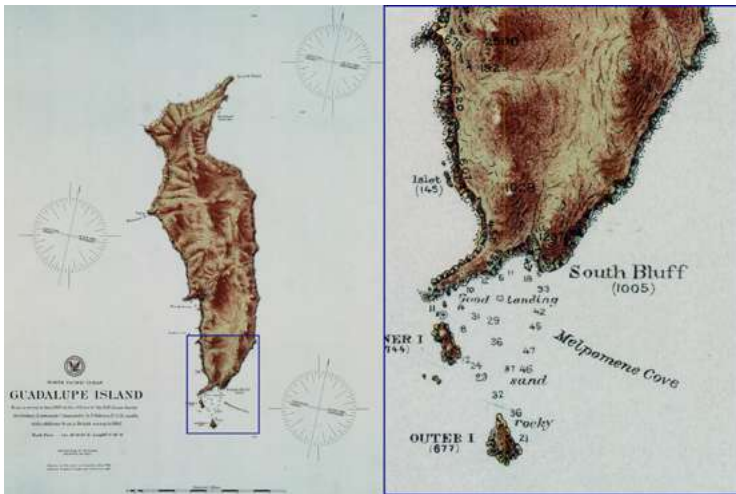
En una escala más específica, al interior de las islas o en los rasgos litorales y marítimos que las rodean, es curioso identificar algunos nombres que se señalan en mapas puntuales o en la oralidad de los isleños, pero que ni en el “Registro de Nombres Geográficos...” de INEGI ni en los navegadores contemporáneos como Google Earth están identificados.

Para el caso de la isla Guadalupe (Baja California), una de las más extensas de México y que es el punto más occidental del país, se da

⁹ Acerca del topónimo de esta península, la cual se vislumbró y cartografió como isla en algunos imaginarios entre los siglos XVII y XVIII, Leonardo Varela Cabral en este mismo libro ofrece una nueva interpretación en el capítulo “El nombre vasco-franco de California: una propuesta alternativa”.

el caso de un topónimo particular: Melpómene, que, en algunos documentos y mapas, es señalada como bahía, caleta o ensenada en el sur de la isla (figura 7); mientras que en otras fuentes el topónimo aparece mencionado como un arroyo (SEMARNAT, 2013: 31; Santos y Peters, 2005: 128). Llama la atención la alusión a la musa de la tragedia griega para un espacio inclemente, ventoso y sin potencial pesquero, según descripciones del año 1948 (Jordán, 2014: 187-188).

Figura 7. Carta náutica de Isla Guadalupe, 1897.



Fuente: SIAP, Mapoteca Manuel Orozco y Berra. G. W. Littlehales y G. Noetzel, Department of the Navy / Bureau of Navigation. COYB.BC.M42.v3.0107

En isla de Cedros (Baja California), un espacio insular que originalmente los cochimí conocían como Huamalguá “Isla de neblinas” o “la casa de la niebla” (Lazcano y Pericic, 2001: 273), se dan dos fenómenos particulares. El primero es la abundancia de topónimos presentes en la oralidad de pescadores, buzos y población en general que no están registrados en la cartografía oficial de INEGI (Baxin, 2010: 213-216). El segundo es el caso de los topónimos ficticios en un momento particular, específicamente por un proyecto de habitarla en el siglo XIX que no se

efectuó. El concesionario, Luis Hüller, solicitó una cartografía detallada de la isla a tres ingenieros en 1884 y éstos, al tener un territorio en blanco que nombrar decidieron marcar en el mapa la Ensenada del Sauce; los Montes Zaragoza, Hidalgo, Juárez, Morelos, Romero Rubio, Lerdo de Tejada; las Sierras de la Amistad, Lugarda, de las Cabras; la Cordillera de la Independencia y como asentamiento proyectado los Ejidos de la Colonia Luis Hüller y Cía. Estos topónimos, la mayoría aludiendo a personajes decimonónicos, sólo quedaron en aquel mapa, ya que a partir de 1922 la isla se pobló efectivamente y los nombres de lugar terminaron siendo otros (Baxin, 2022: 283-284).

El último caso a exponer es el de la isla Cerralvo (Baja California Sur), en el Golfo de California, habitada desde la etapa prehispánica por los indígenas pericúes y que fue puesta en los mapas desde el siglo XVI, si bien se desconoce su topónimo originario. Desde el siglo XVII y hasta recientemente se conoció como Cerralvo en honor a uno de los virreyes que financió las expediciones del navegante Francisco de Ortega, para explorar la costa oriental de la California mexicana. Sin embargo, en 2009 el INEGI mediante un acuerdo en el *Diario Oficial de la Federación* cambió arbitrariamente su nombre por el de Jacques Cousteau, oceanógrafo que denominó al citado Golfo como “el acuario del mundo”. Ante ese cambio de nombre, el historiador mexicano Miguel León-Portilla publicó su inconformidad por borrar la historia detrás de aquel topónimo. Dentro de la indignación expresada por este pensador mexicano destaca el hecho de que los nombres no deberían ser borrados sin consultar previamente a la población oriunda o de los espacios inmediatos (León-Portilla, 2009).

De manera general, las islas mexicanas han sido y son poco abordadas como espacios de interés, tanto en el mundo académico como en los medios de comunicación, por lo que, se acentúa el desconocimiento de su toponimia: de las 4 110 islas que el INEGI reconoce como integrantes del territorio mexicano, sólo 1 031 tienen un nombre oficial (Subgrupo del Catálogo de Islas Nacionales, 2014; Guerrero, 2025), es decir que tres cuartas partes son aún en el presente sólo el vértice numérico de dos coordenadas. Estas islas innombradas debieran denominarse por alguna característica del entorno o con la reivindicación de aspectos de la historia, los personajes clave o la identidad de los mexicanos, quedando como una tarea pendiente para el bautismo territorial.

Los topónimos originarios como parte del patrimonio cultural intangible

Llegados a este punto, las explicaciones, enumeraciones y ejemplos brindados sobre la importancia de los topónimos mexicanos son un preámbulo para plantear que este cúmulo de nombres geográficos de todas las etapas históricas forman parte del patrimonio cultural, aunque todavía no se les reconozca de esta forma oficialmente.

En concreto, los nombres geográficos en lenguas originarias de la etapa prehispánica han sobrevivido a procesos de imposición toponímica o de modificaciones por las sociedades modernas y contemporáneas, incluyendo aquéllos corrompidos por la castellanización. Sería pertinente revalorar estos nombres para otorgarles una categoría especial dentro del patrimonio que significa la toponimia mexicana en su conjunto.

Debido a que “los topónimos, como parte de esa herencia lingüística de toda una sociedad, dotan de una fuerte identidad a los territorios y lugares” (Santiago, 2022: 53) es oportuno crear conciencia de su papel patrimonial y sacarlos del anonimato. De esta manera, un primer paso para otorgarles un valor patrimonial es reconocer su relevancia como un conjunto de expresiones propias de una cultura para apropiarse del espacio que ha trascendido en el tiempo.

El patrimonio cultural y la patrimonialización

De acuerdo con la UNESCO, el patrimonio cultural es a la vez un producto y un proceso que suministra a las sociedades un caudal de recursos que se heredan del pasado, se crean en el presente y se transmiten a las generaciones futuras para su beneficio (Huerto, Curia y Yuln, 2022).

Dentro del patrimonio cultural se incluyen los usos, representaciones, expresiones, conocimientos y técnicas (junto con los instrumentos, objetos, artefactos y espacios culturales que les son inherentes) que las comunidades, los grupos y, en algunos casos, los individuos reconocen como parte integrante de su personalidad social. Dicho patrimonio es recreado constantemente por las comunidades y grupos en función de su entorno, su interacción con la naturaleza y su historia (RAE, 2024). En este conjunto hay cabida para los topónimos como representación del espacio, expresión lingüística y conocimiento geográfico.

De manera más específica, el patrimonio cultural inmaterial incluye prácticas y expresiones vivas heredadas y transmitidas como tradiciones orales, artes escénicas, usos sociales, rituales, actos festivos, conocimientos y prácticas relativos a la naturaleza y el universo, saberes y técnicas (Ministerio de Cultura, 2023). Es así que, hasta 2023, México cuenta con 12 motivos de Patrimonio Cultural Inmaterial de la Humanidad en la lista representativa de UNESCO (tabla 4).

Tabla 4. México en la Lista representativa del Patrimonio Cultural Inmaterial de la Humanidad (UNESCO).

Año de inscripción	Patrimonio cultural inmaterial
2008	1. Las fiestas indígenas dedicadas a los muertos
2009	2. Lugares de memoria y tradiciones vivas de los otomí-chichimecas de Tlaximán: la Peña de Bernal, guardiana de un territorio sagrado.
	3. La ceremonia ritual de los Voladores
2010	4. Los parachicos en la fiesta tradicional de enero de Chiapa de Corzo
	5. La pirekua, canto tradicional de los p'urhépechas
	6. La cocina tradicional mexicana: Una cultura comunitaria, ancestral y viva y el paradigma de Michoacán
2011	7. El Mariachi, música de cuerdas, canto y trompeta
2012	8. Xtaxkgakget Makgkaxtlawana: el Centro de las Artes Indígenas y su contribución a la salvaguardia del patrimonio cultural inmaterial del pueblo totónaca de Veracruz, México
2016	9. La charrería, tradición ecuestre en México
2018	10. La romería de Zapopan: ciclo ritual de La Llevada de la Virgen

2019	11. Procesos artesanales para la elaboración de la Talavera de Puebla y Tlaxcala
2023	12. Bolero: identidad, emoción y poesía hecho canción

Elaboración propia con base en UNESCO, 2024.

Desde finales del siglo XX, vivimos una etapa de “patrimonialización” que intenta conservar, revalorar y darle plusvalía a espacios, prácticas y recursos (naturales, culturales, alimenticios, etcétera). De esta manera se han otorgado categorías de patrimonio natural, patrimonio cultural (material o inmaterial) o patrimonio de la humanidad a lugares e incluso de patrimonio vivo a personas dignas de ser reivindicadas por sus aportes a la sociedad.

En ese contexto pudiera haber cabida para considerar a los topónimos como parte del patrimonio de diferentes países y regiones. España, por ejemplo, promulgó en 2015 una *Ley para la Salvaguarda del patrimonio cultural inmaterial* donde incluye a los nombres de lugar como objetos de estudio, protección y conservación puesto que dan denominación geográfica a los territorios (Arroyo, 2018: 33-37).

La tendencia de distribución de topónimos a través de sufijos en determinadas lenguas indígenas brinda resultados de interés para su identificación territorial.¹⁰ En esta puesta en valor, se considera que los topónimos son seña de identidad y apropiación para la población como parte de su memoria colectiva, su imaginario territorial y su historia (Arroyo, 2018: 44-46). Es por este antecedente que, para el caso mexicano, puede apostarse por una propuesta que considere a la toponimia originaria como patrimonio cultural intangible dada su riqueza histórica y como reflejo geográfico a través de las palabras.

¹⁰ En el capítulo 2 de esta obra colectiva, a cargo de Sebastián Estremo se ejemplifican casos de distribución en la cartografía de sufijos o letras iniciales en la toponimia de algunas lenguas originarias de México.

La reivindicación de la toponimia originaria

México cuenta con once familias lingüísticas que abarcan 68 lenguas originarias aún con hablantes. Sin embargo, no todas las lenguas que actualmente siguen vivas o aquellas que desaparecieron del territorio en los siglos recientes tienen una distribución considerable en la toponimia oficial por medio del nombre de localidades, rasgos hidrológicos o geológicos.

A través del “Catálogo de lenguas indígenas nacionales” del INALI (2024) pueden identificarse las variantes lingüísticas y su distribución en diferentes localidades del país. Cabe destacar que hay lenguas aún muy vigentes en los nombres geográficos, es el caso del náhuatl, el maya y el otomí, mientras que otras tienen una presencia menor o cuentan con topónimos utilizados sólo de manera local por sus hablantes, pero que han sido sustituidos de manera oficial por otros en castellano¹¹ o en náhuatl. Por lo anterior, la acción de inventariar los nombres geográficos en lenguas originarias, incluyendo los históricos en desuso y los extraoficiales, requiere de una gran labor entre poblaciones locales, académicos e instancias culturales y de diferentes niveles de gobierno.

Cabe destacar que, en algunas lenguas originarias, se da la coincidencia de nombres geográficos que, sin ser homónimos, remiten al mismo fenómeno en el territorio, como la abundancia de una especie. Por ejemplo, Basaseachi (ralámuli), Ihuatzio (purépecha) y Coyoacán (náhuatl) dan la misma idea al traducirse al español como “el lugar del coyote”. Se trata de tres sonoridades muy diferentes que pudieran coincidir por la abundancia de un animal, si bien es posible que haya interpretaciones alternativas desprendidas de alguna anécdota o leyenda específica de las culturas locales.

¹¹ Para el caso de la región mixteca, Santiago (2022: 160) da los ejemplos de diez comunidades del municipio de Santo Tomás Ocotepec, que en la oralidad aún conservan sus topónimos originarios, aunque la mayoría oficialmente llevan los nombres de personajes históricos: Yucava (orilla de la Peña), Tundana (voz de quejidos), Teñutu (hombre entre árboles), Itundii (loma pelona), Yosoyaa (llano de eco musical), Sayuku (al pie del cerro), Nunamachutu (lugar de amoles pequeños), Yucutasun (cerro del Halcón), Ndo'yo ita (Ciénega de flores). La única localidad que se conserva como nombre oficial es Nunuma (lugar de represa).

La valoración patrimonial de los topónimos, nos dice Santiago (2022: 149), no compete sólo a académicos, al Estado o autoridades culturales, sino que tendría que incluir en primer término a los pobladores, quienes tienen la noción del valor de sus lugares. Es importante entonces comenzar por concientizar a las poblaciones sobre la relevancia de los nombres geográficos en el uso cotidiano y como parte de la memoria colectiva para poder pasar a otras facetas de propuestas académicas y llegar así al reconocimiento como patrimonio cultural, primero en instancias estatales y federales, luego de índole internacional.

Conclusiones

Un repaso a la relevancia de la toponimia mexicana en las representaciones escritas, en la oralidad y en los imaginarios permite vislumbrar su presencia en la cotidianidad y en nuestra cultura. Los casos de estudio sobre topónimos desaparecidos, transformados, con carácter raro o que quedaron como proyectos históricos tanto en el territorio continental como en el insular dan cuenta de la relevancia de estudiar a los nombres geográficos con mayor nivel de detalle, dados los múltiples ejemplos que hay en el territorio mexicano.

A pesar de las bases de datos amplias del INEGI (Archivo Histórico de Localidades; Registro de Nombres Geográficos...) y del INALI (Catálogo de lenguas indígenas nacionales) aún hay topónimos históricos y cotidianos que falta “registrar” por las instancias oficiales, una labor pendiente por realizar desde la academia en conjunto con los diferentes niveles de gobierno.

La toponimia originaria está aún presente en gran parte del territorio mexicano de manera oficial o en la oralidad de los pobladores. Los nombres geográficos de influencia castellana y etapas posteriores (incluyendo los “nombres híbridos”), en general, tienen menor carácter descriptivo sobre las características del entorno, de ahí que sean los topónimos originarios aquellos que cuentan con mayor interés, independientemente de su antigüedad.

Los topónimos originarios de México podrían formar parte del patrimonio cultural inmaterial en tanto son representaciones y expresiones

que las comunidades, los grupos y los individuos reconocen como parte integrante de su cultura. Estos nombres geográficos se han transmitido generacionalmente, han sido recreados por las comunidades en función de su entorno y su cultura, plasman la interacción de la sociedad con la naturaleza y su historia, así como contribuyen a la identidad y la diversidad cultural.

Razones sobran para revalorar a los nombres geográficos o topónimos, más allá de ser referentes del espacio, enriquecen la historia cultural y refuerzan la pertenencia de los habitantes arraigados a un lugar y a un territorio, de ahí que sea relevante abordarlos no sólo como tema de interés académico, sino como palabras de nuestra cotidianidad con un trasfondo que rebasa su representación en los mapas y a las personas que los evocan cada que son renombrados.

Bibliografía

- ALMAGUER, Blanca (2009). *Topónimos de origen náhuatl en el Distrito Federal el descubrimiento de nuestro legado léxico*. México, Tesis, UNAM, Facultad de Filosofía y Letras. Disponible en: <<http://132.248.9.195/ptd2009/octubre/0650973/Index.html>>.
- ANAYA, Fernando (1965). *La toponimia indígena en la historia y la cultura de Tlaxcala*. México, UNAM.
- ARROYO, Fernando (2018). “La toponimia como patrimonio cultural inmaterial”, en *Boletín de la Real Sociedad Geográfica*, t. CLIII. Madrid, pp. 33-60.
- BAXIN, Israel (2010). *La isla de Cedros en el contexto insular del Pacífico mexicano: un estudio de geografía cultural*. México, Tesis, UNAM, Facultad de Filosofía y Letras. Disponible en: <<http://132.248.9.195/ptb2010/diciembre/0665311/Index.html>>.
- BAXIN, Israel (2022). *Geografía histórica de Isla de Cedros, Baja California. El paisaje insular como palimpsesto (2020-1540)*. México, Tesis UNAM, Facultad de Filosofía y Letras. Disponible en: <<http://132.248.9.195/ptd2021/noviembre/0820196/Index.html>>.
- CARRASCAL, Eurosia (2007). *Metodología para el análisis e interpretación de los mapas*. México, Instituto de Geografía, UNAM.

- CLAVAL, Paul (1999). *La geografía cultural*. Buenos Aires, Eudeba.
- COMMONS, Áurea (2002). *Cartografía de las divisiones territoriales de México, 1519-2000*. México, Instituto de Geografía, UNAM.
- FAURE, Roberto (2004). *Diccionario de nombres geográficos y étnicos del mundo*. Madrid, Espasa Léxico, pp. XVIII-XXXIX.
- GARCÍA, Jairo (2007). *Atlas toponímico de España*. Madrid, Arco Libros.
- GOBIERNO DE MÉXICO (2013, 2 de agosto). “Tacubaya, lugar donde se tuerce el río”. Recuperado de: <<https://www.gob.mx/epn/articulos/tacubaya-lugar-donde-se-tuerce-el-rio>>.
- GRUPO DE EXPERTOS DE NACIONES UNIDAS EN NOMBRES GEOGRÁFICOS (2007). *Manual para la normalización nacional de los nombres geográficos*. Nueva York, ONU.
- GUERRERO, Ariadna (2025). “Propuesta de clasificación de los topónimos de las regiones insulares de México”, en *Tlalli. Revista de Investigación de Geografía*, núm. 12. México, FFL, UNAM, dic. 2024-mayo 2025, pp. 91-118. <<https://doi.org/10.22201/ffyl.26832275e.2024.12.2135>>.
- GUZMÁN, Ignacio (1987). *De toponimia y topónimos: Contribuciones al estudio de nombres de lugar provenientes de lenguas indígenas de México*. México, INAH.
- HUERTO, María del, Cristina Curia y Yuln Melina (2022). “Patrimonio cultural: entre el producto y el proceso. Concepto, categorías y discursos”, en *Análisis*, vol. 54, núm. 101. Universidad de Santo Tomas, Colombia, julio-diciembre. <<https://doi.org/10.15332/21459169.7394>>.
- INSTITUTO NACIONAL DE GEOGRAFÍA Y ESTADÍSTICA [INEGI] (2024a). “Archivo histórico de localidades geoestadísticas”. Disponible en: <<https://www.inegi.org.mx/app/geo2/ahl/>>.
- INEGI (2024b). “Mapa Digital de México”. Disponible en: <<http://gaia.inegi.org.mx/mdm6/>>.
- INEGI (2024c). “Registro de Nombres Geográficos Continentales, Insulares y de las Formas del Relieve Submarino con fines estadísticos y geográficos”. Disponible en: <<https://www.inegi.org.mx/app/geo2/cng/>>.
- INSTITUTO NACIONAL DE LENGUAS INDÍGENAS (2024). “Catálogo de lenguas indígenas nacionales”. Disponible en: <<http://www.inali.gob.mx/clin-inali/>>.

- JORDÁN, Fernando (2014). *El otro México. Biografía de Baja California*. México, Archivo Histórico Pablo L. Martínez.
- LAZCANO, Carlos y Denis Pericic (2001). *Fernando Consag. Textos y Testimonios*. México, Fundación Barca/ Museo de Historia de Ensenada.
- LEÓN-PORTILLA, Miguel (2009, 24 de noviembre). “¿Borrar la historia? El caso de la isla Cerralvo”, en *La Jornada*. Disponible en: <<https://www.jornada.com.mx/2009/11/24/opinion/015a1pol>>.
- LEÓN-PORTILLA, Miguel (2010). “La multilingüe toponimia de México: sus estratos milenarios”, en *Obras de Miguel León-Portilla*. vi. Lingüística. México, IIH, UNAM.
- LEÓN-PORTILLA, Miguel y Carmen Aguilera (2016). *Mapa de México-Tenochtitlan y sus contornos hacia 1550*. México, Secretaría de Cultura/ Era/ El Colegio Nacional.
- MINISTERIO DE CULTURA (2023). “unesco. Patrimonio Cultural Inmaterial de la Humanidad”. Disponible en: <<https://www.cultura.gob.es/cultura/areas/patrimonio/mc/patrimonio-inmaterial/unesco-patrimonio-inmaterial.html>>.
- MINISTERIO DE FOMENTO (2017). “Toponimia: Normas para el MTN25. Conceptos básicos y terminología”, en *Publicación Técnica*, núm. 42. Madrid, Centro Nacional de Información Geográfica.
- MOTEZUMA, Pablo (2006). *Glifos de la ciudad de México*. México, Gobierno del Distrito Federal.
- REAL ACADEMIA ESPAÑOLA (2024). “Patrimonio cultural inmaterial”, en *Diccionario Panhispánico del Español Jurídico*. Disponible en: <<https://dpej.rae.es/lema/patrimonio-cultural-inmaterial>>.
- REYES, Martín, coord. (1992). *Cartografía histórica de las islas mexicanas*. México, Secretaría de Gobernación.
- ROBELO, Cecilio, Manuel De Olaguibel y Antonio Peñafiel (1966). *Nombres geográficos indígenas del Estado de México*. México, Biblioteca Enciclopédica del Estado de México.
- SÁENZ, Jorge (2014). *Nomenclatura geográfica internacional. Recomendaciones y sugerencias para funcionarios diplomáticos*. San José, Ministerio de Relaciones Exteriores y Culto de Costa Rica/ Instituto del Servicio Exterior Manuel María Peralta.

- SANTIAGO, Jorge (2022). *Ñuu Yuku Tuyuja: Toponimia y patrimonio cultural*. Investigación terminal de licenciatura en Geografía humana. México, UAM-I.
- SANTOS, Karina y Eduardo Peters comps. (2005). *Isla Guadalupe. Restauración y conservación*. México, SEMARNAT/ INE/ CICESE/ GECI/ SEMAR.
- SECRETARÍA DE MEDIO AMBIENTE Y RECURSOS NATURALES (2013). *Programa de Manejo Reserva de la Biosfera Isla Guadalupe*. México, CONANP.
- SERVICIO DE INFORMACIÓN AGROALIMENTARIA Y PESQUERA (2022, 12 de agosto) “¿Qué nos dice el Censo de Población sobre la juventud rural de nuestro país?” Disponible en: <<https://www.gob.mx/siap/articulos/que-nos-dice-el-censo-de-poblacion-sobre-la-juventud-rural-de-nuestro-pais>>.
- SIAP (2019, 18 de noviembre). “Fundación del Distrito Federal”. Disponible en: <<https://www.gob.mx/siap/articulos/fundacion-del-distrito-federal>>.
- SUBGRUPO DEL CATÁLOGO DE ISLAS NACIONALES DEL GRUPO TÉCNICO PARA LA DELIMITACIÓN DE LAS ZONAS MARÍTIMAS MEXICANAS (2014). *Catálogo del territorio insular mexicano*. Aguascalientes, INEGI/ SEGOB/ SEMAR/ SEMARNAT/ SER/ SCT/ INECC/ CONANP/ UNAM.
- TOPHERETTE (2020). “Colloquial Map of Mexico”. Disponible en: <https://www.reddit.com/r/Toponymy/comments/imzhye/colloquial_map_of_mexico>.
- UNESCO (2024). “Las listas del PCI y el Registro de Buenas Prácticas de Salvaguardia”. Disponible en: <<https://ich.unesco.org/es/listas>>.

Cartografía

- SADER, Servicio de Información Agroalimentaria y Pesquera, Mapoteca Manuel Orozco y Berra:
- COMMONS, Áurea y Juan del Olmo (s.f.). *División territorial del Segundo Imperio en México*, Serie República Mexicana, Escala 300 kilómetros, coyb.rm.m49.v5.0227.
- FABBRI, Enrique (1897). *Croquis del municipio de Tacubaya*, Serie Distrito Federal, Escala 1: 1 000 metros, coyb.df.m44.v9.0525.

GUTIÉRREZ, Israel (1902). *Carta política del Distrito Federal*, Serie Distrito Federal, Escala 1: 100 000, coyb.df.m44.v11.0786.

LITTLEHALES, G. y G. Noetzel (1897). *Carta náutica de isla Guadalupe*. Serie Baja California, Escala 9 millas náuticas, Department of the Navy. Bureau of Navigation, cgf.pue.m16.v13.0949.

SECCIÓN II.

Análisis históricos
desde escalas locales

La toponimia mixteca de los cuatro rumbos

MARCELO RAMÍREZ RUIZ

Facultad de Filosofía y Letras, UNAM

En este capítulo se analiza la toponimia de los cuatro rumbos en la lengua *dzaha dzahui*, sobre todo a partir del *Vocabulario en lengua misteca* de Francisco de Alvarado (1962 [1593]) y de la propuesta metodológica planteada por Maarten Jansen en el artículo “La Fuerza de los Cuatro Vientos. Los manuscritos 20 y 21 del Fonds Mexicain [de la Biblioteca Nacional de Francia]”, publicado en 1998. También la investigación de campo que he realizado en los pueblos de la Mixteca Alta desde el año 2011 ha consistido en el estudio del paisaje, la tradición oral y los archivos de varios pueblos.

Los manuscritos referidos contienen el cosmograma que analiza el autor, el mismo que Brotherston (1995: 147) considera un “Mapa de Coixtlahuaca”. Simonin (1989a: 131-146; 1989b: 313-319; 1998a; 1998b: 163-181) se refiere a él como “Códice del culto a Tonatiuh”. Cline lo denomina “Manuscrito Aubin núm. 20” (Glass y Robertson, 1975). En la colección de manuscritos de la Biblioteca Nacional de Francia (1997: 54) está registrado como “Códice del culto al sol”. Este documento formó parte del Museo Indiano de Lorenzo Boturini (1746: 72).¹ Sin embargo, se desconoce cómo obtuvo dicho documento.

El manuscrito original es el número 20 y la copia el 21 del fondo referido. La copia se atribuye a Antonio de León y Gama (figura 1). Jansen dice que en esta imagen se “combinan topónimos de la tradición de los códices mixtecos con personajes del grupo Borgia de carácter [a]divinatorio y ritual”:

¹ Boturini anotó lo siguiente sobre el documento que nos ocupa: “Asimismo se reduce a esta clase otro Mapa, que tengo en una piel curada, con un círculo en el medio de quantas coloradas, que forman los números de quatro Triadecatéridas, acompañadas de una cabeza de conejo, y se ven en los cuatro ángulos de este mapa diferentes figuras de ídolos muy feos, que eran como guardas y custodios del cyclo, a los quales, así en el ingreso de él como a su salida, se hacian grandes fiestas que se especificarán en la Historia general” (véase Lehmann, 1905: 848; y Boban, 1891: vol. 1, 329-352).

Los topónimos representan las cuatro direcciones y el centro, así como los lugares primordiales del mundo mixteco. Los personajes, por su parte, son las madres que murieron en el parto y los padres que cayeron en la guerra; aparecen como patrones de los cuatro rumbos y del centro así como de los cinco segmentos del *tonalpohualli* [“la cuenta de los días”]. El documento puede ser leído como la oración de un sacerdote-shamán (“madre-padre”) que invoca el poder de purificación, curación y fortalecimiento de aquellos ancestros; el manuscrito puede ser considerado como parte de un ritual mixteco de limpia y comparado con las pinturas en arena y los cantos navajos. La guerra es el elemento que relaciona entre sí las distintas escenas, y puede ser que el manuscrito/oración haya formado parte de los preparativos concretos para una batalla histórica. En un plan metafórico, sin embargo, la guerra puede ser un equivalente del parto, de la lucha cotidiana para sobrevivir y de los combates contra las dificultades, los peligros y los traumas de la vida. (Jansen, 1998: 125).

Figura 1. Cosmograma mixteco.



Fuente: Bibliothèque Nationale de France, 1976. Manuscrito núm. 21 del Fonds Mexicain. También se conoce como “Códice del culto a Tonatiuh”. Piel de venado, 51 x 91 cms. (<https://archivesetmanuscrits.bnf.fr/ark:/12148/cc77968j>). Ésta es, probablemente, la copia que hizo Antonio de León y Gama.

El documento al que nos referimos fue dibujado sobre una piel de venado, mide 91 x 51 cm y está pintada por ambos lados. José Alcina

Franch dice que, si bien el manuscrito forma parte del grupo de los cinco códices Borgia, “se acepta que la procedencia de este documento pueda ser el oeste de Oaxaca o la Mixteca, especialmente por la forma de los glifos de lugar y otros detalles estilísticos” (Alcina, 1992: 177). Alfonso Caso anotó en 1966 que la pintura “se refiere a lugares que existían *realmente* en la Mixteca y que se consideraban como situados en los puntos cardinales y el centro” (Caso, 1966: 177-190). El comentario de Alfonso Caso expresa el punto de partida hipotético del artículo “La fuerza de los Cuatro Vientos”, de Maarten Jansen, y también de este capítulo. ¿Pudieron haberse organizado las poblaciones mixtecas prehispánicas –y también novohispanas–, de acuerdo con la distribución a los cuatro rumbos que se aprecia en el “Manuscrito Aubin 20”? ¿Todavía es posible identificar esa distribución espacial en los pueblos de la Mixteca? Lo veremos en la toponimia mixteca de los cuatro rumbos y sus probables asociaciones con varios pueblos de la Mixteca Alta, como Tejupan, Apoala, San Miguel Achiutla y Tilantongo. Los recorridos a pie que he realizado en varias etapas de investigación durante los últimos trece años, el diálogo con los habitantes de estos pueblos y la consulta de los archivos de la presidencia municipal y del Comisariado de Bienes Comunales me aportan la información para dibujar mapas toponímicos y esquemas que nos aproximan a los simbolismos que analiza M. Jansen.²

Jansen compara el “Manuscrito Aubin 20” con la “geografía real” de la Mixteca y anota en seguida su conclusión:

Sospecho que los símbolos de los cuatro rumbos cardinales provienen originalmente de una subdivisión vertical del cosmos en Cielo-Tierra-Inframundo, en la que la tierra, el nicho ecológico de la comunidad

² Agradezco a las autoridades y los habitantes de Tejupan, Suchixtlahuaca, Otlá, San Miguel Achiutla, Teita y Tilantongo, el apoyo que me han dado para realizar esta investigación. El proyecto PAPIIT “La traza urbana y los paisajes del pueblo de indios en la Mixteca Alta” (UNAM: IN403711, 2011-2014), del cual fui responsable, me aportó los recursos para mi trabajo de campo y el de un equipo de estudiantes de la Licenciatura en Historia. Después fui co-responsable del proyecto “Paisaje y conflicto en comunidades de tradición indígena. Geografía cultural de casos del México central” (UNAM: PAPIIT IN302115, 2015-2018). Este proyecto le dio continuidad a mi investigación en la Mixteca Alta. En la actualidad todavía realizo recorridos, entrevisto personas y consulto archivos en varios pueblos durante las vacaciones de verano y en diciembre.

humana, es representada por el difrasismo “monte y agua” (*yucu nduta* en mixteco, *altepetl* en náuatl). El aspecto doble del término medio permitió una adaptación de esta estructura tripartita a una organización cuatripartita del plano horizontal: el cielo (Sol) se asoció con el Oriente, el monte con el Norte, el agua (río) con el Poniente, y el inframundo con el Sur. Luego los mixtecos escogían lugares concretos en la geografía real para representar estos conceptos elementales.

Así los jeroglíficos toponímicos sí corresponden a ciertos sitios en la realidad, pero a la vez no son simples elementos geográficos, sino que representan también las ideas asociadas con los puntos cardinales.

Podemos describirlos como “lugares de poder” o “lugares-nauales”. En los códices religiosos se presentan en una forma generalizada como puntos de referencia para el simbolismo mántico. En los códices mixtecos y los lienzos del Valle de Coixtlahuaca tienen un carácter claramente geográfico y además ideológico: se mencionan en el contexto de la primera toma de posesión, de marcar un territorio, nombrar los lugares y encender el Fuego Nuevo (Jansen, 1998: 35).

El autor desglosa su método en cuatro puntos. Es conveniente anotarlos a continuación con la finalidad de que el lector comprenda su procedimiento.

Número 1. “Establecer la estructura interna y el género de los signos toponímicos: forman parte de un conjunto que representa los puntos cardinales para la Mixteca Alta y áreas colindantes, tanto en un nivel geográfico real como en un nivel simbólico”. Es importante agregar que este procedimiento también es aplicable a cada poblado de la Mixteca en varias escalas, incluso en la traza urbana del siglo XVI.³

Número 2. “Leer los signos de acuerdo con las convenciones pictográficas conocidas: con la ayuda del vocabulario de Alvarado [de 1593] se reconstruyen los nombres Andehui, Yucu Naa, Yaa Yuta y

³ Cayetano Reyes García sugirió algo similar para el territorio de Cholula en la época prehispánica. Dice que hacia el Oeste las marcas limítrofes fueron los volcanes Popocatepetl e Iztaccíhuatl; al Norte eran Apan (ubicado en el actual estado de Hidalgo), Huachinango y Zacatlán (en el estado Puebla); el límite al Oriente fueron Nappatecutli (hoy Cofre de Perote), Citlaltépec (Pico de Orizaba) y Zongoliucan (Veracruz); y la marca limítrofe hacia el Sur fue Coixtlahuaca (en la Mixteca Alta de Oaxaca) (Reyes 2000: 79–86).

Huahi Cahí”. También es útil para la reconstrucción de estos nombres la toponimia contemporánea de los pueblos mixtecos.

Número 3. “Buscar lugares en el mapa que corresponden a esos nombres y se encuentran distribuidos en el espacio de tal manera que pueden haber servido para marcar los puntos cardinales: el río Nejapa es la frontera occidental y el área de Tepeji marca el punto más septentrional.” La búsqueda de esos lugares debe realizarse también en la “geografía real” de la Mixteca –y no sólo en mapas–, en compañía de los habitantes que hablan la lengua nativa. Y, además, es conveniente que el análisis se realice desde la escala regional hasta la traza urbana y el atrio de la iglesia.

Número 4. “Interpretar el valor simbólico con la ayuda de las fuentes históricas: el Lugar donde estaba el Cielo –sobre una peña junto al pueblo de Apoala– es mencionado explícitamente como lugar de origen sagrado, y la cueva del panteón de los reyes mixtecos en el Señorío de Chalcatongo coincide con la idea del Sur como región de la muerte”. (Jansen, 1998: 138).

El método de Alfonso Caso y Maarten Jansen desarrolla el postulado de que “las entidades conceptuales pueden manifestarse en diversos lugares concretos” (Jansen, 1998: 138), tal como se explica a continuación.

El rumbo del Oriente

El Oriente fue considerado por las culturas de la antigüedad como “el lugar más digno de la tierra” (Aquino, 2001: t. I, 868; Eiximenis, 1484: cap. VII; Pezzat: 2001: 116), el sitio desde el cual emerge la “fuerza motriz” que mueve al mundo (Aquino, 2001: t. II, 825). Y también fue el rumbo al que los cristianos se dirigían para orar, como lo anota Tomás de Aquino en la siguiente cita:

Que por ciertas razones de conveniencia adoramos vueltos hacia Oriente. En primer lugar, por el indicio de la majestad divina que se nos manifiesta en el movimiento del cielo desde el Oriente. En segundo lugar, por hallarse el Paraíso situado al Oriente, como leemos en Gén 2,8,

según la versión de los Setenta, como si buscásemos volver de nuevo a él. En tercer lugar, por Cristo, que es la luz del mundo (Jn 8,12), recibe el nombre de *Oriente* (Zac 6,5), y *asciende sobre los cielos de los cielos hacia el Oriente* (Sal 67,34); e incluso se espera que vendrá de Oriente, según aquello de Mt 24,27: *Como sale el relámpago del Oriente y brilla hacia el Occidente, así será la llegada del Hijo del hombre* (Aquino, 2001: t. IV, 62).⁴

El comentario de Tomás de Aquino nos ayuda a entender por qué en la Edad Media (y también en el siglo XVI novohispano) la arquitectura de la iglesia fue el reflejo de los cielos. Sobre todo porque los cristianos oraban vueltos al altar, al Oriente y hacia Tierra Santa “como expresión de la esperanza de salvación” (Riestra, 2004: 16), pero, ¿qué significaba el Oriente en la cosmología Nuu dzahui?

En el *Vocabulario* de Francisco de Alvarado (1962: 138) la voz Oriente aparece traducida como: *sa yo cana ndicandii*, que quiere decir “donde sale el sol”. Levante es: *sa nicana* ñuhu, *sa yo cana* ñuu y *sa yo sino* ñuu: “donde aparece la luz”. Estas expresiones se refieren al Oriente del cual emergieron los dioses, según la mitología prehispánica, y aparece representado en el *Códice Vindobonensis* como “Lugar del Cielo” (lámina 13) y “Monte del Sol” (lámina 21) (Jansen, 1998: 131; Jansen, 1982: t. I, 244-248). En el paisaje de Tejupan estas referencias simbólicas con las montañas del Oriente se manifiestan en los cerros: *Yucu ticuaa*, que significa Cerro Amarillo o Cerro del Oro; *Yucu cuii*: “Cerro Verde” o “Cerro Precioso”, también conocido como “Nudo Mixteco” (figuras 2 y 3) (Ramírez, 2006: 350-421).

⁴ La cita de Tomás de Aquino se complementa con aquella expresión de Francesc Eiximenis que dice que, así como de Oriente nos viene la luz corporal del día, así Dios alumbra la conciencia del hombre con la luz divina; a saber, de la ciencia de las cosas espirituales y celestiales. Eiximenis (1484) 1ª parte, cap. VII. El simbolismo del Oriente se relacionó en las culturas antiguas con el sol y el cristianismo también lo asoció con la estrella de claridad desconocida que apareció como señal de que Cristo había nacido. Aquino, 2001: parte IIIa, cuestión 36, artículo 5; t. V, 324-326.

Figura 2. El paisaje circunvecino de Santiago Tejupan, en la Mixteca Alta.



Fuente: Elaboración propia a partir de Google Earth.

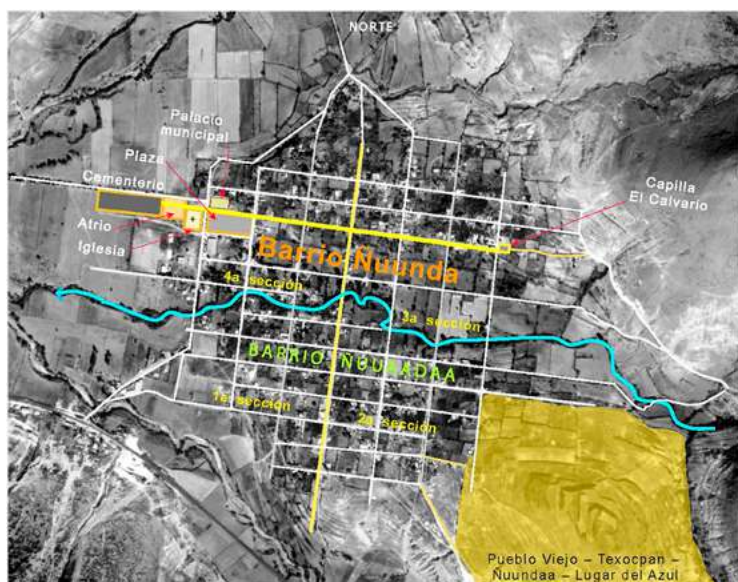
Figura 3. La toponimia de las montañas que se distribuyen al oriente de Santiago Tejupan, representada sobre la mitad oriental de la pintura de la *Relación geográfica* de este pueblo (1579).



Fuente: Elaboración propia.

Otros dos cerros son “El Sol Grande” y “El Sol Chico”, en los que se encuentran los manantiales más lejanos de *Yusaa ñuu* –el “Río del pueblo”– que corre de Oriente a Occidente y atraviesa la traza de Tejudan, dividiéndola en dos barrios (figura 4). También en el rumbo del Oriente se encuentra *Nandaage* (“Cerro Gordo” o “Cerro Grande de Agua”) y los *Yucu Nchii* –los “cerros del Sol”– de San Bartolo Soyaltepec y Santo Domingo Tonaltepec.

Figura 4. La traza urbana actual de Santiago Tejudan.



Fuente: Elaboración propia.

El caso de Apoala es más claro ya que al Oriente se encuentra *Cahua caandihui*, que significa “Peña donde descansa el cielo” (figura 5). Es la loma más alta del Oriente y se llama así, según la gente del lugar, porque a la distancia da la impresión de que en ella descansa el cielo. También dicen que en ese lugar está enterrado un código y que de ahí salieron los primeros dioses. En el solsticio de verano el Sol baja hasta el pie de *Cahua caandihui*, luego asciende más allá de su cumbre en el solsticio de invierno. Al pie de *Cahua caandihui* corre *Yutza tohoo*, de

Occidente a Oriente. Es un río que atraviesa el valle de Apoala y le da nombre al lugar y al pueblo. *Yutza tohoo* es el eje Oriente-Occidente que divide el núcleo urbano de Apoala en una mitad Norte y en otra mitad Sur. El otro eje es el camino que entra y sale del valle. El resultado es la configuración de los cuatro barrios de Apoala, de la misma manera en que se distribuyen las cuatro capillas pozas del atrio. La iglesia se encuentra en el cruce del río y del camino (figura 6). (Jansen, 1982: 240-244).

Figura 5. La distribución espacial de los cuatro barrios y el paisaje circunvecino de Santiago Apoala.



Fuente: Elaboración propia.

Figura 6. Fotografía de Occidente a Oriente de Santiago Apoala y sus paisajes circunvecinos.

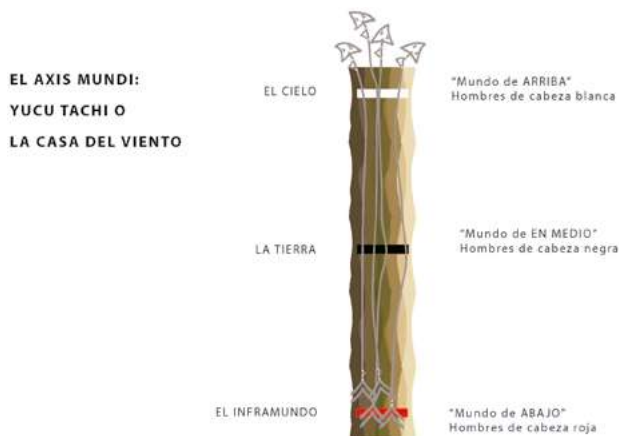


Nota: el Norte está a la izquierda y el Sur a la derecha. La flecha señala la cumbre de *Cahua caandihui*. La hilera de ahuehuetes indica el cauce del río que corre de suroeste a noreste. El caserío del pueblo se distribuye en el pie de monte para dejar las tierras libres para el cultivo; sólo la iglesia, el palacio municipal, la cancha de Basquetbol y la Conasupo se distribuyen en el centro. Fotografía del autor.

Una distribución parecida hay en San Miguel Achiutla (figura 7). El camino principal corre de Norte a Sur y divide al pueblo en una mitad oriental y otra occidental. Y también un río: *Yutza ii*, el “Río Bendito” o “Río de aguas benditas”, divide al pueblo en mitad Norte y la otra Sur. El resultado son cuatro secciones numeradas en sentido contrario de las manecillas de un reloj, como en Tejupan y Apoala. También en Achiutla la sección cuarta es la más importante porque en ella se hallan la iglesia, la plaza y el palacio municipal.

lleva consigo lo que encuentra a su paso. Cerro Negro es el centro del mundo y también su montaña más alta, concluye don Delfino (figura 8).

Figura 8. La Casa del Viento de San Miguel Achiutla.



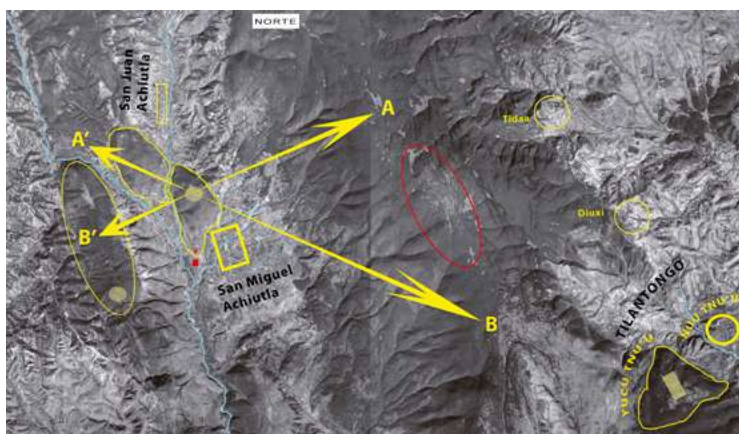
Fuente: Elaboración propia.

La cordillera del Cerro Negro de la que estoy hablando no es la misma que el Cerro Negro de Tilantogo. Sobre su línea de parteaguas se hallan una serie de mojoneras que delimitan los territorios de Santa María Nduayaco, Magdalena Yoodocono, San Pedro Tidaa y San Juan Diuxi. Las mojoneras más importantes en este segmento limítrofe son: Yozotaino, Itamito o Yucuyuchi, Paz y Unión, Yucuayucum y Zocoyusito (figuras 9 y 10).

En el solsticio de verano el Sol emerge sobre Cerro Negro (figura 11) en el punto A y luego se desplaza hasta el punto B en el solsticio de invierno. El arco que recorre el Sol de Norte a Sur y de Sur a Norte a lo largo del año, entre el solsticio de verano y el solsticio de invierno, coincide con la línea limítrofe del territorio de Achiutla con los pueblos mencionados.

La cordillera de Cerro Negro también es muy importante para Achiutla porque de él proceden las corrientes que atraviesan el pueblo y lo abastecen de agua para el consumo doméstico y un poco también para el ganado y varias parcelas de cultivo.

Figura 11. San Miguel Achiutla y sus paisajes circunvecinos.



Nota: las letras A y B indican los puntos en que el sol sale al Oriente en los solsticios de verano e invierno; y las letras A' y B' donde se oculta. Las observaciones están indicadas desde la cima de la Casa del Sol.

Fuente: Elaboración propia a partir de la ortofoto digital “E14D35 e” del INEGI, escala 1:20,000.

El rumbo de Occidente

“El Oriente es así denominado por ser donde nace el Sol”, escribió Isidoro de Sevilla en la primera mitad del siglo VII; en cambio, conti-

núa, “El Occidente [se llama así] porque hace morir (*occidere*) al día y pone fin a su existencia, pues esconde al mundo su luz y extiende sobre él las tinieblas” (Sevilla, 1994: libro XIII, 1,4). Entre Oriente y Occidente dibujaron los cosmógrafos antiguos los caminos del Sol y los demás planetas.

En la cosmología mixteca el Occidente está asociado al ocultamiento del sol y a las mujeres que mueren de parto. En el idioma Nuu *dzahui* se denomina con la expresión *yaa yuta* (Alvarado, 1962: 171; Jansen, 1982: t. I, 231), que quiere decir “Ceniza del Río”. Este significado corresponde en el *Vindobonensis* (láminas 17-16) a un cerro de ceniza dentro de un río, al que también puede llamarse “Río del Sol que se Oscurece”, según Jansen. (1998: 134). En la geografía simbólica de Tejupan, el poniente puede estar representado por la confluencia de los cuatro ríos que bajan de las montañas. Se trata de *Yusaa canu* (“Río grande”), *Enduaché*, *Yusaa ñuu* (“Río del pueblo”) y *Yusaa ndusaada*.

En Coixtlahuaca al poniente de la traza novohispana está el “Río de la culebra” y más allá quedó ubicado “Pueblo viejo”, en medio del ángulo que forman las dos visuales que tiene un observador parado en la puerta de la iglesia en los solsticios de verano y de invierno. La nave de la iglesia de San Juan Bautista está alineada para que el sol ilumine el retablo mayor en el solsticio de invierno.

En el caso de Achiutla, al poniente se levanta el “Cerro la Corona” (*Yucu Corona*), también conocido en el pueblo como “Cerro del Rey”. Se le llama así, dice la gente del pueblo, porque en ese lugar hubo una imagen con una corona. Según don Delfino, es un lugar encantado por el dios que vive ahí y que es el único con derecho a hablar. Es muy probable que haya sido el sitio donde estuvo ubicado el famoso oráculo de Achiutla; en tal caso, fue ahí donde fray Benito Hernández localizó el bulto “Corazón del Pueblo” según el relato de Francisco de Burgoa (1997: t. I, cap. XXVIII, f. 154v.).⁶ Los habitantes de Achiutla comentan que desde el “Cerro la Corona” corre un túnel que avanza hacia el Oriente, atraviesa la iglesia de San Miguel y se dirige a Tilantongo. En el solsticio de invierno el Sol se oculta al pie de *Yucu Corona* y luego se desplaza hacia el Norte hasta llegar al plan de *Yutendute* en el solsticio

⁶ Véase Jansen, 1998: 35, 155 (nota 12); López Austin, 1994: 169.

de verano. Entre uno y otro solsticio el Sol recorre toda esta pequeña sierra que alcanza 2 350 metros sobre el nivel del mar y tiene unos 4 kilómetros de largo (figura 11).

En el caso de Apoala, al Occidente se halla la “Cueva profunda de la serpiente” –*Yahui coo maa*– y de las montañas del Occidente baja al valle el “Río de los Linajes” (*Yutza tohoo*). En el solsticio de invierno el Sol se oculta sobre *Yahui coo maa*, y luego recorre todo el perfil del horizonte del poniente hasta ocultarse en la cima del cerro más alto, en el solsticio de verano.

El rumbo del norte

El Norte fue denominado *septentrión* en la tradición Grecorromana y también en la Edad Media. Se trata de la constelación de la Osa Menor, formada por siete estrellas, una de las cuales es la Estrella Polar. “El viento septentrional favorece la generación masculina y el austral la femenina” (Aquino, 2001: t. I, 863) anotó Aristóteles.

En la cosmología mixteca el Norte fue el lugar del origen simbolizado por un “Cerro Oscuro”: *Yucu naa* (Alvarado, 1962: 156) que en el manuscrito 20 del *Fonds Mexicain* y en la lámina 21 del códice *Vindobonensis* aparece como un monte que tiene dibujado en su cima algo parecido a un “tablero de ajedrez” (Jansen, 1998: 31). Los montes de Tejupan que destacan en este rumbo son *Yucu ayuhu* (“Boca del Cerro”), *Yucu chisi canu* (“Cerro de Barriga Grande”) y el “Cerro de la Campana” (¿*Yucu caa*?), envuelto con frecuencia en brumas y neblinas. En la tradición oral de los pueblos circunvecinos, este cerro fue el lugar de su primera fundación en tiempos prehispánicos y en la actualidad es el punto trino para el deslinde de los territorios municipales de Tejupan, Suchixtlahuaca y Tulancingo. En Apoala, al Norte está *Caua laqui*, la “Peña del espantapájaros” o “Cueva del Diablo”.

Al norte de Achiutla se encuentra el Cerro de la Oscuridad, también llamado la Casa del Sol. Según cuenta la gente del lugar, ahí estuvo el Sol antes que amaneciera. Y dicen que en su cima está la entrada a un túnel que se dirige hacia el sur, atraviesa la iglesia de San Miguel y continúa hacia Chalcatongo. Al pie del Cerro de la Oscuridad se halla

el cementerio del pueblo, con sus tumbas alineadas de norte a sur. Y abajo del cementerio están las ruinas de la iglesia vieja o Capilla del Calvario, también alineada de norte a sur. Si una persona se coloca debajo de los restos de la bóveda de nervaduras de su presbiterio, logra ver enmarcada en su puerta la fachada norte de la iglesia de San Miguel.

El rumbo del sur

En los tratados medievales el Sur fue conocido como “Mediodía”. Según Isidoro de Sevilla, “El mediodía debe su nombre a que en él el sol divide el día en su mitad –sería entonces como *medidies*–, o a que entonces la atmósfera brilla con mayor nitidez: *merum* justamente significa ‘puro’” (Sevilla, 1994: 126).

En la cosmología mixteca el Sur está asociado a la muerte: *Huahicahi*, que quiere decir “Casa Grande” o “Casa Amplia”. También se le denomina *Andaya*, que significa “El lugar de la muerte”, y por eso al viento que proviene del sur se le dice *tachi (a) ndaya*: “viento del lugar de los muertos” (Alvarado, 1962: 132, 193, 203; Jansen, 1982: t. I, 231; Jansen, 1998: 134). En el manuscrito 20 del Fonds Mexicain se representa como un Templo de la Muerte y en la lámina 14 del *Vindobonensis* este rumbo aparece dibujado como una montaña-calavera (Jansen, 1998: 131). Tal vez, en Tejupan este rumbo fue representado por alguna cueva que no he logrado localizar en *Yucundahasitna*: “Cerro de la Mano de la Abuela”, pero al menos puedo decir que estas montañas se encuentran del otro lado del “Río Salado”. Sin embargo, el cementerio de Tejupan está ubicado al Occidente, al igual que en Coixtlahuaca y en Achiutla. Sólo en Apoala el viejo cementerio se halló en el sur. En Tilantongo el cementerio está al Oriente del pueblo.

En resumen, en la cosmología mixteca el Oriente está asociado al cielo, al sol y al poder masculino; el Occidente al río, al agua, al poder femenino y a la fertilidad; el Norte al monte de la oscuridad y del origen; y el Sur a la cueva del inframundo. Maarten Jansen afirma que “los mixtecos escogían lugares concretos en la geografía real para representar estos conceptos elementales” (Jansen, 1998: 135).

La distribución simbólica en el horizonte de los cuatro rumbos que rodean a Tejudan, Apoala, Coixtlahuaca, Tilantongo y Achiutla puede mostrarse como un ejemplo de la distribución del paisaje en cada comunidad mixteca. Incluso es probable que este mismo principio de distribución espacial exista en el conjunto de la Mixteca Alta. (Jansen, 1982: 224).

El relato más conocido sobre el origen mítico de los mixtecos también se refiere al poblamiento de los cuatro rumbos, como dice el famoso fragmento escrito por fray Antonio de los Reyes en su *Arte en lengua mixteca*, publicado en 1593:

En especial era tradición antigua, que los dichos señores que salieron de Apuala se habían hecho cuatro partes, y se dividieron de tal suerte que se apoderaron de toda la Mixteca; a la Mixteca Alta llamaron Ñudzavuiñuhu, que es como ‘cosa divina y estimada’, del verbo *yehe* ñuhu, que ‘es ser tenido y estimado’. A la parte de los Chochones llamaron *Tocuijñuhu*, por la misma razón, y *Tocuij* ñudzavui, que es Chuchon Mixteca, por la participación y comunicación que tienen con los Mixtecos y mucho parentesco. A la parte que cae hacia Goaxaca [la llamaron] *Tocuisi* ñuhu, por ser también tierra estimada; a la Mixteca Baja pusieron nombre de Ñuniñe, por ser tierra cálida, y toda aquella cordillera hasta Puctla, que es el principio de la costa, llamaron Ñuñuma por las muchas nieblas que allí se ven ordinariamente y por su espesura parecen humo, que en lengua Mixteca se dize ñuma. A la cuesta del mar del sur, que se sigue a Puctla, llamaron Ñundaa, por ser tierra llana, y ñunama que es la caña del Mahiz, y ñundevui, porque se [a]parece mejor en aquella tierra el horizonte que llaman *Sahaandevui*, que quiere decir ‘El pie del cielo’ (Alvarado, 1962: I-II).

Y de tal relato se entiende que, una vez nacidos en Apoala, los primeros mixtecos se distribuyeron por los cuatro rumbos de la Mixteca para fundar sus pueblos –sus *ñuu*–, en cuyo diseño prevaleció la distribución del espacio en cuatro partes, ya fuera en los núcleos urbanos, en sus paisajes circundantes o en el conjunto de las regiones de la Mixteca; pero entonces, ¿dónde se encuentra el centro?

La búsqueda del centro

El centro de los cuatro puntos cardinales está representado en el *Vindobonensis* (lámina 12) por un “monstruo de la tierra” con las fauces abiertas, con un corazón y una corriente de sangre. “Leemos este signo [escribe Jansen] como ‘el corazón de la tierra’, una expresión muy apta para denotar el centro. Las fauces abiertas connotan también la idea del nacimiento humano, como repetición del emerger de la tierra *in illo tempore*” (Jansen, 1998: 135).

El glifo prehispánico referido simboliza a la tierra como lugar que se traga los cadáveres y también a la tierra fértil de la que nacen los vegetales –de la misma forma en que se aprecia en los mascarones y los códices de otros pueblos de Mesoamérica–,⁷ pero si se trata del siglo XVI novohispano el centro del pueblo de indios tenemos que buscarlo en la iglesia y también en los lugares sagrados de las montañas.

La espacialidad que se ha esbozado plantea cómo fueron integrados en la geografía simbólica del siglo XVI la iglesia, la traza y el paisaje circunvecino. Quizás Achiutla nos proporcione de manera más clara un primer modelo espacial con dos ejes del mundo: el primero y más antiguo es Cerro Negro y la Casa del Viento que en él se ubica; y el segundo es la Casa del Sol y la Capilla del Calvario en ruinas. La Casa del Viento es un agujero que comunica al inframundo, la tierra y el cielo. Y si nos detenemos a observar la *piedra clave* de la bóveda del presbiterio de la Capilla del Calvario, vamos a observar otro *axis mundi*. Es una piedra cuadrada con un agujero grande en el centro, como las piedras claves de otras iglesias del siglo XVI. Esta *piedra cimera* o *piedra angular* –como también se le llamó– representa en la arquitectura religiosa el eje del mundo porque se halla alineada con la *piedra*

⁷ La tierra también aparece representada como un monstruo en los tres más importantes tableros de Palenque, anota Miguel León-Portilla. Se trata de los tableros del Sol, de la Cruz y el de la Cruz Foliada. “El monstruo terrestre, situado en el tablero inferior del tablero del Sol, tiene dos cabezas y es sostenido por otras tantas deidades-jaguas que recuerdan en su función a los *bacabes* de los mayas de Yucatán. En el de la Cruz aparece en cambio como mascarón monstruoso sobre el cual descansa el árbol sagrado que es el tema central del tablero. Finalmente en el de la Cruz Foliada, también como base y apoyo, está su cabeza con la Cruz de *Kan*, símbolo del jade y el agua, en la frente. De ésta nace la planta de maíz” (León-Portilla, 2003: 70).

fundamental enterrada en el centro de la bóveda, debajo del altar. Es un simbolismo que conecta a lo divino con lo humano, y al hallarse en medio de ella un agujero se convierte en una columna de luz solar –el símbolo de Cristo–. Es muy probable que el agujero de la *piedra clave* se haya usado como marcador solar, sobre todo de los días en que el sol está en el cenit de Achiutla en el mes de abril.

Conclusión

Las sociedades prehispánicas construyeron “réplicas” de los lugares míticos (López Austin, 1994: 171). Las ciudades de Teotihuacán, Chichen Itzá y Tenochtitlan, por ejemplo, fueron diseñadas en cuadrantes que rememoran la orientación a los “cuatro ángulos”, las “cuatro esquinas” o “los cuatro rincones” de la Tierra y del Cielo. Y cada ángulo, esquina o rincón se denominó con topónimos específicos y fue asociado a simbolismos representados con colores y glifos diferentes. La división cuadripartita del espacio horizontal fue complementada con el eje vertical que unía al cielo, la Tierra y el inframundo. La experiencia arquitectónica y urbana de la civilización mesoamericana repitió así, una serie de arquetipos que también caracterizan a otras civilizaciones de la antigüedad.

La antigua toponimia mixteca de los cuatro rumbos, como hemos visto en este capítulo, expresa simbolismos que todavía están vigentes en la geografía. La investigación de campo nos ha aproximado a los usos contemporáneos del *ñuu dzahui*, y a la espacialidad circunvecina de los *yuhuitayu* –las “ciudades”– los *ñuu* –los “pueblos”– y los *siqui* –las “secciones”– de la Mixteca. El problema de investigación está planteado en este libro sobre topónimos a partir de las sugerencias de Alfonso Caso y Maarten Jansen, y ha sido esbozada una investigación en curso sobre la implantación del diseño a damero de la traza urbana en medio del paisaje prehispánico durante el siglo XVI. Las fuentes documentales incluyen, en este caso, la tradición oral y la lectura y representación de los paisajes en dibujos, imágenes de satélite y mapas.

Bibliografía

- ALCINA FRANCH, José (1992). *Códices mexicanos*. Madrid, MAPFRE.
- ALVARADO, Francisco de (1962). *Vocabulario en lengua mixteca*. Reproducción facsimilar de la edición de 1593, con un estudio de Wigberto Jiménez Moreno y un apéndice con un *Vocabulario del Arte en Lengua Mixteca* de fray Antonio de los Reyes. México, Instituto Nacional Indigenista/ Instituto Nacional de Antropología e Historia.
- AQUINO, Tomás de (2001). *Suma de teología*. Edición dirigida por los Regentes de Estudios de las Provincias Dominicanas en España. Madrid, Biblioteca de Autores Cristianos, 5 tomos.
- BIBLIOTHÈQUE NATIONALE DE FRANCE (1976). *Aztlán. Terre des Aztèques. Images d'un Nouveau Monde*. Catalogue par Marie-Rose Séguy; avec la collaboration de Mireille Simoni-Abbat; préface de Georges Le Rider. París.
- BOBAN, Eugene (1891). *Documents pour servir a l'histoire du Mexique*, vol. 1. "Le culte rendu au soleil (Tonatiuh). A ce document correspond la planche no. 20 de l'Atlas", pp. 329-352.
- BOTURINI, Lorenzo (1746). *Idea de una nueva historia general de la América Septentrional*. Madrid, Imprenta de Juan de Zúñiga.
- BROTHERSTON, Gordon (1995). *Painted Books from Mexico. Codices in uk Collectios and the World They Represent*. Londres, Trustees of the British Museum.
- BURGOA, Francisco de (1997). *Geográfica descripción de la parte septentrional del Polo Ártico de América*; edición facsimilar de la de Juan Ruiz, 1674. México, Porrúa. t. I.
- CASO, Alfonso (1966). "El culto al sol. Notas a la interpretación de W. Lehmann", en *Traducciones mesoamericanas*. México, Sociedad Mexicana de Antropología, t. I, pp. 177-190.
- CODEx VINDOBONENSIS MEXICANUS I (1974). Volständige faksimile Ausgabe im originalformat. History and Description of the Manuscript Otto Adelhofer. Austria, Akademische Drick. U. Verlagsanstalt, Graz.
- EIXIMENIS, Francesc (1484). *Crestià: dotzé llibre o Tractat de regiment de princeps e de comunitas*. Manuscrito. Comunidad Valenciana [Biblioteca Virtual del Patrimonio Bibliográfico].

- GLASS, John B. y Donald Robertson (1975). "A Census of Native Middle American Pictorial Manuscripts", en Howard F. Cline, ed. *Handbook of Middle American Indians*, vol. 14: "Guide to Ethnohistorical Sources", parte 3, pp. 81-252. Austin, University of Texas Press.
- JANSEN, Maarten (1982). *Huisi tacu. Estudio interpretativo de un libro mixteco antiguo: Codex Vindobonensis Mexicanus i*. Amsterdam, Publicaciones del Centro de Estudios y Documentación Latinoamericanos.
- JANSEN, Maarten (1998). "La fuerza de los cuatro vientos. Los manuscritos 20 y 21 del Fons Mexicain", en *Journal de la Société des Américanistes*, t. 84-2, Musée de L'homme, pp. 125-161.
- LEHMANN, Walter (1905). "Die fünf im Kindebt gestorbenen Frauen des Westens und die fünf Götter des Südens in der mexikanischen Mythologie (19 Textabb)", en *Zeitschrift für Ethnologie. Organ der Berliner Gesellschaft für Anthropologie, Ethnologie und Urgeschichte*. Berlín, Verlag von A. Asher & Co.
- LEÓN-PORTILLA, Miguel (2003) *Tiempo y realidad en el pensamiento maya. Ensayo de acercamiento*. Pról. de J. Eric S. Thompson. Apéndice de Alfonso Villa Rojas. México, IIH, UNAM.
- LÓPEZ AUSTIN, Alfredo (1994). *Tamoanchan y Tlalocan*. México, FCE.
- PEZZAT ARZAVE, Delia (2001). *Guía para la interpretación de vocablos novohispanos*. México, AGN.
- RAMÍREZ RUIZ, Marcelo (2006). "Ñundaá-TeXupan: lugar del azul", en Fernández, Federico y Ángel García. *Territorialidad y paisaje en el Altépetl del siglo xvi*. México, FCE, pp. 350-421.
- REYES GARCÍA, Cayetano (2000). *El Altépetl, origen y desarrollo. Construcción de la identidad regional náhuatl*. México, El Colegio de Michoacán.
- REYES, Antonio de los (1593). *Arte en lengua mixteca, compuesta por el padre Fray Antonio de los Reyes, de la Orden de Predicadores, Vicario de Tepuzculula*. México, Casa de Pedro Balli.
- RIESTRA, Pablo de la (2004). "Morfología de la arquitectura religiosa medieval", en Ulrike Laule, Rol Toman y Achim Bednorz, eds. *Arquitectura de la Edad Media*. Berlín, Feierabend.

- SEVILLA, Isidoro de (1994). *Etimologías*. Edición bilingüe. Texto latino, versión española, notas e índice de José Oroz Reta. Madrid, Biblioteca de Autores Cristianos, 2 tt.
- SIMONIN, Martine (1989a). “De los puntos cardinales en el *Códice Aubin* núm. 20”, en *Trace*, núm. 16, pp. 131-159. Mexico, Centre d’études mexicaines et centraméricaines/ Institut français d’Amérique latine.
- SIMONIN, Martine (1989b). “Representación del cosmos entre los Mixtecos y su paralelo en el *Códice Aubin* núm. 20”, en 46 Congreso Internacional de Americanistas. Amsterdam, Netherlands 1988: *Descifre de las escrituras mesoamericanas: códices, pinturas, estatuas, cerámica*. Joaquín Galarza, ed. Oxford, British Archaeological Reports, International Series, 518, pp. 313-319.
- SIMONIN, Martine (1998a). *Manuscrit Aubin no. 20; Codex mexicanus no. 20 (Fonds mexicain de la Bibliothèque Nationale de France); Manuscrit mixtèque préhispanique*. Presses Universitaires du Septentrion, 2 vols.
- SIMONIN, Martine (1998b) “Le codex du culte rendu à Tonatiuh (manuscrit Aubin no. 20)”, en *Journal de la Société des Americanistes*, t. 84, núm. 2, pp. 163-181.

Pintando espacios: recursos gráficos en una pintura del suroeste poblano del siglo XVII

RODOLFO ROSAS SALINAS
Dirección de Etnografía, INAH.

LAURA RODRÍGUEZ CANO
ENAH

Durante el periodo novohispano la tierra fue un muy valioso bien que, bajo la posesión otorgada a pueblos de indios y a particulares, dio continuidad a una historia de larga duración de ocupación y usufructo que se hacía de ellas. Sin embargo, los cambios radicales en a quién se otorgaban y los fines de tal otorgamiento trastocaron la vida social y cultural de las poblaciones mesoamericanas.¹

Al mismo tiempo, bajo un marco diferente de posesión, tales entregas de tierras significaron un cambio de percepción en torno a los espacios por parte de los nativos. Y si bien tal cambio llega a ser notorio en algunas situaciones, en otras son más difíciles de rastrear y exponer. Ése es el fin de esta investigación: poner en relieve las concepciones del espacio de los nativos y castellanos durante el periodo colonial. La extensión de la temática quizá resulte demasiada, pero se justifica por ser de relativa estabilidad, al menos en cuanto a políticas del espacio.

En este trabajo abordaremos un acontecimiento particular acaecido en el siglo XVII en la provincia de Chiautla de la Sal, relativo a una merced de tierras otorgada a un grupo de pueblos indígenas, así como la representación de tal espacio mediante una pintura. El objetivo que nos proponemos es presentar un ejemplo de la transición entre la tradición de escritura mesoamericana a un estilo pictórico novohispano, en la cual un pintor nativo generó un mapa para una merced pero, contrario a otras pinturas de la época e incluso otras posteriores, aquí no usó el sistema tradicional indígena para su concepción y creación, por el contrario, recurrió a técnicas europeas para la configuración de la pintura del espacio.

¹ Estudios como el del Prem (1988) para el valle de Atlixco argumentan sobre el estrés de la tierra al otorgárseles mercedes a españoles durante el primer siglo colonial; de corte semejante es la postura de Martínez (1994) sobre Tecamachalco y Quecholac.

En este caso, los topónimos son el argumento que nos permite identificar al creador de la pintura como nativo, conocedor de su espacio y de las ubicaciones, aunque surge la duda por la forma de creación y la técnica de manufactura de la misma. Para dirimir ello, nos valemos del método codicológico para determinar algunas pautas del creador (véase Anexo).

El proceso

En 1615, cinco pueblos nahuas del sur de la entonces provincia de Chiautla de la Sal solicitaron a las autoridades reales se les diera la merced de seis caballerías de tierra repartidas en once pedazos de tierras distribuidas a lo largo de un espacio considerablemente amplio. La solicitud fue atendida por el alcalde mayor de la provincia, don Jerónimo de Sedano y Mendoza, quien nombró al mulato Gaspar Carrillo como intérprete de la lengua mexicana, “que es la vulgar que los naturales desta provincia hablan” (tabla 1).²

Los cinco pueblos solicitantes fueron Ocotlán, Chila, Xicotlán, San Miguel Tlaltepexic y posteriormente se nombra también a Asumba o Atzompa (figura 1). La mayoría de estos pueblos hoy día son municipios y se ubican al sur de la jurisdicción de Chiautla (ex distrito de Chiautla de Tapia, Puebla). Atzompa, por otro lado, formó parte de un rancho, y en la actualidad es una inspectoría que forma parte del municipio de Tulcingo del Valle, Puebla. En la época prehispánica y durante el virreinato al menos tres de estos pueblos se ocupaban –y ocupan todavía– en la extracción de sal de pozos de salmuera, actividad de suma importancia, aunque no única y, quizá, no la principal.³

² AGN, Tierras, vol. 183, exp. 13, f. 363r, fol. 363. Aceptó interpretar fielmente “de la Lengua Castellana y de la mexicana y de la mexicana en la Castellana”. Salvo en citas textuales, se modernizó la paleografía y se corrigieron algunas erratas ortográficas.

³ Es necesario hacer un estudio profundo sobre la importancia de la sal en estos pueblos como parte de las economías locales y regionales; algunos avances los han realizado Rosas (en preparación; 2023), Ángel García Cook, Beatriz Leonor Merino y Javier Martínez González (1984) y Francisco Rivas (1989).

Figura 1. *Pueblos de la provincia de Chiautla de la Sal.*



Fuente: Rodolfo Rosas Salinas, 2022

Para otorgar la merced, el alcalde mayor de la provincia, después de una vista de ojos y de informaciones sumarias llevadas a cabo en tan sólo un día cada una, mandó pintar las tierras que solicitaban los cinco pueblos. En no más de cinco días se generó la pintura. Ésta es una de las contadas evidencias documentales de todo un proceso de creación de la pintura y de los motivos de su elaboración que se hayan realizado en el Suroeste Poblano.

Tabla 1. Resumen del proceso

Foja	Fechas	Proceso de las diligencias
363v	1615	Nombramiento del mulato Gaspar (Matías?) Carrillo interprete en lengua mexicana que es la que hablan los indios. Nombramiento del escribano Juan Cárdenas que también habla la lengua mexicana.
364r	18-24 diciembre 1615	Citación de los pueblos para la merced Ocotlán y Azompa, Chila, Xicotlán, Tlaltepexi y Chiautla.
372r-375r	22 enero 1616	Visita del alcalde mayor de Chiautla Jerónimo de Sedano y Mendoza, Juez repartidor de Sal, para el reconocimiento de los once pedazos de tierra.
375v-378v	29 enero 1616	Información de oficio: interrogatorio a 5 testigos vecinos, residentes y autoridades de Chiautla entre 40 y 50 años de edad.
379r-382v	5 febrero 1616	Información de parte de los naturales, testigos presentados por Baltazar Vázquez indio principal del Pueblo de Ocotlán y en nombre de los otros naturales de los pueblos de Chila, Xicotlán, Tlaltepexi y Azompa. Interrogatorio a 5 testigos vecinos, residentes y autoridades de Chiautla.
383r	6 febrero 1616	Auto para que se haga la pintura de las tierras.
383v	12 febrero 1616	Parecer del alcalde mayor para que se saque traslado de las diligencias sobre 6 caballerías en once pedazos de tierra que pertenecen a dichos pueblos en las que siembran maíz, frijol, chile, pepita y otras legumbres para sus sustentos.
384r	12 febrero 1616	Entrega a los naturales de la merced, traslado que redacta el escribano Juan Cárdenas.

Fuente: Elaboración de los autores con base en AGN, Tierras, vol. 183, exp. 13, *passim*.

Llaman la atención dos temas: por un lado, las seis caballerías en once pedazos de tierra totalmente dispersos, los cuales fueron posteriormente representados en la pintura que acompañó al expediente; y por el otro, la solicitud de tal merced realizada “en común” por los cinco pueblos, además de ser tierras ya ocupadas por ellos de tiempo atrás. Ambos aspectos serán abordados en los apartados siguientes.

La pintura y los topónimos

Debemos comenzar por entender que varios de los que hoy denominamos “mapas novohispanos” corresponden a una categoría impuesta por la academia contemporánea aplicada a lo que en los registros de la época se conocieron simplemente como “pinturas” (Rosas, 2020). Ante ello se ha propuesto una diferenciación cultural en la que algunos de estos registros sean entendidos como “relatos cargados de términos toponímicos” (Galarza, 1996: 11), cuya forma escrita fue la base de la también denominada cartografía indígena.⁴ Es decir, tales pinturas serían una enunciación toponímica, una descripción de los espacios, pero no un mapa (entendido de forma occidental).

Tal postura permite observar y definir el tránsito ocurrido del periodo prehispánico al poshispánico, reflejado en el uso de un sistema de escritura en que los topónimos servían a la narrativa que transitó a un sistema gráfico que fungió de referente geográfico, entonces, ello nos permite tener herramientas comparativas de la formación de las pinturas generadas durante tal periodo (Lockhart, 1999: 437-460).⁵ Así, la escritura tradicional nativa junto con las herramientas y necesidades

⁴ El mejor ejemplo de esto podría ser la *Matrícula de Tributos*, un códice de carácter tributario, pero con una importante sección cartográfica, ella no por representar de forma fiel el espacio sino por exponer una narrativa secuencial de sitios de los que se extraían los tributos tenochca; su símil alfabético sería la *Relación de Tlacopan*, cuyo fin es semejante, pero difiere en la forma de escritura (y en la omisión de los productos tributados). Tal relación toponímica ha sido establecida por Pedro Carrasco (1996).

⁵ Siguiendo el modelo de Lockhart (1999) se transitó de la escritura tradicional a la alfabética –y con ello a la iconografía– según la necesidad de representación y entendimiento de los indios en el sistema legal español.

del nuevo régimen dio paso a otras formas gráficas de comunicación, como lo fueron las pinturas (Ruiz, 2010: 57).⁶

Por otro lado, la pintura castellana del siglo XVI y principios del XVII no necesariamente correspondía a la noción contemporánea de mapa. De hecho, procedente de una tradición más bien de navegación, durante casi todo el periodo virreinal no existió una cartografía regional o local de los pueblos en los reinos indianos sino algunas cartas generales de los virreinos y, sobre todo, de las costas y vías marítimas (*Cartografía histórica*, 1992: 25-98). La cartografía que podría denominarse “profesional” no llegó sino hasta la ejecución de las composiciones ya en el siglo XVIII, aun así, el agrimensor recurrentemente no era el pintor y, por tanto, se designaba, previa búsqueda en las cercanías, a quien pudiese dar cuenta del espacio (Ruiz, 2010; Carrera Quesada, 2018; Rosas, 2022). Naturalmente, esto no siempre resultó en una cartografía “científica” pues existe evidencia de que incluso ya entrado el siglo XVIII, y a falta de cartógrafos, se recurrió a pintores indígenas imbuidos en las representaciones tradicionales que se traducían finalmente en la creación de lo que hoy día denominaríamos “códices”.⁷

Entonces, las pinturas, en concreto las de las “mercedes”, resultan ser la mejor fuente para conocer la concepción del espacio de parte de los habitantes de la Nueva España, ya que la mayoría de éstas fueron realizadas por ellos mismos, sin mediar una técnica compleja o “científica” que resultara en un símil de todas ellas.

⁶ Nuestro planteamiento está matizado respecto al de Manuel Ruiz (2010: 57), pues consideramos una gradual transformación –e incluso, una superposición– de las representaciones cartográficas. Por ejemplo, en la región Mixteca, es notorio que la Pintura de Amoltepec, que se incorporó al *corpus* de las *Relaciones geográficas*, la realizó un pintor conocedor de la escritura tradicional indígena e incluso, con base en el análisis codicológico, iconográfico y escriturario del documento, se ha determinado que se pintó en Teozacoalco, cabecera de tal población (Rosas, 2021).

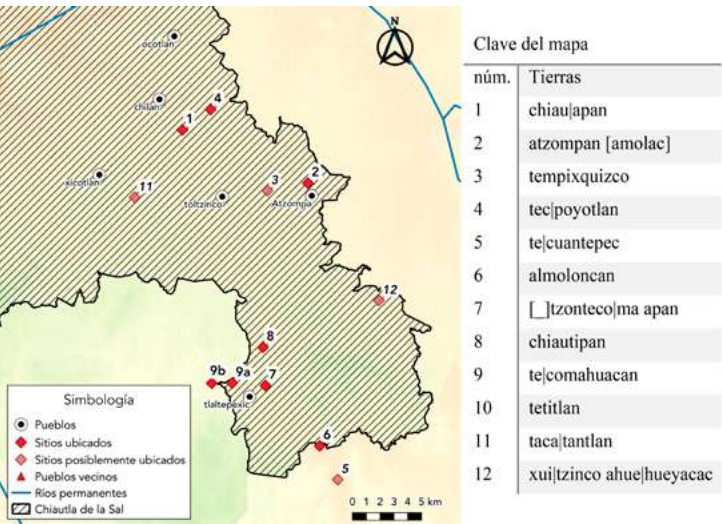
⁷ Un ejemplo de ello puede verse en Rodríguez (2021: 111-146), quien en una “vista de ojos” efectuada en el siglo XVI en un pueblo en la Mixteca Baja, encuentra que se nombran a dos pintores indígenas quienes realizan lo que describe como un código cartográfico. Otro ejemplo, más tardío, es en el norte de la jurisdicción de estudio, en Tzicatlán, donde en 1742 se creaba un mapa con las convenciones escriturarias nahuas del Posclásico, el *Código de Tzicatlán 3* (Rodríguez y Rosas, en preparación; *vid.* AGN, Colección de documentos y Títulos de tierras (266), Caja 4, exp. 1, f. 83r).

Ahora bien, la pintura que nos ocupa posee la característica de ser sencilla, en dos folios, con distribución de los espacios donde se colocaron simplemente representaciones vegetales, de corrientes acuáticas en verde, caminos en café-rojo, unas construcciones para denotar las iglesias de los pueblos y los sitios solicitados, enunciados sólo por su nombre. Aquí, entonces, corroboramos el uso de la pintura como una representación esquemática de los espacios solicitados. Llama la atención el esmero del pintor por señalar lo complejo del espacio dominado por montañas, aunque de ellas destaca una al centro de la pintura, también señaló la ubicación de los lugares cercanos a las corrientes de los ríos o cañadas, algunos de los nombres incluso reflejan la prioridad de que haya agua, tema recurrente en este tipo de solicitudes (García, 1994; Romero, 1990).

Ahora bien, para darnos una idea del espacio contemplado, recordemos que lo solicitado por los cinco pueblos son seis caballerías repartidas en once pedazos de tierra. En términos generales, correspondería a un aproximado de 2 555 478 m², –según conversión al sistema métrico contemporáneo–.⁸ Sin embargo, las tierras se ubicaban dispersas en un espacio muy amplio. Considerando el espacio representado en la pintura, es decir, los pueblos mencionados y la ubicación que hemos realizado de las tierras solicitadas, éstas se pidieron a lo largo de un área aproximada de 319 km² (véase figura 2).

⁸ Según el *Diccionario de Autoridades* (1729: s.v.), “Una caballería es solar de 100. pies de ancho, y 200. de largo”. Una vara, según el mismo DA, corresponde a tres pies. Y un pie equivale a 27.86 cm, aproximadamente. Así entonces, el espacio solicitado repartido en once pedazos de tierra corresponde, proporcionalmente, a 232 316.18 m² cada pedazo, aproximadamente. Es decir, se solicitaron pedazos de tierra de 481.99 m por cada lado (1 927.96 m de perímetro), de forma proporcional, lo cual naturalmente no fue así, sólo damos la equivalencia para dar una idea de la proporción de tierra solicitada y puesta en la pintura.

Figura 2. Ubicación de los pueblos y los pedazos de tierra solicitados.



Fuente: Elaborado por los autores, 2023.

Estas caballerías fueron primero mencionadas en el inicio del expediente, comenzado en la cabecera de Chiau/apan de la Sal. Ahí se dice que:

[los indios] me han hecho rrelasion que los \ susodichos. asi en particular. cada vno como \ de comunidad. siembran. en vnos pedasos \ de tierra. llamados. tasuquauhtlan. chiauhtipan. tecolutla. asunva. amolac. tenPix. quisco. tecpoyotlan. calpachatlan \ çlquitlaçalan. amolac. quicatepec. cun\quilatepec. quauh.chiapa. tetitlan. tutu\tepec. tultzinapa. teyocoquatitlan quix\tecal. y para que en nyngun tienpo. les \ sean quitados me pidieron les hisiese m[e]r[ce]d \ en las d[ic]has partes. de seis caballerias de \ tierra (AGN, Tierras, vol. 183, exp. 13, f. 366r).

Como se verá en la tabla 2, en la primera columna, aquí se presentaron más nombres de los que aparecen después descritos en el expediente y en la pintura. La mayoría de ellos se ubicaría al sur de la jurisdicción. Posiblemente quienes comenzaron la solicitud a nombre de todos los pueblos no conocían tan bien esta parte sureña de la pro-

vincia. Es notorio que la mayoría de éstas se ubicarían entre Tulzingo y Tlaltepexi, y como sucede con Tecomahuacan (8), posiblemente eran varias las tierras que cubrían los espacios intermedios entre ellas, por lo que fueron mencionadas en esta única ocasión.

Después de varias notificaciones, se hace una vista de ojos de las seis caballerías. Un sólo día ocupó el alcalde mayor para hacer tal vista de ojos (si es que la realizó), para dar paso a un interrogatorio que también ejecutó en un día. En éste –según se ve en la tabla 2–, se mencionaron las tierras, se dio una breve descripción y solamente en un caso se dio una posición relativa a uno de los pueblos con todo y orientación, lo que nos ha ayudado a ubicarla en la cartografía contemporánea; en el resto, la localización es relativa a la geografía del espacio comprendido entre los diversos pueblos, pero sin datos que nos apoyen a su identificación. Con base en esos datos (ubicación y descripción), hemos hecho un análisis de los topónimos (tabla 3). También se realizó lo propio con los nombres de las poblaciones (tabla 4).⁹

Con respecto a la geografía mencionada en el expediente, se destacan como formaciones orográficas las serranías y los cerros grandes; de estos últimos se mencionan los cerros Nanahuatzintepetl, Tzinquetlatzalan y Quiauhtepec. Es relevante que la ubicación de las tierras tanto en la descripción del expediente como en la pintura, al ser destinadas al cultivo de maíz y para tener árboles frutales, sea cercana de corrientes de agua, como son el arroyo Xiuhtzingo, el Xiuhtzinatl o el río que corre de Chila a Tulzingo, del que no se especifica su nombre, así como otras fuentes de agua consignadas, como el ojo de agua que nombran Atzompa.

⁹ Para una comparación de la importancia de los análisis morfológicos de los topónimos en los estudios etnohistóricos véase el capítulo 9 (pp.239-272) de Angela Miren Valero Rosales, incluido en esta misma obra.

Tabla 2. Topónimos mencionados en el expediente y representados en la pintura.

Expediente	Vista de ojos	Ubicación	Descripción	Pintura
tasucauhtlan				
chiauhitpan	1) chiautipan	1 legua del pueblo de Chila	en vna hoya cercada de serros linde con un arroyo que en algun tiempo del año no corre Por el agua que [...] tierra calma y eriasa a lo que paresio	chiautipan
tecolutla				
asunva [atzompa]	véase 4			atzompa
amolac [dos veces mencionado]	4) a molac [cañada]	mirando a vnas serranias hacia el norte	donde está un ojo de agua grande que llaman atzonpan y baja por la d[ic]ha cañada	

tenpixquisco	3) tenpixquizco [cañada]	frontero con un cerro hacia el oriente nombrado nahuatzin tepetl y el camino que sale del pueblo de Tultzinco y va al paraje de Atzonpan	por medio della [la cañada] Pasa vn arroyo seco	tempixquizco
tecroyotlan	2) tec.poyotlan	de oriente a poniente mirando el camino real que va del pueblo de Chila al de Tultzinco	en una hoyva en que ay arboleda de aguacates y anonas [...] linde con un serro grande y otros medianos	tecroyotlan
calpachatlan				
çilquitilaçalan				
quiccatepec				
cunquildepec				
quaubchiapa				
tetitlan	véase 8			tetitlan
tututepec				
tultzinapa				
teyocoquatitlan				

quixtecal.	7) tequan\tepec	linde con un río y cerros de una y otra parte y va por el camino que va de tlal. tepexic. a yo\altepec. [Ihualtepec, Oaxaca] [...] y linda con un cerro que llaman tzinquetla\tzalan	en. una vega [...] y parese. averse sembrado de mays y esta coxido. el fruto. [...]	tecuanatepec
	9) amolacan. teyahualtlan. xiuhtzinco.		a su linde. vn ojo de agua y de la otra Parte vn arroyo de agua que llaman xiuhztzinco	almolonean
	6) tzoniteco, \ma.a.hapan.	por bajo del cerro que nombran quiauhitepec. yendo al pueblo de tlal.tepexic.	en una cañada. de una y otra parte. cercada. de serros. [...] tierra de riego y parese. auer sido. sembrado, de mais y resien cojido	tzonitecoma apan

5) chiauh\apan	de norte a sur linda, de una y otra parte, unos cerros	en vna rrehoya. [...] [donde] corre un arroyo de. agua	chiaupan
8) tecomahuacan	corre desde donde llaman tetidan al pueblo de San Miguel tlaltepexic .	corre. el arroyo de xiuh.tzinatl . arriva	tecomahuacan
11) tacatan\tlan	por medio va el camino que va de toltzinco a xicotlan	en una vega linde de una y otra Parte sserros y linde con vn arroyo que viene del pueblo de tultzinco a chila	tacatan\tlan
10) a huehueyacac. yjomiquanitlan	[la vega del arrollo] va por ella el camino que viene de chian\Papasco a tlaltepexic	a su linde vn arroyo de agua en vna vega	xuiltzinco ahuelhueyacac

Fuente: Elaboración de los autores.

Tabla 3. Topónimos del Mapa.

núm.	Tierras	Análisis	Descripción del lugar
5	telcuantepec	tecuan[i]-tepe-c fiera-cerro-LOC.en 'En el cerro de la fiera'	en una vega
6	almoloncan	al-molon[i]-can agua-manar-LOC.donde 'En donde mana el agua' [q.d.] 'En el manantial'	a su linde. vn ojo de agua y de la otra Parte vn arroyo de agua que llaman xiuhtzinco
2	atzompan [amolac]	a-tzom-pan agua-cabellos-LOC.sobre 'Sobre los cabellos de agua' amol-a-c planta.jabonera-agua-LOC.en 'En el agua de amoles [plantas jaboneras]'	descripción de Amolac: [donde esta un ojo de agua grande que llaman atzompan y baja por la d[ic]ha cañada]
7	[_]tontocolma apan	tzontecoma - a-pan cabeza - agua-LOC.sobre 'Sobre el agua [río] de la cabeza'	en una cañada. de una y otra parte. cercada. de sembreros. [...] tierra de riego y parese. auer sido. sembrado, de mais y resien cojido

1	chiaulapan	chiau-a-pan vibora-agua-LOC.sobre 'Sobre el agua [río] de la vibora'	en vna rrehoya. [...]donde] corre un arroyo de. agua
3	tempixquizco	tem-pixquiz-co labio/borde-recolecta-LOC.en 'En el borde de la cosecha'	[cañada] por medio de [la cual] Pasa vn arroyo seco
9	telcomahuacan	tecoma-hua-can jarro-PSDO-LOC.donde 'Donde se poseen tecomates [jarros]'	corre. el arroyo de xihuh.tzinatl. arriva [xihuh-tzin a-tl verde-REV agua-ABS 'agua verde H' [q.d.] 'agua preciosa']
4	tecpoyotlan	tecpoyo-tlan pregonero-LOC.entre 'Entre el pregonero'	en una hoya en que ay arboleda de aguacates y anos nas
10	tetitlan	teti-tlan piedra-ABS-3POS- LOC.entre 'Entre las piedras'	corre. el arroyo de xihuh.tzinatl. arriva [vid. supra, 9] [tecomahuacan (9)] corre desde donde llaman teti- tlan al pueblo de San Miguel tlaltepexic
8	chiautipan	chiau-t-i-pan vibora-ABS-3POS-LOC.sobre 'Sobre la vibora'['?]	en vna hoya cercada de serros linde con un arroyo que en algun tiempo del año no corre Por el agua [...] tierra calma y eriasa a lo que paresio

11	tacaltantlan	taca-tan-tlan manajo-¿canasto?-LOC.entre 'Entre los canastos de manajo'	en una vega linde de una y otra Parte sserros [sic]
12	xuiltzinco ahuelhueyacac	xui-tzin-co hierba-rev-LOC.entre 'Entre las hierbas H [hierbecitas]' ahuehue-yaca-c sabino-naríz-LOC.en 'En el principio del sabino'	a su linde vn arroyo de agua en vna vega

Fuente: Elaboración de los autores.

Tabla 4. Pueblos en la pintura.

Pueblo	Análisis
tlaltepexic	tlal-tepexi-c tierra-peñasco- LOC.en 'En el peñasco de tierra'
toltzinco	tol-tzin-co espadaña-REV-LOC.en 'En el [pequeño/H] tule'
chilan	chil-[l]an chile- LOC.entre 'Entre los chiles'
ocotlan	oco-tlan pino- LOC.entre 'Entre los pinos'
xicotlan	xico-tlan abejón- LOC.entre 'Entre los abejones'

Fuente: Elaboración de los autores.

Después de hechas las diligencias, el alcalde mayor manda que se pinten las tierras. Llama la atención que en este caso no se consigna el nombramiento de algún pintor indígena. En otros mapas de la región, no sólo se buscó a un pintor sino que el resultado recuerda a la escritura tradicional indígena. Aquí, incluso, parecería que quien pintó las tierras no fue el mismo que glosó la pintura, y tampoco parece haber sido el escribano de la alcaldía mayor, pues difieren en algunas grafías, sobre todo en la <uh> por <u> (tabla 2).

El común

En la documentación de tierras es normal que sean las autoridades junto con “el común de naturales” quienes solicitan algunos derechos otorgados, como sucedió generalmente en las composiciones de tierras del el siglo XVIII (Carrera, 2018; Wood, 1990). Sin embargo, en el documento que revisamos “el común” no es sólo la agrupación corporativa de una unidad política (y quizá territorial) que se podría categorizar bajo la figura del “altepetl”.¹⁰ En este caso, son cinco pueblos que, “de común”, solicitan se les entreguen once pedazos de tierra para las siembras que poseían y usufructuaban de tiempo atrás, “y para que en nyngun tienpo. les \ sean quitados me pidieron les hisiese m[e]r[ce] d \ en las d[ic]has partes. de seis caballerías de \ tierra” (AGN, Tierras, vol. 183, exp. 13, f. 366r).

La solicitud en común plantea algunas dudas de las cuales, de momento, sólo tenemos hipótesis. La principal es sobre la ocupación de los espacios y su transición al régimen novohispano, ¿se respetaron las posesiones de los pueblos de indios y se solicitó sólo la “legalización” de éstas por parte de los indios en el primer siglo colonial, aunque no tengamos una clara legislación al respecto? Es bien sabido que fue hacia finales del XVII y principios del XVIII que se comienza el proceso de “composiciones” de tierras para los pueblos indígenas (Carrera, 2018; Wood, 1990), antes, en tres momentos se realizaron pero únicamente para particulares (españoles y caciques), ¿será que aquí se dio la posesión

¹⁰ Una discusión sobre el *altepetl* en la región de estudio se halla en Rosas (2005).

como parte de la composición a los pueblos con fundamento en algún cacicazgo que no se menciona? Es casi improbable, ya que durante el proceso se denomina merced, además que no se señala el “donativo gracioso” que era requisito para tal fin.

Pero no sólo eso, destaca la referencia de una congregación y la resolución de ésta en la territorialidad. El documento señala que se cita a los de Chila junto con los de Azompa, que en el mapa no se pone como pueblo, pues éstos fueron congregados en aquel primero, según lo confirma una posterior pugna por el rancho de Amolac, que sí aparece en la pintura como tierras solicitadas (tabla 2):

[...] ymmediato a \ dicho trapiche [de Amolac] esta vm pueblo biejo que llaman azompa alque al \ en Concurso de los demas Referidos les pro[dio] mersed su Mag[esta]d \ de las dichas thierras Conotras para propios de su Comunida[d] Y que\ al dicho Pueblo de Azompa en tiempo de las Congregaciones, s[e]\ Congrego al dicho de Chila y traxeron ael al Señor San Andre[s]\ quera Abogado de dicho Pueblo las Campanas y demas Ornamentos pertenesientes asu Yglesia y Juntamente los naturales que \ en dicho Pueblo había los quales estubieron cultibando dichas \ thierras muchos a[ño]s despues de Congregados (AGN, Tierras, vol. 221, exp. 3, f. 418r, fol. 4).

De las congregaciones de la región, sólo se tiene el dato de la encomienda de su ejecución, pero no de cuáles fueron los pueblos congregados ni los procesos llevados a cabo (De la Torre, 1995: 121). Al parecer, aquí tenemos datos de lo acaecido después de la congregación. El hecho de que se llevara la campana y los ornamentos a Chila, y que ahí se siguiese celebrando al santo patrono, sugiere que su territorialidad¹¹ se mantuvo en tanto pueblo congregado sin perder identidad por la reubicación (Sack, 1986).

¹¹ Por territorialidad, siguiendo a Sack (1986), nos referimos al control de recursos y población de un espacio determinado. Para otra opinión véase el capítulo 2 de la autoría de Sebastián Estremo en esta misma obra.

Particularidades de la pintura

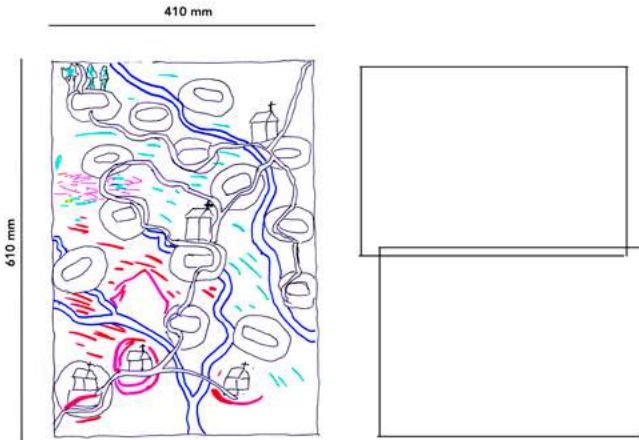
A continuación, se presentará un análisis estético de la pintura. Se parte del hecho de que, más allá del carácter histórico y la relevancia documental de ésta, es resultado de un ejercicio intelectual donde los cánones estéticos y culturales, influyen en la planeación y elaboración de la misma, y que por tanto es susceptible de ser analizada por medio de las técnicas de la estética, y con ello desvelar los patrones, cánones, y en general, la distribución armónica en la composición, en la cual pueden confluir tanto los valores estéticos europeos como los mesoamericanos (Aguirre, 2004).

Como se hizo mención, la pintura se realizó en escasos cinco días, quizá menos, a partir de un supuesto recorrido de un día por una extensión considerablemente amplia de espacio. En la pintura, entonces, se buscó plasmar un aproximado de 2 555 478 m² (como antes se señaló) en escasamente 0.25 m². El ejercicio resultó entonces no sólo estético, sino que implicó por un lado conocer el espacio específico y su distribución espacial, lo que condujo, a su vez, a un ejercicio intelectual propio de la cartografía que es escalar el espacio físico al tamaño del soporte de elaboración. Por ello, el estudio codicológico dará pistas de la creación del soporte y de cómo se las ingenió el pintor para plasmar el espacio en el papel (Rosas, 2020).

a) Soporte

La pintura que se analiza está elaborada por dos folios de papel europeo que, en conjunto, hacen 61 x 41 cm, lo que lo haría un papel de marca mayor o doble marca (Ruiz, 2002: 73). La estructura es simple, la parte superior aparenta estar por encima de la inferior, es decir, se colocó primero, por ello le llamaremos pliego 1 (figura 3).

Figura 3. Esquemas de la pintura y la composición de su soporte.

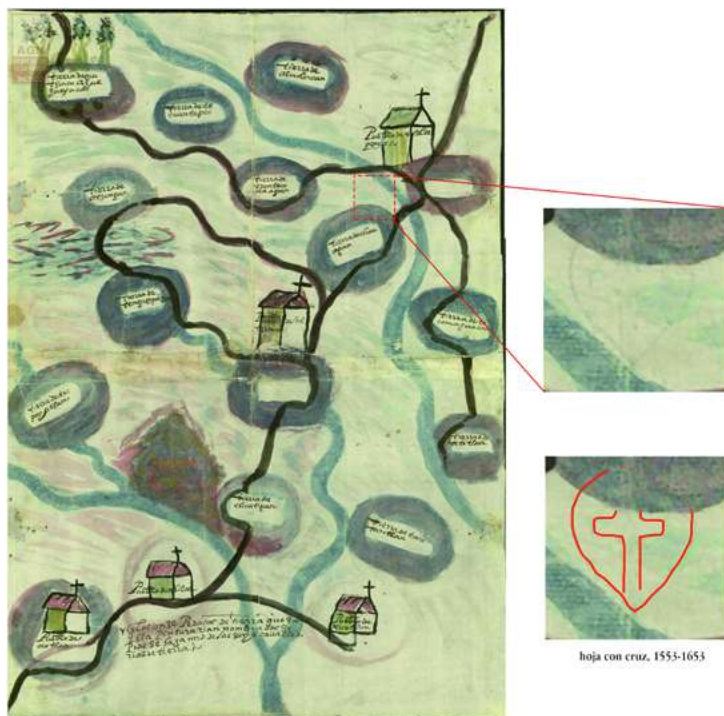


Fuente: Elaborado por Rodolfo Rosas Salinas 2022.

En la digitalización del AGN es posible observar una marca de agua o filigrana, ubicada en el lado izquierdo del pliego 1 –girada 180°–, la cual es correspondiente a la hoja con cruz, que según el catálogo de Sánchez de Bonfil (1993) correspondería a los años 1553 a 1653, y ya que la fecha del expediente es 1615 entra en el rango de la manufactura de este papel (figura 4).

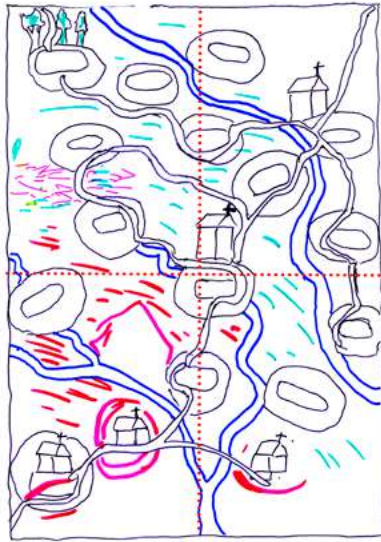
Se nota también que en algún momento la pintura fue guardada en el expediente, ello por los dobleces que presenta, a la mitad entre ambos pliegos y después, de nuevo, a la mitad del pliego, lo que coincidiría con la medida de un folio de expediente (casi tamaño oficio) (figura 5).

Figura 4. Ubicación de la marca de agua y detalle.



Fuente: Elaborado por Rodolfo Rosas Salinas 2022.

Figura 5. Esquema de la pintura.



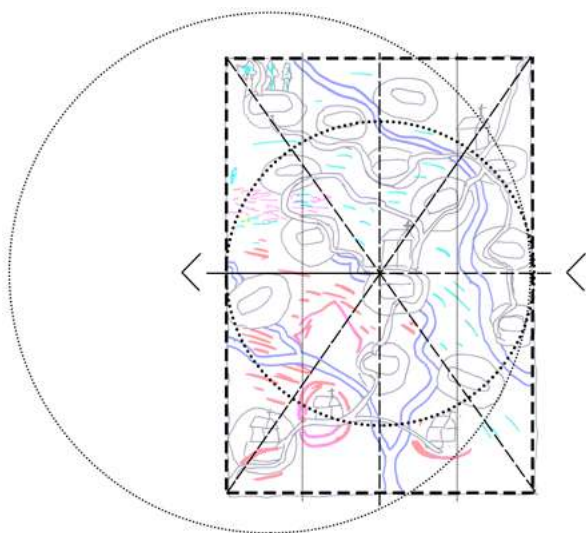
Fuente: Elaborado por Rodolfo Rosas Salinas 2022.

b) Composición y proporciones

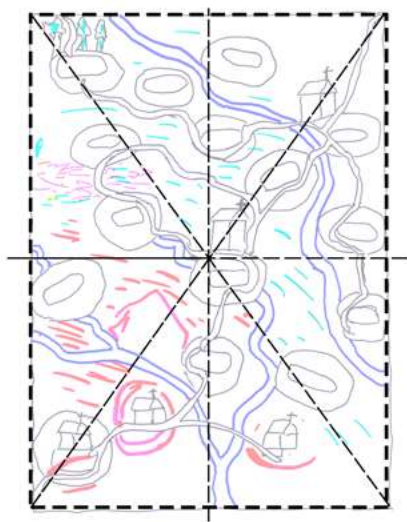
Se puede observar una ocupación total del soporte, la cual, si no fuese por la unión entre los dos pliegos (figura 6), tendría una medida armónica en proporción de $2.66 (\sqrt{7})$. Se nota que el pintor ocupó principalmente el costado izquierdo, y se observa una distribución de los elementos en forma circular que, al completarse, ocupa aproximadamente la mitad del círculo (figura 6). Esto destaca pues remite a la concepción del espacio del pintor. Es notorio que para él el espacio apropiado es el que se ubicaría a la derecha de la pintura (izquierda del observador), y como más adelante veremos ello corresponde aún a la parte sur de la provincia de Chiautla de la Sal (figura 8).

Pero aun así, no es el centro focal de la pintura. Si colocamos algunas diagonales para ubicar el centro de la composición, vemos que cae exactamente a espaldas de la iglesia glosada como “toltzingo” (figura 7). Este pueblo (hoy Tulcingo del Valle), junto con Xicotlán, es de los más importantes de la región sur de la provincia, posiblemente siendo cabecera sujeta a Chiautla al momento del contacto.

Figuras 6 y 7. Esquemas del punto focal de la pintura estudiada.

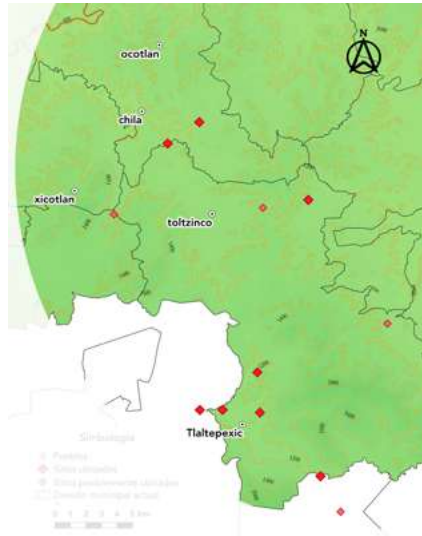


Fuente: Elaborado por Rodolfo Rosas Salinas 2022.



Fuente: Elaborado por Rodolfo Rosas Salinas 2022.

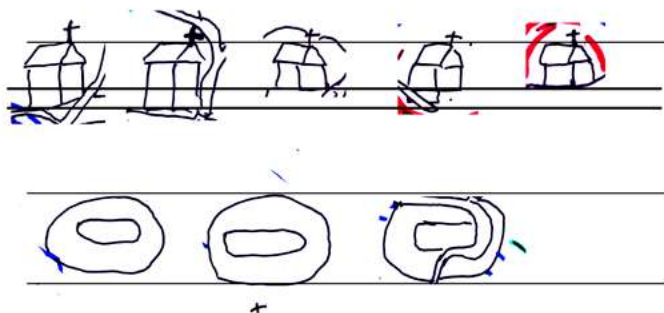
Figura 8. Alcances de la pintura en la geografía actual.



Fuente: Elaborado por los autores, 2023.

Ahora bien, es interesante hacer notar que en proporción se guarda una relación estable de los elementos, tanto de las iglesias de 2/3, siendo las de mayor tamaño las del fondo (en la mitad superior de la pintura) que las del primer plano (figura 9). Suponemos que esto se debe a que se intentó destacar una perspectiva del observador, que de ser así éste se ubicaba entonces en la parte inferior, viendo hacia la superior, como se verá más adelante. En el caso de los círculos pintados que, según la glosa, serían las tierras, se guardó completamente la relación de proporciones. Ya que no se notan trazos previos o “líneas guía”, suponemos que es debido a la destreza del pintor.

Figura 9. Proporciones de las construcciones y mercedes de tierra en la pintura estudiada.

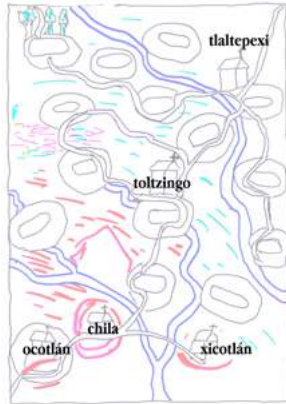


Fuente: Elaborado por Rodolfo Rosas Salinas 2022.

c) Orientación y perspectiva del observador

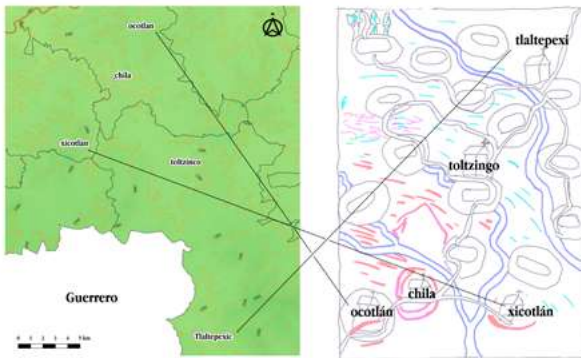
El espacio que representa la pintura de merced de tierras de 1615 es, precisamente, las tierras que solicitaron algunos pueblos de la región sur de la provincia de Chiautla de la Sal, que corresponden a seis caballerías que pedían en merced. Este espacio fue representado de forma más que esquemática (figura 10), sin una correspondencia con la topografía, pero acorde a los tipos de pinturas solicitados para este tipo de peticiones (Ruiz, 2010; Russo, 2005). Por ahora, con base en las indicaciones del expediente (que omite el nombre y calidad del pintor) así como en los rasgos de la pintura, nos inclinamos a pensar que fue elaborada por algún pintor nativo, conocedor de los espacios de la provincia y con una clara territorialidad, pero definitivamente no fue un escriba tradicional indígena. Que el pintor conocía de muy buena manera el espacio a representar, lo deducimos de la correspondencia entre los espacios en la pintura con la topografía local, es decir, en el soporte sí hay una distribución de elementos que corresponden en ubicación y orientación a la de los pueblos (figura 11).

Figura 10. Esquema de las poblaciones referidas en la pintura estudiada.



Fuente: Elaborado por Rodolfo Rosas Salinas 2022.

Figura 11. Ubicación de los sitios de la pintura.

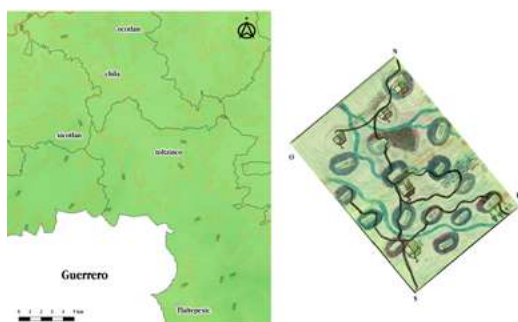


Fuente: Elaborado por Rodolfo Rosas Salinas 2022.

Otra indicación que apoya la identificación del pintor como nativo, es que la pintura, más que orientada, está dispuesta de manera muy diferente a como se hacían los mapas en Occidente. El pintor colocó el norte del lado inferior izquierdo, y el sur del superior derecho, lo que hace que, al presentarlo en la cartografía contemporánea, con el norte

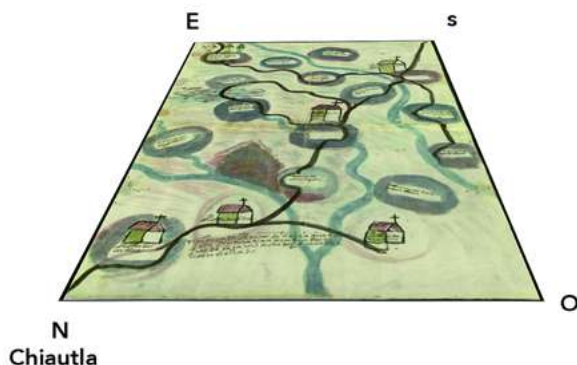
arriba, se gire 65° resultando en una forma romboidal (figura 12). Si consideramos esto, junto con el esquema que se presentó anteriormente donde se muestra la parte del círculo ocupado, y si aunamos la colocación de las iglesias, es decir, tomamos su base como la de desplante sobre el papel que sería la tierra, todo ello hace pensar que el pintor moldeó el espacio a considerar en el soporte con una perspectiva vista desde la cabecera de la alcaldía mayor de Chiautla, en perspectiva hacia al sur, como se muestra en el último esquema (figura 13).

Figura 12. Orientación de la pintura con el espacio geográfico al que refiere.



Fuente: Elaborado por Rodolfo Rosas Salinas 2022.

Figura 13. Orientación de la pintura estudiada.



Fuente: Elaborado por Rodolfo Rosas Salinas 2022.

Comentarios finales

El estudio de los expedientes que se acompañan de pinturas, como fue el caso aquí expuesto, expone muchas luces sobre la territorialidad de los pueblos nativos de América. Por un lado, en su contexto histórico, el caso aquí estudiado parece ser único en el sentido del acompañamiento que se dieron entre sí distintas poblaciones para obtener por merced la legalización de espacios que, de por sí, ya ocupaban. Por otro lado, nos permite entrar al contexto de creación del proceso, que en este caso deja muchas dudas sobre el actuar de las autoridades pues difícilmente en un día recorrerían todas las tierras solicitadas.

En cuanto a la pintura, si bien éstos son resultados del estudio de su creación, deben complementarse con el análisis de otros mapas de la región, a los que habrá que a futuro complementarlos con recorridos en campo y ubicación de las tierras, además de considerar si en otros mapas de la región se hallan convenciones similares, en la orientación por ejemplo, por ahora se puede observar por un lado un conocimiento del espacio representado por el pintor, del que tenemos duda de la tradición en la que se basó para la generación de la pintura, pues si bien no vemos convenciones de la escritura tradicional indígena, también es cierto que en la disposición (*e.g.* orientación) sí se podría argumentar a favor de que el pintor fue un nativo, aunque omitió las convenciones más comunes de la escritura tradicional indígena por unas más acordes a su contexto. Pero esto sólo a futuro, con mayores datos y comparaciones con otros documentos, podremos dar una mejor respuesta.

Bibliografía

Fuentes de Archivo

Archivo General de la Nación

AGN, Tierras, vol. 183, exp. 13.

AGN, Tierras, vol. 221, exp. 3.

AGN, Colección de documentos y Títulos de tierras (266), Caja 4, exp. 1, f. 300.

AGN, mapilu <www.agn.gob.mx/mapilu/index1.html>. (Consulta: enero de 2021).

Archivo Nacional de Arqueología

GARCÍA COOK, Ángel, Beatriz Leonor Merino y Javier Martínez González (1984). “Informe. Proyecto arqueológico del Suroeste de Puebla. Temporada de campo 2ª, 3ª y 4ª. Segundo informe”, Archivo Nacional de Arqueología, 20-46, dea, 1984.

RIVAS, Francisco. (1989). “Informe de trabajo: recuperación Etnohistórico-Arqueológico del estado de Puebla”, Archivo Nacional de Arqueología, 20-40, dea, 1989.

Obras consultadas

AGUIRRE, Moisés (2004). “Aportes para el análisis estético del arte maya”, en *Estudios de Cultura Maya*, vol. 25. México, IIH, UNAM, pp. 77-93.

CARRASCO, Pedro (1996). *Estructura político-territorial del Imperio tenochca: la Triple Alianza de Tenochtitlan, Tetzaco y Tlacoapan*. México, El Colegio de México/ Fideicomiso Historia de las Américas/ FCE.

CARRERA QUESADA, Sergio E. (2018). *Sementeras de papel. La regularización de la propiedad rural en la Huasteca serrana, 1150-1720*. México, El Colegio de México/ CIESAS.

CARTOGRAFÍA HISTÓRICA DEL ENCUENTRO DE DOS MUNDOS (1992). Madrid, Instituto Nacional de Estadística, Geografía e Informática de México/ Dirección General del Instituto Geográfico Nacional de España.

DICCIONARIO DE AUTORIDADES (1726-1739). Recuperado el 10 de agosto de 2023 de: <<https://apps2.rae.es/DA.html>>.

GALARZA, Joaquín (1996) *Códices y pinturas tradicionales indígenas en el Archivo General de la Nación. Estudio y catálogo*. México, Tava/ Amat/ Librería Madero.

LOCKHART, James (1999). *Los nahuas después de la conquista. Historia social y cultural de la población indígena del México central, siglos XVI-XVIII*. México, FCE.

- MARTÍNEZ, Hildeberto (1994). *Codicaban la tierra: el despojo agrario en los señoríos de Tecamachalco y Quecholac (Puebla 1520-1650)*. México, CIESAS.
- PREM, Hanns J. (1988). *Milpa y hacienda. Tenencia de la tierra indígena y española en la cuenca del Alto Atoyac, Puebla, México (1520-1650)*. Trad. de María Martínez Peñaloza. México, CIESAS/ FCE/ Gobierno del Estado de Puebla.
- RODRÍGUEZ, Laura (2021). “Estudio de los códigos-mapas transcritos relacionados con la cabecera de San Juan Bautista Suchitepec, en la Mixteca Baja”, en Manuel A. Hermann Lejarazu, coord., *Señoríos mixtecos. Su dimensión histórica, geográfica y territorial*. Zinacantepec, El Colegio Mexiquense, pp. 111-146.
- RODRÍGUEZ, Laura y Rodolfo Rosas. *Los códigos de Tzicatlán*. (En preparación).
- ROMERO FRIZZI, María de los Ángeles (1990). *Economía y vida de los españoles en la Mixteca Alta: 1519-1720*. México, INAH/ Gobierno del Estado de Oaxaca.
- ROSAS, Rodolfo (2020). *La Pintura de Amoltepec, Oaxaca. Análisis de sus signos y contextos histórico y étnico*. México, Tesis, UNAM. Recuperada el 2 de febrero de 2024 de: <<http://132.248.9.195/ptd2020/junio/0802014/0802014.pdf>>.
- ROSAS, Rodolfo (2021). “La Pintura de Amoltepec”, en Manuel A. Hermann Lejarazu, coord. *Señoríos mixtecos. Su dimensión histórica, geográfica y territorial*. Zinacantepec, El Colegio Mexiquense. 147-184.
- ROSAS, Rodolfo (2022). “Cartografía hidráulica en el México Independiente. Los mapas de San Miguel Coatlán, Miahuatlán, Oaxaca”, en Yanga Villagómez Velázquez, coord., *Agua y sociedad en Oaxaca. Una perspectiva histórica y cartográfica*. Oaxaca, Carteles Editores, pp. 228-245.
- ROSAS, Rodolfo (2025). *La provincia de Chiautla de la Sal durante la época colonial. Análisis histórico de la sociedad nahua del Suroeste de Puebla del siglo XVI al XVIII*. (México, Tesis, UNAM).
- RUIZ GARCÍA, Elisa (2002). *Introducción a la codicología*. Madrid, Fundación Germán Sánchez Ruipérez.

- RUIZ, Víctor (2010). “La faz del terruño. Planos locales regionales. Siglo XVI-XVIII”, en Héctor Mendoza, coord., *México a través de los mapas*. México, Instituto de Geografía, UNAM/ Plaza y Valdés, pp. 33-69.
- RUSO, Alessandra (2005). *El realismo circular. Tierras, espacios y paisajes de la cartografía novohispana, siglos XVI y XVII*. México, IIE, UNAM.
- SACK, Robert (1986). *Human Territoriality: Its Theory and History*. New York, Cambridge University Press.
- SÁNCHEZ DE BONFIL, Cristina (1993). *El papel del papel en la Nueva España. 1740-1812*. México, INAH.
- TORRE VILLAR, Ernesto de la (1995). *Las congregaciones de los pueblos de indios. Fase terminal: aprobaciones y rectificaciones*. México, IHH-UNAM.
- WOOD, Stephanie (1990). “The Fundo Legal or Lands por razón de pueblo: New Evidence from Central New Spain”, en Arij Ouweneel y Simon Miller, eds., *The Indian Community of Colonial Mexico. Fifteen Essays on Land Tenure, Corporate Organizations, Ideology and Village Politics*. Amsterdam, Centro de Estudios y Documentación Latinoamericanos, pp. 117-129.

Anexo. Ficha codicológica del “Mapa de merced de caballerías” (Ocotlán, Chila, Jicotlán y San Miguel Tlaltepejic)

Nombre: Ocotlán, Chila, Jicotlán y San Miguel Tlaltepejic

Otros nombres: Ilustración núm. 280. Pintura de solicitud de mercedes.

Procedencia: Aunque no hay datos precisos, al parecer se elaboró en Chiautla, aunque en la composición se coloca a “Toltzingo” al centro, por lo que puede ser ese el sitio de elaboración; sin embargo, el mapa presenta una perspectiva de horizonte desde Ocotlán.

Repositorio: Archivo General de la Nación (AGN)

Colección: Actual: Mapas, planos e ilustraciones 280 (proviene de AGN, Tierras, vol. 183, exp. 13)

Original o copia: Original.

Datación: El documento no precisa la fecha, aunque en el expediente se menciona la solicitud de su elaboración, por lo que se fecharía hacia 1615.

Soporte: Dos folios de papel europeo (papel occidental)

Dimensiones: 61 x 41 cm [tomado de la página del AGN, no comprobado] [papel de marca mayor o doble marcar - (Ruiz 2002: 73)]

Número de folios: Dos.

Imprimatura: No.

Tinta o colores: Se notan al menos cuatro colores en su elaboración: el negro, con el que se delinearón las figuras de las iglesias y se hicieron los caminos. Un tipo de azul, que forma parte de los ríos y se combinó con otros para señalar las tierras con un tono más oscuro. Un tipo de verde, que se usó sólo en las figuras fitomorfas y, al parecer, en algunos trazos de relleno del fondo verde-azulado que representa lo montañoso del espacio. Y un tipo de rojo-ocre, que se utilizó en los techos de tres de las cinco iglesias y se combinó para oscurecer los otros tonos de verde y azul.

Observaciones: No se pudo observar el original, por lo que la descripción se basa en la digitalización del AGN.

Descripción general: Este mapa o pintura de merced de caballerías se aleja en demasía a las convenciones de la escritura tradicional indígena, por lo que se considera que fue elaborado por alguien instruido en los

cánones pictóricos de occidente, aunque definitivamente se observa un profundo conocimiento del espacio, lo que daría a pensar que fue un nativo su creador. La pintura está orientada en la esquina superior izquierda, por lo que para “nortearlo” habría que colocarlo de cabeza, girándolo unos 65°, según las bases de horizonte de las construcciones.

Historia: La pintura formó parte de los documentos solicitados por el alcalde mayor de Chiautla de la Sal para enviar a la Real Audiencia y definir si serían otorgadas seis caballerías de tierra que solicitaban los indios de los pueblos de Ocotlán, Chila, Xicotlán y San Miguel Tlaltepexic. Si bien no se tiene el dato de la elaboración del mapa (¿quién lo elaboró y cómo lo hizo?), en la página 21 del proceso (f. 383r, fol. [lápiz] 383 [lápiz: 21]), con una escueta indicación, se indica que se haga la pintura:

[al margen: auto para\que se haga\la pintura\de las tie\rras-] Y[tem] En el pueblo de chiautlan en seis dias del \ mes de hevrero de mill y seis sientos y dies \ y seis años El Li[cencia]do don jeronimo de sedano \ y mendoça alcalde maior Jues de salinas, \ Por el rrey nro señor desta probinsia a vien\do bisto los autos e ynformaciones que \ a hecho de su ofisio y la que los naturales \ de los pueblos de ocotlan chila xicotlan \ san miguel tlaltepexic y atzonpan \ Por su parte andado en rrason de las seis \ caballerias de tierra de que pretenden \ se les haga m[e]r[ce]d mando haser y que \ se haga pintura de las dichas tierras, \ que avisto y vesitado y fecha se pon\ga en esta causa y ansi lo proveyo \ y mando El Li[cencia]do don jeronimo de \ sedano y mendoça ante mi Juan \ de cardenas [e]scriu[an]o de su mag[es]t[ad] -- \ [tilde]

En el resto del expediente no se da más información sobre la manufactura de tal pintura, su creador, ni algún otro dato de interés para nuestros fines.

Bibliografía: Hasta donde se tiene noticia, no se ha publicado más que en los catálogos generales de las ilustraciones del AGN. Desconocemos algún estudio del mismo.

Registro: Rodolfo Rosas Salinas y Laura Rodríguez Cano, a partir de las fotografías y datos del AGN.

La toponimia como fuente para la historia: el caso purépecha

MARIANA ALZAGA FERNÁNDEZ
Facultad de Filosofía y Letras, UNAM

*Los nombres indígenas de lugar
constituyen indudablemente la parte más tangible
de aquello que llamamos patrimonio cultural intangible.*

Ignacio Guzmán Betancourt¹

Los nombres de lugar, en tanto apropiaciones del entorno por sociedades del pasado, no están exentos de cambios a través del tiempo. Estos cambios se expresan en la forma de acentuarlos, escribirlos o pronunciarlos, lo que puede llegar a oscurecer el significado que originalmente tuvieron. No obstante, estas transformaciones también son susceptibles de ser analizadas desde una mirada histórica. El presente capítulo parte de esta premisa para analizar la forma en que varios topónimos de origen purépecha han sido registrados en diversas fuentes a lo largo de los siglos, con el fin de presentar la pluralidad de sus significados y plantear la cuestión de si la toponimia puede fungir como una fuente para el estudio de las sociedades prehispánicas.²

El objetivo del texto es realizar una sistematización de un *corpus* toponímico en lengua purépecha, partiendo de la forma en que éstos han sido registrados en diversas fuentes desde el siglo XVI hasta el XX. La cuestión que atraviesa esta investigación es la pertinencia de considerar a la toponimia como fuente para reconstruir el pasado de los pueblos indígenas, particularmente en lo que respecta al territorio ocupado y a la zona de influencia que pudo tener el antiguo imperio purépecha.

El presente trabajo expone los resultados de la investigación llevada

¹ Ignacio Guzmán Betancourt. (1989). *Toponimia mexicana: bibliografía general*.

² La decisión de emplear el término *purépecha* a lo largo del texto se fundamenta en que éste es el nombre con el que se refieren a sí mismos los hablantes actuales de la lengua. (Villavicencio y Nava, 2010: 99). No obstante, se reconocen las discusiones en torno al empleo de términos como *tarasco* o *michoques* para hablar de la lengua de la sociedad prehispánica purépecha (Espejel, 2016: 73).

a cabo por la autora durante su participación en el proyecto interdisciplinario “Visor Toponímico Mexicano”, desarrollado en el Laboratorio de Lengua y Cultura del CIESAS.³ Este proyecto consiste en una iniciativa de divulgación científica que adopta la forma de una página web dedicada a la georreferenciación de la toponimia purépecha que aún perdura en el territorio mexicano. Dicha plataforma proporciona información lingüística, histórica, geográfica y antropológica sobre estos lugares.

Del nombramiento de los lugares al trabajo del toponomista

La toponimia aporta información sobre la forma en que los pueblos del pasado interactuaron con el espacio que habitaron. Nombrar un lugar le otorga un distintivo lingüístico que lo distingue de otros. En ocasiones, los topónimos dan cuenta de la dominación de un grupo social sobre otro, mientras que en otras simplemente representan las características físicas del terreno. Estos hechos adquieren un valor aún más grande cuando consideramos la insuficiencia de fuentes documentales para el estudio del pasado prehispánico de México.

Con excepción de la historia de algunos grupos nahuas del Altiplano central, la historia de otros pueblos del México antiguo es difícil de rastrear debido a la escasez o inexistencia de fuentes previas a la conquista o del temprano siglo XVI. La poca disponibilidad de fuentes es uno de los principales problemas que enfrentan los historiadores del pasado prehispánico, lo que hace necesaria la consulta de información proveniente de otras disciplinas, tales como la arqueología, la antropología y la lingüística. Al integrar estos datos, el historiador puede obtener una visión holística sobre las sociedades prehispánicas, compensando así la escasez de fuentes escritas previas o contemporáneas a los primeros años de conquista.

La arqueología, a través del análisis de vestigios materiales y el empleo de métodos estratigráficos, permite conocer aspectos vinculados a la vida material y las prácticas sociales de los pueblos del México

³ Coordinación e idea original de Frida Villavicencio Zarza, profesora-investigadora del CIESAS-Ciudad de México y especialista en lengua purépecha.

antiguo, así como establecer cronologías sobre su desarrollo histórico. La antropología, por su parte, ofrece un acercamiento a la cosmovisión e identidad de los pueblos indígenas del presente. La herencia cultural de estos pueblos se transmite a través de la oralidad en forma de relatos, mitos y leyendas, aportando un marco conceptual que el antropólogo utiliza para reconstruir sistemas de valores que han perdurado a lo largo del tiempo. Por último, la lingüística permite establecer parentescos lingüísticos, rastrear migraciones y determinar patrones de contacto cultural entre diferentes grupos étnicos.

La toponimia histórica es una rama de la lingüística que estudia los nombres de lugares y su transformación a lo largo del tiempo. Éstos pueden reflejar eventos históricos importantes como invasiones, migraciones o sucesos concretos. Los topónimos son, en última instancia, huellas para entender la evolución de un territorio y las interacciones que ocurrieron ahí entre diferentes grupos étnicos y culturales.

El trabajo del toponimista guarda similitudes con el del arqueólogo, ya que ambos se dedican a rastrear las capas de ocupación de antiguos pueblos en un lugar específico. Esta analogía se fundamenta en el hecho de que la toponimia lleva a cabo este seguimiento excavando y encontrando las capas sucesivas de poblamiento lingüístico (Sustrová, 2011: 20). En este orden de ideas, el empleo de la toponimia histórica puede aportar información para rastrear las huellas de la ocupación del antiguo pueblo purépecha.

Como bien lo señalan Sarah Albiez-Wieck y Hans Roskamp (2016), fue durante el Porfiriato cuando se realizaron los primeros trabajos de indagación histórica con un enfoque más “científico” en torno al pasado purépecha, al tiempo que se consolidaron las primeras instituciones nacionales encargadas de conservar y promover el patrimonio histórico, arqueológico y etnográfico de México. Podemos situar el comienzo de esta etapa de renovación en la investigación en 1886, cuando Nicolás León, junto a un grupo de colegas nacionales y extranjeros, fundó el Museo de Arqueología e Historia Natural Michoacano en la ciudad de Morelia. El proyecto del doctor León consistió en coleccionar documentos coloniales y piezas arqueológicas del Michoacán posclásico, a la vez que él mismo realizó sus propias excavaciones en Tzintzuntzan y sus alrededores (Sánchez Díaz, 2014).

Durante la primera mitad del siglo XX, en los albores de la pro-

fesionalización de las disciplinas, surgió el auge de investigaciones arqueológicas sobre el antiguo Michoacán, realizadas tanto por mexicanos como por extranjeros. Dominique Michelet (2014) realizó una excelente síntesis de estas excavaciones, entre las que destaca las exploraciones de Hellen Pollard en la cuenca del lago de Pátzcuaro; las de Shirley Gorenstein en Acámbaro; las de Dan M. Healan en la región de Ucareo-Zinapécuaro; las de Angelina Macías Goytia en la cuenca del lago de Cuitzeo y, por supuesto, las excavaciones en Zacapu, donde el propio Michelet trabajó junto a otros investigadores del Centro de Estudios Mexicanos y Centroamericanos (CEMCA).

Si bien estas primeras investigaciones se circunscribieron casi exclusivamente a la indagación del pasado material del imperio purépecha, en las últimas dos décadas ha surgido un renovado interés por los estudios interdisciplinarios, que abrevan del conocimiento que aportan tanto la arqueología, la lingüística, la historia y la antropología (Albiez-Wieck y Roskamp, 2016). El propio Visor Toponímico Mexicano forma parte de esta corriente de proyectos que tejen diálogos interdisciplinarios para un conocimiento más completo sobre el antiguo pueblo purépecha.

Toponimia purépecha: pluralidad y problemas

La toponimia purépecha se encuentra distribuida en la región centro occidental de la República Mexicana, particularmente, en los estados de Michoacán, Guanajuato, Querétaro, Jalisco, Guerrero y el Estado de México (Paredes Martínez, 2017: 47). Autores como Villavicencio y Nava (2010) sugieren que esta extensa presencia toponímica da cuenta del dominio que el imperio *uacúsecha* tuvo en este territorio durante el periodo Posclásico. Aunque arqueólogos como Otto Schöndube (1974) y Dominique Michelet (2014) cuestionan esta afirmación, dado que la extensión del imperio *Irechequa Tzintzuntzan* se circunscribió a aproximadamente 70 000 km² del occidente mesoamericano, lo cierto es que la toponimia está presente en estos lugares. Muchas de estas nomenclaturas se registraron desde el temprano siglo XVI, lo que hace plausible pensar en que han estado ahí desde tiempos prehispánicos.

Las fuentes históricas a las que se acude para reconstruir el pasado

del pueblo purépecha son principalmente tres grupos documentales del siglo XVI: la visita de Antonio de Carvajal (1523-1524), la *Relación de Michoacán* (1539-1541), atribuida a Jerónimo de Alcalá y las *Relaciones geográficas del obispado de Michoacán*. Estas dos últimas son fuentes de gran valor etnohistórico, debido a la poca alteración que hubo por parte de los escribanos al recopilar la información dada por los informantes de la élite purépecha.

No obstante, la información toponímica no se encuentra únicamente en estas fuentes. Los nombres de lugar están esparcidos en documentos de diversa índole, tales como títulos de tierras, documentos religiosos, cartografía e incluso fuentes literarias. En el presente trabajo se consultaron particularmente cuatro fuentes. Para rastrear los topónimos registrados desde el siglo XVI se revisaron las *Relaciones geográficas de Michoacán*, editadas por René Acuña. Para el siglo XIX, las obras *Michoacán: paisajes, tradiciones y leyendas* del historiador michoacano Eduardo Ruíz y el segundo tomo de la obra *El México Desconocido* del antropólogo noruego Carl Lumholtz. Por último, para el siglo XX, se consultó el estudio titulado *Toponimia tarasco-hispano nahoa* del filólogo Cecilio Robelo. Demos un breve recorrido al horizonte histórico de estas obras.

Las relaciones geográficas del siglo XVI son un conjunto documental redactado a partir de los censos de Felipe II, quien por real cédula del 25 de mayo de 1577 ordenó, que se recorriera el territorio recién conquistado y se dejara registro de sus características, ello con el propósito de obtener un conocimiento exhaustivo de la geografía, la población, los recursos naturales y otros aspectos relevantes de éste. Los censos se realizaron con un interrogatorio de 50 preguntas, muchas de las cuales son referentes a nombres de lugares. Las preguntas fueron respondidas por informantes de las élites indígenas de cada región, por lo que son consideradas una fuente confiable para reconstruir el pasado prehispánico de México. Las relaciones geográficas fueron divididas en torno a la división de los obispados, por lo que las de Michoacán corresponden al territorio eclesiástico del mismo nombre. Para este trabajo se consultó la edición de René Acuña, publicada por el Instituto de Investigaciones Antropológicas de la UNAM en 1986.

La segunda fuente es la obra *Michoacán: paisajes, tradiciones y le-*

yendas de Eduardo Ruiz. Se trata de una obra escrita en las postrimerías del siglo XIX, concretamente en 1891, con un claro estilo nacionalista que exalta el pasado del pueblo purépecha. Eduardo Ruiz nació en Paracho, Michoacán, en 1839. Desde que era un niño tuvo conocimientos de la lengua purépecha, por lo que su historia está enriquecida por su propio conocimiento de esta cultura. Contiene notas al pie donde el autor explica o discute el significado del nombre de varios lugares en los que se desenvuelve su obra, lo que la convierte en una fuente idónea para investigaciones toponímicas en torno a esta lengua.

La tercera fuente es el segundo tomo del diario de viaje del antropólogo noruego Carl Lumholtz, titulado *El México desconocido. Cinco años de exploración entre las tribus de la Sierra Madre Occidental; en la tierra caliente de Tepic y Jalisco, y entre los tarascos de Michoacán* (1904). La obra fue escrita a finales del siglo XIX y publicada por primera vez por la Charles Scribners Son's de Nueva York en 1904. La edición que se consultó fue la traducción al castellano de Balbino Dávalos. Esta obra recopila la experiencia del autor durante sus exploraciones entre los tarahumaras, huicholes y tarascos. Durante su estancia en tierras tarascas, estuvo acompañado por el presbítero Sebastián de Olivares, quien fungió como guía y traductor para el explorador. En ese sentido, la información toponímica que contiene esta fuente proviene de los conocimientos del purépecha como segunda lengua de este sacerdote. Lumholtz lo describe así: “prestome otro servicio aquél bondadoso sacerdote dictándome las etimologías de los pueblos tarascos, pues hablaba dicha lengua tan bien como los indios, y era persona de buenas dotes” (Lumholtz, 1904, citado en Villavicencio y Nava, 2010: 100).

Por último, se consultó el trabajo del filólogo Cecilio Robelo, titulado *Toponimia tarasco hispano nahoa* (1902). Se trata de un estudio comparativo entre un listado de topónimos en lengua náhuatl y su traducción al español y purépecha. Es importante aclarar que no todos los topónimos purépechas enlistados por Robelo son nombres de lugares reales. No obstante, los topónimos que se consultaron para este trabajo sí refieren topónimos existentes. Estas fuentes son una clara muestra de cómo la toponimia purépecha ha atraído la atención de distintos autores a lo largo del tiempo. Sin embargo, hablando de investigaciones hechas estrictamente en el marco académico, éstas

son pocas.

Durante los últimos treinta años se han realizado interesantes reflexiones en torno al tema. En 1992, José Fabián Ruiz y Fernando Ramírez Aguilar publicaron el libro *Toponimia michoacana*. Éste es un listado que contiene una muestra de los topónimos de origen indígena en Michoacán, donde los autores comparan la forma en que han sido registrados en distintas fuentes a lo largo de la historia (Ruiz y Ramírez Aguilar, 1992). Dicho ejercicio es similar al que realizamos en el presente trabajo, con la distinción de que aquél no se enfoca únicamente en la toponimia purépecha sino en todos aquellos nombres de lugar que forman parte del actual estado de Michoacán. En este sentido, no todos los topónimos presentados por Ruiz y Ramírez son de origen purépecha, sino que se incluyen otros en lenguas como el náhuatl, otomí o matlazinca. Los autores sólo presentan las obras, pero no discuten en torno a la información recopilada.

En el año 2010, con motivo del homenaje a Ignacio Guzmán Betancourt, un grupo de especialistas en lingüística se reunieron para dialogar en torno a la riqueza toponímica de México. El resultado de este encuentro fue la obra *Itinerario toponímico de México*, coordinada por Martha C. Muntzel y María Elena Villegas Molina. En esta publicación encontramos el artículo “Toponimia purépecha. Lugares comunes y áreas de interés” de Frida Villavicencio y Fernando Nava (2010). Se trata de un trabajo de índole teórico, que reflexiona en torno a los enfoques con los que se había tratado el tema hasta aquel momento, al tiempo que pone sobre la mesa algunos problemas metodológicos que enfrenta el estudio de la toponimia purépecha.

Dos son los problemas que los autores identifican. Por un lado, los cambios en el registro de los topónimos a lo largo del tiempo, y, por el otro, que en muchos casos nos encontramos ante dos o más interpretaciones sobre un mismo topónimo (Villavicencio y Nava, 2010: 90). Es interesante señalar que lo que estos autores identificaron como un obstáculo para la investigación, sea precisamente el objeto de estudio del presente texto. Por último, cabe aclarar que, al igual que en el caso de Ruiz y Ramírez Aguilar, el *corpus* toponímico que estos autores analizan se circunscribe únicamente al actual Michoacán.

En el año 2015 vio la luz el libro *Toponimia indígena de Querétaro*,

siglo XVI, coordinado por María Elena Villegas Molina, Rosa Brambila Paz y Juan Carlos Saint-Charles Zetina. En él, los autores reconstruyen el origen de los topónimos indígenas del estado de Querétaro a partir de tres fuentes del siglo XVI. Varios de los topónimos analizados son de origen purépecha, por lo que este trabajo es de gran relevancia para el tema en cuestión. Lo que este trabajo nos presenta no sólo es el multilingüismo toponímico de la entidad, sino que es un importante precedente en cuanto a la reconstrucción de procesos históricos a partir de la toponimia (Villegas Molina, Brambila Paz y Saint-Charles Zetina, 2015).

Por último, no puedo dejar de mencionar la obra colectiva *La memoria de los nombres: La toponimia en la conformación histórica del territorio. De Mesoamérica a México*, coordinado por Karine Lefebvre y Carlos Paredes Martínez (2017). En ella se encuentra el capítulo “Toponimia purépecha. Del carácter plurilingüe y de cómo denominaban a los pueblos en el Michoacán prehispánico” de Carlos Paredes Martínez. Éste es un trabajo sumamente relevante para la historiografía sobre la toponimia purépecha, pues se trata de un claro ejemplo de cómo la toponimia puede ser utilizada como fuente para la reconstrucción de un proceso histórico, en este caso, para argumentar en torno al multilingüismo existente en el actual Michoacán previo a la dominación del imperio *uacúsecha* de los siglos XIV y XV.

El autor argumenta que, a través de la toponimia, es posible apreciar la forma en que el imperio purépecha se impuso sobre otros (Paredes Martínez, 2017: 48). No obstante, este ejercicio de reconstrucción histórica debe ser complementando con la información que aportan otro tipo de fuentes como, por ejemplo, la *Relación de Michoacán*. Como se puede apreciar en este breve recorrido historiográfico, el tema de la toponimia purépecha no sólo atrajo a frailes, viajeros o eruditos de tiempos pretéritos, sino que ha sido analizado con lentes críticos durante los últimos veinte años.

Es así como llegamos al ejercicio de comparación toponímica. Como ya se mencionó, la metodología empleada consistió en revisar las fuentes referidas en busca de todo registro toponímico disponible. Después se integró a una base de datos en donde se agruparon todos los topónimos de los que se tuvo registro, desde aquellos que sólo se

mencionan en una fuente hasta aquellos cuya mención se repite. Para este trabajo se seleccionó una muestra representativa de 40 topónimos (tabla 1), en donde es posible apreciar algunos de los problemas que enfrenta el empleo de la toponimia como fuente de información. A continuación, se presenta dicho listado.

Tabla 1. Topónimos purépechas mencionados en las fuentes.

	Topónimo	Escritura	Cita	Referencia
1	Acachuén	Arcachuen	Arcachuen, sujeto de Chilchotla, quiere decir en español “jícara tapada”, llámese, por otro nombre, San Francisco.	<i>Relación de Chilchotla</i> (1540) en Acuña, 1987: 33.
		Acachuen	Donde hacen zapatos.	Robelo, 1912: 447.
2	Acahuato	Acahuato	Cerro inclinado.	Ruiz, 1891: 325.
			Cerro inclinado.	Robelo, 1912: 447.
3	Acámbaro	Acambaro	Quiere decir este nombre de Acambaro, en la lengua de los naturales, “lugar de magueyes”, que es un árbol del cual, en esta Nueva España, sacan los indios muchos provechos, a causa de los aprovechamientos dél.	<i>Relación de la villa de Celaya y su partido</i> (1580) en Acuña, 1987: 18-19.
4	Acuitzio	Acámbaro	Lugar de magueyes.	Robelo, 1912: 447.
		Acuitzio	Lugar de culebras.	Ruiz, 1891: 68.
		Acuicho (Acuitzio)	Lugar de serpientes.	Robelo, 1912: 447.

5	Angahuan	Angagua	En Angagua (Angoni, piedra puesta en medio), pueblo situado como a dos millas de Parangaricutiro, se practica todavía la antigua ceremonia nupcial de los tarascos, que es, en lo esencial, análoga á la de los aztecas de Tuxpan y otros lugares comprendidos, desde allí hasta la costa, en la ruta que seguí.	Lumholtz, 1904: 407.
6	Apatzingán	Apatzingan	Cuzamala es nombre mexicano y, en su lengua materna, se llama Apazingan, que lo uno y lo otro, en lengua castellana quiere decir "lugar de comadrejas" llámese deste nombre porque dicen que en su antigüedad, tuvieron un ídolo a manera de comadreja.	<i>Relación de Ajuchilán y su partido</i> (1579) en Acuña, 1987: 33.
7	Apupátaro	Apatzingán	Lugar de comadrejas	Robelo, 1912: 447.
		Apúpátaro	De apápata, que significa pinole.	Ruiz, 1891: 317.
		Apupátaro (Hapupátaro)	Lugar de tiza.	Robelo, 1912: 448.

8	Arantepacua	Arantepacua	Al llegar a Arantepacua (“donde hay un llano”) una tarde temprano, me negaron alojamiento en el mesón y sólo admitieron á mis animales.	Lumholtz, 1904: 420-421.
		Arantepacua (Harantepacua)	Llano de agujeros.	Robelo, 1912: 448.
9	Camécuaro	Camécuaro	Lugar de aguas profundas. <i>Huacámen</i> significa caer en un estanque hondo; y huacámecuaro sería el lugar en que se verificaba la acción. Adulterada la palabra, ha quedado cumécuaro.	Ruiz, 1891: 314.
10	Capácuaro	Capácuaro	Lugar donde se juntan dos cerros.	Ruiz, 1891: 321.
		Capácuaro	Pero en sitios como Capácuaro (en tarasco, <i>capacuri</i> , “entre dos montañas”) ó en Cherán, que es mucho más grande, y algunos otros, la población es india pura”. (p.353) El camino pasa por el pueblo de Capácuaro (capacuri, “entre dos cerros”), que, en cuanto se refiere á los habitantes, se parece a Cherán. (p. 423).	Lumholtz, 1904: 353 y 423.
		Capácuaro	Lugar de abejas miel.	Robelo, 1912: 449.
11	Carácuaro	Carácuaro	Lugar o pueblo situado arriba.	Ruiz, 1891: 343.

		Carácuaro	Lugar de la escribanía pública.	Robelo, 1912: 449.
12	Carapan	Carapa	Carapa es sujeto de Chilchotla; quiere decir, en castellano, “cosa encaramada”.	<i>Relación del partido de Chilchotla</i> (1579) en Acuña, 1987: 33.
		Carapa (Carapan)	Lugar de caras.	Robelo, 1912: 449.
13	Carupo	Corupo, San Antonio	Análogos monumentos antiguos se pueden encontrar en un espacio de treinta millas al norte de Zacapu, hasta San Antonio Corupo (“quemado en la superficie”).	Lumholtz, 1904: 420.
14	Charapan	Charapan, Santo Antonio	Hay otro sujeto que se dice Santo Antonio Charapan; este nombre quiere decir “cosa que tiene alguna hinchazón”.	<i>Relación de Xiquilpan y su partido</i> (1579) en Acuña, 1987: 141.
		Charápan	Loma colorada.	Ruiz, 1891: 121.
		Charápan	Lugar de hagalas del árbol.	Robelo, 1912: 453.
15	Cherán	Cherán	La ciudad de Cherán (<i>cheri</i> = <i>arena</i>) con sus curiosas casitas de madera, se halla pintorescamente situada sobre un alta pendiente en medio de las montañas.	Lumholtz, 1904: 380.
		Cherán	Lugar de mantas.	Robelo, 1912: 453.

16	Chuperio	Chuperio	Lugar de joyas.	Ruiz, 1891: 380
		Chuperio	Lugar de tesoros.	Robelo, 1904: 453.
17	Cuitzeo	Cuiseo	Quiere decir el nombre deste pueblo, en lengua castellana, “lugar donde se hacen tinajas”.	<i>Relación de la villa de Celaya y su partido</i> (1580) en Acuña, 1987: 25.
		Cuitzeo	Cuitzeo significa ‘lugar de tinajas’. No fata quien crea que <i>Cuitz</i> significa ‘laguna’: entonces <i>Cuitzeo</i> significaría ‘lugar de’ o ‘en la laguna’.”	Ruiz, 1891: 240.
		Cuitzeo	Como seis semanas antes, hallándome en Paracho, había oído hablar de una misteriosa culebra de piedra que por primera vez había descubierto en la cumbre de una montaña próxima a Cuitzeo (quitz, tecomate).	Lumholtz, 1904: 422.
		Cuitzeo	Lugar de zorrillas	Robelo, 1903: 452.
18	Enandio	Enandio	Lugar de guayabas.	Ruiz, 1891: 237.
		Enandio	Lugar de guayabas.	Robelo, 1903: 454.

19	Etúcuaro	Etucuario	Etucuario, sujeto de Chilichotla, quiere decir, en lengua castellana, “lugar de sal”.	<i>Relación del partido de Chilichotla (1579) en Acuña, 1987: 33.</i>
20	Ihuatzio	Etúcuaro	De etuca, sal: lugar de sal.	Ruiz, 1891: 229.
		Etúcuaro	Lugar de sal.	Robelo, 1903: 454.
		Higuatzio	Lugar del coyote.	Ruiz, 1891: 68.
		Ihuatzio	En Ihuatzio (Ihuatzí, coyote), pueblo situado junto al lago, á la orilla opuesta de Pátzcuaro...	Lumholtz, 1904: 406.
21	Nocupétaro	Ihuatzio	Lugar de coyotes.	Robelo, 1903: 457.
		Nocupétaro	Lugar o pueblo en el valle.	Ruiz, 1891: 343.
		Nocupétaro	En el valle.	Robelo, 1903: 429.
22	Ocumicho	Ocumicho	Ocumicho, sujeto al dicho pueblo de Xiquilpan, dicese Ocumicho porque es “tierra de muchas rosas”.	<i>Relación de Xiquilpan y su partido (1579) en Acuña, 1987: 138.</i>
23	Pamatácuaro	Pamataquaro	Pamataquaro quiere decir “tinta negra”.	<i>Relación de Tingüindin (1581) en Acuña, 1987: 106. 106.</i>

24	Paracho	Paracho	Paracho significa ropa sucia. D. Florentino Martínez, indígena instruido de aquel pueblo, me decía que Paracho significa lugar cuyos habitantes sólo usan taparrabo...	Ruiz, 1891: 321.
25		Paracho	Este nombre, formado por la palabra tarasca parani (envolver), significa calzones, y probablemente se deriva de lo que se ponen los habitantes.	Lumholtz, 1904: 352.
		Paracho	Lugar de mantas hechas a mano.	Robelo, 1912: 460.
		Parangaricutiro	Literalmente <i>Parángari</i> quiere decir “levantar algo con las manos” y <i>cutiro</i> “situado”. Debe su nombre español de San Juan de las Colchas á la abundante fabricación de las mismas, á que se dedican sus habitantes.	Lumholtz, 1904: 352.
26	Paricutín	Paricutín	Al otro lado del valle.	Lumholtz, 1904: 361.
27	Patambán	Patambán	Lugar de carrizos o lugar de los que llevan algo.	Ruiz, 1891: 313.
		Patamban	Lugar de <i>patamo</i> , carrizo.	Lumholtz, 1904: 360.

28	Pátzcuaro	Pátzcuaro	También se llama Pátzcuaro, porque antiguamente, antes que la ciudad se fundase, había en el sitio algunos tintoreros, que, en la lengua desta provincia, se llaman <i>phatzta</i> , y, así, Pátzcuaro quiere decir “lugar donde tiñen”.	<i>Relación de la ciudad de Pátzcuaro</i> (1581) en Acuña, 1987: 63.
		Pátzcuaro	Nombre que significa, según el Dr. D. Nicolás León, asienta del templo.	Lumholtz, 1904: 434.
		Pátzcuaro (Phazquaro)	Donde tiñen de negro.	Robelo, 1903: 460.
29	Peribán	Perivan	Perivan es vocablo de lengua tarasca: quiere decir, en lengua castellana, “diablo”.	<i>Relación de Xiquilpan y su partido</i> (1579) en Acuña, 1987: 141.
		Peribán	Corruptela de <i>Pirian</i> (relámpago).	Lumholtz, 1904: 351.
		Perivan (Pirihuan)	Donde hilan.	Ruiz, 1891: 461.

30	Pungarabato	Pungaravato	Pungaravato es su propio nombre en su lengua materna, que es la tarasca, y quiere decir, en la lengua castellana, “cerro emplumado”; y llámase así porque, en su antigüedad, dicen, tuvieron un ídolo que se llamaba Pungúarancha, que quiere decir “ídolo emplumado.”	<i>Relación de Ajuchilán y su partido</i> (1579) en Acuña, 1987: 11.
31	Purépero	Pungaravato	Cerro de plumajes.	Ruiz, 1891: 343.
		Pureperio	<i>Purépech-irerio</i> puede ser la verdadera palabra, significando entonces donde viven los purépecha.	Ruiz, 1891: 245.
		Purépero	Lugar de vasallos.	Robelo, 1903: 462.
32	Puruándiro	Puruándiro	<i>Puruándiro</i> , según unos, ‘lugar de calabazas’, de <i>purú</i> , calabaza; según otros, y esto me parece más propio, viene de <i>puruáni</i> , que significa ‘hervir’. Hay en efecto baños termales.	Ruiz, 1891: 241.
33	Queréndaro	Puruándiro	Lugar de aguas termales.	Robelo, 1903: 461.
		Querendan	Querendan quiere decir “peñasco”.	<i>Relación de Tingüindin</i> (1581) en Acuña, 1987: 106.
		Queréndaro	Lugar peñascoso.	Robelo, 1903: 462.

34	Querétaro	Querétaro	Querenda, que en lengua tarasca, que es la que se habla en la dicha provincia de Mechoacan, quiere decir “peña”; que tal era a do estaban poblados. Y, así, cuando se pobló este pueblo, le llamaron Queréndaro, añadiendo este -ro, que quiere decir en la dicha lengua tarasca, “pueblo de Peña”; y los españoles corrompieron el vocablo, y le llamaron Querétaro.	Relación de Querétaro (1582) en Acuña, 1987: 71.
		Querétaro	Hemos oído entre los indígenas aún hoy en día llamar a este pueblo Quererí-Irétaro, o más bien Querirétaro, significado, en consecuencia, pueblo grande.	Ruiz, 1891: 239.
		Querétaro	Lugar del pueblo grande.	Robelo, 1903: 462.
		Quiringuaro	Lugar de <i>quiringuas</i> (palmas).	Ruiz, 1891: 329.
35	Quiringuaro	Quiringuara	Lugar de tambores de palo.	Robelo, 1903: 462.

36	Tancítaro	Tancítaro	[Al calzón] acudían con los tributos, que en la lengua tarasca es lo que quiere decir <i>tancita</i> , y, así este pueblo se llama Tancítaro, porque aquí se recogía la tancita, que quiere decir “el tributo.”	<i>Relación de Tancítaro y su partido</i> (1580) en Acuña, 1987: 96.
		Tancítaro	Lugar de tributo.	Ruiz, 1891: 325.
		Tancítaro	<i>Tancitan</i> es señalar: lugar donde se apunta.	Lumholtz, 1904: 352 - 353.
		Tancítaro (Tantzítaro)	Lugar de tributarios.	Robelo, 1903: 463.
37	Tangancí-cuaro	Tangancí-cuaro	<i>Tanim-itizícuaro</i> significa en tarasco ‘tres ojo de agua’ y ésta es la etimología de Tangancícuaro, a cuyas inmediaciones está Camécuaro. Los tres ojos de agua son Cupá-chiro, Camécuaro y Hunguaran.	Ruiz, 1891: 268.
		Tangancí-cuaro	Derívase este nombre de <i>Tangancecua</i> , “éstaca ó pértiga”; como la localidad es muy húmeda, los habitantes han tratado de mejorar las cosas clavando palos en el suelo.	Lumholtz, 1904: 390.
		Tangancí-cuaro (Tangatzecuaru)	Donde clavan estacas en el suelo.	Robelo, 1903: 463.

38	Tingüindín	Tingüindín	Dicen que el nombre de esta cabecera de Tingüindín quiere decir, en su lengua, “pájaro pelada la cabeza, o sin plumas”.	<i>Relación de Tingüindín</i> (1581) en Acuña, 1987: 105-106
		Tingüindín	Cerro del tecolote.	Ruiz, 1891: 361.
		Tingüindín (Tingüindín)	Donde se arrodillan.	Robelo, 1903: 464.
39	Tiripetío	Tiripitío	Este nombre, Tiripitío, tiene dos significaciones: la una quiere decir “hombre dorado”, u “hombre atriciado”.	<i>Relación de Tiripetío</i> (1580) en Acuña, 1987: 118.
			Significa lugar del oro. Algunos creen que se le dió este nombre por un gran sol de oro que había en su templo; otros, porque en aquella población se guardaban las alhajas de oro de los dioses. La <i>Relación</i> lo llama alguna vez <i>Turipetío</i> , y entonces significa lugar negro, de <i>turipiti</i> , negro, y de la particular locativa -o. Nos parece más probable la opinión de los que hacen derivar esta palabra de <i>tiripito</i> , nombre de una planta parásita tintórea enteramente amarilla, como el color del oro. No está por demás decir que <i>el tiripo</i> se produce en abundancia en <i>Tiripitío</i> .	Ruiz, 1891: 285.
		Tiripítio	Lugar de oro.	Robelo, 1903: 464.

40	Tzintzuntzan	Tzintzuntzan	Lámase de este nombre por haber en él muchos pájaros que llaman <i>zinzones</i> , de que se hacen las imágenes de pluma, y así, en lengua mexicana, se dice Huitzitzila, que quiere decir “lugar donde se crían los dichos pájaros”; son muy pequeños, y tienen la pluma verde y azul, y, puestos a la vislumbre, hacen muchas y diversas aguas y colores. Y, aunque otros dan a este pueblo otras denominaciones, ésta es la más propia y verdadera.	<i>Relación de la ciudad de Pátzcuaro</i> (1581) en Acuña, 1987: 63.
		Tzintzuntzan	Visité la antigua ciudad de los tarascos, Tzintzuntzan, llamada por los aztecas Huitzizilan, nombres ambos que significan “lugar de colibríes”.	Lumholtz, 1904: 438.
		Tzintzuntzan	Lugar de colibríes.	Robelo, 1903: 465.

Fuente: Elaboración propia a partir de Acuña (1987); Ruiz (1891); Robelo (1903); Lumholtz (1904).

Análisis de la recopilación toponímica

Si categorizamos la información toponímica recopilada, lo que encontramos es una diversidad en la tipología semántica. La base de datos original a partir de la cual se recuperó la muestra aquí presentada organizó los topónimos según su recurrencia documental, su forma gráfica y los significados atribuidos en cada fuente. Este ejercicio metodológico de sistematización constituye una herramienta valiosa para evidenciar patrones y cambios en la interpretación de los nombres de lugar a lo largo del tiempo.

Los significados de los topónimos pueden agruparse en cinco categorías: (1) topónimos orográficos, que aluden a elementos del relieve como cerros o pendientes; (2) hidrográficos, relacionados con cuerpos de agua o fenómenos hídricos; (3) aquellos asociados a actividades productivas; (4) vinculados a elementos míticos o simbólicos de la cosmovisión purépecha; y (5) relacionados con la flora y fauna del entorno (tabla 2). Esta variedad confirma que los nombres de lugar no sólo son designaciones utilitarias, sino también expresiones del modo en que las comunidades dieron un significado peculiar a su territorio.

Tabla 2. Tipología toponímica purépecha.

Orográficos	Hidrográficos	Actividades productivas	Elementos míticos o ritualísticos	Flora y fauna
Acahuato: Cerro inclinado	Camécuaro: Lugar de aguas profundas	Acachuén: Donde hacen zapatos	Pátzcuaro: Asiento del templo	Acámbaro: Lugar de magueyes
Arantape-cua: Donde hay un llano	Puruándiro: Lugar de aguas termales	Carácuaro: Lugar de la escribanía pública	Peribán: Diablo o relámpago	Acuitzio: Lugar de serpientes

Capácuaro: Donde se juntan dos cerros / Entre dos montañas	Tanganácuaro: Tres ojos de agua	Cherán: Lugar de mantas	Pungarabato: Cerro del ídolo emplumado	Apatzingan: Lugar de comadreas
Charapan: Loma colo- rada		Pátzcuaro: Lugar don- de tiñen	Tangancícua- ro: Donde se clavan estacas en el suelo	Enandio: Lugar de guayabas
Nocupétaro: En el valle		Peribán: Lugar don- de hilan	Tingüindín: Donde se arrodillan	Ihuatzio: Lugar de coyotes
		Tancítaro: Lugar de tributo o de tributarios	Tiripitio: Hombre dora- do u hombre atiricado	Ocumicho: Tierra de muchas rosas

Fuente: Elaboración propia.

Al comparar los registros de un mismo topónimo en fuentes de distintas épocas, se evidenció un segundo hallazgo relevante: la **discrepancia en los significados atribuidos**. Con excepción de casos como *Etúcuaro* (“lugar de sal”), *Tancítaro* (“lugar de tributarios”) o *Tzintzuntzan* (“lugar de tzintzunes o colibríes”), la mayoría de los topónimos presentan más de una interpretación. El caso de *Cuitzeo*, por ejemplo, ofrece al menos cuatro significados distintos entre las fuentes consultadas. Este tipo de variaciones plantea preguntas sobre la fiabilidad de los registros, las condiciones bajo las cuales se recopilaron, y los posibles procesos de reinterpretación cultural o pérdida semántica a lo largo del tiempo. ¿Cuál de las cuatro interpretaciones es la adecuada? Aquí es donde la historia debe abreviar de la lingüística, pues este tipo de problemas sólo podrían ser resueltos tentativamente por un especialista en la lengua en cuestión. En otras palabras, para emplear a la toponimia como fuente para la historia, no sólo se debe identificar y delimitar el

contexto histórico en el que se produjo la fuente, sino que también es preciso indagar en los cambios fonéticos y morfológicos de la lengua en cuestión, ambos objetos de estudio de la lingüística.

La cuestión del cambio en el tiempo es el centro de la toponimia histórica. En el ejercicio de comparación de las fuentes consultadas para este trabajo ocurrió algo interesante. Tres de las cuatro fuentes (con excepción de la *Toponimia hispano-nahoa* de Robelo), partieron de información dada por hablantes de la lengua: los informantes indígenas de las relaciones geográficas, el conocimiento de la lengua de Eduardo Ruiz y la experiencia del presbítero informante de Carl Lumholtz. Aunque pueden surgir discrepancias en los significados, el registro en sí mismo de estos significados resulta notable, pues representa datos aportados por expertos en la lengua en diferentes momentos históricos. De este modo, la toponimia no sólo se erige como una fuente acerca del pasado prehispánico, sino también como un testimonio de cómo los autores o informantes interpretaron esos lugares en distintos periodos temporales. Esto sin mencionar que la conformación del corpus documental delimitó los resultados, lo que plantea la cuestión de si estos serían diferentes si se hubieran consultado otro tipo de fuentes, como títulos de tierras o mercedes.

En este sentido, podemos afirmar que, si bien mucha de la toponimia en lengua purépecha proviene de tiempos prehispánicos, esto no significa que esté exenta de cambios lingüísticos. A lo largo del tiempo, el significado de algunos topónimos deja de ser transparente y se presta a distintas interpretaciones, lo que la convierte en un fenómeno muy interesante, pero a la vez complejo. Esto sin mencionar el hecho de que actualmente muchos de los habitantes actuales de los lugares ya no hablan la lengua originaria y por lo tanto tampoco saben qué significan estos topónimos.

La evolución lingüística, junto con la pérdida de la lengua originaria por parte de la población actual, añade una capa adicional de complejidad al estudio toponímico, destacando la importancia de preservar y comprender estos nombres de lugar como parte integral de la historia y la identidad cultural de cada región. Por último, pero no menos importante, no hay que dejar de mencionar la relación entre toponimia e identidad, pues no sólo se estudia la toponimia como una mera curiosidad, sino que actualmente el defender el origen “auténtico” del nombre de un

lugar se puede usar como un medio para legitimar discursos de poder en el presente.

Además de la revisión documental, este estudio implicó un trabajo sistemático de georreferenciación toponímica, realizado en el marco del proyecto *Visor Toponímico Mexicano*. El procedimiento constó de tres etapas. En primer lugar, se referenciaron 109 topónimos en lengua purépecha a partir de los datos provistos por el Instituto Nacional de Estadística y Geografía (INEGI), lo cual permitió establecer un punto de partida cartográfico. En segundo lugar, se efectuó un cruce de información entre estos registros contemporáneos y los nombres mencionados en las fuentes históricas seleccionadas, lo que permitió detectar variaciones a lo largo del tiempo. Finalmente, con el apoyo técnico de los colegas del Programa de Sistemas de Información Geográfica (ProSIG-CSH) del CIESAS, se realizó la localización espacial de dichos topónimos sobre el mapa actual, integrando los datos lingüísticos y documentales en una base cartográfica dinámica. Este ejercicio de georreferenciación no sólo facilitó la visualización territorial del *corpus* toponímico, sino que también permitió identificar zonas de mayor densidad toponímica.

Conclusiones

La toponimia proporciona una ventana para comprender cómo las sociedades han interactuado con el espacio a lo largo del tiempo. Los nombres de lugares no sólo describen el territorio al que se refieren, sino que también ofrecen pistas sobre las actividades pasadas en esa área o eventos políticos significativos que tuvieron lugar allí. Por lo tanto, su uso como fuente histórica ofrece oportunidades heurísticas que merecen ser exploradas.

No obstante, como se pudo apreciar a lo largo del trabajo, al realizar una comparación de la información que aportan fuentes de distinta temporalidad, surgen problemas que hacen que sea poco viable utilizarla como una fuente única para la reconstrucción de procesos históricos, y, particularmente, de los procesos de ocupación de las sociedades del México antiguo. Antes bien, debería constituirse como una herramienta

auxiliar de un trabajo interdisciplinario, que abreve de la información que aportan la arqueología, la lingüística y la propia historia.

La variedad de fuentes conlleva una diversidad de interpretaciones de los topónimos. Esta diversidad no sólo se debe a la multiplicidad de soportes documentales, que pueden incluir crónicas, archivos, mapas o literatura, sino también a los distintos objetivos y momentos en los que fueron creados. Por lo tanto, al evaluar las fuentes de información toponímica, es crucial considerar el contexto histórico y cultural en el que se produjeron, así como establecer un diálogo con expertos en la lengua específica en estudio, es decir, con toponimistas versados en la lengua correspondiente.

En resumen, los hallazgos clave de este análisis toponímico se enfocan en cuatro aspectos fundamentales. En primer lugar, se destaca la diversidad en la tipología toponímica, que evidencia la riqueza y variedad de las denominaciones en lengua purépecha. En segundo lugar, la investigación revela una pluralidad de significados en torno a un mismo topónimo, lo que subraya la importancia de la crítica al emplear la toponimia como fuente para reconstruir procesos históricos. En tercer lugar, se resalta la necesidad de recurrir al trabajo interdisciplinario, tanto con lingüistas expertos en la lengua en cuestión como con otras disciplinas, para obtener una visión más completa del pasado estudiado y de cómo se relaciona con los significados evocados en la toponimia.

Por último, se reconoce el valor intrínseco del registro toponímico como una fuente valiosa, considerando las interpretaciones de los autores no sólo como datos históricos, sino también como un testimonio de cómo percibieron su entorno en diferentes momentos temporales. Estos aspectos destacan la complejidad y la riqueza inherentes al estudio de la toponimia purépecha. Además, es importante señalar la posibilidad de llevar a cabo trabajos similares de sistematización toponímica en otras lenguas indígenas, dado el carácter diverso y abundante de las lenguas en México.

Bibliografía

- ACUÑA, René, ed. (1987). *Relaciones geográficas del siglo XVI: Michoacán*. México, IIA, UNAM.
- ALBIEZ-WIECK, Sarah y Hans Roskamp, eds. (2016). *Nuevas contribuciones al estudio del antiguo Michoacán*. México, El Colegio de Michoacán.
- ESPEJEL, Claudia (2016). “Reflexiones acerca del estado tarasco a partir de las nuevas investigaciones etnohistóricas y arqueológicas”, en Sarah Albiez-Wieck y Hans Roskamp, eds., *Nuevas contribuciones al estudio del antiguo Michoacán*. México, El Colegio de Michoacán. pp. 73-94.
- FABIÁN RUIZ, José y Fernando Ramírez Aguilar (1992). *Toponimia michoacana*. México, Casa de San Nicolás.
- LUMHOLTZ, Carl (1904). *El México desconocido: cinco años de exploración entre las tribus de la Sierra Madre Occidental; en la Tierra Caliente de Tepic y Jalisco, y entre los Tarascos de Michoacán*. Trad. de Balbino Dávalos. México, Comisión Nacional para el Desarrollo de los Pueblos Indígenas.
- MICHELET, Dominique (2014). “La zona occidental en el Posclásico”, en Linda Manzanilla y Leonardo López Luján, coords., *Historia antigua de México*. México, Miguel Ángel Porrúa/ INAH/ UNAM.
- PARDES MARTÍNEZ, Carlos (2017). “Toponimia purépecha. Del carácter plurilingüe y del cómo denominaban a los pueblos en el Michoacán prehispánico”, en Karine Lefebvre y Carlos Paredes Martínez, eds., *La memoria de los nombres: La toponimia en la conformación histórica del territorio. De Mesoamérica a México*. México, Centro de Investigaciones en Geografía Ambiental/ UNAM.
- ROBELO, Cecilio (1912). *Toponimia tarasco hispano nahoa*. México, Museo Nacional de Arqueología, Historia y Etnología.
- RUIZ, Eduardo (1969). *Michoacán: paisajes, tradiciones y leyendas*. Morelia, Basal Editores.
- SÁNCHEZ DÍAZ, Gerardo (2014). “Una aproximación a la historia de los hallazgos arqueológicos y los registros etnográficos y lingüísticos en el Michoacán del siglo XIX”, en *Tzintzun. Revista de Estudios Histórico*, núm. 60. Michoacán, julio-diciembre, pp. 104-140.

- SCHÖNDUBE, Otto (1974). “Algunas consideraciones sobre la arqueología del Occidente de México”, en Betty Bell (ed.), *The Archaeology of West Mexico*. Ajijic, Sociedad de Estudios Avanzados del Occidente de México.
- SUSTROVÁ, Michaela (2011). *Toponimia en la provincia de Sevilla*. (Tesis doctoral, Masarykova Univerzita). Recuperada el 15 de enero de 2024: <https://is.muni.cz/th/210547/ff_m_b1/Diplomka.doc>.
- VILLAVICENCIO, Frida y Fernando Nava López (2010). “Toponimia purépecha. Lugares comunes y áreas de interés”, en Martha Muntzel y María Elena Villegas Molina (eds.), *Itinerario toponímico de México*. Ignacio Guzmán Betancourt. México, INAH.
- VILLEGAS MOLINA, María Elena, Rosa Brambila Paz y Juan Carlos Saint-Charles Zetina (2015). *Toponimia indígena de Querétaro. Siglo XVI*. México: Municipio de Querétaro.

Habitando un paisaje cañero. Pujiltic: el topónimo de un pueblo en Chiapas desde su historia, geografía e imaginario

ULISES A. GÓMEZ VÁZQUEZ

(Doctorando, El Colegio de Michoacán, A.C.)

En los últimos años, el interés por parte de los historiadores en el estudio de la toponimia y los paisajes es notable. Dado que estos términos han sido ampliamente discutidos, no profundizaré en sus orígenes y evolución. Me limitaré a reflexionar, desde la visión de un historiador, en las posibilidades de análisis que posee la articulación de estas dos categorías para el conocimiento histórico de una zona cañera en Chiapas.¹

Confrontando fuentes documentales y orales, el presente texto analiza el topónimo del pueblo de San Francisco Pujiltic, a través de su historia y los cambios geográficos que experimentó la región con la construcción de un moderno ingenio y la expansión del cultivo de cañaverales hacia 1950. San Francisco Pujiltic, municipio de Venustiano Carranza, está ubicado en la Depresión Central de Chiapas. Si bien, los pueblos vecinos, especialmente los fundados en la época colonial y que aún conservan una lengua indígena, tienen un significado para el topónimo Pujiltic, que es “lugar de juncos”, los pobladores de Pujiltic, pueblo con apenas casi 70 años, donde aparte del español no se habla alguna lengua originaria, lo han dotado de una etimología cimentada en la geografía y un imaginario colectivo que han transmitido a las nuevas generaciones y que hoy reconocen como “valle de vientos”.

En este sentido, el horizonte histórico de Pujiltic, que comenzó como una finca hacia 1946, es trascendental para analizar las múltiples representaciones del espacio geográfico, esto mediante los diferentes significados de su topónimo y los cambios suscitados en el paisaje de la región con la introducción de una industria azucarera y el cultivo intensivo de la caña de azúcar; además, estos cambios nos

¹ Ver los estudios de Marcelo Ramírez, Rodolfo Rosas y Laura Rodríguez, Mariana Alzaga y Ángela Valero, contenidos en este libro para una mayor discusión sobre el uso de la toponimia desde la Historia y la Etnohistoria en diferentes tiempos y espacios.

invitan a reflexionar sobre otras implicaciones históricas, antropológicas y ecológicas que le han dado identidad a esta particular región cañera.

En primera instancia se ofrece un breve recorrido teórico metodológico de estos enfoques, la toponimia y el paisaje, desglosando las hipótesis que son de utilidad para nuestro caso de estudio. En el segundo apartado se describen los componentes históricos y geográficos de la comarca que rodea a San Francisco Pujilic. Después se pasa al análisis de los diferentes significados del topónimo, insertándolo dentro de estos mismos procesos a partir de las siguientes preguntas, ¿por qué existen dos significados para el topónimo de Pujilic?, ¿cómo pasó de significar “lugar de juncos” a “valle de vientos”?

La información presentada proviene de un abanico de fuentes primarias y secundarias, que nos sirven para plantear la investigación, como resultado de un trabajo historiográfico y etnográfico que se ha realizado desde hace algunos años en la región.

Paisaje y Topónimo. Un acercamiento desde la historia regional

En palabras de Joan Nogué (1985), “el paisaje es historia”. Gracias a su naturaleza holística podemos pensar el término “paisaje” a partir de tres dimensiones: la histórica, la geográfica y la toponímica. Durante mucho tiempo el uso del concepto fue exclusivo de los geógrafos, sin embargo, hoy en día ha sido recuperada por otras disciplinas, entre ellas la Historia. De hecho, el término sirvió de puente entre la escuela historiográfica de los Annales y la escuela francesa de Geografía, fundada por Vidal de La Blache; maestro de Lucien Febvre (93-95).

Febvre fue el principal promotor de incluir el concepto en los estudios históricos, especialmente para entender las relaciones entre las sociedades humanas y el medio geográfico, pero el puente de complicidad entre la Historia y la Geografía fue consolidado por Fernand Braudel en *El Mediterráneo*. Para él, “tanto en su paisaje físico como en su paisaje humano”, la región del Mediterráneo era una encrucijada que no podía comprenderse sin tomar en cuenta estos aspectos que se relacionaban entre sí. Desde su perspectiva, el estudio de esta área geográfica era una buena ocasión para presentar “otra forma de abordar la historia” (Braudel, 1989: 12).

Para ambos, el paisaje estaría vinculado a la actividad humana y al conjunto geográfico “directamente aprehendido o históricamente reconstituido”. Desde esta mirada, “el paisaje es un lugar”; por ende, la parroquia, el ingenio azucarero, los cañaverales o la región pueden ser lugares representativos (Nogué, 1985: 98). El paisaje se conecta a redes territoriales o regionales que tienen una historia social, cultural o económica. De esta forma, los paisajes son productos históricos, dinámicos y acumuladores de experiencias que pueden revelar un proceso de cambios y continuidades (Martínez, 2006: 138-139).

Si consideramos al “paisaje” como un documento que puede brindarnos datos y al mismo tiempo como parte de un lugar, territorio o región, debemos de tomar en cuenta, tal y como apunta Juan Pedro Viqueira (1994), que éste es labrado y vivido socialmente por el ser humano. Este autor advierte que, aun cuando los paisajes son el resultado de la intervención humana sobre el medio natural, donde quedan plasmados las formas de organización social y los valores de las sociedades, pasadas y presentes, una regionalización basada en su estudio plantea algunas dificultades (110-111).

Esta última problemática no afecta a nuestra exposición porque no tratamos de formular una regionalización, al contrario, presentamos el análisis de un micro espacio que muestra características que pueden ser estudiadas mediante la triada aquí propuesta. En todo caso, a la par de la región natural y nominal, la “región vivida” puede ser de utilidad para nuestro enfoque, ya que involucra la conciencia de un espacio que constituye una interpretación a partir de un proyecto humano e histórico que da lugar al surgimiento de paisajes que conforman una región (Viqueira, 1994: 112-113).

Pero entonces, si el paisaje es histórico, en un paisaje actual lo que “observamos solamente [es] el estadio final de un largo proceso de transformación. Por lo tanto, la investigación histórica se plantea el objetivo de reconstruir los paisajes del pasado partiendo de la situación del presente”. En este proceder debemos tener en cuenta la mayoría de las características del escenario local y regional. Como ilustración, imaginemos en un área rural los restos de un convento dominico, un trapiche hidráulico o una trama de campos cultivados que, en su conjunto forman un paisaje que muestra la presencia humana, –edificación, tecnología

y expansión agrícola–, que no puede ser comprendida si se estudiara cada elemento por separado (Tosco, 2009: 89-91).

En *Nombres en el paisaje*, Pascual Riesco (2010: 22-27) proyecta que la toponimia brinda un conjunto de indicios nada despreciable para el estudio histórico y antropológico de un paisaje –territorio-región. Los topónimos visibilizan las características de un lugar que son o eran significativos en el hábitat de la población. A su vez, éstos ponen de manifiesto tanto su carácter histórico como geográfico o cultural. Con ello, la toponimia nos ofrece indicios para el estudio del paisaje, dado que presenta significados relacionados al entorno y una vía para obtener información sobre el pasado social de un territorio, abriendo al mismo tiempo una ventana para conocer su historia ecológica y etnobiológica.

Igualmente, en *La toponimia como fuente para la historia rural*, Margarita Fernández (2006) hace hincapié en las posibilidades de los topónimos como fuente para obtener datos sobre el poblamiento, las formas de vida, la estructuración agraria, los tipos de cultivo o la colonización de un lugar. Incluso, para conocer paisajes geográficos ya desaparecidos que pueden sobrevivir en la memoria de las personas o en la documentación de archivo; subsistiendo a la extinción local de la lengua que los creó o adquiriendo nuevos significados, impuestos, aceptados o rechazados, que refuerzan la identidad de un lugar (Membrado, 2018: 36-39).

Como nos recuerda Joan Tort, la toponimia posee tres atributos para la lectura de un paisaje: la transparencia, la excepcionalidad y la significancia territorial. La primera característica tiene que ver con la interpretación y la familiaridad que se tenga con la lengua local y el medio físico; la excepcionalidad refiere a un hecho coyuntural que esté presente en el medio físico o en la forma de posesión del lugar; el último rasgo distintivo refiere a que el campo semántico del nombre impuesto se inserta en función de su relevancia territorial (Tort en Riesco, 2010: 8-9).

A grandes rasgos, la toponimia utiliza esta terna de métodos para inscribirse dentro de una doble dimensión: la del espacio (la función toponímica) y la del tiempo (la memoria toponímica). La toponimia incumbe a la geografía porque muchos de los nombres de determinados lugares son propios del vocabulario de esta ciencia, y a la historia en la medida en que los nombres se transforman en el testimonio, más allá

del tiempo, de una explícita reciprocidad entre la población, el lugar y la naturaleza (Tort, 2019: 41)

Finalmente, como lo ha hecho notar Biord Castillo (2014), tomando en consideración estas dos nociones, podemos acceder a la historia de una localidad o región. Evidenciando, con sus límites y posibilidades, que la historia del paisaje-región-territorio es esencial para cualquier investigación de esta naturaleza (Tort, 2019: 42).

Pujiltilic. Un paisaje cañero en la Depresión Central de Chiapas

Viajando desde cualquier punto del estado, el paisaje de cañaverales no le es indiferente a cualquier forastero que se acerca a la comarca de Pujiltilic. Y es que, durante la época de zafra, periodo de cosecha y producción de la caña de azúcar, el olor agridulce y el constante tizne (ceniza provocada por la quema de la planta) invaden a la mayor parte de los pueblos y caminos que conforman este espacio ubicado entre las terrazas de Los Altos y los valles de la Depresión Central de Chiapas (Gómez, 2022: 2).

A Pujiltilic se puede llegar desde tres puntos. 1. De Tuxtla Gutiérrez, cruzando el puente de la central hidroeléctrica La Angostura con rumbo a las tierras bajas de Venustiano Carranza. 2. Desde San Cristóbal de Las Casas, atravesando Teopisca, Aguacatenango, Las Rosas y Soyatitán; ruta que desciende en una especie de escalinatas desde las frías montañas hasta los calurosos valles. 3. De Comitán, que enlaza a Tzimol, La Mesilla y Socoltenango; un camino de bajadas y subidas cercado por la cuenca del río San Vicente.

No es que Pujiltilic sea en sí mismo una región, sino que históricamente se inserta dentro de un cinturón agrícola que forma parte de este territorio geográfico caracterizado por una enorme cuenca que mide más de 200 kilómetros de largo y entre 30 a 60 km de ancho (Viqueira, 1998: 31; Barrera, 2019: 56-57). Por eso, lo que aquí llamamos “zona cañera” no es más que una microregión dentro de la Depresión Central; siendo el apelativo que los propios pobladores le han dado a este espacio que habitan. Esto a partir de sus vivencias y experiencias alrededor de la

economía de la caña de azúcar; basta con platicar con algún ejidatario, obrero o cortador de caña para escucharlos decir que viven en un valle, en un lugar rodeado de cañaverales, ríos, calor y tizne (figura 1).

Figura 1. El ingenio azucarero de San Francisco Pujiltilic, Venustiano Carranza.



Fuente: Fotografía del autor, 2019.

San Francisco Pujiltilic, representa el núcleo de este paisaje cañero por el simple hecho de que en esta localidad se encuentra el ingenio azucarero “La Fe”, propiedad del consorcio ZUCARMEX. La zona que actualmente abastece de materia prima al Ingenio Pujiltilic, conocido también de este modo por la población, se conforma por los municipios de Venustiano Carranza, Socoltenango, Las Rosas y Tzimol; incluyendo una serie de ejidos, rancherías y poblaciones de suma trascendencia como Soyatitán o La Mesilla. Todos estos confluyen en una dinámica socioeconómica que de alguna manera se entrelaza históricamente. Principalmente a partir de la introducción de la caña de azúcar realizada por los españoles durante el siglo XVI, destinada especialmente para la producción azucarera y panelera (Gómez, 2022: 2-3).

Pujiltic está asentado a más de 600 msnm, en el punto medio de los calurosos valles centrales; yendo más al sur nos encontramos con el embalse de La Angostura que es alimentada por el río Grijalva. La localidad forma parte de la jurisdicción de Venustiano Carranza que colinda con Teopisca, Nicolás Ruiz, Amatenango del Valle, Socoltenango, Las Rosas, La Concordia y Acala. De acuerdo con el Censo de Población y Vivienda del 2020 realizado por el INEGI, la población total del municipio es de 67 292 habitantes. Cuenta con 307 localidades, siendo San Francisco Pujiltic la más poblada con 7 973; sólo por debajo de la cabecera que tiene poco más de 16 mil.

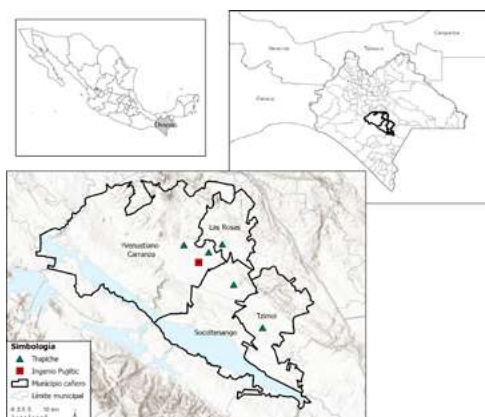
Entre las localidades destacan Aguacatenango, Soyatitán, Ricardo Flores Magón, Laja Tendida y Paraíso del Grijalva; de éstos, los más antiguos son Venustiano Carranza, Aguacatenango y Soyatitán, fundados por los dominicos entre 1545 y 1565. La principal lengua es el maya tsotsil que se habla en la cabecera, Paraíso de Grijalva y Aguacatenango. Si bien en Soyatitán, que antes era un municipio libre, se hablaba tseltal, hoy prácticamente ha desaparecido. En la mayoría de las demás poblaciones, incluyendo San Francisco Pujiltic, prepondera el castellano y los habitantes no se consideran de algún grupo étnico.

No obstante, el pueblo de Pujiltic cuenta con apenas 70 años desde su fundación, la región en la que se ubica (figura 2) la antecede con al menos 500 años de historia. Como han demostrado arqueólogos e historiadores (Lee, 2001; Ruz, 1992; Viqueira, 2011), esta región ha sido habitada por múltiples civilizaciones. Se sabe, por la evidencia arqueológica, que en la época prehispánica existieron asentamientos humanos cerca de los pueblos vecinos. En el imaginario actual se cuentan historias y leyendas sobre estos antiguos lugares que los habitantes llaman “pueblos viejos”; por ejemplo, todavía en 1970, los indígenas de Venustiano Carranza realizaban rituales en Santo Ton, un terreno que presenta vestigios de ocupación; en Socoltenango y Las Rosas, los pobladores han encontrado antigüedades junto a montículos que se localizan en las cercanías de las cabeceras, pero que no han sido recogidos por la creencia de que están “encantados”.²

² Para más información sobre Santo Ton ver: Víctor Esponda y Thomas Lee, “Representaciones arquitectónicas precolombinas de Santo Ton, Chiapas, México”, en *Anuario del Centro de Estudios Superiores de México y Centroamérica* 1995, UNICACH, 1996.

Al hablar de su composición física es relevante referir la cantidad de manantiales, ríos, arroyos y cascadas en toda el área. Sus fértiles tierras, surcadas por las vértebras fluviales del gran río Grijalva, entre las que destacan los ríos Blanco, San Vicente, Ixtapilla y Schpoina, han propiciado la agricultura de subsistencia, primordialmente la siembra de maíz y frijol que cultivaron los pueblos mayas, chiapanecas y zoques. La presencia de lugares sagrados que incluyen cuevas, montañas y pozas, así como el culto a los “santos lluviosos” y el conocimiento de fenómenos atmosféricos por parte de los agricultores, revelan lo trascendental del paisaje para la tradición y cultura de los pueblos.³

Figura 2. Mapa de la Zona cañera de Chiapas.



Fuente: Elaboración del autor en colaboración con Marco Hernández, 2024.

³ Muchos de los pueblos agrícolas “sustituyeron” a las antiguas deidades del agua y de la lluvia por santos cristianos. Éstos tenían la función de ser mediadores durante las sequías o las heladas que afectaban los cultivos; no resulta extraño que cuando algún elemento amenazara el campo, se buscara la mediación de estos personajes. Aun en el siglo XX la cofradía de San Miguel era predominantemente “india”; además de ser el santo patrón del pueblo, según las creencias tseltales, “San Miguel tiene trece naguales”. “Es Rayo... y es el que manda las lluvias. Cuando se retrasan, el cura dice misa y las gentes rezan para que comiencen pronto las lluvias.” Entre los tsotsiles y tseltales San Miguel es conocido como “Ch’ul Chawuk” (santo-rayo)” (Hermitte, 1970: 53-54). Para saber más: Eduardo Merlo Juárez, “El culto a la lluvia en la Colonia. Los santos lluviosos”, en *Arqueología Mexicana*, núm. 96, pp. 64-68.

Durante la época colonial, el gran Camino Real cruzaba por estos lares, funcionando como un enlace que unía a Chiapas con Guatemala y la Nueva España. Los pueblos, como Copanaguastla (hoy parte de Socoltenango) y San Bartolomé (hoy Venustiano Carranza), servían como puntos de suministros para los viajeros y comerciantes que iban de un lado a otro. Copanaguastla fue un cacicazgo que desapareció en el transcurso de la segunda mitad del siglo XVII; San Bartolomé, el “granero” de la provincia de Chiapas y el más poblado hasta entrado el siglo XIX (Lee, 2001; Ruz, 1992; Viqueira, 2011).

Debido a la constante migración desarrollada a través de los siglos, la región está conformada por una diversidad de paisajes humanos. La fundación de haciendas cañeras y ganaderas desde el siglo XVII, influyó en la llegada de foráneos, entiéndase españoles, mestizos, ladinos y africanos, desplegando puntos estratégicos para los intercambios sociales, culturales y comerciales. Las relaciones interregionales, y la complementariedad de los recursos naturales de cada región, obligaron a los pobladores de la Depresión Central a conocerse, casarse y convivir con gente de otros lugares. Estos fenómenos, así la desaparición de pueblos, el abandono de las lenguas y la disminución de la población indígena, contribuyeron a que actualmente el rostro de esta región sea mayormente mestizo (Barrera, 2019: 508-509; Viqueira, 2011: 31).

Hay la caña de azúcar es el cultivo más significativo para la economía de la región, así la ganadería extensiva y en menor medida el maíz, frijol, chile y calabaza. Hace algunas décadas todavía había un número sustancial de trapiches que disminuyeron catastróficamente con la centralización de caña para la producción azucarera que provocó el Ingenio Pujiltilic. Desaparecieron casi todos los paneleros y aguardenteros, a excepción de Tzimol, donde todavía pervive en menor escala la producción artesanal del piloncillo.

Por último, sus amplias llanuras y su clima cálido y moderadamente lluvioso le siguen confiriendo a la región un enorme potencial agrícola. “Esto a pesar de que parte de sus mejores tierras quedaron bajo el agua con la construcción de La Angostura” (Viqueira, 1998: 31). Como veremos, es innegable que el cultivo cañero modificó el paisaje desde el siglo XVI, pero fue en el siglo XX con la fundación de este moderno ingenio, y la ampliación de su producción, que la geografía sufrió un

verdadero cambio: desmonte y disminución de flora y fauna, desvíos de ríos, usos de pesticidas y agroquímicos, la constante quema de la tierra y la mengua de ciénagas con la construcción de los sistemas de riego.

Lugar de juncos. De ciénegas, ganadería, cañaverales y algodón

La primera referencia sobre el significado de Pujiltic aparece en el *Vocabulario de lengua tzeldal según el orden de Copanablastla*, escrito por fray Domingo de Ara a finales del siglo XVI como parte de la evangelización que emprendieron los dominicos en la Depresión Central (Ara, 1986: 369). Durante el periodo de congregación fundaron 34 pueblos; entre ellos San Bartolomé de Los Llanos, Socoltenango, Soyatitán, Pinola, Ixtapilla, Zacualpa, Tecoluta y Copanaguastla. Al ser este último uno de los principales cacicazgos, fue elegido vicaría y foco de la cristianización, por eso la importancia de elaborar un vocabulario de su lengua (Viqueira, 2011; Ruz, 1992).

Figura 3. Vista a la comarca desde el antiguo convento de Copanaguastla.



Fuente: Fotografía del autor, 2019.

Según el *Vocabulario*, Pujiltic (“Pughiltic”) significa “lugar de juncos”; aunque no era propiamente un pueblo, era parte del territorio de Copanaguastla, por lo que es posible que se tratara de un lugar conocido por los pobladores, en donde obtenían recursos naturales, como las palmas, cañas y juncos, para la producción de diferentes tipos de fibras vegetales utilizadas en la elaboración de mecates, cordeles, correas, sandalias, canastos y petates (Ruz, 1992:100, 129 y 130).

Los juncos crecen cerca de las ciénagas y esto es trascendental porque durante el siglo XVII Copanaguastla va a vivir un periodo de decadencia a causa de epidemias que la van a llevar a su extinción. Algunas crónicas coloniales y autores contemporáneos señalan que las ciénagas y los mosquitos facilitaron la propagación de enfermedades que diezmaron a la población hacia 1645. A tal punto de que los dominicos decidieron abandonar el pueblo y trasladar la cabecera eclesiástica a Socoltenango; ubicado en tierras más altas y lejos de las aguas insalubres (Ruz, 1992; Gómez, 2020).

Una de las pocas descripciones sobre Copanaguastla y la comarca de Pujiltic proviene de fray Tomas de la Torre:

La tierra de Copanaguastla y toda la comarca es maravillosa en todo, primeramente en temple; porque ni hace frío ninguno ni demasiado calor. Hay gran abundancia de toda la comida de los indios, así maíz como ají y todo lo demás que ellos comen. Es la madre del algodón y de allí se visten todas estas provincias. Es tierra llanísima, de grandes pastos para ganados, y a las espaldas [de Copanaguastla] tienen las sierras de donde se saca el oro. Es del todo semejante a Jericó. Hay infinitas palmas, palmitos excelentísimos [...] tiene grandes tierras de regadillos y otras cosas grandes. Tiene una falta grande, que no ha habido hasta ahora en aquella tierra un Eliseo que les sane las aguas y es que como es tierra de palmitas, tiene la misma enfermedad que las aguas de Jericó (Ximénez, 1999: 363).

La otra es de Fructos Gómez Casillas, quien en 1611 informó que:

El temple del pueblo de Copanavaztla [...] es cálido y húmedo. Cércanlos muchos ríos caudalosos en que se cría pescado, y en sus riberas y vegas cogen los naturales el algodón, que es de lo que se hacen las mantas y el hilo para los lienzos de su vestuario. Danse en las vegas

de los ríos diversidad de frutas de la tierra. Por las pestes que han dado en los naturales de esta vicaría, de ocho a diez años a esta parte, se ha menoscabado y disminuido más de un tercio de la gente de la que solía tener en tiempos atrás... En términos de la dicha vicaría están fundados dos ingenios de azúcar y un trapiche, en los cuales hay ocho esclavos casados y treinta indios casados y solteros. En términos de esta vicaría hay diez estancias de ganado vacuno y caballar y en ellas residen cincuenta personas de indios, negros y mulatos casados y solteros ("Padrón y matrícula de los vecinos...", en *Apéndice Documental*, Vos, 1994: 229).

De estos breves informes obtenemos datos que conviene resaltar:

1. *El cultivo del algodón.* Antes de que el ganado y la caña de azúcar ganaran terreno en el paisaje y el comercio, el algodón se extendía por estos campos para la elaboración de mantas que se distribuían en toda la provincia; incluso hasta los mercados de Guatemala. De hecho, tal y como se muestra en la tabla 1, Domingo de Ara recogió una serie de palabras que aluden a la producción y al tejido de esta planta:

Tabla 1. Palabras relacionadas al algodón en el Vocabulario de fray Domingo de Ara.

Tzeltal	Castellano	Tzeltal	Castellano
<i>Tunim</i>	algodón	<i>Na, naub</i>	hilo
<i>Tunimaltic</i>	Algodonal	<i>Naubil</i>	Hilado
<i>Tuxil</i>	Semilla de algodón	<i>Tecba</i>	Manta gruesa como en las que duermen
<i>zihughon</i>	Carmenar o desmontar algodón	<i>Tizluy</i>	Menear los dedos cuando hilan
<i>Mocan</i>	Talega de palmas donde suelen traer el algodón	<i>Naoghel</i>	El ejercicio de hilar/la que hila
<i>Qbihulay</i>	Menear los dedos como cuando hilan	<i>Na, naub</i>	hilo

<i>Cholon tunim</i>	Cota de algodón	<i>Naubil</i>	Hilado
<i>Cihughon</i>	deshilar	<i>Tizluy</i>	Menear los dedos cuando hilan
<i>Colcona</i>	Ovillo de hilo	<i>Tzizomaghel</i>	Sastre o costura
<i>ghayalpac</i>	Manta delgada	<i>Tzizomaghil</i>	aguja
<i>ghalauon</i>	Tejer	<i>Tzotbilpac</i>	Manta deshilada
<i>Ghalom</i>	Tejedor	<i>Ghochbilzti</i>	Orilla bordada
<i>Ghalbil</i>	Cosa tejida	<i>Ghiznoc</i>	Pierna de manta

Fuente: Elaboración propia a partir de Ara, 1986.

2. *La presencia de ganado europeo.* La humedad y los grandes pastizales que ofrecían las tierras de Copanaguastla atrajeron a los españoles, quienes instalaron estancias ganaderas desde el siglo XVI. Cuando Thomas Gage recorrió la provincia durante el siglo XVII, anotó que el “gran valle de Copanaguastla...” era uno de los principales centros agropecuarios, ya que surtía e intercambiaba productos con otros pueblos: “De modo que nunca falta el chocolate... tampoco falta el pescado, porque el río lo lleva abundante, ni carne porque el valle está lleno de ganado” (Gage, 1838: capítulo 17).

Con el tiempo, las cabezas de ganado se extendieron en los valles y llanos de Comitán, San Bartolomé, Socoltenango y los Cuxtepeques. Comitán se volvió famoso por sus excelentes crías; tanto que durante la colonia sus estancias exportaban hasta la Nueva España. Parte de la carne era vendida a los pueblos indígenas durante las fiestas patronales. El pastoreo atrajo conflictos, ya que muchas veces el ganado se metía a las tierras comunales. Después, muchas de estas tierras fueron usadas para la ganadería extensiva; sobre todo las cercanas a las vegas, donde gracias a la humedad abundaban los pastizales. Las constantes bajas demográficas, hicieron que para el siglo XIX hubiera más vacas que personas en toda la Depresión (Viqueira, 2011: 42-50; Barrera, 2019: 24, 161 y 114).

3. *Una geografía temprana de la caña de azúcar.* Son varias fuentes que hacen referencia a esta planta asiática (tabla 2). Hacia 1595, fray

Tomás de la Torre reportó algunos trapiches e ingenios cerca de Copanaguastla. En Pinola habían “buenos regadíos de caña dulce”, así un ingenio propiedad de Luis Alfonso de Mazariegos y otro de Juan de la Torre (natural de San Bartolomé) en Ixtapilla. En los siguientes siglos aparecieron otros trapiches: el de San Joseph en Zacualpa, el Schpoina en Soyatitán y Santiago en Socoltenango (Gómez, 2020; Gómez, 2022; Barrera, 2022).

Tabla 2. Palabras en el Vocabulario con relación a la caña de azúcar.

Tseltal	Castellano
<i>Ghalaltic</i>	Cañaveral
<i>Uale</i>	Caña de azúcar
<i>Ualetic</i>	Cañaveral de cañas dulces
<i>Tzuh</i>	Chupar como cañas dulces
<i>Ghalal</i>	Caña no muy gruesa

Fuente: Elaboración propia a partir de Ara, 1986.

Entre 1772 y 1774 el obispo Manuel García Vargas y Rivera reportó, que en Socoltenango los indios tenían “sus sementeras de maíz, chile, frijol y sus cortos cañaverales de que hacen sus panelas”; mientras que el convento de Santa Cruz administraba cuatro haciendas y “14 trapiches de cañaveral”. En Soyatitán los indios también tenían “sus cortos cañaverales de que hacen sus panelas que es el azúcar rojo que llaman”, y en San Bartolomé había “caña dulce” y algodón “en abundancia” (García, 1988: 37-40).

En el transcurso de los siglos XVIII y XIX el dulce cultivo fue consolidándose (Barrera, 2019; Barrera, 2022). Los cañaverales ganaron terreno y provocaron conflictos por las tierras y la apropiación del agua. Hacia 1822 don José de León y Goycochea, vecino de Soyatitán, fue acusado de desbarrancar un conducto de agua que servía a otros trapiches para el riego de sus cañaverales. Resulta que meses antes arrendó estas tierras con el Colegio Seminario de Ciudad Real para “sementeras de maíz”, pero al final terminó sembrando “cuarenta surcos de caña” (AHDSC, Soyatitán, C.2137, Exp.1).

4. *La existencia de palmares y ciénagas.* Cuando fray Francisco Ximénez escribe sobre la ruina de Copanaguastla alude que el pueblo era “como el paraíso del Señor”, pero la idolatría de los vecinos desató la ira de Dios, tanto que fue destruido mandando pestes. Aunque intenta explicar que las aguas insalubres, las ciénagas y los mosquitos contribuyeron a la difusión de las enfermedades, su visión religiosa pesa más en la interpretación de esta tragedia. Tecoluta y Sitalá también sufrieron “de aquel mal terreno pantanoso” y “malsano para la conservación de los indios”. En menor medida las ciénagas se distribuían en Socoltenango, San Bartolomé y Cuxtepeques que tenía “ásperos caminos de piedras, lodazales, ríos, ciénagas, arroyos y malos pasos” (Ximénez, 1999: 160-168; García, 1988: 37-40).

Los palmares y palmitos eran parte del paisaje. En el *Vocabulario* aparecen tanto para la elaboración de escobas, petates y mecates (*yhit*: “el corazón del junco de que hacen petates”; *poghogh*: “palma para escoba y mecates”) como para alimento (*tomalxan*: “palmito que se come”). A este respecto, en la tabla 3 integramos una serie de denominaciones que describen el entorno geográfico:

Tabla 3. Palabras en el Vocabulario que hacen referencia al paisaje

Tseltal	Castellano
<i>Achaltic</i>	Tierra cenagosa
<i>Aquiltic</i>	Sabana o dehesa de pasto
<i>Opaghtic</i>	Muchos valles
<i>Tocaltic</i>	Prados
<i>Titzil</i>	Llano
<i>Zpughil</i>	Juncos
<i>Tzijl quinal</i>	Maleza o camino mal abierto, montuoso y pedregoso

Fuente: Elaboración propia a partir de Ara, 1986.

Regresando un poco al topónimo de Pujiltic, es evidente que su significado se entrelaza con la presencia de juncos, palmares y ciéna-

gas. Don Ignacio Espinosa, campesino, cortador de caña y canastero de Soyatitán, recuerda que en Pujiltic y Copanaguastla existía “mucho tular”, ya que Pujiltic es como decir “lugar de puro tular”, “donde hay bastante Pujiltic”, que son “como unas varitas con mazorquitas o juncos” que crecían en abundancia entre las ciénegas. De esas plantas, las personas hacían sombreros, “porque antes de los cañaverales, había tular que se podía cortar”, aunque ya no hay mucho por ahora, todavía se puede encontrar en la orilla de los canales de riego y los cañaverales (Entrevista, Ignacio Espinosa, 2025).

Como vemos, en el *Vocabulario* encontramos topónimos que hoy todavía perviven y otros que ya no ocupan un espacio en la memoria de los pobladores. De los que se citan en la tabla 4 subsisten Pujiltic y Xantiquil; Pujiltic dio mote al pueblo de San Francisco y al ingenio azucarero y Xantiquil a un terreno intervenido conocido como “la curva de Xantiquil”, ubicado entre Pujiltic y Soyatitán donde actualmente existe un rancho y mucho árbol de talcoíte o árbol de ramón.

Tabla 4. Topónimos en el Vocabulario.

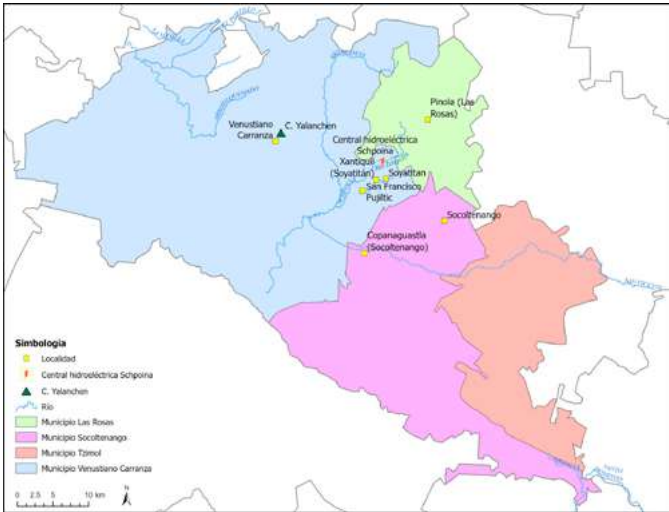
Tseltal	Castellano
<i>Pughiltic</i>	Lugar de juncos
<i>Cunaghtic</i>	Lugar de montones
<i>Macumiltic</i>	Lugar de zarzas
<i>Oquiltetic</i>	Lugar de estos cedros
<i>Pixoxiltic</i>	Lugar de almenas
<i>Tzobaghtic</i>	Lugar de montones
<i>Tocoytic</i>	Lugar de sauces
<i>Xantiquil</i>	Lugar de palmas/lugar de culebras (según la tradición oral)

Fuente: Elaboración propia a partir de Ara, 1986.

Por su parte, Soyatitán significa “lugar de la palma de soyate” o “lugar de palmeras”; por la cantidad de esta especie que abundaba en las inmediaciones. A la par de las etimologías náhuatl, existen las de-

nominaciones locales (tabla 5). El apelativo en tseltal para Soyatitán es *Boltulán*, “tejido fuerte y redondo”; aludiendo, según Marcos Becerra (1985), a la fabricación de sombreros de palma. Es posible que el vocablo sea un neologismo colonial, ya que en la época prehispánica los nativos no usaban sombrero, o al menos no al estilo occidental (44, 45).

Figura 4. Pujiltic y los topónimos de alrededor.



Fuente: Elaborado por el autor en colaboración con Marco Hernández, 2024

Tabla 5. Topónimos de los pueblos y lugares alrededor de Pujiltic.

Nombre	Ubicación	Significado
Pujiltic	San Francisco Pujiltic	Lugar de juncos (Ara, 1992; Tomas, 2017)
Soyatitán	Soyatitán	Lugar donde abunda la palma de soyate (según la historia oral) / Lugar de palmeras (Becerra, 1985).

Pinola	Las Rosas	Lugar de extranjeros/Lugar del pinole (Becerra, 1985; Tomas, 2017)
Socoltenango	Socoltenango	Población fortificada de los cantaros (Becerra, 1985) / Lugar de cantaros (según la tradición oral)
Copanaguastla	San Sebastián La Candelaria, Socoltenango	Población de las culebras de los cuatro linajes (Becerra, 1985)
Chilá	Río en Las Rosas	Agua dulce (Becerra, 1985)
Schpoina	Río y central hidroeléctrica en Soyatitán	Nido de caracoles (según la tradición oral)
Yalanchen	Venustiano Carranza	Cerro sagrado (según la tradición oral)

Fuente: Elaboración propia a partir de Ara, 1986.

Si en Soyatitán, como cuentan sus habitantes, la gente se dedicaba a la fabricación de mantas, escobas y pétalos; en Pinola a la elaboración de pinole (bebida a base de maíz) y en Socoltenango a la de cántaros. El significado de Copanaguastla todavía es discutido, algunos autores dicen que es “población de las culebras de los cuatro linajes”; posiblemente porque sus habitantes eran “adeptos de Quetzalcóatl” (Ruz, 1992: 71).

Para Pinola el termino en tseltal es *Muk’ul Akil*: “llano grande” (Gómez, 2017: 571). En Socoltenango es *Uniniquibal* que, según Becerra (1992), significa “cántaro tierno/nuevo” o, a decir de la tradición oral, “lugar de gente joven”. La otrora denominación para Copanaguastla es *Uxte* que significa “zapote negro” (Ruz, 1992: 71).

Haciendo un breve recuento, como vimos, la mayoría de los topónimos de la zona hacen alusión a los distintos paisajes que históricamente la conformaban. En este sentido, con el paso del tiempo, al paisaje de ciénegas, palmares y algodón se le fueron incorporando los paisajes ganaderos y cañeros. De esta forma, el topónimo de Pujiltic como “lugar

de juncos” estaba integrado dentro de una geografía que persistió hasta la segunda mitad del siglo XX, pues, como veremos a continuación, con la construcción de un ingenio moderno, la desecación de las ciénegas y la expansión del cultivo de la caña de azúcar, el paisaje histórico, geográfico y toponímico⁴ se transformó.

Valle de vientos. Del ingenio azucarero, la geografía y los imaginarios

Conforme a la tradición oral de San Francisco, *Pujiltic* no significa “lugar de juncos” sino “valle de vientos”. Siguiendo esta etimología, y dado que el pueblo se encuentra ubicado en la gran cuenca de la Depresión Central, la palabra estaría compuesta por dos vocablos tseltales: *Ik’* que quiere decir “viento” y *Pujul* que posiblemente sea “valle” — ya que *Pujul* significa “hueco, llano”; una variante de la palabra *valle* en tzotzil es *pu*, además que *pujul*, *puyul* y *pujajtik*, refiere a algo “atravesado, largo, sobre una superficie horizontal, hueco” (Laughlin, 2007: 518; Guilles, 2018: 264 y 506).

El lingüista Tomas Gómez López, en su estudio sobre el tseltal de Las Rosas, refiere que para los actuales pinoltecos “*Pujiltik*” significa “*lugar de juncos*”. Asimismo, apunta que efectivamente *pujul* significa hueco, *ik* viento y que *puj* hace referencia a los juncos; según algunos tseltales, “como la hierba que hay allá en la laguna” (Gómez, 2017: 425, 426, 523, 524 y 572). Casualmente Héctor Garibaldi (2019), en su crónica sobre la fundación de San Francisco Pujiltic, menciona haber oído que Pujiltic “era el nombre de una laguna” que estaba cerca del ingenio azucarero.⁵

⁴ De acuerdo con Israel Baxin (ver capítulo 3 de este libro), la acción de nombrar los espacios es inherente a los seres humanos, y es común que, por múltiples razones, los topónimos sufran alteraciones o cambien de significados dentro de la memoria y la oralidad, adaptándose a los cambios y necesidades de quienes lo habitan o los ocupan.

⁵ “Fue en esos tiempos en que empezó a escucharse entre los soyatitecos el nombre de Pujiltic que don Hernán no vio de buen agrado como nombre para su empresa pues el nombre pensado en un principio fue de *Plantaciones intensivas*, luego San Francisco, pero ya los soyatitecos le habían ganado con ponerle nombre a la obra, pero ni el mismo dueño sabía el significado, después se enteró que ese era el nombre de una laguna que estaba cerca del molino o de la obra y ese nombre de Pujiltic ya se conocía en todos los pueblos cercanos” (Garibaldi, 2019: 28).

Aun cuando para los actuales tseltales de Las Rosas Pujiltic significa “lugar de juncos”, es interesante la apropiación que los pujiltiqueños, en su versión castellanizada, hacen del topónimo. Esta construcción del imaginario social cobra sentido cuando la insertamos dentro de la historia y geografía de este hábitat.

Pero preguntémonos, ¿cómo pasó de tener un significado a otro? ¿En qué momento dejó de ser “lugar de juncos” para convertirse en “valle de vientos”?

Parte de las respuestas se encuentran en lo que ocurrió con las tierras. El nombre de Pujiltic vuelve aparecer en el siglo XIX, cuando en 1839, Faustino Velasco denunció por segunda vez los “terrenos de Pujiltic” con las autoridades de San Bartolomé. Como vemos, ahora como un conjunto de predios que correspondieron “antiguamente” al extinto Copanaguastla, pero que en algún momento pasaron a ser de Soyatitán. Por eso, el subprefecto Manuel Domingo pasó el caso al Juez de Paz de Soyatitán, en virtud de que quedaban más cerca de este pueblo. Sabemos que hacia 1869, dichas tierras estaban en manos de las señoras Fernanda y Jerónima Borraz, esta última se casó en 1850 con don Faustino. Ese mismo año vendieron una parte de “Pujiltic y El Palmar Río Blanco” a don José María Gordillo, antiguo presidente de San Bartolomé (Morales, 1985: 165).

En efecto, según Juan María Morales (1985), las tierras que las hermanas Borraz le “vendieron” a don José María eran de los indios de Soyatitán (figura 5). Dichas tierras estaban conformadas por los predios de Pujiltic, San Francisco y El Palmar; siendo el río Blanco la frontera con las tierras comunales de San Bartolomé. Para finales del siglo XIX, los indígenas y ladinos de este pueblo las usaban para pastar su ganado (entrevista, Absalón Ozuna, 2019).

Figura 5. Vista a San Francisco Pujiltic desde la iglesia de Soyatitán.



Fuente: Fotografía del autor, 2019

A principios del siglo XX, seguían siendo propiedad de José María, quien además era dueño del trapiche Dolores, ubicado también en tierras comunales de Soyatitán (Barrera, 2019: 200). De acuerdo con la oralidad, los naturales arrendaban las tierras bajas de Pujiltic a José María, quien con el paso del tiempo terminó por apropiárselas. A su muerte, y consumada la Revolución mexicana, pasaron a ser posesión de Daniel Robles; sobrino de José María y Magistrado del Estado. Los naturales intentaron luchar para recuperarlas, pero no lo lograron (entrevista, Absalón Ozuna, 2019).

Hacia 1946 los hermanos Pedrero las adquirieron con Daniel Robles (García, 2002: 10); otras versiones dicen que las “invadieron” o fueron “regaladas” por el gobierno para que invirtieran en estas tierras aparentemente “baldías” (entrevista, Arcadio Arguello, 2020). Primero se hicieron de un predio cercano al río Blanco donde instalaron un trapiche mecánico; aquí, don Rufo Coutiño, vecino de Soyatitán, tenía un trapiche que producía mieles y panela. Hacia 1950, establecieron la finca Pujiltic, justo sobre las tierras en cuestión, donde actualmente se encuentra ubicado el pueblo, construyendo una fábrica aguardentera y

un ingenio azucarero. Igualmente, fundaron muy cerca otras fincas que nombraron San Francisco y Mercedes de María (entrevista, Absalón Ozuna, 2019).⁶

Los primeros trabajadores llegaron de todos los rincones de Chiapas. Para entonces, Pujiltilic estaba en medio de ciénagas y de un gran ecosistema que incluía una diversidad de fauna y flora. Después de que la finca experimentara con cultivos frutales, decidieron que la caña de azúcar sería la principal actividad agroindustrial. Para esto, se realizó un gran desmonte (figura 6) que terminó por transformar el paisaje y convertir este hábitat de ciénagas y palmares en una superficie extensa de monocultivo. Con el tiempo, el gobierno construyó varios distritos de riego que cambiaron el curso de los ríos, transformando esta zona en un área agroindustrial destinada a la producción de azúcar (Gómez, 2022: 9-10).

Figura 6. Trabajos de desmonte en las tierras de Pujiltilic, ca.1960.



Fuente: Archivo familiar de doña Yulia Constantino de Cañaveral.

⁶ Es posible que el mote de San Francisco provenga del nombre de esta antigua finca. También puede ser que haya sido por San Francisco, el primer santo que los hermanos Pedrero le regalaron a los obreros, construyéndoles una ermita cerca del ingenio (entrevista, Elena Guzmán, 2020). Por su parte, don Candelario Méndez Rodríguez dice que: “San Francisco Pujiltilic se le puso así porque San Francisco, uno de esos religiosos importantes, era cañero, bueno tenía cañas haya en Europa” (entrevista, Candelario Méndez Rodríguez, 2022).

Para 1960, cuando el geógrafo Carlos Helbig (1964) visitó el lugar quedó admirado por el desmonte realizado: Pujiltic estaba situado en medio de campos planos y bosques de arbustos quemados, debido al imperante calor y a los abundantes mosquitos lo llamo “el lugar del diablo”. Su pronóstico fue que, a largo plazo, aún con los abundantes ríos y las laderas que hacían la tierra fértil, la industria generaría contaminación que terminaría por modificar el ambiente (Helbig, 1964: 70, 116).

En una entrevista de 2017, don Manuel, un ex comunero de Socoltenango, mencionó que “caña había antes del ingenio”, pero “mucho menos que ahora y no para hacer azúcar”. Aludió que muchos sabían hacer piloncillo y trabajaban con trapiches tirados por caballos; recordaba uno muy importante que quedó de “una vieja finca cerca de La Candelaria” en Copanaguastla. Para entonces todavía se elaboraba el “macetón o pilonzote” que era de más tamaño y se llegaban a vender a Comitán “para hacer trago”. Recordó que “al principio en estas tierras no había nada. Todo lo que había aquí abajo hasta el río no se plantaba, era pura ciénaga”. Para don Manuel el armado del distrito de riego San Vicente, “cuando se tiraron abajo los palmares”, fue el acontecimiento que cambió de por vida no sólo a Socoltenango sino a toda la banda cañera; ya que con su construcción se inundaron algunos terrenos que se secaron y se volvieron cultivables (López, 2018:33).

Decía haber visto “como se hizo el ingenio”, cuando en Pujiltic sólo estaba la fábrica de alcohol: “después se empezó a levantar la fábrica de azúcar, con las piedras de un pueblo viejo de la finca Candelaria, que era de Luis Mendoza, un militar de la revolución que se había quedado con terrenos de un finquero de Comitán”. “Ahí fue que se empezó a plantar caña para la fábrica”, con la implementación de los proyectos de irrigación y el desmonte que contribuyeron a desaparecer las ciénagas y palmares del bajío (figura 7). Con todo, muchos campesinos se convirtieron en pequeños propietarios y ejidatarios. El azúcar mejoró parte de sus vidas, ya que eran “muy pobres” y “aquí los hijos crecen como la caña” (López, 2018: 33-36).

Figura 7. Creación del conjunto habitacional “La Obrera” sobre antiguas ciénagas, ca.1988.



Fuente: Cortesía de Fundación Isidro Fabela Alfaro, Capitulo Venustiano Carranza, Chiapas.

Con los años, la antigua finca Pujiltic pasó a ser propiamente un pueblo. En 1962 se fundó el sindicato de obreros y las condiciones de los trabajadores del ingenio siguieron mejorando. Se construyeron escuelas, parques, tortillerías, iglesias, tiendas y un conjunto habitacional destinado a la clase obrera (García, 2002: 41); todo esto continuó con el derribo de árboles y el desmonte de la franja conurbada. Se instituyeron barrios y fiestas patronales, así la fiesta grande del pueblo para celebrar la lucha obrera y la fundación de Pujiltic. Una nueva identidad mestiza fue surgiendo, una identidad obrera y cañera, que se diferenciaba de la identidad indígena que predominaba en la cabecera (Gómez, 2022: 1-11).

Así lo que antes era un lugar de ciénagas, palmeras y juncos, terminó por convertirse en un lugar de cañaverales, que los habitantes comenzaron a reconocer como “valle de vientos”.

Conclusiones

Más allá de los diferentes significados del topónimo de Pujiltilic, las evocaciones históricas presentadas ayudan a articular el presente y pasado de la zona. Al concebir al paisaje como un lugar con historia, la toponimia funciona como hilo conductor para reconstruir los cambios geográficos e históricos que esta región ha experimentado; sobre todo durante el siglo XX.

Pujiltilic pasó de ser “lugar de juncos” a “valle de vientos” debido a los cambios geográficos suscitados durante la segunda mitad del siglo XX, cuando transitó de ser una zona de palmares y ciénegas a una zona agroindustrial. La expansión de los cañaverales en este territorio y la desecación de los terrenos cenagosos trajo un nuevo paisaje que fue reinterpretado por los habitantes que empezaron a llegar recién fundado el ingenio azucarero. Si durante muchos siglos, este “lugar de juncos” funcionó como una reserva de la que los pueblos indígenas obtenían recursos naturales para elaborar distintas fibras naturales, con los proyectos agroindustriales que se emprendieron, los cañaverales ganaron terreno en el paisaje. A pesar de esto, hoy todavía quedan enclaves y recuerdos de antiguos espacios geográficos que perviven en la memoria de los topónimos de la región.

La reapropiación del espacio de Pujiltilic a través del topónimo nos habla también de una nueva identidad surgida con el establecimiento de una sociedad agroindustrial conformada por cañeros, ejidatarios, cortadores y obreros, etcétera, quienes, especialmente los obreros y cañeros, le han dado un nuevo significado al lugar que habitan, sienten y observan, un “valle de vientos” en medio de una planicie calurosa y que cada 6 meses se rodea de fuego y cenizas.

De esta forma, la toponimia analizada conlleva una relación estrecha entre la historia regional, la geografía y los imaginarios en Pujiltilic. La información contenida en las etimologías nos sirvió para crear puentes con la memoria y la cultura de los pobladores, así para el conocimiento del entorno social y económico que ha definido las relaciones humanas con el medio geográfico observado.

En este análisis sobre Pujiltilic observamos lo que sugiere Joan Tort, la transparencia, la excepcionalidad y la significancia territorialidad,

es decir, la interpretación del medio físico a partir de la lengua de los pobladores, tseltal y castellano, un hecho coyuntural como la construcción de un ingenio azucarero, las formas de posesión del lugar y el campo semántico del nombre impuesto que se inserta en función de su relevancia territorial.

En conclusión, este paisaje cañero es sólo una parte de la compleja historia socioeconómica y cultural que caracteriza a este territorio. Su lectura nos invita a caminar por senderos del presente y pasado donde perviven los diferentes paisajes, regionales y locales. Cada una de las viñetas presentadas nos acerca a un conjunto de significados que relacionan, diferencian y caracterizan la estructura de esta unidad paisajística que mantiene y crea nuevas identidades. Su carácter natural, cultural y humano vincula este espacio rural y cañero con la intervención humana y las estrategias de producción que el sitio ofrece para la subsistencia y el desarrollo, revelando, además, un paisaje histórico que coexiste en resonancia de una ambigüedad paradisiaca que permanece en el imaginario colectivo.

Bibliografía

- ARA, fray Domingo de (1986). *Vocabulario de lengua tzendal según el orden de Copanabastla*. Ed. de M. H. Ruz. México, IIF, CEM, UNAM.
- BARRERA, Óscar (2019). *Las Terrazas de Los Altos: lengua, tierra y población en la Depresión Central de Chiapas, 1775-1930*. México, CIMSUR/ UNAM/ CONECULTA.
- BARRERA, Óscar (2022). “San Gerónimo Zacualpa: Pueblo de indios, trapiche de caña y obra pía (Chiapas, 1660-1725)”, en *Revista de Historia*, num.85. Costa Rica, Universidad Nacional de Costa Rica.
- BECERRA, Marcos E. (1985) *Nombres geográficos indígenas del Estado de Chiapas*. México, ini.
- BIORD CASTILLO, Horacio (2014). “Toponimia e historia local y regional: algunas reflexiones, Presente y pasado”, en *Revista de Historia*, año 19, núm. 38, julio-diciembre, pp.137-148.
- BRAUDEL, Fernand (1989). *El Mediterráneo. El espacio y la historia*. Trad. de Francisco González Aramburo. México, FCE.

- FERNÁNDEZ MIER, Margarita (2006). “La toponimia como fuente para la historia rural: la territorialidad de la aldea feudal”, en *Territorio, Sociedad y Poder*, núm. 1, pp. 35-52.
- GAGE, Thomas (1838). *Nueva relación que contiene los viajes de Thomas Gage en la Nueva España*. París Librería de Rosa.
- GARCÍA VARGAS Y RIVERA, Manuel (1988). *Relaciones de los pueblos del obispado de Chiapa, 1772-1774*. Chiapas, Patronato Fray Bartolomé de Las Casas, A. C./ San Cristóbal de Las Casas.
- GARCÍA VICTORIA, Antonio (2002). *Historia del ingenio Pujiltilic* (edición de autor).
- GARIBALDI, Héctor Miguel (2019). *El arca de Noé Pastrana. Historia de Pujiltilic*. Tuxtla Gutiérrez, Chiapas. Historia Herencia Mexicana Editorial.
- GILLES, Polian (2018). *Diccionario multidialectal del tzeltal (tzeltal-español)*. México, Instituto Nacional de Lenguas Indígenas/ Secretaría de Cultura/ CIESAS.
- GÓMEZ LÓPEZ, Tomas (2017). *Estudio lexicográfico del tzeltal de Villa Las Rosas*. México, Tesis, CIESAS.
- GÓMEZ VÁZQUEZ, Ulises Antonio (2020). *Laudare, benedicere y praedicare. La experiencia de la orden de Santo Domingo en la provincia de Los Llanos. Tierras, trapiches y capellanías en el priorato de Socoltenango, 1609-1706*, San Cristóbal de Las Casas, Chiapas, Tesis, CESMECA/ UNICACH.
- GÓMEZ VÁZQUEZ, Ulises Antonio (2022). “Entre cenizas y cañaverales. Un acercamiento histórico y etnográfico a la zona cañera del Ingenio Pujiltilic, Chiapas”, [en línea] en *Remji-Investigación*, vol. 1, núm. 4, Colección MMXXII. <https://drive.google.com/file/d/1ib10NLqq5HAdM3olGaluVNblAIm_HG3D/view>.
- HELBIG, M. Karl (1964). *La cuenca superior del Río Grijalva. Un estudio regional de Chiapas, sureste de México*. Tuxtla Gutiérrez, Instituto de Ciencias y Artes de Chiapas.
- HERMITTE, Esther (1970). *Poder sobrenatural y control social en un pueblo maya contemporáneo*. Tuxtla Gutiérrez, ICHC.
- LAUGHLIN, Robert M. (2007). *Mol cholonil k’op ta sotz’leeb = El gran diccionario tzotzil de San Lorenzo Zinacantán*. México, CIESAS, Conaculta.

- LEE, Thomas A. (2001). "El camino real de Chiapas a Guatemala. Un enlace entre dos pueblos", en *Arqueología Mexicana*, núm. 50. México, pp. 50-55.
- LÓPEZ, Noelia Soledad (2018). *Mundo-Caña. Una etnografía sobre el trabajo en la trama social de dos comunidades en Chiapas*. San Cristóbal de Las Casas, tesis, CIESAS.
- MARTÍNEZ DE PISÓN, Eduardo (2006). "Los componentes geográficos del paisaje", en Javier Maderuelo, dir. *Paisaje y Pensamiento*. Madrid, CDAN/ ABADA, pp. 131-144.
- MEMBRADO-TENA, Joan Carles (2018). "El papel de la Geografía en el análisis del contenido semántico de los topónimos. El caso de Alicante", en *An. geogr. Univ. Complut.*, vol. 38, núm. 1, pp. 35-60.
- MORALES, Juan María (1985). *San Bartolomé de Los Llanos en la historia de Chiapas*. Tuxtla Gutiérrez, UNACH.
- NOGUÉ, Joan (1985). "Geografía humanista y paisaje", en *Anales de Geografía de la Universidad Complutense*, núm. 5. El Univ, Complutense, pp. 93-107.
- RIESCO CHUECA, Pascual (2010). "Nombres en el paisaje: la toponimia, fuente de conocimiento y aprecio del territorio", en *Cuadernos Geográficos*, 46, pp.7-34.
- RUZ, Mario Humberto (1992). *Copanaguastla en un espejo. Un pueblo tzeltal en el virreinato*. México, INI.
- TORT, Joan (2019). "Sobre el papel de la toponimia en la interpretación del paisaje. Un apunte teórico", en *Erebea. Revista de Humanidades y Ciencias Sociales*. Huelva, Universidad de Huelva, num.9. pp. 37-62.
- TOSCO, Carlo (2009). "El paisaje histórico: instrumentos y métodos de investigación", en Javier Maderuelo (dir.), *Paisaje e Historia*. Madrid, cdan/ Abada, pp. 89-110.
- VIQUEIRA, Juan Pedro (1994). "Regiones naturales, regiones nominales y regiones vividas", en *Sotavento*, vol.3, núm. 97-98, pp. 107-117.
- VIQUEIRA, Juan Pedro (1998). "Chiapas y sus regiones", en Juan Pedro Viqueira y Mario Humberto Ruz, eds., *Chiapas. Los rumbos de otra historia*. México, CIESAS/ UNAM, pp. 19-40.
- VIQUEIRA, Juan Pedro (2011). "Los pueblos desaparecidos de la Depresión Central de Chiapas", en Óscar Mazin Gómez, coord. *Vestigios*

de un mismo mundo. Morelia, Michoacán, COLMEX/ COLMICH/ Centro Cultural Clavijero, pp. 37- 59.

Vos, Jan de (1994). *Vivir en frontera. La experiencia de los indios de Chiapas*. México, INI/ CIESAS.

XIMÉNEZ, [fray] Francisco (1999). *Historia de la provincia de San Vicente de Chiapa y Guatemala de la orden de los predicadores*. México, Conaculta.

SECCIÓN III.

Análisis históricos desde
los bordes literario y lingüístico

El nombre vasco-franco de California: una propuesta alternativa

LEONARDO B. VARELA CABRAL

Becario posdoctoral en la Facultad
de Estudios Superiores Acatlán, UNAM

La imposición de diversos topónimos a regiones de lo que fue la Nueva España ocurrió durante los tres siglos virreinales. En muchos casos tales topónimos han sobrevivido hasta nuestros días, si bien en bastantes ocasiones quedan en la sombra su origen y significado. Tal es la condición de la palabra California, con la cual se designó desde poco después de la Conquista de México-Tenochtitlán cierta zona septentrional constituida, según se creyó primeramente, por una isla o un grupo de islas. Este nombre, en un inicio asignado a una reducida región del noroeste que apenas había sido explorada, se hizo extensivo con el tiempo a la totalidad de una península mexicana y después a un amplio territorio localizado en el suroeste de los actuales Estados Unidos.

Pero el topónimo California no sólo designa el día de hoy un espacio muy amplio de dos países, sino que ha sido objeto de distintas especulaciones. La fascinación y el misterio que rodean los primeros siglos de exploraciones y descubrimientos californianos dejaron huellas en su historia y asimismo en su leyenda. Como consecuencia, la historiografía al respecto ha otorgado a la región compuesta por los estados mexicanos de Baja California y Baja California Sur, así como al estado norteamericano de California, un pasado legendario. Este pasado se halla fundamentado, como veremos, en una novela de caballería escrita durante el siglo XVI. La explicación dominante acerca del surgimiento del topónimo California, que recae en dicha obra literaria, cuenta con argumentos pero sobre todo un aura fantástica que trasciende la investigación histórica, proyectándose dentro del ámbito de la imaginación.

Me parece que resulta posible encontrar otras explicaciones acerca del origen del nombre California, distintas en sus implicaciones. Considero que resulta de interés valorar, al menos, la posibilidad de que tal topónimo surgiera de criterios náuticos y como producto de la diversidad étnica y lingüística que caracterizó los procesos de exploración del noroeste novohispano. Ello, a partir de un vocablo

compuesto en euskera y/o francés, con el cual, según la hipótesis aquí expuesta, se identificaría para beneficio de los navegantes de la época el arco de piedra de Cabo San Lucas. Desde tal punto de vista, se explica el topónimo reivindicando aspectos pragmáticos en la mentalidad de los exploradores californianos, al igual que la existencia de distintas identidades expresadas mediante el uso de diversas lenguas además del castellano, lo cual implica otorgar un mayor reconocimiento a la complejidad y riqueza del mundo novohispano en general y del noroeste del virreinato en particular.

Toponimias novohispanas

El estudio de las toponimias rebasa el ámbito de la lingüística, pues aunque se trata de palabras, su relación con los hechos históricos y la vida colectiva resulta indisoluble. El nombre asignado a un lugar cumple simultáneamente diferentes funciones, abarcando desde la simple necesidad de identificar un punto del espacio hasta el deseo de convertirse en su propietario o administrador. Por ello, incluso dentro de distintos textos religiosos el acto de nombrar resulta trascendente: quien da nombre a una cosa le otorga consistencia, la hace más tangible, la inserta en un orden imperecedero.

Para los europeos que viajaron hacia América desde finales del siglo XV hasta el siglo XVIII, el acto de nombrar era inseparable del proceso de asentarse en territorios recién descubiertos para apropiarse de ellos. A partir de los viajes de Cristóbal Colón y durante los tres siglos del virreinato, la empresa de expansión hispánica constituyó, entre otras cosas, una batalla dentro del lenguaje. A lo largo de ella se crearon toponimias que redefinieron espacios, otorgándole nuevos nombres a viejos lugares que se resignificaban. En esas toponimias confluyen muchas veces las culturas europeas y las americanas, pero en otras ocasiones se trata de una nomenclatura impuesta unilateralmente desde la perspectiva europea, a partir de la percepción de quien explora, conquista o simplemente describe algún lugar dentro de un documento.

Éste es el caso de California, lo mismo que el de América, dos toponimias que no tienen ningún antecedente dentro de nuestro continente

y que responden por entero a la forma como lugares del Nuevo Mundo fueron imaginados, entendidos e incorporados a la realidad por los europeos. Como contexto, Gómez Montoya (2022) identifica al menos cuatro factores extralingüísticos, que incidieron en la formulación de toponimias dentro de las llamadas “crónicas de Indias”:

- a) La mentalidad de los conquistadores y sus cronistas, la cual era una síntesis de la tradición medieval –los bestiarios, las leyendas sobre el Mar Océano, las leyendas de Marco Polo sobre las tierras del Gran Khan–, de la mitología antigua –el mito de la Atlántida, que Platón refiere en el *Timeo*, mito que es como un presentimiento de América– y de los mitos y las supersticiones derivados de la Biblia, sutilizados por los teólogos y padres de la Iglesia –la búsqueda del paraíso terrenal, que el Antiguo Testamento situaba en Oriente–.
- b) El sentido evangelizador de la conquista, ligado al deseo expansionista de la Iglesia católica.
- c) El fanatismo español, enardecido por la victoria definitiva sobre los árabes, en enero de 1492, y que, en ese mismo año, decide la expulsión de los judíos de su territorio.
- d) La necesidad de conseguir nuevas fuentes de abastecimiento de especias, a causa del cierre de las antiguas vías hacia Oriente por parte de los turcos, tras la toma de Constantinopla; y, por supuesto, la búsqueda del oro necesario para sustentar la economía del pujante reino de Castilla, ya convertido en reino nacional, en vía hacia un imperio, sed de oro que contribuiría a fomentar la leyenda de El Dorado, que tantas empresas alucinadas motivó y tantas páginas inspiró a los cronistas (Gómez Montoya, 2022: 14-15).

Como se puede deducir con facilidad, ninguno de estos factores es excluyente de los otros, pues la cultura de los conquistadores, exploradores y evangelizadores se componía por todos los ingredientes arriba mencionados. Dentro de ellas, la memoria, la imaginación, la religiosidad y los intereses comerciales coexistían de manera a veces confusa o contradictoria. Diversas cartas, crónicas y noticias que dan cuenta de la exploración y evangelización del territorio conocido como California o Las Californias durante los siglos virreinales no

son la excepción. Por el contrario, reflejan fielmente esta mezcla de impulsos, motivaciones y circunstancias que dieron lugar primero a la Conquista de México y luego a la conformación de la Nueva España. En ese sentido, al interrogar críticamente la historiografía acerca del nombre California no intento separar tales ámbitos, lo cual sería ocioso. En cambio, he procurado otorgar peso suficiente a cada uno de ellos, como explico a continuación.

Aportaciones jesuíticas acerca del nombre California

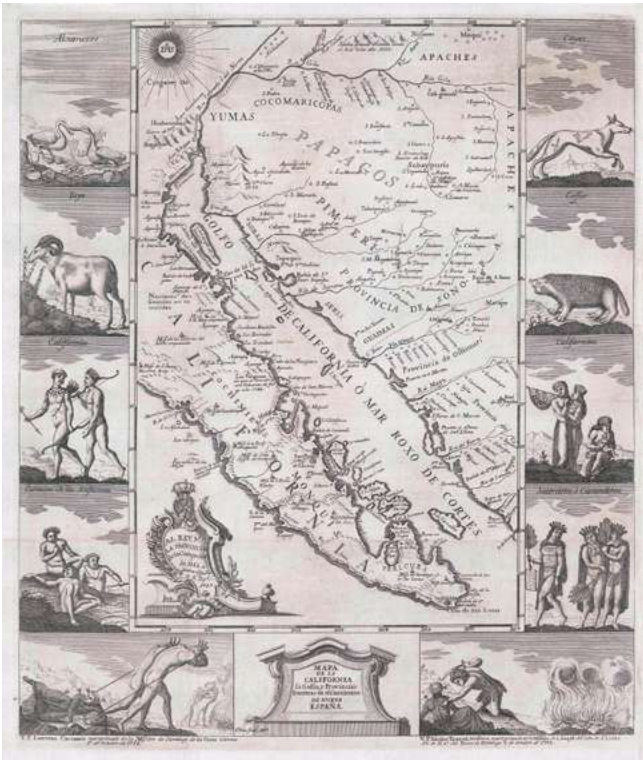
Dentro de las crónicas escritas por los jesuitas tanto antes como después de su expulsión de la Nueva España en el siglo XVIII, el origen del nombre California fue motivo de distintas especulaciones. En dicho ejercicio participaron misioneros que residieron en la península, así como integrantes de la Compañía de Jesús que sólo la conocieron de oídas pero se vieron involucrados en la descripción de esta región del virreinato, cuya importancia para el proyecto corporativo y globalizador ignaciano resultaba central por su ubicación estratégica para el comercio transpacífico.

En la llamada Antigua o Baja California (figura 1) se localizaron diecisiete misiones fundadas y administradas por los integrantes de la Compañía entre 1697 y 1768, cuya intención declarada era “adelantar la cristiandad y la conquista” (Del Barco, 1973 [1773-1780]: 287); es decir, convertir al catolicismo a una amplia cantidad de pobladores de una de las regiones más remotas de la frontera novohispana. Lo anterior, para lograr la salvación de todas estas almas pero también, como ya dije, favorecer el comercio estableciendo un puerto seguro o “de refresco” que facilitara el tornaviaje del Galeón de Filipinas.

Si bien los integrantes de la primera generación de jesuitas involucrados en el establecimiento de misiones en la península: los padres Eusebio Francisco Kino, Juan María de Salvatierra, Juan de Ugarte y Francisco María Píccolo, no investigaron la toponimia californiana dentro de sus escritos, la generación siguiente de misioneros, sobre la cual recayó la expulsión en 1768, sí lo hizo. Esta segunda y última generación de jesuitas en la península o hablando acerca de sus misiones en dicha

región incluye de manera destacada a los padres Miguel del Barco y Francisco Xavier Clavijero. Tales autores sirven como fuente principal en torno al tema. El primero, por representar un testimonio personal acerca de la experiencia misionera en la geografía peninsular mediante textos elaborados con posterioridad a su expulsión; el segundo, por ser autor de una obra que constituye la memoria corporativa de la empresa californiana jesuita desde la fundación de sus primeras misiones hasta mediados del siglo XVIII.

Figura 1. Mapa de la California su Golfo y Provincias fronteras en el continente de Nueva España.



Fuente: Venegas, 1979 [1757].

Miguel del Barco, misionero jesuita llegado a la Nueva España en 1735, fue enviado a la Antigua California entre 1739 y 1740. A partir de 1741 se hizo cargo de la misión de San Francisco Javier Viggé-Biuandó y permaneció ahí hasta su expulsión. Durante el destierro posterior escribió un amplio texto sobre sus conocimientos y experiencias acerca de la península, documento que permaneció inédito hasta 1973, cuando el investigador Miguel León-Portilla lo publicó. Dentro de ese escrito, el misionero refiere un texto del también jesuita Joseph Campoi,¹ donde según Barco “discurre diversamente sobre la etimología de ese nombre *California*”. Resulta interesante constatar que el padre Joseph Campoi (o Campoy) –no hemos podido localizar su obra citada por Barco– parece haber sido el primer autor que desarrolló la hipótesis acerca de que este topónimo tiene origen en la delimitación inicial de una zona muy específica del sur peninsular.

Barco manifiesta en sus comentarios acerca del texto de Campoi estar seguro de que el primer autor del nombre California fue Hernán Cortés o alguno de sus acompañantes, apoyándose para ello en el testimonio escrito del biógrafo Francisco López de Gómara, al igual que en la crónica de Bernal Díaz del Castillo. Sin embargo, advierte que no fue una toponimia que se otorgara a toda la península, “sino sólo a una bahía o puerto de ella...” En segundo término, citando al mencionado Gómara, afirma que tal bahía o puerto era el de Cabo San Lucas, pues este cronista, refiriéndose al viaje realizado por Francisco de Ulloa en el año 1539, observa que “navegó de Acapulco hasta el seno californico, y de aquí, siguiendo la misma costa de Nueva España hacia el norte, llegó al remate y fin del mismo seno”, desde donde, después “siguiendo la otra costa, llegaron a la California” (Del Barco, 1973: 381). Para Barco tal descripción significa que la expedición de Ulloa, después de explorar internamente el Golfo de California o Mar de Cortés, dobló en la punta

¹ Seguramente se trata de José Rafael Campoy (1724-1777), originario de Durango, quien estudió en el Colegio de San Ildefonso de la Ciudad de México y ejerció como catedrático en diversos colegios, incluyendo el de Veracruz. Ahí lo alcanzó la expulsión, trasladándose a Bolonia y Ferrara. Entre otros textos, escribió una *Carta geográfica de la América setentrional*. (Rafael Heliodoro Valle [1953], “Jesuitas de Tepotzotlán”, en *Thesaurus*, t. ix, 179, disponible en: <https://cvc.cervantes.es/lengua/thesaurus/pdf/09/TH_09_123_165_0.pdf>).

de la península. Lo anterior, a su juicio, “da bastante a entender que la California antigua está en la misma punta o bien cerca de ella”.

Después, Barco explica que Campoi argumenta lo siguiente en relación con la formación rocosa que caracteriza el Cabo de San Lucas:

[...] a tal bóveda o arco llaman los latinos *fórnix*. A aquellas cortas entradas, que el mar hace dentro de la tierra, los españoles llaman *cala*, y aun ahora no es desusado este nombre. Estando Cortés en este pequeño puerto o *cala*, y observando el arco de la roca, es muy verosímil que a aquel paraje le diera el nombre de *Califórnix*, como si dijera: *cala* y arco, o *cala* donde hay un arco. Y corrompido por el vulgo de sus soldados o marineros (como es ordinario en tales casos), dijeran *California* o *Californias*, en lugar de *Califórnix* (Del Barco, 1973: 382).

En resumen, el misionero se muestra convencido de que Cortés impuso al sitio una toponimia en latín, pues “aunque sabía la lengua latina [...] está muy bien que no la usase de ordinario y que alguna vez quisiese en esto dar alguna muestra de su cultura; y más cuando las circunstancias de aquel lugar provocaban a darle algún particular nombre”. Concluye Barco aseverando que: “No podemos negar que este pensamiento tiene mucha probabilidad. Ni se puede pretender más cuando no hay certeza de la etimología de un nombre” (Del Barco, 1973: 382). Lo cierto es que el razonamiento tanto de Campoi como Barco es muy sólido. Por otro lado, ninguno de ambos menciona el supuesto influjo de los libros de caballería sobre Cortés ni sus aliados en materia de la imposición de nombres a los lugares que iban descubriendo, explorando y conquistando.

Francisco Xavier Clavijero, erudito jesuita veracruzano, quien residió en Puebla, Tepotzotlán y la Ciudad de México, nunca conoció la California pero escribió después de la expulsión su famosa obra *Historia de la Antigua o Baja California*, publicada póstumamente en italiano, durante el año 1789. Ésta se encuentra basada en diversas fuentes, entre ellas la obra del también jesuita Miguel Venegas (1757). En la primera parte de su texto, Clavijero coincide en resaltar la pertenencia inicial de esta toponimia a la región sureña de la península y luego a toda ella, quejándose de que “algunos geógrafos se han tomado la libertad de comprender bajo esta denominación [California] el Nuevo-Méjico, el

país de los apaches y otras regiones septentrionales muy distantes de la verdadera California y no pertenecientes a ella”.

Otorga crédito a la hipótesis de que “Cortés, que se preciaba de latino, llamaría al puerto adonde abordó Cálido Fornax a causa del mucho calor que allí sintió, y que o él mismo u otro de los que lo acompañaban, formaría con aquellas voces el nombre de California: si esta conjetura no es verdadera, es al menos verosímil”. Sin embargo, tampoco deja de retomar, aunque en calidad de nota al pie de página, la propuesta etimológica de Campoi, quien fuera su compañero en Tepotzotlán:

Este padre cree que el tal nombre se compone de la voz española *cala*, que significa una ensenada pequeña en el mar, y de la latina *fórnix*, que significa bóveda; porque en el cabo de San Lucas hay una pequeña ensenada, en cuyo lado occidental sobresale una roca agujereada de modo, que en la parte superior de aquel gran agujero se ve una bóveda tan perfecta, que parece hecha por el arte (Clavijero, 1789, libro 1: 1).

En consecuencia, propone una tercera hipótesis que surge de las dos anteriores, “diciendo que el nombre California se deriva de *cala*, como opina Campoi, y de *fornax*, como opina el autor [Clavijero], a causa de la ensenada y del calor que allí sintió Cortés que éste pudo haber llamado a aquel lugar *Cala-y-fornax*” (Clavijero, 1789, libro 1: 2). Resulta poco probable que la palabra haya tenido al mismo tiempo dos etimologías, pero en cualquier caso ambas se atribuyen a un origen latino y nuevamente, como en el caso de Barco, Clavijero omite mencionar el posible influjo de la mitología o las novelas caballerescas. No puede, por tanto, ser más significativo el desinterés tanto de Venegas como Barco y Clavijero por un ámbito literario al indagar el origen de este topónimo. Ello se antoja improbable en caso de haber existido durante el siglo XVIII la mínima memoria acerca de un influjo directo de la literatura de caballería en la imposición del nombre California.

La Reina de California

La “resolución” del enigma acerca del origen del nombre California tiene un contexto cultural, político y social que conviene tomar en cuenta: la juventud de México y los Estados Unidos de Norteamérica. Se nos olvida que estas naciones, a veces confrontadas, también comparten una historia en común. En este caso, ello es evidente debido a que después de la pérdida mexicana del estado de California, éste se volvió parte de la Unión Americana. Por otro lado, en el siglo XIX ambos eran países que emergían de procesos fundacionales recientes, además de estar inmersos en conflictos bélicos internos. Me refiero, para Estados Unidos, a la Guerra de Secesión ocurrida entre 1861 y 1865; mientras que para México, a la intervención norteamericana acaecida entre 1846 y 1847; la francesa, en 1862, y la Guerra de Reforma, que tuvo lugar entre 1858 y 1861. En resumen, la primera mitad del siglo XIX fue un periodo muy convulso tanto para la sociedad mexicana como para la norteamericana. En el epílogo de esta etapa y enmarcándose dentro de distintos esfuerzos por dotar a cada una de las dos naciones de elementos simbólicos destinados a cohesionar un discurso identitario, reapareció la discusión acerca del origen del nombre California.

Edgar Everett Hale, clérigo protestante, teólogo, orador y activista en contra de la esclavitud, así como literato cuyo estilo se cataloga dentro de las coordenadas del “realismo fantástico”, envió a la Sociedad Anticuaria de California un texto acerca del personaje literario conocido como la reina Calafia, que aparece dentro del libro de caballería *Las sergas del muy virtuoso y esforzado caballero Esplandián hijo de Amadís de Gaula*, escrito por Garci Rodríguez de Montalvo, editado por primera vez en el año de 1508 en España, y con diversas ediciones posteriores (figura 2). Una reseña de esta publicación realizada por Hale se imprimió en el mes de marzo de 1864 dentro de la revista de arte, literatura y política *Atlantic Monthly*, con el seductor título *The Queen of California*. Tal escrito dice lo siguiente:

Puedo ver la excitación que este título incita conforme relampaguea a través de las sierras, hacia abajo de los valles y rumbo al interior de los salones de lectura en la Ciudad Dorada del Estado Dorado. Conforme el *San Francisco Bulletin* anuncia algún día, que en el *Atlantic Monthly*,

editado en Boston el día anterior, uno de los artículos trata de “La Reina de California”, qué exclamación, en cada círculo favorecido de la más favorecida tierra: ¡Quién habrá sido esta Reina! ¿Será acaso la rubia doncella que tomó nuestros corazones en un lazo al abandonarnos una triste mañana? ¿Es acaso la ruda y parda aventurera que en su cabaña con techo de corteza nos sirve un perro hervido diariamente, cuando regresamos a casa desde nuestras coladeras y alcantarillas, y cose cada semana los escasos botones que aún resultan indispensables para nuestro esfuerzo? ¿Es una Jessie corazón de león, heroína de cien o mil días? ¿Es la bruja de ojos grises astutamente oculta –se confundieron anoche o los reunió la sabiduría? –al darme la bienvenida y al despedirme luego? ¡Bendito cielo! ¡Cuántas Reinas de California reinan el día de hoy!, y de ninguna de ellas trata este artículo.

¡No, Señores! ¡No, Caballeros! Amontónense en los muelles para contemplar la Edad Dorada o el Ataúd de Cornelio, o cualquier otro barco-correo que pueda traer estas palabras hasta sus ansiosas miradas. ¡Abran a derecha e izquierda, como Adam expresa, la más reciente copia del *Atlantic Monthly*, sellado con el más rojo lacre, directamente desde la tienda de la esquina hacia aquel que alguna vez fue la luz y la vida de la tienda de la esquina, que ahora atisba desde un telescopio a treinta y ocho millas de Monte Diablo! Corran hacia el chico de los periódicos que carga el montón del *Jornal de la Multitud*, para encontrar que la Reina de California de la que escribimos no es una reina moderna sino que reinó hace quinientos cincuenta y cinco años. Sus precisos contemporáneos fueron el Amadís de Gaula, el Emperador Esplandián y el Sultán Radiaro (*The Atlantic Monthly*, 1864, núm. LXXVII: 266).

En adelante se transcribe un fragmento de la novela caballeresca escrita por Rodríguez de Montalvo, iniciando con el conocido párrafo:

Sabed que a la diestra mano de las Indias existe una isla llamada California muy cerca de un costado del Paraíso Terrenal; y estaba poblada por mujeres negras, sin que existiera allí un hombre, pues vivían a la manera de las Amazonas. Eran de bellos y robustos cuerpos, fogoso valor y gran fuerza. Su isla era la más fuerte de todo el mundo, con sus escarpados farallones y sus pétreas costas. Sus armas eran todas de oro y del mismo metal eran los arneses de las bestias salvajes que ellas acostumbraban domar para montarlas, porque en toda la isla no había otro metal que el oro (*The Atlantic Monthly*, 1864, núm. LXXVII: 268).

De ahí en más, la revista reproduce el texto de caballería, donde se narra que Calafia era una mujer muy bella y morena, gobernante de un país en el cual había amplia población de hipogrifos. Si bien desconocedora de la religión católica, esta monarca se enteró de las batallas de cristianos contra paganos y decidió integrar una armada con la cual participar en la defensa de Constantinopla en contra de los no-cristianos. Tal episodio remite a lo acaecido a fines del siglo xv, cuando dicha ciudad fue conquistada por los turcos, pero como dentro del texto ocurre en un ámbito ficticio y carece de adscripción cronológica, culmina con el triunfo de las milicias católicas. Durante este proceso, el imaginario sultán de Liquia, llamado Radiaro, se constituyó en el principal enemigo a vencer, para lo cual en algún momento se incorporaron a la coalición cristiana Amadís, rey de Bretaña, y su hijo Esplandián, “Caballero de la Gran Serpiente”.

Entre combates contra los infieles, Esplandián y Calafia se enamoraron y terminaron casándose. De acuerdo con *Atlantic Monthly*:

Con este hipnotizante postulado, California y la Reina de California pasan del romance a la historia. Pero, unos veinticinco años después de que estas palabras fueron escritas y publicadas por García Ordóñez de Montalvo, Cortés y sus valientes arribaron a la península, la cual pensaron una isla, que se estrecha hacia abajo entre el Golfo de California y el océano. Este romance del Esplandián fue una novela popular en su época: Talanque y Maneli fueron sus Aramis y Athos. “Vamos”, diría alguno de ellos, “nombremos la nueva isla California: quizás alguien encuentre oro aquí todavía, y piedras preciosas”. Y así, desde el romance, la península y el golfo, y después el estado, adquirieron su nombre. Y han recompensado el romance otorgándole en estos días recientes la fama de ser madrina de tan gran república.

Los anticuarios de California han universalmente, eso creemos, reconocido éste como el origen de su nombre, desde que Mr. Hale llamó la atención hacia este curioso romance. Como, incluso ahora, no existe ni media docena de copias de este libro en América, hemos transferido a nuestras páginas cada palabra que pertenece a la historia primeva de California y su Reina (*The Atlantic Monthly*, March 1864, núm. LXXVII.: 278).

Figura 2. Las sergas del muy virtuoso y esforzado caballero Espaldían hijo de Amadís de Gaula



Fuente: Garci Rodríguez de Montalvo (1508) de: <<https://www.alamy.es/flyleaf-de-las-sergas-de-esplandian-cuarto-libro-de-una-serie-de-libros-de-caballeria-espanola-amadi-escrito-por-garci-rodriguez-de-montalvo-1504-madrid-biblioteca-nacional-ubicacion-biblioteca-nacional-de-coleccion-madrid-image219857684.html>>.

Como he señalado, en efecto, *Las sergas de Esplandían* (figura 2) constituyeron una suerte de *best-seller* para la época de la Conquista de México y exploración del territorio de la Nueva España. Sin embargo, hago hincapié en que su mención está ausente de los escritos elaborados por exploradores y conquistadores, al igual que los cronistas que desde el siglo XVI al XVIII indagaron respecto a los procesos fundacionales de la California mexicana y luego el resto del territorio hacia el cual dicho topónimo se extendió. Parece factible suponer, con base en lo anterior, que si bien tal literatura formaba parte de la imaginación de la época, no necesariamente constituía el ingrediente principal para la toma de decisiones acerca de los nombres que se otorgaban a distintas regiones del septentrión novohispano.

Fortuna crítica de la versión de Everett Hale acerca del nombre California

La fortuna crítica de la apuesta de Edgar Everett Hale respecto al origen del topónimo California, como se puede ver, quedó sellada desde el momento en que este autor la planteó. Desde luego, no es un mérito menor, pues permite ligar la geografía de esta zona peninsular con un ámbito legendario que en modo alguno fue ajeno a las exploraciones del septentrión novohispano y sus protagonistas. El vínculo de tales expediciones y descubrimientos con nombres tales como Cíbola, Quivira, e incluso el famoso mito de *El Dorado*, es un hecho que se consigna en diversas fuentes. Sin embargo, a mi juicio, ha sido justamente el atractivo literario, aura de misterio y hasta encanto anecdótico que este tipo de narraciones implican, lo que ha desalentado una necesaria exploración de interpretaciones distintas acerca no sólo del nombre California, sino incluso respecto a la historia del noroeste novohispano.

Frente a la disyuntiva entre varias explicaciones acerca del origen de un nombre o la explicación de un proceso o hecho histórico, parece natural que el ser humano, tanto a nivel individual como colectivo, se incline por aquellas opciones dotadas de mayores cualidades estéticas, imaginativas y hasta literarias. Evidentemente, así ocurre en este caso y quizás también en otros, donde un grado razonable de duda frente a las explicaciones unánimemente aceptadas podría permitirnos registrar indicios distintos acerca del tema. El norte de la Nueva España, en general, hasta hace muy poco tiempo era visto por las narrativas históricas nacionalistas como un tema periférico y consecuentemente ligado con procesos políticos, culturales y sociales poco relevantes, desfasados de su época o francamente contrarios al pensamiento moderno. En tal contexto, resultaba natural que su historia se viera impregnada por equívocos, fantasías, mitos y leyendas, que lejos de oscurecer su pasado lo iluminan con destellos literarios.

Como una muestra de la aceptación generalizada de lo escrito por Everett Hale dentro del ámbito de la investigación histórica, se puede citar a diversos especialistas mexicanos sumamente relevantes para el siglo XX. La primera de ellas es Ida Rodríguez Prampolini, cuya tesis doctoral del año 1948 se titula *Amadises de América. La hazaña de*

las Indias como empresa caballeresca. De manera notable, esta investigadora respalda con múltiples citas la influencia que tuvo la novela caballeresca en la empresa de Conquista Hispana. Asimismo, señala innumerables semejanzas entre las novelas caballerescas y las crónicas de Indias, aseverando que alentar a los conquistadores era uno de los objetivos de la literatura de ese género:

[...] a este mismo propósito puede también citarse la nota que encabeza la versión que hizo Garci-Ordóñez de Montalvo del *Amadís de Gaula*. Aquí se nos dice que el propósito de este libro es el de animar “los corazones gentiles de mancebos belicosos, que con grandísimo afecto abrazan el arte de la milicia corporal, animando la inmortal memoria del arte de caballería, no menos que glorioso”. ¿No deben contarse, acaso, a los conquistadores de Indias entre esos “mancebos belicosos” que “abrazan el arte de la milicia corporal”? El libro de caballerías traspone, pues, los llamados límites de lo imaginario y entra en la esfera de la acción histórica. La presentación de la novela bajo forma de crónica es el artificio literario y simbólico que acusa este verdadero sentido de la novela caballeresca (Prampolini, 1948: 74).

Clementina Díaz y de Ovando, en 1952, cita otra fuente: *Descubrimiento y exploraciones en las costas de California*, de Álvaro del Portillo y Díez de Sollano (1947), al cual considera un “pretencioso libro” pero de cuyas páginas retoma la referencia a dos investigadoras extranjeras: Nellie Van de Grift y Ruth Putnam. Menciona que la segunda de éstas plantea que el nombre California fue asignado a la región en alusión al mito de Calafia, pero en calidad de reproche irónico hacia el conquistador Cortés, “al no encontrar las riquezas que esperaban; es decir, en son de burla”. También, sentencia:

No interesa quién le puso el nombre, ni si fue antes o después de descubrirla, sino cómo el mito caballeresco que impregnaba, que saturaba la Conquista, y que era uno de los más poderosos estímulos y común denominador de los conquistadores se muestra en toda ocasión propicia, confirmándonos que “los confines entre lo real y lo imaginario se desvanecen cuando lo imaginario se incorpora al proceso mismo de la existencia”, no sólo para afirmar el ser, sino para trascenderse y ampliar sus posibilidades en lo heroico. Así, el mito cobra pleno sentido. Por

tanto, a pesar de Álvaro del Portillo y demás historiadores de su estilo, California nació del mito caballeresco y el sentido profético de él prevalece contra el absurdo de la ironía y la chacota (Díaz de Ovando, 1953: 44-45).

Posteriormente, el historiador Ignacio del Río Chávez tituló una de sus publicaciones más conocidas *A la diestra mano de las Indias. Descubrimiento y ocupación colonial de la Baja California*, aseverando en sus primeras páginas:

[...] aquella supuesta isla situada “a la diestra mano de las Indias” comenzó a ser llamada California, sin que podamos precisar bien la fecha en que se le asignó tal nombre ni sepamos de quién fue la iniciativa de llamarla así. La leyenda había formado el marco del descubrimiento y en su oportunidad proveyó el topónimo: la California de los mitos europeos era también isla, era también rica y era también domicilio exclusivo de Amazonas (Del Río, 1990: 19).

Miguel León-Portilla, destacado investigador y apasionado de la historia bajacaliforniana, propone asimismo, dentro de *Hernán Cortés y la Mar del Sur*, una interesante síntesis entre la literatura caballeresca y la toponimia prehispánica respecto al nombre California. Al interior de la lengua nahua, la palabra *Cihuatán* o *Cihuatlán* significa “lugar de mujeres”, siendo un vocablo con el que se identificaba el Occidente, “porque se pensaba que aquellas que habían muerto de parto, como si fuesen valerosas guerreras que (en su seno) habían aprisionado a un hombre, tenían por destino convertirse en compañeras del Sol en el cielo, desde el cenit hasta el ocaso, es decir, en el cuadrante cósmico del Occidente”. Cita el historiador, en beneficio de su hipótesis, lo que denomina “la convergencia de dos mitos o leyendas en el ámbito de la mar del Sur” (León-Portilla, 2005: 46), expresada en el siguiente texto elaborado por Hernán Cortés:

[...] y asimismo me trajo relación de los señores de la provincia de Cihuatán, que se afirman mucho haber una isla toda poblada por mujeres, sin varón alguno, y que en cierto tiempo van de la tierra firme hombres, con los cuales han acceso, y las que quedan preñadas, si paren mujeres, las guardan, y si hombres, los echan de su compañía; y que esta isla

está a diez jornadas de la provincia y que muchos de ellos han ido allá y la han visto. Dícenme asimismo que es muy rica de perlas y oro; yo trabajaré, en teniendo aparejo, de saber la verdad y hacer de ello larga relación a vuestra majestad (Cortés, 2004: 213).

Dentro de *Cartografía y crónicas de la Antigua California*, el mismo León-Portilla desarrolla esta hipótesis y refiere el ya mencionado texto de Francisco López de Gómara donde se describe la cuarta expedición enviada por Hernán Cortés para explorar la península, en el año 1539. Esta empresa fue encabezada por el piloto vasco Francisco de Ulloa y la mención de Gómara es la primera en que se consigna el nombre California, que es posible haya sido impuesto por el navegante en cuestión:

Por el mes de mayo del mismo año de 1539 envió Cortés otros tres navíos muy bien armados y bastecidos, con Francisco de Ulloa, que ya era vuelto con todos los demás, para seguir la costa de Culucacán, que vuelve al norte. Llamáronse aquellos navíos Santa Agueda, la Trinidad y Santo Tomás. Partieron de Acapulco; tocaron en Santiago de Buena-Esperanza por tomar ciertas vituallas; de Guayabal atravesaron a la California en busca de un navío, y de allí tornaron a pasar aquel mar de Cortés, que otros dicen Bermejo, y siguieron la costa más de doscientas leguas hasta do fenece, que llamaron ancón de San Andrés, por llegar allí su día. Tomó Francisco de Ulloa posesión de aquella tierra por el rey de Castilla, en nombre de Fernando Cortés.

Está aquel ancón en treinta y dos grados de altura y aún algo más; es allí la mar bermeja, crece y mengua muy por concierto. Hay por aquella costa muchos volcanes, y están los cerros pelados; es tierra pobre. Hallóse rastro de carneros, digo cuernos grandes, pesados y muy retuertos. Andan muchas ballenas por este mar; pescan en él con anzuelos de espinas de árboles y de huesos de tortugas, que las hay muchas y muy grandes. Andan los hombres desnudos y trasquilados, como los otomites de la Nueva España; traen a los pechos unas conchas relucientes, como de nácar. Los vasos de tener agua son buches de lobos marinos, aunque también los tienen de barro muy bueno.

Del ancón de San Andrés, siguiendo la otra costa, llegaron a California, doblaron la punta, metiéronse por entre la tierra y unas islas, y anduvieron hasta emparejar con el ancón de San Andrés. Nombraron aquella punta el cabo del Engaño, y dieron vuelta para la Nueva Es-

paña, por hallar vientos muy contrarios y acabárseles los bastimentos. Estuvieron en este viaje un año entero, y no trajeron nueva de ninguna tierra buena: más fue el ruido que las nueces (López de Gómara, 1552, t. II, 201-202).

Una propuesta alternativa

Como ha quedado manifiesto, existe un antes y un después para la propuesta interpretativa que dio pie a la supuesta resolución del enigma acerca del topónimo California por parte de Edgar Everett Hale. A partir de su planteamiento, tal formulación ha sido aceptada de forma unánime y sin discusión, existiendo argumentos suficientes para ello, pero sobre todo un gran apego hacia el atractivo que ejerce dentro del imaginario colectivo la leyenda de la reina Calafia y su pertenencia al ámbito de la literatura caballeresca. No obstante, como ya mencioné, se percibe discordancia entre tal propuesta y las indagaciones que se hicieron al respecto por parte de integrantes de la Compañía de Jesús durante el siglo XVIII, lo cual resulta al menos curioso.

Los argumentos más sólidos para desechar el planteamiento de cronistas como Campoi, Barco y Clavijero a favor de una etimología latina de California se pueden rastrear en las reticencias que ellos mismos expresan dentro de sus escritos, reconociendo que no era frecuente la imposición de topónimos en dicha lengua a los lugares que los conquistadores españoles iban nombrando. Sin embargo, el hecho de que la palabra aparezca por primera vez en una referencia al viaje de Francisco de Ulloa en el año 1539 invita a preguntarse acerca de las razones específicas por las cuales este personaje, un marinero vasco bajo las órdenes de Cortés, pudo haberla utilizado. Y resulta, al menos desde mi punto de vista, mucho más factible que esos motivos hayan sido de índole práctico que imaginativos o literarios.

Es aquí donde las especulaciones de los cronistas ignacianos adquieren sentido. En idioma euskera, seguramente utilizado por el ya mencionado Francisco de Ulloa, pero también por otros destacados navegantes durante la época de los descubrimientos y conquistas por parte del Imperio Hispánico, como Sebastián Elcano, Andrés de Urdaneta o el propio Fortún u Ortuño Ximénez –quien participó en otra

de las expediciones iniciales hacia la California– la palabra *cala* se convierte en *kala* y la partícula *forni* pudo haber sido tomada directamente del latín *fornix* o a través del francés, donde la palabra *fournir* significa acceso o entrada. Corresponde lo anterior con el significado que la palabra *cala-fórna* tendría en latín, según explican Campoi y Barco, retomados por Clavijero: “ensenada o bahía junto al arco”. De manera que *Kala-furni* representaría, para un hablante del idioma vasco, el arco de Cabo San Lucas y su playa adyacente. Además, como bien dicen los jesuitas, existía el antecedente de la palabra *Califerne* o *California* dentro de la literatura caballeresca, quizá aludiendo a los paisajes semejan-tes.

Figura 3. *Chanson de Roland* (ca. 1100).



Fuente: Anónimo (ca. 1100). Tomado de: <<https://patrimonioediciones.com/portfolio-item/the-song-of-roland-%E2%80%A2-carlomagno/?lang=en>>.

Tal como menciona Clementina Díaz y de Ovando, la primera referencia del topónimo California dentro del género literario caballeresco no estaba en el libro de Garci Rodríguez de Montalvo (1508) retomado por Edgar Everett Hale, sino en la *Chanson de Roland* (figura 3). En ese escrito anónimo, elaborado en torno al año 1100, Califerne aparece como un lugar remoto, del cual se advierte en el verso CCIX con los siguientes términos:

Ami Rollanz, prozdoem juvente bele,
 Cum jo serai à Eis en ma chapele,
 Vendrunt li hume, demanderubt noveles!
 Je's lur dirai merveilluses e pesmes:
 Morz est mis nies, ki tant me fist cunquere!
 Encuntre mei revelereunt li Seisne
 E Hungre e Bugre e tante gente averse,
 E cil d'Affrike e cil di Califerne;
 Puis encerrunt mes peines e mes suffraites.²

No existe más información al respecto de este topónimo para la época del texto, pero sí la certeza de que se trata de un término seguramente literario o que, si fuera el caso, designaba una región poco conocida. De cualquier forma, el ámbito lingüístico en que se gestó tal palabra no era ajeno al mundo de los vascos, pues precisamente narra los hechos de la famosa batalla de Roncesvalles, dentro de la cual un grupo de guerreros montañeses étnicamente denominados “vascones” atacaron la retaguardia del ejército carolingio, a cuyo mando iba el conde Roldán, prefecto de la Marca de Bretaña y sobrino de Carlomagno. Según la *Vita Caroli*, escrita en latín por el cronista Eginhard, este acontecimiento habría tenido lugar en el año de 778 y ocurrió como represalia por el saqueo de la ciudad de Pamplona.

Resulta posible ubicar en diversos entornos costeros del norte de los actuales países de Francia y España, o en las costas británicas, formaciones rocosas semejantes al arco de Cabo San Lucas: puentes o arcos de piedra expuestos a la mirada de los viajeros, señales en el paisaje que llamarían poderosamente la atención, sirviendo asimismo para identificar algún lugar. Tomando en cuenta que el resto de las toponimias presentes en el verso citado de la *Chanson de Roland* corresponden con lugares realmente existentes, no sería raro que Califerne fuese una

² “Rolando, amigo mío, valiente, gallarda juventud! / Cuando me encuentre en Aquisgrán, mi dominio, / vendrán los vasallos a conocer las nuevas. Yo se las diré, extrañas y penosas: / “¡Ha muerto mi sobrino, aquel que conquistó para mí tantos territorios!” / Contra mí se alzarán en rebelión los sajones, los húngaros y los búlgaros, y tantos otros pueblos malditos; / los romanos y los de Apulia, y todos los de Palermo, / los de África y los de Califerne. / Comenzarán entonces mis penas y calamidades.

región identificada por la presencia de un promontorio geológico, en las inmediaciones de la frontera del territorio carolingio, cuyos habitantes hubieran sostenido relaciones conflictivas con el Emperador.

Por tanto, propongo como hipótesis acerca del origen del nombre de California la existencia de un topónimo que además de encontrarse dentro de los libros de caballería serviría para describir el aspecto de una zona geográfica concreta. De ahí los vascos y su entorno tomarían provecho para determinar lugares con ciertas características geológicas visualmente identificables y semejantes a una *kala-furni*: playa junto al arco. Que la referencia literaria estuviera fuera de las explicaciones de los jesuitas se justificaría, de esta manera, por la primacía de los valores descriptivos del topónimo frente a su pertenencia a una tradición fantástica y literaria.

Conclusiones

Los topónimos de las distintas regiones y lugares de la Nueva España arraigaron en el imaginario colectivo del México independiente y constituyen emblemas identitarios hasta la actualidad. Explicar el origen de tales nombres, cuando no existe una fuente suficientemente clara a la cual acudir, abre la posibilidad para elaborar especulaciones de todo tipo. En los siglos XIX y XX, mientras se configuraban discursos regionalistas y nacionalistas destinados a alimentar el sentido de comunidad entre los habitantes de amplios territorios recientemente constituidos como países, en los Estados Unidos de Norteamérica y México, atribuir un origen literario al topónimo California resultó una aportación útil, valiosa y pertinente, que acrecentó el aura legendaria de dicha región.

Sin embargo, para los estudiosos actuales de la historia e incluso para cualquier escéptico tal explicación resulta insuficiente. Asumamos que, como cualquier otra interpretación, la que se construyó en torno al origen y significado de la palabra California durante los siglos mencionados responde a los imperativos de su época. Tomemos en cuenta que la vinculación del topónimo con la novela de caballería *Las sergas de Esplandián* y su mítica reina Calafia responde convincentemente la pregunta respecto a su posible origen pero nada nos dice acerca de su

significado. Lo cual sólo sucede cuando exploramos otras explicaciones, como la propuesta, surgida de la convicción de que los conquistadores, navegantes y exploradores primeros de la península bajacaliforniana conformaban un grupo diverso, multinacional y multilingüe, preocupado por asuntos prácticos relacionados con la ocupación territorial y no sólo o primordialmente involucrados en la lectura de libros de caballería.

Por último, cabe señalar que no parece improbable que en la mentalidad de quienes acuñaron el topónimo California coexistieran, como en todos los seres humanos de todas las épocas, realidad y ficción. De esta manera, una explicación plausible acerca del origen de este topónimo quizá resida simultáneamente dentro del pensamiento simbólico y la racionalidad descriptiva, la literatura y la navegación. Ello se articularía con fidelidad al ambiente cultural en el que se formaron muchos descubridores y conquistadores hispanos del siglo XVI, alimentados por imágenes y referencias de carácter medieval pero también imbuidos por una búsqueda renacentista de conocimientos cada vez más pragmáticos.

Bibliografía

- BARCO, Miguel del (1973). *Historia natural y crónica de la Antigua California. (Adiciones y correcciones a la noticia de Miguel Vengas)*. México, UNAM.
- CLAVIERO, Francisco Xavier (2007). *Historia de la Antigua o Baja California*. México, Porrúa.
- CORTÉS, Hernán (2004). *Cartas y documentos*. México, Porrúa.
- DÍAZ Y DE OVANDO, Clementina (1952). “Baja California en el mito”, en *Historia Mexicana*, vol. 2, núm. 1. México, El Colegio de México, pp. 23-45.
- GÓMEZ MONTOYA, John (2022). “Los topónimos del Nuevo Mundo en las crónicas de Indias. Contribución a su conocimiento y sistematización”, en *Onomàstica. Anuari de la Societat d’Onomàstica*, núm. 8. Barcelona, pp. 11-90.
- LÓPEZ DE GÓMARA, Francisco (2022). *Historia general de las Indias con todos los descubrimientos y cosas notables que han acaecido en ellas*. Madrid, Casa de Velázquez.

- PORTILLO Y DÍEZ DE SOLLANO, Álvaro del (1947). *Descubrimientos y exploraciones en las costas de California 1532-1650*. Madrid, Escuela de Estudios Hispanoamericanos.
- RÍO, Ignacio del (1990). *A la diestra mano de las Indias. Descubrimiento y ocupación colonial de la Baja California*. México, IIH, UNAM.
- RODRÍGUEZ DE MONTALVO, Garci (1508). *Las sergas del muy virtuoso y esforzado caballero Espaldíán hijo de Amadís de Gaula*. Alcalá de Henares, Viuda y Herederos de Juan Gracián.
- RODRÍGUEZ PRAMPOLINI, Ida (1948). *Amadis de América, La hazaña de Indias como empresa caballeresca*. México, Tesis, UNAM.
- THE ATLANTIC MONTHLY* (1864 March), núm. LXXVII, pp. 266-278.
- VENEGAS, Miguel (1979 [1757]). *Obras californianas del padre Miguel Venegas, S. J.* La Paz, Universidad Autónoma de Baja California Sur.

Axcan motocayotia ‘ahora se nombra’. Análisis de la toponimia nahua como fuente para la reconstrucción etnohistórica

ANGELA MIREN VALERO ROSALES

Universidad de Sonora / SECIHTI

El objetivo de este trabajo¹ será analizar los topónimos desde una perspectiva etnohistórica. Se considerarán como una fuente para el estudio de las migraciones de los pueblos de habla nahua, debido a que dentro de los topónimos hay acontecimientos que se fijaron en el nombre.

Este estudio se lleva a cabo con el uso de una metodología que busca a los topónimos en contextos literarios, en documentos de carácter histórico como crónicas, anales y memoriales. Se trata de textos coloniales escritos en náhuatl clásico. Plasman la historia previa a 1521, por lo que, entre los temas que se abordan están las migraciones y fundaciones de diferentes señoríos nahuas.

En el apartado II se hace un breve recorrido historiográfico de la toponimia nahua, desde distintos enfoques. Se aborda la definición general de topónimo y se discute sobre la toponimia nahua. También, aquí se explica la perspectiva teórica con la que se examinaron los topónimos, a partir de la propuesta de que el náhuatl tiene cuatro estadios históricos del náhuatl: 1) como lengua de la familia yutonahua del norte; 2) lengua mesoamericana por su ubicación geográfica; 3) castellanización por el contacto con el español, y 4) altamente diversificada.

En el tercer apartado se explica la metodología con la que se presentan los topónimos con textos glosados y analizados en un nivel morfosintáctico. Se describe la estrategia sintáctica para la búsqueda de la muestra con el apoyo del verbo *motocayotia* ‘se nombra’ y se considera el número y formas de uso con los topónimos.

El apartado cuatro aborda cómo se forman los topónimos, donde incluyo un pequeño inventario de los sufijos locativos y cómo se componen, junto a una propuesta del origen de algunos sufijos locativos.

¹ Este artículo es resultado de mi tesis de licenciatura, en ella se encuentra un análisis más detallado, si el lector tiene interés en este tipo de análisis, recomiendo dirigirse a dicho trabajo (Valero, 2023).

También se presenta el análisis de los nombres de lugar que no se forman con sufijos locativos, ya que están constituidos por predicaciones de tipo verbales o nominales que se lexicalizaron a nombres propios y se evidencian los primeros dos estadios históricos.

En el quinto apartado se expone la propuesta de cómo se emplean los topónimos para la reconstrucción etnohistórica y cómo influyen al analizar el sistema de escritura tradicional visto en los glifos toponímicos. Finalmente, se presentan las conclusiones con la sugerencia de que esta forma de análisis debe extenderse a topónimos nahuas modernos que se constituyen con palabras castellanas y sufijos locativos, con miras en analizar los glifos toponímicos desde esta perspectiva.

I. Toponimia nahua

En este apartado se hace un breve recorrido historiográfico de la toponomástica nahua. Se exponen los conceptos teóricos que determinan la dirección de análisis de este estudio, sustentado en los cambios históricos de la lengua, y se enfoca sobre todo en el sistema adposicional del náhuatl.

I.1 Breve recorrido historiográfico de la toponimia nahua

Si bien existen descripciones referentes a los topónimos en las primeras gramáticas del náhuatl, fue hasta finales del siglo XIX que se publicaron estudios enfocados al significado de los topónimos, y hasta el siglo XX surgieron investigaciones con diversos enfoques y metodologías de estudio. A continuación, se resumen sólo algunos estudios sobre toponimia nahua.

I.1.1 Primeras gramáticas

En las artes de la lengua mexicana realizadas durante el periodo colonial,² los topónimos no fueron tratados de manera específica,

² La producción de artes en la lengua náhuatl durante esta época es vasta en comparación con otras lenguas indígenas, en este artículo únicamente se mencionan el trabajo de fray Andrés de Olmos y el del padre Horacio Carocho.

sino que se abordaron en diversos apartados de las artes, por ejemplo, Olmos (2002: 34-35) hace una mención en el capítulo ocho de la primera sección sobre los nombres derivativos refiriéndose únicamente a la formación de los gentilicios, por otro lado, aborda detenidamente los sufijos locativos en el apartado de las preposiciones³ y comenta que “[...] no se hallan por sí solas en esta lengua, sino ajuntadas a los pronombres, o nombres, y algunas de ellas se anteponen y posponen a los nombres” (Olmos, 2002: 149). Hace una descripción a modo de lista de cada posposición junto a ejemplos.

Por su parte, el padre Carochi presenta en su arte una organización distinta en la gramática (1645) y en la búsqueda de topónimos, éstos pueden hallarse en diferentes secciones, como en el libro tercero, capítulo décimo primero: “*de nombres de moradores de pueblos*” (1645: 56r) o en el primer libro, donde hay un subapartado en el capítulo sexto: “*de los verbales con preposición de lugar*” (1645: 50r), ahí menciona algunos nombres de pueblos los cuales se forman con verbos como base. Al igual que fray Andrés de Olmos, en el arte de Carochi existe un capítulo dedicado únicamente a las posposiciones, englobando ahí las locativas (1645: 17v-20v).

Ambas obras describen detalladamente el significado y la función de los sufijos locativos que se encuentran en los topónimos y en construcciones locativas genéricas del tipo “sobre la mesa”.

I.1.2 Catálogos etimológicos

A finales del siglo XIX se publicaron dos obras de Antonio Peñafiel (1885). La primera fue un catálogo de los topónimos y glifos toponímicos registrados en el *Códice Mendoza* (1542), antes de presentar el inventario alfabético donde analiza los elementos que conforman cada topónimo, hace una clasificación semántica de los motivos para dar nombre a los lugares. “Los dioses, los templos, las ceremonias religiosas, los episodios de la peregrinación de las tribus, la conmemoración de los periodos

³ Aunque estén definidas en las artes como preposiciones, ambos autores explican que estos elementos se posponen. No se debe perder de vista que estas artes se realizaron tomando los conceptos y comparaciones de gramáticas del latín.

más importantes de su cronología, las conquistas, las guerras, eran motivos para dar nombre a los lugares habitados” (Peñañiel, 1885: 6), y evidentemente las descripciones geográficas. A pesar de notar las razones por las cuales se nombra un espacio, Peñañiel se centró en la etimología de los topónimos y a la descripción de los elementos gráficos que conforman el glifo toponímico.⁴ Para 1895 derivado del primer proyecto de censo nacional de 1881 (Menes, 2013: 13-49), publicó un inventario alfabético de nombres geográficos indígenas de México. Peñañiel realizó el análisis etimológico con ayuda de especialistas de distintas lenguas originarias del país, como el maya y el mixteco, por mencionar algunas.

En 1942 José Ignacio Dávila Garibi publicó un detallado estudio de toponimia nahua. Destaca su aporte en torno a la proposición de normas de análisis para los topónimos de origen nahua, y al análisis de topónimos conformados de palabras en castellano con sufijos locativos nahuas (Dávila, 1942).

César Macazaga Ordoño (1979: 10) ofreció una propuesta de interpretación etimológica propia, con ayuda de “la mitología y siempre por la significación de los signos”, también, relaciona los nombres antiguos con los lugares actuales. Las fuentes de obtención para su catálogo son coloniales con temática prehispánica.

I.1.3 Estudios multidisciplinarios de la toponimia

Se realizaron estudios de análisis de la toponimia náhuatl desde otros enfoques. Entre éstos, destaca el trabajo de Fernando Anaya Monroy ya que consideró que los topónimos pueden dar información sobre varios aspectos, tanto geográficos como históricos y antropológicos y definió

⁴ La explicación etimológica de los topónimos a partir del análisis glífico presume ser sencilla, sin embargo José Abraham Méndez, en el capítulo “Traducciones e interpretaciones incorrectas en los topónimos en náhuatl del centro de México: Amozoc y Xicalco, dos estudios de caso” de esta misma obra, menciona que la interpretación puede propiciar errores en la etimología de los topónimos. Este autor muestra cómo se pueden dar distintas interpretaciones a un mismo topónimo nahua.

a los nombres geográficos “como pacientes compiladores, llegan a tener multitud de datos” (Anaya, 1960: 7).⁵

A finales del siglo XX el lingüista Ignacio Guzmán Betancourt (1987) se concentró en estudios de la toponimia desde la lingüística, propuso una clasificación semántica de los topónimos nahuas, y ofreció conceptos generales de la toponomástica en México.

Desde el aspecto morfológico y sintáctico, el padre Ángel Garibay (1940) y Miguel León-Portilla (1982) hicieron análisis detallados de los topónimos y en específico de los sufijos locativos. En su obra, Garibay (2013: 69-72) propuso llamar a los sufijos locativos como posposiciones, y analizó la manera en que se pueden hacer las construcciones locativas teniendo dos maneras que se usan alternamente y enfatizó que con estas posposiciones se forman muchos topónimos.

Por su parte, León-Portilla detalló el significado de los sufijos locativos que hay en los topónimos partiendo de la sintaxis, explicó cómo se formaban los topónimos con cada sufijo y a qué clase de palabra podían afijarse, sin perder de vista la descripción de las representaciones gráficas y de sus elementos, y ofreció una pequeña muestra de algunos topónimos hallados en textos, es decir, se trata de un enfoque morfológico y sintáctico de los topónimos.

La propuesta hecha por Brígida von Mentz considera la existencia de topónimos “de origen oscuro” (2017: 27), debido a que el origen de los elementos locativos que se sufijan al nombre probablemente proviene de otras clases de palabras léxicas y que pasan por un proceso de desgaste hasta que se vuelven sufijos locativos.⁶ Este análisis destaca por la metodología que se aplica, ya que hace una reconstrucción histórica de los pueblos nahuas que ya estaban establecidos mucho antes que el pueblo mexica.

⁵ El estudio histórico que propone Mariana Alzaga en el capítulo “La toponimia como fuente para la historia: el caso purépecha” explora el papel vital de la fuente histórica, en tanto analiza la evolución de los nombres de lugar desde el siglo XVI, revelando su pluralidad de significados y su potencial para reconstruir el territorio y la influencia del imperio purépecha.

⁶ El proceso de gramaticalización se discute con más detalle en el apartado III.1.1.

1.2 La definición de topónimo

Después de haber hecho un breve recorrido en lo que se refiere a estudios de toponomástica nahua, a continuación, se definen el concepto de topónimo y nombre de lugar, que los distinguen a partir de definiciones dadas y las que se consideran aquí.

La toponimia es motivo de diversos estudios en el mundo, por lo que se han dado algunas definiciones en torno al topónimo y a la toponomástica. Aquí se considera que un topónimo es un nombre propio, dado a un espacio geográfico por un grupo que lo habita o habitó en un momento histórico determinado, el nombre otorgado al lugar puede referir sobre aspectos descriptivos del lugar, aspectos culturales como actividades realizadas y sucesos históricos. Maximiano Trapero (2004) determina que los topónimos son elementos que:

[... c]onstituyen uno de los rastros más claros, más elocuentes y duraderos de la historia de un territorio. A través de ellos podemos conocer su propio origen, su naturaleza y constitución de los distintos grupos étnicos que sucesivamente se han asentado en él. Fijados por la tradición, los topónimos llegan –como si fueran fósiles– a revelar hasta los estratos más antiguos de la formación cultural de un pueblo y de su territorio. (Trapero, 2004: 27).

Desde una perspectiva lingüística, Guzmán Betancourt encuentra a los topónimos dentro de la categoría léxica de los nominales, específicamente se hallan en la clase de los nombres propios (Guzmán, 1987: 15). Aunado a esta clasificación, hay que contemplar que además de ser nombres propios, los topónimos (al menos los de esta lengua) están en una “clase más amplia y compleja de entidades lingüísticas, la de los locativos” (León-Portilla, 1982: 38). Cabe aclarar que en los textos que se usaron para la obtención de la muestra hay problemas para distinguir entre topónimos y locaciones genéricas por compartir características en cuanto a forma.⁷ Otro problema de esta descripción es que parecen

⁷ En las traducciones ofrecidas por Rafael Tena aclara que “en ocasiones no es posible discernir con claridad si algunos locativos son verdaderos topónimos o meras descripciones de parajes” (*Anales de Cuauhtitlan*, 2011: 17).

quedar descartados los nombres propios geográficos que no tienen afijos locativos, por lo tanto, se propone que todos éstos son nombres de lugar, que posiblemente su proceso de lexicalización fue distinto, por lo tanto, es necesario que se revisen a nivel de texto.

Es pertinente hacer una distinción entre topónimo nahua y nombre de lugar. Se define que un topónimo es un nombre propio de un espacio geográfico que se conforma por un radical, como una raíz nominal o verbal, más un sufijo locativo, mientras que, un nombre de lugar puede ser una palabra que se formó de un elemento sintáctico mayor como un predicado verbal, una frase nominal o frase posesiva y, sobre todo, carecen de una marca locativa afijada. Pueden formarse depreciados verbales, frases posesivas y sustantivos relacionales.

Los topónimos, al ser nombres propios cuyo cambio se da en mucho tiempo, pueden ser considerados para el estudio etnohistórico porque son una rica fuente de información lingüística, histórica y antropológica. Debido a que nombrar los espacios geográficos es una condición universal. En su mayoría, el significado o alusión de los topónimos será a las descripciones del entorno seguidos por los topónimos de otro tipo donde se albergan nombres motivados por aspectos históricos, económicos, políticos y migratorios, sólo por decir algunos (Rodríguez, 1998: 29). Dentro del registro de los topónimos se entiende que el cambio de nombre se dé en un lapso de tiempo largo, pudiendo pasar siglos o milenios en algunos casos, por lo tanto, habrá topónimos que se encuentren en etapas distintas de cambio considerando por ejemplo calcos (Mentz, 2017). Los cambios albergados en los topónimos se consideran como “procesos generalizados de transformación del contexto social e histórico, la corrupción de sonidos y los cambios a lo largo del tiempo” (Mentz, 2017: 15), ésta es una de las razones por las que se considera que este tipo de análisis ofrece una visión del cambio ocurrido en los nombres de lugar y los topónimos.

1.3 Propuesta teórica

Los distintos ojos con los que se han visto a los topónimos nos han demostrado que son un objeto de estudio inagotable en cuanto a darnos evidencia que nos ayude a conocer parte de la cultura y la historia de

los pueblos nahuas.⁸ Es así como de esos vestigios que albergan los topónimos se hallan los cambios que tuvo la lengua, esto es porque el nombre se fija en un momento dado y puede permanecer por mucho tiempo, hasta que una circunstancia (de coyuntura) provoca cambios en los topónimos. Para ilustrar a lo que hago referencia supongamos que un determinado poblado (topónimo X), con dimensiones demográficas grandes sufre un problema ecológico (sequía extrema) y los pobladores son obligados a moverse en grupos reducidos, hasta que el lugar es abandonado y alrededor de éste se forman nuevos asentamientos. Mucho tiempo después, el espacio que estaba abandonado es repoblado por otro grupo que habla otra lengua, y llaman al lugar como se conocía antes pero en su propio idioma (topónimo Y), por lo que éste se vuelve un calco y así ya se formó un nuevo nombre de lugar o pudo haber permanecido el mismo nombre pero con variaciones fonéticas causadas por sus nuevos habitantes.

Aquí se propone que los topónimos y nombres de lugar conservan al menos dos estadios o etapas históricas de la lengua náhuatl, basados en el planteamiento de Valentín Peralta Ramírez (2015). Él propone que el náhuatl tiene cuatro estadios históricos, que son producto de los procesos de cambio por el contacto con otras lenguas y que se ordenan cronológicamente. El primer estadio histórico es la pertenencia a su familia lingüística, la yutonahua; el segundo estadio se debe al contacto con lenguas de distintas familias pero que conviven en Mesoamérica que es una región geográfica, cultural y lingüística; el tercer estadio histórico ocurre cuando el náhuatl tiene contacto con una lengua indoeuropea, que resulta en una castellanización de la lengua, finalmente, como cuarto estadio se da una alta diversificación de la lengua, encontrándonos hoy día con distintas variantes del náhuatl (Canger, 1988).

Las narraciones históricas que albergan a los topónimos y nombres de lugar hacen alusión a sucesos ocurridos antes de 1521, por eso

⁸ En este mismo libro, el capítulo de Rodolfo Rosas Salinas y Laura Rodríguez Cano, "Pintando espacios: recursos gráficos en una pintura del suroeste poblano del siglo xvii", pp. 121-154, se distingue por explorar, a través de una metodología novedosa, la profunda transformación de la vida social y del territorio novohispano. Además, los autores enriquecen su estudio con un perspicaz análisis lingüístico de los topónimos nahuas presentes en la pintura y en el expediente que examinan.

me enfoco en los dos primeros estadios: “(1) el náhuatl como lengua yutonahua del norte, y (2) el náhuatl como lengua mesoamericana” (Peralta, 2015: 131). Los cambios históricos en la lengua fueron sobre todo sintácticos y éstos se encuentran “fossilizados” en los topónimos y nombres de lugar, debido a que se lexicalizaron por su constante uso, y permanecen fijos en la memoria oral y documental.

Se considera que en el primer estadio histórico el orden de constituyentes del náhuatl es Sujeto-Objeto-Verbo (SOV) (Peralta, 2015: 131), es una lengua con marcación en el dependiente (marcas de caso), y su orden de constituyentes es Dependiente-Núcleo (D+N). El sistema adposicional es vía posposicional. Mientras que, en el segundo estadio histórico, el náhuatl tiene el uso preferente del orden Verbo-Sujeto-Objeto (VSO), ésa es su tendencia, aunque el orden sintáctico puede ser flexible. Es una lengua con marcación en el núcleo, por ejemplo, el orden de la frase posesiva es del tipo “su-perro el hombre”,⁹ es decir el orden de constituyentes es Núcleo-Dependiente (N+D), finalmente el sistema adposicional que adquiere el náhuatl de las lenguas de Mesoamérica es vía preposicional con el uso de sustantivos relacionales.

Por lo tanto, en el apartado (IV) se encontrarán topónimos y nombres de lugar que se hayan lexicalizado en alguno de los estadios históricos, y que podrán tener quizá un sustantivo relacional del segundo estadio histórico, pero con el orden Dependiente-Núcleo del primer estadio histórico, mostrando cómo este proceso es paulatino.

I.3.1 Sistema adposicional del náhuatl

El sistema adposicional del náhuatl es, a diferencia de sus lenguas hermanas del norte, flexible, pues presenta un uso alterno de sufijos locativos y preposiciones vía sustantivos relacionales y pueden expresar los cambios históricos del náhuatl (Peralta, 2015).

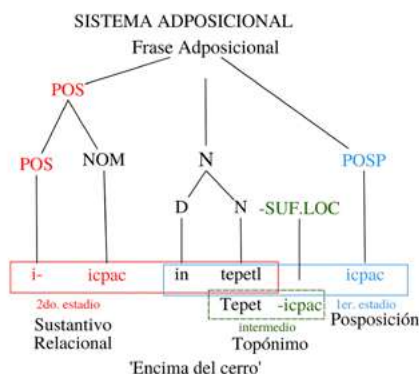
El uso que se le da a las posposiciones sufijadas a bases nominales es el que se encuentra en los topónimos que antes fueron posposiciones

⁹ “*his-dog the man*”, el orden del sistema de posesión es un rasgo que comparten las lenguas que habitan Mesoamérica, por lo que se establece a esta área geográfica como un área lingüística (Campbell, Kaufman y Smith, 1986: 545).

independientes, mientras que, el uso de los sustantivos relacionales es más común encontrarlos a nivel sintáctico, ya que introducen argumentos que no son forzosamente requeridos por el verbo (argumentos no centrales).

Todos estos rasgos y sus cambios se verán reflejados en los topónimos (figura 1), y se propone que los topónimos presentan las posposiciones como sufijos locativos, muestran un estadio intermedio entre las posposiciones del primer estadio histórico del náhuatl, mientras que, algunos nombres de lugar pueden –en algunos casos– mostrar el cambio al uso de los sustantivos relacionales, pero, conservando aún el orden Dependiente-Núcleo (Peralta, 2015). Cabe resaltar que ambos sistemas, tanto las posposiciones vía sufijos locativos y los sustantivos relacionales se encuentran conviviendo al mismo tiempo en el náhuatl.

Figura 1. Sistema adposicional del náhuatl.



Fuente: Elaboración propia.

II. Metodología

En este subapartado se da una breve descripción de los documentos de los que se tomaron como muestra para el análisis. Se da una breve explicación sobre la metodología usada para la presentación de los

datos y sobre algunas estrategias a nivel sintáctico que se usaron para la localización del *corpus* dentro de los documentos.

II.1 Descripción de los documentos

Como se mencionó en el capítulo I.3, el náhuatl clásico forma parte del subgrupo central de las lenguas nahuas de la familia lingüística yutónahua, pertenece al tronco sureño, al subgrupo de las lenguas nahuas, y la han clasificado como una lengua central (por su geografía). Sin embargo, a diferencia de las variantes modernas, lo que se tiene registrado en los documentos, Yolanda Lastra dice que “lo probable es que el náhuatl de Molina [y de los documentos coloniales] refleje una lengua literaria muy rica y que el habla culta de la época fuera una amalgama de habla de gente de todo el territorio azteca” (Lastra, 1986: 135).

Los documentos que se usaron son: *Los Anales de Cuauhtitlan*,¹⁰ la *Crónica Mexicáyotl* (Alvarado, 1998), el *Códice Aubin* (2017 [ca. 1608]), *Las ocho relaciones y el memorial de Colhuacan* (Chimalpahín, 2003a y 2003b [1607-1637]), y el *Códice Florentino* (Sahagún, 1577), cabe decir que este último no comparte el mismo formato con los primeros cuatro mencionados.

Entre la producción de documentos realizados, una vez que el náhuatl se adaptó al estilo de escritura occidental, los documentos son parecidos debido a que la narración de sucesos se encuentra ordenada cronológicamente de acuerdo con la cuenta calendárica de los nahuas, por lo que estos manuscritos son llamados crónicas, anales o memoriales. Algunos de los temas que se tratan en estos documentos son sobre migraciones, fundaciones y acaecimientos de poblaciones, conflictos bélicos entre grupos nahuas y otros grupos distintos como los otomíes, sucesiones de poder gubernamental, hechos míticos, por mencionar algunos tópicos.

Se seleccionó la muestra de análisis de las fuentes para buscar a los topónimos y nombres de lugar que puedan contener información

¹⁰ Rafael Tena (2011) ofrece una obra bilingüe, donde para la paleografía del texto original en la hoja izquierda y su traducción literaria al español en la hoja derecha, resultando en una lectura fácil de seguir, acompañado de un índice de topónimos al final.

histórica, tanto de sucesos ocurridos a los grupos nahuas como de la historia de su lengua.

En cada manuscrito se relata cómo el grupo que protagoniza cada documento sale de un lugar mítico, va migrando hasta haber encontrado un lugar dónde establecerse y poder fundar su *altépetl*, todo este largo peregrinar siempre es guiado por señales y mensajes de sus dioses. Durante las peregrinaciones se narran las separaciones, encuentros y percances entre los pueblos, y ponen en primer lugar al grupo del que provienen.

Por ser el formato cronológico anual, cada párrafo o párrafos se dividen por el año seguido de la narración de los sucesos ocurridos en el año correspondiente. Resalta la salida de algún lugar mítico (casi siempre de origen común), se registra su migración por diferentes lugares de la ruta, hasta un establecimiento de su señorío, aunque pueden registrarse estas fundaciones en lugares diferentes a lo largo de los años.

Los manuscritos resaltan, sobre todo, la antigüedad y procedencia del *altépetl* del que posiblemente fue originario cada creador del manuscrito, además, las fuentes que ellos usaron fueron, tanto relatos orales, como otros documentos que posiblemente fueron códices que aún se conservaban. Esto se puede ver en el caso de los *Anales de Cuauhtitlán* como su primer nombre lo indica, habla acerca del origen y migración de los pobladores de Cuauhtitlan, este manuscrito podría considerarse como una explicación relatada de la antigüedad de los *Cuauhtitlan chaneh* "moradores de Cuauhtitlan" basada en otros documentos que pudieron servir de fuente para el creador de este texto, relata cronológicamente su salida de Chicomoztoc cuyo registro es del año *I Acatl* equivalente al año 635 del calendario gregoriano (Tena, 2011: 27) y los establecimientos de sus señoríos en distintas épocas, junto a la narración de los conflictos con otros pueblos, sus conquistas y fechas en que perecieron.

II.2 Metodología de análisis

Los manuscritos de los que se hizo la selección han sido ampliamente estudiados y descritos, sus publicaciones son en ediciones facsímiles con paleografía y traducción al español, sin embargo, las traducciones que se ofrecen son de carácter literario, por lo que, hay información

lingüística sesgada y carecen de textos glosados, esto es muy comprensible ya que uno de los objetivos de estas publicaciones es que lleguen a un público general.

Más que la paleografía, se tuvo que realizar un ejercicio de uniformidad en la escritura debido a que el análisis morfosintáctico se elaboró en un *software*,¹¹ creado específicamente para ese fin. Además, no se debe perder de vista que cada escribano tuvo sus propias convenciones ortográficas y hubo algunas representaciones fonológicas que se omiten, sin embargo, es posible hacer la reconstrucción de algunas debido a los contextos en los que aparecen, por ejemplo, la concordancia del verbo y su argumento de sujeto nos ayuda a reconstruir el saltillo final en los verbos cuando están en plural y con ayuda de gramáticas (Carochi, 1983; Garibay, 2013; Launey, 1992).

Una vez localizados los topónimos y nombres de lugar, se hizo un análisis morfosintáctico, separando oraciones –como unidades mayores– y palabras, dentro de las que se hizo una segmentación morfológica. Este análisis se presenta como un texto interlineado con glosas y una posible traducción al español. Por lo tanto, se encontrarán los ejemplos a lo largo del capítulo con cuatro líneas interlineales: la primera presenta el texto en náhuatl en cursivas, la segunda línea presenta una segmentación morfológica, la tercera línea aparecerá alineada con el principio de cada palabra de la segunda línea con glosas léxicas y gramaticales, finalmente, la cuarta línea es una traducción al español del análisis presentado en la segunda y tercera línea. De la misma manera se presenta el análisis de los topónimos y nombres de lugar fuera de su contexto literario, ya que, a nivel de texto éstos no se segmentaron en el glosado porque ya tienen la categoría de nombres propios.

II.2.1 Apoyo de la sintaxis para la búsqueda de la muestra de análisis

En algunos ejemplos se halla de manera explícita la razón por el que un lugar recibe el nombre, por lo que es común encontrar en la sintaxis al verbo *tocayotia* ‘nombrar’ en los textos, este verbo se encuentra de

¹¹ El *software* utilizado para el análisis fue creado por el Instituto Lingüístico de Verano, se llama *Fieldworks Language Explorer* (FLEX) y es de acceso libre.

formas diferentes (tabla 1), pero todos comparten una similitud, su argumento de sujeto (1), u objeto (2, 3 y 4) siempre es el topónimo o nombre de lugar, esta estructura nos ayuda a saber que son sustantivos plenos de la clase de los nombres propios, y no locaciones genéricas, aunque los primeros es probable que deriven de los segundos. También dentro de la sintaxis vamos a localizar a los topónimos en frases posesivas acompañadas del nominal *tocaitl* ‘nombre’ (5 y 6).

Tabla 1. Sintaxis de *tocayotia* y *tocaitl*.

Forma	Número de apariciones	Fuente(s)
<i>tocatoyita</i> ‘nombrar’		
(1) <i>motocayotia</i> ø-mo-tocayotia 3SUI-REFLX-nombrar ‘se nombra’	16	<i>Memorial de Colhuacan;</i> <i>Quinta Relación de Colhuacan;</i> <i>Sexta Relación de Colhuacan;</i> <i>Séptima Relación de Colhuacan;</i> <i>Crónica Mexicáyotl y</i> <i>Anales de Cuauhtitlán.</i>
(2) <i>quitocayotiah</i> ø-qui-tocayotia-h 3SUI-3OBJ.PRIM-nombrar-PL ‘lo nombran’	2	<i>Séptima Relación de Colhuacan.</i>
(3) <i>quitocayotihque</i> ø-qui-tocayotih-que 3SUI-3OBJ.PRIM-nombrar\PERF-PL ‘lo nombran’	1	<i>Códice Aubin.</i>
(4) <i>tictocayotihque</i> ti-c-tocayotih-que 1SUI-3OBJ.PRIM-nombrar\PERF-PL ‘lo nombramos’	1	<i>Crónica Mexicáyotl.</i>

<i>tocaitl</i> ‘nombre’		
(5) <i>itocayocan</i> i-toca-yo-can 3POS-nombre-INHR- LOC ‘su nombre del lugar’	14	<i>Crónica Mexicáyotl</i> ; <i>Anales de Cuauhtitlan</i> ; <i>Memorial de Colhuacan</i> ; <i>Códice Aubin y Códice</i> <i>Florentino</i> .
(6) <i>i-toca</i> i-toca 3POS-nombre ‘su nombre’	1	<i>Crónica Mexicáyotl</i> .
Número de incidencia 34		

Fuente: Elaboración propia.

Como se puede observar en la tabla 1, hay una gran incidencia en la aparición de la base NOMBRE y sus derivados.¹² Por lo tanto, en una construcción verbal, donde el núcleo es NOMBRAR vamos a encontrar a los topónimos en la posición de sujeto (cuando es reflexivo como se muestra en (10 b) u objeto (en construcciones transitivas, que se enseña en (23b). Y cuando se trate de una frase posesiva, veremos que el poseedor será el topónimo como se observa en (23a).¹³ Por esta razón debe considerarse la importancia de la revisión de los topónimos a nivel de texto, en conjunto con un análisis interno de los topónimos.

III. Análisis de los topónimos

Los topónimos son construcciones predicativas verbales, nominales, adjetivales, sólo por mencionar algunos, que cumplen la función de locativos, por ello se afijan los morfemas de locación. Se propone que estas construcciones son de uso recurrente por lo que sufren un proceso de lexicalización y se convierten en nombres propios.

¹² En la muestra se analizaron cerca de 41 topónimos y nombres de lugar.

¹³ Se verá en el ejemplo (22a) que es una predicación no verbal.

En este apartado se van a mostrar con ejemplos, la formación de los topónimos con un breve inventario de las posposiciones locativas de esta lengua (III.1) y las posibles fuentes de origen de algunos sufijos locativos (III.1.1), el análisis de los nombres de lugar que conservan estructuras del primer estadio histórico del náhuatl y no presentan marcas locativas sufijadas (III.2), también, como hay casos donde se registra en los documentos el cambio de un nombre (III.2.2).

III.1 Cómo se forman los topónimos

Los topónimos nahuas se pueden componer de elementos de diferentes tipos, hay los que se componen de sustantivos simples, compuestos, predicados verbales, frases posesivas, etcétera, a estos elementos se les sufixa una partícula locativa. El inventario de los sufijos es grande en comparación con otras lenguas, en los estudios mencionados en el apartado (II) se han dado explicaciones muy detalladas de la forma y función de cada sufijo, como existen algunos que se afijan a sustantivos y pronombres nominales posesivos, mientras que otros encuentran su lugar en otra clase de núcleos.

Se pueden clasificar a los sufijos locativos en dos clases: (1) sufijos locativos simples (tabla 1), y (2) sufijos locativos compuestos con partes del cuerpo (tabla 2). A continuación (en las tablas 1 y 2) presento los sufijos locativos, su significado, a que clases de palabras o partículas se afijan y algunos posibles ejemplos, y retomando lo dicho por León-Portilla (1982: 15) “que los topónimos forman parte de una clase mayor, la de los locativos”.

Tabla 2. Inventario de sufijos locativos.

Sufijo locativo	Significado	Clase de palabra a la que se puede afijar	Ejemplo
-c, -co	“en”	Con sustantivos	tepe-c cerro-LOC ‘en el cerro’
-can	donde se hace [verbo]	Con verbales	caczo-can hacer.zapatos-LOC ‘donde se hacen sandalias’
-yan	Cuando se sufija a una base verbal hace que signifique el lugar dónde se realiza la acción	Con verbales	atl-ixeliuh-yan agua.ABS-bifurcar-LOC ‘donde se bifurca el agua’
-nal, -nalco	“más allá de”	Sólo se afija a la raíz nominal de agua y con algunos verbos	a-nalco agua-LOC ‘de la otra parte del río’

-pan	“en” locación externa	Con sustantivos y prefijos pronominales	no-pan 1POS-LOC ‘en mi’	tlal-pan tierra-LOC ‘en la tierra’
-tlan	“en, sobre, junto; junto, entre: con, cerca”		mo-tlan 2POS-LOC ‘junto a ti’	aca-tlan caña-LOC ‘entre cañas’
-tech	“en, referente a, adherente a”		mo-tech 2POS-LOC ‘tocante a ti’	cal-ti-tech casa-LIG ¹⁴ -LOC ‘pegado a la casa’
-tzalan	“en medio de, entre”		to-tzalan 1PL.POS-LOC ‘entre nosotros’	a-tzalan agua-LOC ‘en medio del agua’
-nepantla	“en medio de”		cuaauh-nepantla árbol-LOC ‘entre los árboles’	
-nahuac	“junto a, a lado de”		mo-nahuac 2pos-LOC ‘junto a ti’	cuaauh-nahuac árbol-LOC ‘junto a los árboles’
-icpac	“sobre, encima”		no-cpac 1pos-LOC ‘encima de mi’	tepe-t-icpac cerro-LIG-LOC ‘encima del cerro’

Fuente: Elaboración propia con base en León-Portilla (1982), Carochi (1983) y Garibay (2013).

¹⁴ La ligadura presente en este y otros ejemplos de las tablas 1 y 2 se propone otro análisis en el subapartado (iv.2.1).

Tabla 3. Sufijos locativos compuestos.

Sufijos locativos compuestos con partes del cuerpo			
Término de parte del cuerpo	Su locativo	Clase de palabra a la que se puede afijar	Ejemplo
<i>ixtli</i> 'cara ros-tro'	se pueden afijar: -ixco -ixpan "en frente de"	Con sustantivos y prefijos personales	te-ixpan atl-ixco ANTIP.HUM- agua.ABS-LOC: LOC:enfrente enfrente 'ante alguno' 'frente al agua'
<i>ititl, itetl</i> 'vientre'	-itic -itec "dentro de"		no-tic ¹⁵ cal-itic 1POS-LOC: casa-LOC dentro 'dentro de 'dentro de casa' mí'
<i>cuitlatl</i> 'espalda, trasero'	-cuitlapan "atrás, detrás, más allá de"		to-cuitlapan a-cuitlapan 1PL.POS- agua-LOC: LOC:detrás detrás 'tras de no- 'más allá del sotros' agua'
<i>tepotztli</i> 'espalda, trasero'	-tepotzco "atrás, detrás, más allá de"		no-tepotzco tlal-tepotzco 1POS- tierra-LOC: LOC:detrás detrás 'detrás de 'más allá de la mí' tierra'

¹⁵ Proceso de elisión por estar dos vocales juntas, esta lengua no permite tener templetes juntos *cv.vc.

<i>tzintli</i> ‘base, cimientos, fin’	-tzintlan “al pie, bajo de”	Con sus- tantivos	tepe-ti-tzintlan cerro-LIG-LOC:base ‘al pie del cerro’
--	-----------------------------------	----------------------	--

Fuente: Elaboración propia.

Los sufijos locativos pueden usarse para expresiones locativas genéricas que sobre todo se hallan en composición con morfemas pronominales posesivos y son definidos como sustantivos relacionales y esta función es parte del contacto con las lenguas de Mesoamérica.¹⁶

III.1.1 Posibles orígenes de las posposiciones locativas

Se ha propuesto anteriormente que algunos sufijos locativos podrían tener su origen de otras clases léxicas (León-Portilla, 1982; Mentz, 2017; Peralta, 2019). Estos afijos deben su fuente a verbos estativos que han pasado por un proceso de gramaticalización,¹⁷ debido a un desgaste de la lengua, uno de estos casos es el sufijo locativo *-man*, por ejemplo, Toliman, y que la estructura gramatical de ese sufijo es antigua, determinada a una temporalidad antes que la llegada del apogeo de los mexicas, se estima que el verbo del que deriva es *mani* ‘estar colocado o extendido’ (Mentz, 2017: 29-30).

De esta misma clase se encuentra *-pan* y se propone que esta posposición se haya gramaticalizado del verbo estativo *pani* ‘estar encima’, y por el uso de esta posposición cuyo sentido locativo es ‘sobre’ como en *Tepepan* ‘sobre el cerro’, la cual Garibay la describió como una locación externa (Garibay, 2013: 61).

Ha sido posible el rastreo del origen de pocas posposiciones, pero existen algunas posposiciones locativas que tienen orígenes muy difíci-

¹⁶ “[R]elational nouns were apparently diffused into Nahuatl. Actually, some Uto-Aztecan postpositions are preserved in Nahuatl as locative suffixes; but these function differently from the relational nouns [...]” (Campbell, Kaufman y Smith, 1986: 546).

¹⁷ Este planteamiento de gramaticalización debe ser discutido con más profundidad desde la lingüística (Bybee, 2009: 345-355).

les de rastrear, quizás, la posposición *-c/-co* sea el ejemplo más transparente, es el sufijo locativo que más predomina en la composición de los topónimos, se dice que esta posposición se afija a bases compuestas por sustantivos, sin embargo, también se ha encontrado en topónimos que derivan de predicados verbales, podemos observarlo en Teyacualco (7):

- (7) a. *2 Tochtli. In ipan in ye icuac in motlahuelcuitque xochimilcah ihuan colhuaque,*

2 Tochtli. In i-pan in ye ihcuac

2 Tochtli. DET 3POS-LOC DET ya cuando

in ø-mo-tlahuelcui-tih-que xochimilca-h

DET 3SUJ-REFLX-enojarse-CAUS\PERF-PL xochimilca-PL

i-huan catca colhuah-que

3POS-COM colhua-PL

‘Año 2 Tochtli, en este año cuando los xochimilcas y colhuas se enojaron’,

- b. *quintocaque yn xochimilcah ompa quincahuato Teyahualco*

ø-qu-in-tocah-que in xochimilca-h ompa

3SUJ-3OBJ.PRIM-PL-seguir\PERF-PL DET xochimilca-PL allá

ø-qu-in-cahua-to-h Teyahualco

3SUJ-3OBJ.PRIM-PL-dejar-CAUS.VEN-PL Teyahualco

‘siguieron a los xochimilcas allá los dejaron en Teyahualco,

- c. *inic ompa quimiquanique.*

in-ic ompa ø-qu-im-icuanih-que

DET-razón allá 3SUJ-3OBJ.PRIM-PL-apartar.a.otro\PERF-PL

‘porque allá los apartaron’. (*Anales de Cuauhtitlán*, 2011: 66)

Se puede notar en el ejemplo (8), que el sufijo *-co* no está afijado a un sustantivo, sino que está afijado a un predicado verbal, por lo que podría proponerse que el análisis de *-co*,¹⁸ que se usa para marcar la dirección de “venir a” realizar el verbo, contra el análisis en (9), quizá,

¹⁸ “De la conjugación gerundiva de venir” (Carochi, 1983: 29r).

el sufijo de este topónimo no es el mismo que el de todos los topónimos que lo contienen o podría ser un rastro del posible origen del sufijo, cosa que se debería discutir a profundidad:

(8) *Teyahualco*

ø-te-yahual-**co**-h

3SUJ-ANTIP.HUM-rodear-VEN.PERF-PL

'Vinieron a rodearlos'.

(9) *Teyahualco*

ø-te-yahual-**co**

3SUJ-ANTIP.HUM-rodear-LOC

'Lugar donde los rodearon'.

III.2 Nombres de lugar que carecen de sufijos locativos

En los manuscritos se han rastreado nombres de lugar que no presentan marcas locativas como los topónimos, y que han sido poco analizados en los inventarios etimológicos. En este subapartado se contempla el análisis de nombres de lugar encontrados en los documentos, es decir, se abordan los que no tienen una marca que indique locación como Popocatepetl o Coatlichan, pero que, se formaron a partir de una predicación, ya sea verbal o nominal. El constante uso de estas predicaciones para referirse a un lugar hace que, por medio de un proceso de lexicalización éstos se hayan convertido en sustantivos propios.

III.2.1 Predicados verbales

En estos nombres de lugar también podemos observar que el orden de constituyentes se presentan dos tipos, el orden Sujeto, Objeto y Verbo (SOV), característico de la familia yutonahua del norte, es decir los dependientes del núcleo van al principio (D+N); o el orden Verbo, Sujeto y Objeto (VSO), este orden es el que comparten las lenguas del área lingüística de Mesoamérica, por lo tanto, el núcleo se presenta al inicio seguido de sus dependientes (N+D) (Peralta, 2015: 131-143).

Para un mejor entendimiento, analicemos el ejemplo (10), dónde claramente Popocatépetl es un nombre propio, porque es un argumento central del verbo *motocayotia* (10 b), pero, viendo que antes en (10 a) aparece toda una predicación verbal con función de ser una frase nominal objeto del verbo *quitta* ‘ver’, y parece que ahí aún no se ha lexicalizado como en (10b). Además, analizando el nombre de manera interna, en (13) veremos que, es un predicado verbal, cuyo orden de constituyentes es Verbo y Sujeto (VS).¹⁹

(10) a. *in yancuica achtopa oquittaque in tlacochcalcah chalcah opopōcac in tepētl*

V

in yancuica achtopa o=ø-qui-itta-que
 DET cosa.nueva primeramente ANT=3SUJ-3OBJ.PRIM-ver\PERF-PL
 FN=S FN=O
 [in tlacochcalca-h chalca-h] [o=ø-popōca-c in tepē-tl]
 DET tlacochcalca-PL chalca-PL ANT=3SUJ-humear-PERF DET cerro-ABS
 ‘los tlacochcalcas chalcas vieron por primera vez que el cerro humeó’.

(Chimalpahín, 2003b: 42).

b. *in āxcān motocayotia Popocatepētl,*

V FN=S

in axcan ø-mo-tocayotia [**Popocatepetl**]
 DET ahora 3SUJ-REFLX-nombrar Popocatépetl
 ‘que ahora se llama Popocatépetl’.

(Chimalpahín, 2003b: 42).

El nombre de Popocatépetl fue un sustituto de un primer (estadio) nombre de lugar, que había sido nombrado por otro grupo antes que los tlacochcalcas chalcas, este nombre es Xalliquéhuac (11), que a simple vista parece contener el sufijo locativo -c, sin embargo, como se muestra el análisis en (12), se puede notar que, al ser un predicado verbal, el sufijo -c es un afijo que marca tiempo/aspecto perfectivo.

¹⁹ Construcción intransitiva no requiere objeto.

(11) *in achtopa zan quitocayotia Xalliquehuac catca.*

In achtopa zan $\emptyset$ -qui-tocayotia **Xalliquehuac** $\emptyset$ -catca
 DET primeramente sólo 3SUJ-3OBJ.PRIM-nombrar Xalliquéhuac 3SUJ-estaba
 'pero primero sólo estaba nombrado Xalliquéhuac'.
 (Chimalpahín, 2003b: 42).

Estos ejemplos (10 y 11) son ilustrativos del cambio histórico de la lengua. De ser una lengua de verbo final como sus hermanas nortañas, ahora tiene y conserva el orden de las lenguas vecinas del área geográfica donde se ubica el náhuatl.

(12) *Xalliquehuac*

O V
 [xal-li] $\emptyset$ -qu-ehua-c
 arena-abs 3suj-3obj.prim-levantar-perf
 'levantó la arena'.

(13) *Popocatepetl*

V S
 $\emptyset$ -popoca [tepe-tl]
 3suj-humear cerro-abs
 'El cerro humea'.

III.2.2 Frases posesivas

Hay nombres de lugar que se forman con frases posesivas y frases nominales. Por ejemplo, el nombre de Coatlichan (14) está formado de una frase posesiva, dónde, el orden de constituyentes nos muestra que el núcleo (poseído) se encuentra al final (D+N), en lugar de aparecer primero como es común en construcciones posesivas del náhuatl clásico (N+D) como se muestra en (15).

(14) *Cohuatlinchan*

D N
 cohua-tl i-chan
 serpiente-ABS 3POS-casa
 'La casa de la serpiente'.

(15) *itoca Coatetl*

N D
 i-toca Coatetl
 3POS-nombre Coatetl
 ‘el nombre de Coatetl’.
 (Chimalpahín, 2003a: 98).

Finalmente, entre estos nombres que no tienen sufijos locativos propiamente, se encuentran nombres de lugar que se han analizado en la toponomástica nahua como topónimos formados con una base nominal más una ligadura y un sufijo locativo como en el ejemplo de Tenochtitlan (16).²⁰ Aquí se propone una segmentación y análisis distinto, debido a que, la partícula ligadura -ti- se usa para unir dos bases léxicas (verbales) y no para unir una base léxica más un afixo gramatical, sino que, en estos nombres queda un remanente histórico del caso acusativo, como se usa en las lenguas yutonahuas más norteañas, como se muestra en el ejemplo (17) (Peralta, 2019: 295). Por lo tanto, estos nombres se forman con un nominal, más un sustantivo relacional, siguiendo el mismo orden presentado en Coatlinchan (14).

(16) *Tenochtitlan*

te-noch-ti-tlan
 piedra-tuna-LIG-LOC
 ‘Cerca de (o entre) los tunales silvestres’.
 (León-Portilla, 1982: 148)

(17) *Tenochtitlan*

tenoch-t-i-tlan
 tuna-ABS-3POS-LOC
 ‘Junto a las tunas’.²¹

²⁰ “Se adhiere al nombre por medio de la partícula ligativa -ti- que, por, asimilación con la siguiente -i- de i-tlan, aparece como una -t-[...]” (León-Portilla, 1982: 148).

²¹ Surge la duda en el análisis sobre la función de *te-* en Tenochtitlan, si es un clasificador de dureza de *tetl* ‘piedra’ por lo que se refiere a que es el corazón de Copil después de haber sido sacrificado (Alvarado, 1998: 42, 43), su corazón se representa como una piedra de manera simbólica (Dahlgren; Pérez Suárez; y Valle, 2009).

IV. Reconstrucción etnohistórica

Como se ha mostrado en las secciones anteriores, la revisión de los documentos de temas históricos narrados en lengua indígena, con una perspectiva de análisis morfosintáctico diacrónico arroja información que ayuda al entendimiento de procesos históricos ocurridos a los pueblos previo al proceso de conquista. En este apartado aparecerán algunos fragmentos de texto con los que se propone una lectura distinta de los topónimos y el porqué del nombre.

Ya que hay topónimos que a simple vista o en un análisis aislado del contexto narrativo donde se hallen, podrán parecer meras descripciones del entorno del lugar al que enuncian, nos deja pensando, ¿por qué, de entre todos los elementos que hay en el entorno geográfico, deciden elegir uno específico para formar al topónimo? Queda decir que una de las razones más obvias quizá, es por la abundancia de algún elemento de la naturaleza, como los árboles, pero también se debe a la importancia histórica en el momento en que se decide nombrar al lugar, es decir, un suceso histórico es guardado en el topónimo, y en los documentos del tipo histórico podremos encontrar –algunas veces– las pistas para poder ofrecer una reconstrucción etnohistórica.

Con este enfoque pueden considerarse a los topónimos con mayor tendencia en la toponimia nahua, los que se forman con una base nominal, ya sea raíz o un tema compuesto y el sufijo locativo como en los ejemplos (18) y (19).

(18) *Zacacalco*

N-POSP

zacacal-**co**

zacate.casa-LOC

'En la casa de zacate'.

(19) *Zacapecchco*

N-POSP

zacapecch-**co**

zacate.cama-LOC

'En la cama de zacate'.

Sin embargo, hacer el análisis del topónimo nos dejaría sin información adicional, relacionada con sucesos históricos –o míticos–, en el ejemplo (20), se puede observar que el lugar recibe el nombre porque elaboran una cama de zacate para poner sobre ella un ocelote que flecharon.

- (20) a. *niman oncan zacapechtli oncan quitechahque in ocelotl*
 niman oncan zaca-pech-tli oncan ø-qui-tecah-que
 luego ahí zacate-cama-ABS ahí 3SUJ-3OBJ.PRIM-acostar\PERF-PL
 in ocelo-tl
 DET ocelote-ABS
 ‘y luego ahí acostaron al ocelote en una cama de zacate’.

- b. *in axcan motocayotia Zacapechco.*
 in axcan ø-mo-tocayotia **Zacapechco**
 DET ahora 3SUJ-REFLX-nombrar Zacapechco
 ‘que ahora se nombra Zacapechco’. (Chimalpahín 2003a: 418)

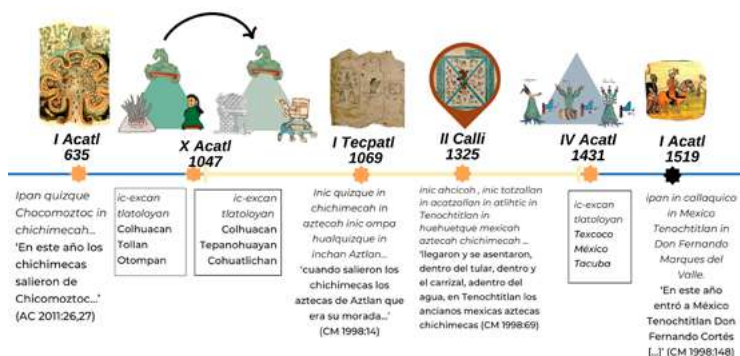
Otro ejemplo de este tipo es el topónimo Azcapotzalco (21). Se ha dicho que el significado de este topónimo es “en el hormiguero” (Peñafiel, 1895: 67) y de nuevo surge una duda, ¿quién nombró el lugar de esa manera, los propios pobladores de Azcapotzalco o algún otro altépetl? Y sabemos que los de Azcapotzalco antes de 1519 estaban en un conflicto bélico con la Triple Alianza (Texcoco, México y Tacuba),²² organización que gobernaba sobre los demás pueblos en aspectos económicos y políticos.

- (21) *Azcapotzalco*
 azca-potzal-**co**
 hormiga-montículo-LOC
 ‘En el hormiguero’.

²² *Ic excan tlatoloyan* es como se llamaba la organización política tripartita nahua, en los manuscritos históricos se hallan dos organizaciones del mismo tipo, lideradas por otros *altepeme* anteriores de la Triple Alianza, por lo tanto, hay registro de al menos tres alianzas políticas y económicas antes de la caída de México-Tenochtitlan (véanse fechas en la línea del tiempo figura 2).

Por lo tanto, los tepanecas de Azcapotzalco, cuyo gentilicio está denominado por Tepanohuayan un topónimo distinto. Junto a Colhuacan y Coatlinchan dirigieron la administración tripartita hasta 1431 (figura 2). Y se propone que el cambio del topónimo se debe al conflicto bélico que tuvieron con los mexicas y aliados, y que lo ocurrido ahí da el motivo del nombre de Azcapotzalco en (22), debido a que en el texto analizado aparece un hormiguero como lugar dónde un personaje se oculta de otros.

Figura 2. Línea del tiempo de organizaciones tripartitas nahuas.



Fuente: Elaboración propia.

(22) a. *Auh zan icel in Acolnahuacatl momaquiixtito Azcapotzalco*

Auh zan i-cel in Acolnahuacatl ø-mo-maquiixti-to

Y sólo 3POS-sólo DET Acolnahuacatl 3SUJ-REFLX-huir-AND.PERF

Azcapotzalco

Azcapotzalco

'Y solamente Acolnahuacatl huyó solo a Azcapotzalco'.

b. *tlacotl ihtic oncan in mopotzah azcame,*

tlaco-tl i-htic oncan in ø-mo-potza-h

jarro-ABS 3POS-LOC:dentro ahí DET 3SUJ-REFLX-hacer.montículo

azca-me
 hormiga-PL
 ‘dentro de un jarro ahí donde las hormigas hacen montículo [...]’.
 (Chimalpahín, 2003b: 168)

IV.1 Los topónimos del tercer estadio

Resulta lógico preguntarse, ¿acaso el tercer estadio histórico de la castellanización del náhuatl está registrado en los topónimos?²³ La evidencia documental nos dice que sí, que los topónimos nahuas sufren un tercer cambio con la castellanización del náhuatl, resultando así, la combinación de nombres de santos con los topónimos nahuas, como se puede ver con el topónimo de Santiago Tlatelolco (23 b).

- (23) a. *in oncatca in tlatilli, itoca Xaltilolli*
 in ø-on-catca in tlatil-li ø-i-toca **Xaltilolli**
 DET 3SUJ-AND-estaba DET montón.de.tierra-ABS 3SUJ-3POS-nombre Xaltilolli
 ‘que ya estaba el montículo, su nombre [es] Xaltilolli,’
 b. [...] *Auh in axcan tiquitohua tictocayotiah Tlatilolco Santiago*.
 Auh in axcan ti-qu-itohua ti-c-tocayotia-h
 Y DET ahora 1SUJ-3OBJ.PRIM-decir 1SUJ-3OBJ.PRIM-nombrar-PL

Tlatilolco Santiago

Tlatelolco Santiago

‘[...] Y ahora le decimos, lo nombramos Santiago Tlatelolco’.
 (Alvarado, 1998: 75).

En el texto podemos observar que antes de llamarse Tlatelolco recibía el nombre de Xaltilolli (23 a) que carece de sufijo locativo, podría tratarse de un primer estadio, y su glifo toponímico corresponde a la representación gráfica de arena (figura 3) (Peñañiel, 1895: 214). Por lo

²³ “El tercer estadio, corresponde al contacto con el castellano después de la conquista de México-Tenochtitlan en 1521, De este periodo se cuenta con una gran documentación colonial [...]” (Peralta, 2015: 129). No debe perderse de vista que la búsqueda de los dos estadios históricos anteriores se da en documentos que estuvieron involucrados en el proceso de castellanización.

tanto Tlatelolco puede tomarse como el segundo estadio histórico del topónimo, y este combinado con el nombre de un santo (23 b) parece ser el cambio al tercer estadio histórico.

Figura 3. Glifo de Tlatelolco.



Fuente: *Códice Mendoza*, 1542.

v. Conclusiones

Los topónimos que se analizan aquí pueden ayudar a un mayor entendimiento de las rutas de migración de algunos pueblos nahuas, porque los topónimos son vestigios históricos, que deben ser vistos como una fuente de gran riqueza.

Se tratan de fuentes primarias que han quedado fijados en la memoria colectiva y, por supuesto, en la narrativa de estos documentos.

Aún hay topónimos que se consideran del tercer estadio, del tipo Mendozatitlan, Cruztitlan que deben ser explorados, y distinguir cual es el sentido de cómo se componen estos nombres.

Con esta propuesta se busca que el análisis interno de los topónimos involucre más que la etimología, a la morfosintaxis para vislumbrar cambios diacrónicos de la lengua, y en este caso se trata de dos procesos: la gramaticalización de las posposiciones locativas de verbos y se tiene que pensar en que habrá otras clases léxicas involucradas en

los orígenes, y la lexicalización de construcciones predicativas verbales o nominales a topónimos y nombres de lugar.

Finalmente considero que debe tomarse en cuenta el abanico de formas de los topónimos para un estudio del sistema de escritura tradicional (glifos toponímicos) y darles una lectura como predicaciones y no sólo como una palabra de categoría nominal.

Abreviaturas

1= primera persona; 3= tercera persona; ABS= absoluto; AND= andativo; ANT= anterioridad; ANTIP= antipasivo; CAUS= causativo; COM=comitativo; D= dependiente; DET= determinante; FN= frase nominal; HUM= humano; LIG= ligadura; LOC= locativo; N= núcleo; O= objeto; OBJ.PRIM= objeto primario; PERF= perfectivo; PL= plural; POPS= posposición; POS= poseedor; REFLX= reflexivo; S o SUJ= sujeto; SUF= sufijo; V= verbo; V.AUX= verbo auxiliar; VEN= venitivo.

Bibliografía

- ALVARADO TEZOMOC, Fernando (1998). *Crónica Mexicáyotl*. Trad. dir. del náhuatl de Adrián León. México, UNAM.
- ANALES DE CUAUHTITLAN (2011). 2ª ed. Paleografía y trad. de Rafael Tena. México, Conaculta.
- ANAYA MONROY, Fernando (1960). “Presencia espiritual de la cultura náhuatl en la toponimia”, en *Estudios de Cultura Náhuatl*, vol. 2. México, IHH, UNAM, pp. 7-25.
- BYBEE, Joan (2009). “Grammaticization. Implications for a Theory of Language”, en J. Guo *et al.*, eds., *Crosslinguistic Approaches to the Psychology of Language: Research in the Tradition of Dan Isaac Slobin*. Nueva York, Taylor and Francis Group, LLC, pp 345-355.
- CAMPBELL, Lyle, Terrence Kaufman y Thomas Smith-Stark (1986). “Meso-America as a Linguistic Area”, en *Language*, vol. 62, núm. 3, septiembre, pp. 530-570.

- CANGER, Una (1988). "Subgrupos de dialectos nahuas", en J. Kathryn Josserand y Karen Dakin, eds. *Mesoamerican Studies in Memory of Thelma D. Sullivan*. Oxford, British Archaeological Reports, pp. 473-98.
- CAROCHI, Horacio (1983). *Arte de la lengua mexicana con la declaración de los adverbios della*. (Ed. facs. de la publicada por Juan Ruys en la Ciudad de México 1645. Con un estudio introductorio de Miguel León-Portilla). México, UNAM.
- CHIMALPAHÍN, Domingo (2003a). *Las ocho relaciones y el memorial de Colhuacan*, vol. 1. Paleo. y trad. de Rafael Tena. México, Conaculta.
- CHIMALPAHÍN, Domingo (2003). *Las ocho relaciones y el memorial de Colhuacan*. vol. 2. Paleo. y trad. de Rafael Tena. México, Conaculta.
- CÓDICE AUBIN (2017). Paleo. y trad. del texto náhuatl Rafael Tena. Edición Facsimilar del original que se halla en el Museo Británico ed. (2 vol.). México, Secretaría de Cultura/ INAH.
- CÓDICE MENDOZA (1542), Manuscrito en la Biblioteca Bodleian. Oxford. f. 19r.
- DAHLGREN, Bárbara et al. (2009). *Corazón de Cópil*. 2ª ed. México: inah.
- DÁVILA GARIBI, José Ignacio (1942). *Toponimias nahuas. Normas para la interpretación de toponímicos de origen náhuatl y análisis etimológico de trescientos de ellos*. Méxicok, Stylo.
- GARIBAY K., Ángel María (2013) [1940]. *Llave del náhuatl. Colección de trozos clásicos, con gramática y vocabulario náhuatl-castellano, para utilidad de los principiantes* (Décima edición). México, Porrúa.
- GUZMÁN BETANCOURT, Ignacio (1987). *De toponimia y topónimos. Contribuciones al estudio de nombres de lugar*. México: Colección Divulgación Serie Lingüística. ENAH.
- LASTRA DE SUÁREZ, Yolanda (1986). *Las áreas dialectales del náhuatl moderno*. México, IIA, UNAM.
- LAUNEY, Michel (1992). *Introducción a la lengua y a la literatura náhuatl*. México, UNAM.
- LEÓN-PORTILLA, Miguel (1982). "Los nombres de lugar en náhuatl. Su morfología, sintaxis y representación glífica", en *Estudios de Cul-*

- tura Náhuatl*, vol. 15. México, IIH, UNAM, pp. 37-72. Recuperado el 19 de octubre de 2022 de <<http://www.historicas.unam.mx/publicaciones/revistas/nahuatl/pdf/ecn15/229.pdf>>.
- MACAZAGA ORDOÑO, César (1979). *Nombres geográficos de México*. México, Innovación.
- MENES LLAGUNO, Juan Manuel (2013). “Vidas paralelas, aunque distantes”, en Antonio Peñafiel *Nomenclatura geográfica de México*. (Edición Facsimilar. Juan Manuel Menes Llaguno [comentador]). México, Estado Libre y Soberano de Hidalgo/ Miguel Ángel Porrúa.
- MENTZ, Brígida von (2017). “Topónimos y cronología: Notas sobre una puerta distinta al estudio del pasado”, en *Historia Mexicana*, vol. 67. México, El Colegio de México, pp. 7-59. Recuperado el 18 de diciembre de 2021 de: <<https://historiamexicana.colmex.mx/index.php/RHM/article/view/3440/3222>>.
- OLMOS, Andrés de (2002). *Arte de la lengua mexicana*. (Ed., estudio introductorio, transliteración y notas de Ascensión Hernández de León-Portilla y Miguel León-Portilla [eds.]). México, UNAM.
- PEÑAFIEL, Antonio (1885). *Nombres geográficos de México, Catálogo alfabético de los nombres de lugar pertenecientes al idioma náhuatl. Estudio jeroglífico de la matrícula de tributos del código Mendocino*. México, Oficina Tip. de la Secretaría de Fomento. Recuperado el 20 de enero de 2024 de: <<http://cdigital.dgb.uanl.mx/la/1080017419/1080017419.html>>.
- PEÑAFIEL, Antonio (2013). *Nomenclatura geográfica de México*. (Ed. Facs. Juan Manuel Menes Llaguno [comentador]). México, Estado Libre y Soberano de Hidalgo/ Miguel Ángel Porrúa.
- PERALTA RAMÍREZ, Valentín (2015). “Cambios morfosintácticos en el náhuatl general. El paso de una lengua yuto-nahua norteña a una lengua mesoamericana”, en Zarina Estrada Fernández, Ana Fernández Garay y Albert Álvarez Gonzáles, coords., *Estudios de lenguas amerindias 3. Escenarios de diversidad lingüística*. Hermosillo: Departamento de Letras y Lingüística, Universidad de Sonora, pp. 127-68.
- PERALTA RAMÍREZ, Valentín (2019). “Las posposiciones locativas y el sistema de sustantivos relacionales del náhuatl clásico. Los

nombres de lugar y los argumentos oblicuos”, en Zarina Estrada Fernández; Ana Fernández Garay y Albert Álvarez Gonzáles, coords., *Estudios de lenguas amerindias 4. Escenario actual de la investigación sobre lenguas yutoaztecas. Homenaje a Jane H. Hill*. Hermosillo: Departamento de Letras y Lingüística, Universidad de Sonora, pp. 281-306.

RODRÍGUEZ CANO, Laura (1998). *El estudio de los nombres de lugar en el sistema de escritura ñuiñe a partir del análisis histórico geográfico de la Mixteca Baja, Oaxaca*. México, Tesis, ENAH.

SAHAGÚN, Bernardino de (1577). *Códice Florentino*. Recuperado el 11 de febrero de 2024 de <<https://www.loc.gov/item/2021667837>>.

TRAPERO, Maximiano (2004). “La toponimia de Gran Canaria en el tiempo en que Colón pasó por ella”, en *Anuario de Estudios Atlánticos*, vol. I, núm. 50. Las Palmas de Gran Canaria, Departamento de Ediciones del Cabildo de Gran Canaria/ Casa de Colón, pp. 27-70.

VALERO ROSALES, Angela Miren (2023). *Los topónimos y nombres de lugar como fuentes para la reconstrucción etnohistórica de los pueblos de habla náhuatl*. México, tesis, ENAH.

Traducciones e interpretaciones incorrectas en los topónimos en náhuatl del centro de México: Amozoc y Xicalco, casos de estudio

JOSÉ ABRAHAM MÉNDEZ HERNÁNDEZ
Facultad de Filosofía y Letras, BUAP

Dentro del territorio mexicano y, sobre todo, en sus estados centrales imperan los topónimos en lengua náhuatl, debido a las migraciones de pueblos como los mexicas, y de manera posterior a la conquista española, a la movilidad de los tlaxcaltecas que infundieron o renombraron en su lengua a una gran cantidad de pueblos de manera simultánea al expansionismo español. Es conocido que desde la conquista se reemplazaron los nombres de los pueblos originarios de la región, con nombres en castellano o náhuatl (Santos, 2021: 21).

Por otro lado, existe un grupo también de nombres de territorios ya plenamente fundados por pueblos de estirpe nahua, algunos de estos nombres se han mantenido casi inmutables en el tiempo, como es el caso de pueblos de Puebla o Tlaxcala: Mazatecochco, Papalotla, Tecamachalco, Acatzingo, por mencionar algunos con apenas ligeras modificaciones o cambios en la acentuación. En cambio, otros nombres han sido tan modificados que, sin un estudio de documentación del cambio lingüístico, sería imposible verificar su origen nahua.¹

Ahora bien, el estudio de la toponimia náhuatl se muestra con mayor interés desde el siglo XIX, con el desprendimiento de diferentes trabajos académicos, algunos forjando compendios lexicógrafos, manufacturando diccionarios de aztequismos y mexicanismos como los de Cecilio Robelo (1904) y Francisco Javier Santamaría (1959).

En el siglo XX vimos trabajos de análisis sobre la toponimia náhuatl en diferentes revistas y libros hechos por Fernando Horcasitas (1992),

¹ Un buen ejemplo es Cuernavaca, cuyo topónimo original en náhuatl es *Cuauhnhuac*. En este mismo libro, en el capítulo de Angela Miren Valero se refiere a este punto y la autora hace notar que algunos topónimos nahuas han pasado por un proceso de desgaste, por lo que es imperativa su reconstrucción histórica. Este proceso de cambios en el término, aunque no es objetivo de este capítulo, es abordado por Mariana Alzaga Fernández en el capítulo “La toponimia como fuente para la historia: el caso purépecha”, quien nos indica que la toponimia histórica puede aportar información para rastrear las huellas de ocupaciones previas.

Miguel León-Portilla (1982), por mencionar algunos, recientemente el *Diccionario del náhuatl en el español de México* (2007), coordinado por Carlos Montemayor, dedica una gran parte de este a la toponimia Nahua, sin embargo, a juicio del autor de este texto retoma los errores de traducción que se han dado en diversos nombres de lugares, que hoy funcionan como versiones oficiales del gobierno sobre pueblos, ciudades y sitios informativos sobre el significado de tales lugares, es en sí la traducción que la comunidad y el gobierno reconocen, además, Montemayor (2007) omite varios topónimos en su registro, a pesar de estar estos lugares dentro de la capital mexicana.²

El presente trabajo pretende analizar algunos de estos topónimos, en concreto uno del estado de Puebla, Amozoc y uno de la Ciudad de México, Xicalco, como dos posibles topónimos que se han traducido incorrectamente por diversas razones, es pertinente mostrar por qué la traducción que se les ha dado es errónea, a partir de un análisis lingüístico, pero también filológico de fuentes antiguas donde aparece el nombre y en algunos el glifo toponímico o su reconstrucción. Se discutirá acerca de cuáles son las causas probables de esta mala traducción, así como dar una nueva interpretación.

El caso del topónimo Amozoc

Traducciones en la Indonimia Geográfica del Estado de Puebla

La indonimia de Puebla como fue titulada por el maestro y autor Felipe Franco es una obra exhaustiva, pues la extensión del territorio poblano es amplia, teniendo un número elevado de municipios, juntas auxiliares y otras delimitaciones geográficas menores.

En su introducción al texto, el profesor Franco nos aclara de dónde viene la inquietud de este trabajo, su desarrollo como inspector se llevó a cabo durante algunos de los años del Porfiriato (1896-1910), investigación que lo hizo recorrer las diversas zonas escolares en que se divide el estado de Puebla, “tuve la singular oportunidad de conocer así las poblaciones de esta entidad” (Franco, 1976: 9).

² Algunos de los topónimos que omite son Xicalco, *Texopalco*.

Más adelante comenta cómo surgió su inquietud por realizar esta labor, él mismo dice que:

[...] un espíritu de observación, un vivo afán inquisitivo fue el impulso que lo determinó a realizar su estudio y futura publicación, así lo redacta en su proemio: Pude entonces llegar hasta esos poblados [...] por todos los ámbitos del Estado [...] al pisar un lugarejo, a conocer el origen de su nombre, a saber, la causa por la cual tenía tal denominación o se le designaba con tal o cual palabra” (Franco, 1976: 9).

Su constante viajar, su expedición a todos los rincones del territorio poblano nos hace entender que el maestro sí tenía un alto reconocimiento del paisaje, principio básico que se establece desde la disciplina de la geografía como eje para el estudio de los nombres del lugar, también nos hace saber de forma indirecta qué inquirió con la población oriunda de cada suelo en preguntar del porqué designar así o de tal forma, no siempre encontrando una respuesta favorable, al menos para él. Formar oportunamente un catálogo de los nombres geográficos de origen indígenas con la interpretación exacta [...] ya que en muchos casos ni los mismos habitantes de cada lugar sabían con precisión su significado “acaso por desconocimiento de la pureza del idioma o por que la tradición a ellos llegada era vaga o totalmente ignota” (Franco, 1976: 9).

Franco es determinante al afirmar que los oriundos del lugar desconocen el significado exacto del nombre, nos dice incluso que esto se debe a un envilecimiento de la lengua de esto, no nos puede quedar duda con las anteriores palabras “acaso por desconocimiento de la pureza del idioma” (Franco, 1976: 9). Sin embargo, también presenta como otra posible causa del desconocimiento al paso del tiempo, al transcurrir de los años, que ha hecho que el significado se pierda y poco o nada ya se conserve en la memoria histórica de los lugareños.

Más adelante el profesor nos plantea cómo efectuó tal investigación, cuáles fueron sus pasos a seguir, así como el método que usó para realizar esta tarea que hasta donde conozco no se ha vuelto a realizar en el estado poblano:

Fue necesario investigar detenidamente, basándose en la observación, cuáles son las condiciones geográficas del lugar, su estructura geológica, productos naturales que le distinguen, tradiciones que prevalecen, hechos históricos sucedidos, etc, que sirvieron de fundamento a los primeros pobladores para señalar con particular denominación (Franco, 1976: 10).

El seguimiento metodológico del maestro Franco es aplaudible pues revisa una serie de diversas disciplinas que fortalece mucho su trabajo, la investigación es sólida, sin lugar a duda a discusión, sin embargo, falta un punto muy importante a enumerar en este listado de pasos y que el mismo maestro no nos presenta, y es el conocimiento exhaustivo de la propia lengua náhuatl, mismo del que el propio Felipe Franco reconoce ser incapaz de tener un dominio aceptable.

No me precio de conocer profundamente el idioma náhuatl, [...] Poseo únicamente las nociones que de esa Lengua Patria adquirí en la Escuela Normal de Profesores del Estado [...] con fundamento de esas nociones y ayudado en muchos casos dudosos de las obras publicadas por los señores, Dr. D. Antonio Peñafiel y Lic. D. Cecilio A. Robelo [...] pude dar cima a la presente obra (Franco, 1976: 10-11).

Con la afirmación presentada por el mismo autor, podemos entonces comprender por qué algunos nombres que el maestro nos presenta pueden tener una inadecuada interpretación pues aunque agotó en su caso de estudio la investigación de geología, histórico-geográfica y de otras fuentes, es probable que su falta de dominio de la lengua jugara en su contra dando posibles ‘traducciones erróneas’ que al no ser cuestionadas desde la publicación de la misma obra y siendo retomadas como verdades absolutas en obras más recientes, como el *Diccionario del náhuatl en el español del México*, no haya sido cuestionado hasta ahora el significado presentado ahí de tal o aquel nombre, como es el caso del actual municipio de Amozoc, municipio vecino de la ciudad de Puebla.

Así que, basándonos primero en esta posible errónea traducción legitimada incluso por el propio ayuntamiento del poblado, presentaremos una traducción más apegada a la lengua náhuatl, más plausible al contexto histórico del nacimiento del lugar, según lo expresado en fuentes indígenas nahuas.

Amozoc en los trabajos de Antonio Peñafiel, Cecilio Robelo y Carlos Montemayor

Si nos ponemos a revisar lo publicado por Antonio Peñafiel en su libro *Nombres Geográficos de México*, presentado en 1885, atendemos que

en sus páginas de traducción toponímica no aparece Amozoc en su apéndice de la letra A.

En el caso del trabajo de Cecilio Robelo al ser enfocado sólo en el Estado de México sin un homólogo del mismo nombre, éste tampoco nos presenta una traducción del municipio de Amozoc, por lo que podemos decir que al menos en el trabajo realizado no se pudo apoyar el autor de la indonimia en las obras mencionadas para llevar a efecto su trabajo, a pesar de que el mismo Franco nos dice que “tomará como auxiliares para su trabajo lo hecho por Peñafiel y Robelo” (Franco, 1976: 10-11).

Sin embargo, Peñafiel tiene otro trabajo donde también estudia el devenir de los nombres geográficos donde creemos viene a dar como resultado esta traducción que se ha manejado sobre dicho topónimo: Amo-zo-c, “sin lodo” (Peñafiel, 2013: 317).

El Diccionario compilado por Carlos Montemayor, *Del Náhuatl en el español de México*, editado por la Universidad Nacional Autónoma de México y el gobierno del entonces Distrito Federal en 2007, dice lo siguiente: “Prob.³ ‘Donde no hay lodo’. Ahmo-zoc de *Ahmo*, locución negativa, *zóquitl*, ‘lodo’”. Felipe Franco señala que el suelo de la región no se enloda porque está cubierto de una espesa capa de arena, y el agua de las lluvias desaparece rápidamente por filtración (Montemayor 2007, 178).

Ahora bien, sabemos que la intención del trabajo coordinado por Montemayor es presentar una obra exhaustiva emulando en parte el trabajo previo de Robelo, que como en su momento se dijo fue “un tratado de conocimientos gramaticales, y a la vez, una vasta fuente de noticias históricas, geográficas, folclóricas, y de gran importancia sobre otras muchas materias” (Montemayor, 2007: 8).

Sobre el aspecto de los nombres de lugar en náhuatl nos dice Montemayor que “la sección de topónimos es quizás la más compleja, [...] tiene un interés histórico [...] Muchos aparecen registrados con diferencias notables [...] en registros parroquiales tempranos de la Colonia o en los bandos municipales del siglo XX” (Montemayor, 2007).

³ A pesar de que el diccionario nos presenta la traducción de Peñafiel y de Franco, no nos lo afirma, pues como se lee en sus abreviaturas empleadas, pone que este significado en abreviatura como “probable”.

Vemos cómo la traducción de los nombres de un lugar es compleja, pues al hacer una revisión historiográfica nos encontramos con diferencias claras en el registro de los nombres que dificultan el proceso de la investigación, más adelante Montemayor apunta “tantas variables nos han llevado, como verá el lector, a proponer las probabilidades de sentido ya sea por el origen de la voz consignada [...] por la congruencia del nombre con rasgos geográficos, o por la reiteración del significado que el nombre del poblado tiene en otras lenguas de la región” (Montemayor, 2007: 9).

Después el mismo autor nos afirma que al ser el estudio de la toponimia compleja, es entonces de reconocer el trabajo hecho por otros investigadores previamente: “hemos comprendido y reconocido la valiosa aportación cultural, historiográfica, filológica de investigadores como Cecilio A. Robelo, Antonio Peñafiel, René Acuña, o en el caso de Puebla, de Felipe Franco” (Montemayor, 2007: 421).

Sin embargo, y a pesar de que no podemos dudar que la obra presentada por Franco es exhaustiva, minuciosa, copiosa e integra una gran cantidad de topónimos que, para haber sido realizados por un solo autor, debió requerir arduas horas de trabajo, y aún con todo ello, sabemos por el mismo autor que su dominio en la lengua era limitado, por lo que con base en esto podemos decir que no está exento del fallo en algún nombre de lugar en lengua náhuatl.

Por esto presentaremos en primer lugar el posible significado del nombre de Amozoc no a partir de lo dicho por Franco, Peñafiel y otros autores que han venido citando a estos autores, sino a partir de las voces sustantivas nahuas que conforman al topónimo vecino de Puebla, es decir, de la entidad municipal de Amozoc.

Amozoc: un significado controversial

Puebla es un vasto territorio donde la lengua náhuatl se usó de forma nativa y también como franca, actualmente ésta no sólo es hablada en una cuantiosa cantidad de municipios, juntas auxiliares, rancherías del estado, sino que la gran mayoría de nombres de lugar están registrados en esta lengua.

Amozoc municipio ubicado a unos escasos kilómetros de la capital poblana es un buen ejemplo de ello, esta entidad como su nombre lo indica y sus registros históricos es una población de arraigo mesoamericano, pues, aunque el mayor registro de ésta queda consignado en archivos parroquiales o de situaciones que atienden a la Colonia, no podemos negar la presencia nahua pues en los mismos papeles resaltan los apellidos en esta lengua:

Y apareció un fulano llamado *Apiancatl* y un fulano nombrado *Elohuehue* y las otras ocho familias de chichimecos y seis familias otomites y cinco familias de chochos. [...] y obedecemos el pedimento de ellos para que se biban y estén obligados aser todo lo que les fuere mandado a nuestro gobierno y para que guarden las casas del mesón y el camino para que aguarden los pasajeros” (Rodríguez, 2017: 20).

Ahora bien, Hugo Nutini en su trabajo *Los pueblos de habla náhuatl de la región de Tlaxcala y Puebla*, integra a la población de Amozoc dentro de este trabajo y apunta lo siguiente: “a pesar de los rasgos marcadamente indígenas, a muy pocos se les considera ‘indios’ [...] se considera indio al que no habla español y usa la ropa tradicional” (1989: 113).

El mismo autor en su trabajo nos presenta una traducción del nombre de Amozoc, como “lugar donde se filtra el agua”, sin dar una explicación del porqué de esta posible traducción al castellano del nombre (1989: 108).

Aunque el trabajo de Nutini poco nos informa acerca de la vitalidad del uso de la lengua náhuatl, aun con esta breve referencia podemos notar que existen personas que en Amozoc en menor medida se expresan en náhuatl, sin embargo, como sabemos no existía una formación escolar en la propia lengua materna, además de que el paso del tiempo se propicia en la población un desconocimiento del significado del nombre, por lo que tanto población como gobierno local han aceptado como cierta la interpretación de Peñafiel y Franco, además de su cronista.⁴

⁴ Según el cronista Dagoberto Moreno (1995), Amozoc proviene de las raíces del náhuatl, *amo*, adverbio de negación, y *Zoquitl*, lodo, cieno o zoquite, que significa “Lugar donde no hay lodo, cieno o zoquite”.

La definición oficial de Amozoc

En las páginas oficiales del Gobierno de Puebla (auditoriapuebla.gob.mx, inafed.gob.mx) definen Amozoc “el nombre de Amozoc se origina de las raíces náhuatl, amo, adverbio de negación, y Zoquitl, lodo, cieno, o zoquite”, es decir “Lugar donde no hay lodo, cieno o zoquite”.

A partir de este nombre toponímico las mismas páginas hacen e incluso una reconstrucción pictográfica/fonética, del posible glifo toponímico del lugar (figura 1).

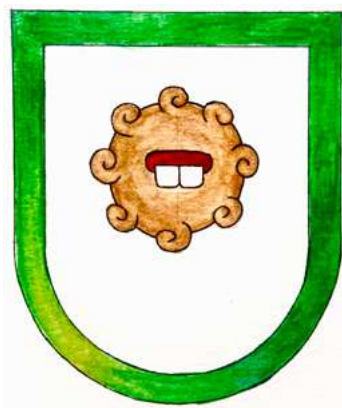
Figura 1. Amozoc, 2010



Fuente: Gobierno de Puebla, ilustración de Enrique Palacios Álvarez.

A primera vista parece que el dibujo está conformado por algo café con apariencia lodosa, pudiendo ser *zoquitl*, “lodo”, y una encía con dos dientes, representación fonética tradicional para el sufijo *tlan* (*tla*). Lo que daría como lectura Zoquitlán, de hecho, en la región de Tehuacán hay un poblado con dicho nombre cuya imagen reconstruida es la siguiente (figura 2).

Figura 2. Zoquitlán.



Fuente: Esacademic, 2011. Ilustración de Enrique Palacios Álvarez.

El dibujo es sumamente parecido al de Amozoc, sin embargo, la traducción común es “Donde no hay lodo” lo cual es un poco incongruente dado que Amozoc es famoso por su producción de cerámica, y dado que en la lengua náhuatl la palabra *zoquitl*, alberga ambas significaciones tanto la de lodo como la de barro (véase Molina, 2013, Simeón, 2004).

Otra posible interpretación de Amozoc

Para poder dar respuesta a la posible traducción del topónimo, es necesario conocer y revisar cómo se construyen los mismos nombres de lugares desde la propia lengua náhuatl y bajo qué reglas procede.

La mayoría de palabras sustantivas que tienen el sufijo *tl*, como son *tepetl*, *atl*, *xochitl*, etcétera, cuando se conjuntan con el locativo *co*, por regla misma de la lengua, pierden la letra y sonido “o” del locativo, dejando sólo la letra “c” (sonido de k). Ejemplos: *Chapultepetl-Chapultepec*, *Totolatl-Totolac*, *Xochitl-Xochic*.

Si el topónimo Amozoc termina en “c”, es probable que venga del sustantivo *amozotl*. Sobre esta palabra Francisco Hernández nos dice en su *Historia de las Plantas de Nueva España* que:

Del *AMOZOTL* o hierba enredada: echa el *AMOZOTL* raíz ramificada y fibrosa, rojiza por fuera, y tallos delgados, cuadrados. Numerosos y en parte purpúreos, llenos de hojas como de sauce, pero más largas, y de fruto espigado y acinoso. Es hierba comestible. Y cuando está tierna hace las veces de hortaliza caliente y olorosa. Nace en regiones cálidas. Amozotl: de amo, “no”; zo, “punzar”, y -tl, sufijo formativo. “No punzante”. *Uttica dioica* L. Sp. Pl., p. 1396. México (Toluca); Chihuahua (Sierra Madre); V. de México (Xochimilco). (Hernández, 1942: 361-362).

El mismo trabajo del protomédico Hernández incluye la ilustración (figura 3), así como su nombre científico.

Figura 3. Amozotl.



Fuente: Humboldt, 2002. Ilustración de Enrique Palacios Álvarez.

De igual forma, Manuel Urbina en su texto *Plantas comestibles de los antiguos mexicanos*, menciona una hierba llamada *amozotl* de la que dice: “hierba acuática que se pega a la ropa” (1904: 509). Por su parte, la *Historia Tolteca-Chichimeca*, que es un código que relata sucesos ocurridos en Cholula, pero también en *Cuautinchán* y en poblaciones que eran parte de su territorio, tiene una mención de esta palabra: “También en ese año *Matlacxochitl* tomó nuestra tierra. Tomó *tlaquehualtin*,

y por inventos fue a rozar nuestra tierra de *Amozotl ytzintlan* sin ser su propiedad” (Kirchhoff, Güemes y Reyes, 1989: 228).

La expresión clave del anterior texto es “*amozotl ytzintlan*”, que significa: “A los pies de *amozotl*”. Esto hace ver con mayor claridad que *Amozotl* es una localidad perteneciente al territorio de los *cuauhtinchantlah*.

Si revisamos mapas que incluyeron los investigadores en la *Historia Tolteca-Chichimeca* para demarcar el territorio de los *Cuauhtinchan*, vemos que Amozoc probablemente era parte de los mismos (figura 4).

Figura 4, Asentamiento de los Chichimeca.



Fuente: Kirchhoff et al., 1989. Ilustración de Enrique Palacios Álvarez.

Por su parte Alexander von Humboldt en su *Ensayo político sobre el Reino de la Nueva España* cuando menciona a la población de Amozoc lo hace registrándose sólo como *Amozotl* (Humboldt, 2002: 305).

Ahora bien, por el mismo trabajo histórico hecho por cronistas e historiadores a partir de las fuentes coloniales sabemos que Amozoc fue un territorio que administrativamente perteneció a Cuauhtinchan y que justo por eso en la historia Tolteca-chichimeca es mencionado por este *altepetl* que estaba en disputa con otro por territorio.

Por tanto, puedo concluir con respecto al nombre de Amozoc que éste ha sido erróneamente traducido, guiándose simplemente por una falsa identificación de elementos y vocablos que conforman la palabra y que

hicieron creer a los autores previos que se trataban de más palabras, sin atender a una sola, a las reglas básicas de la construcción del nombre y por otra a las reglas de cómo se incorpora o se aglutina una palabra en náhuatl sabiendo que el término *amo*, que significa “no”, no se puede incorporar de la forma en que Peñafiel sugirió y que Franco retoma para su traducción en su indonimia, quedando claro que el más cercano posible significado de Amozoc es con relación a la planta conocida como *amozotl* y que realmente Amozoc significa lugar de *amozotl*.

El caso de San Miguel Xicalco

Posible mala interpretación oficializada de un topónimo de la Ciudad de México

En la alcaldía de Tlalpan, en las inmediaciones del Ajusco, existen una serie de pueblos originarios que registran su asentamiento en tiempos de migración chichimeca, pueblos que pasaron por los procesos de conquista y evangelización, y que, a partir de ellos, sus nombres se vieron modificados o expandidos con la anteposición de algún santo patrono cristiano.

San Miguel Xicalco es uno de estos pueblos que sufrieron los cambios que trajo consigo la Colonia, sin embargo, el mismo pueblo se reconoce como anterior a este tiempo y proceso de la historia de México “los nativos: “Estábamos antes, tenemos más derechos” Algunos xicalquenses se nombran a sí mismos “xicalcos” y afirman: “estábamos antes”, “tenemos más derecho”. La palabra “nativo”, aunque ya era utilizada, recientemente ha cobrado auge en el lenguaje de hombres y mujeres” (Álvarez, 2010: 14).

Xicalco fue un pueblo establecido en la sierra del Ajusco por grupos tlahuicas y tepanecas, que edificaron viviendas rústicas dando origen a Xicalco y Petlactalco.

Después de la explosión del volcán Xitle, el área fue habitada por posibles grupos de origen xochimilca y tepanecas. (Iturralde, s.f.: 17), el registro más importante posconquista que contamos tiene que ver con la otorgación de mercedes sobre tierras comunales, dada por el mismo virrey Antonio de Mendoza donde estableció también su fundación:

Yo, don Antonio de Mendoza, visorey, gobernador y capitán general por S. M. en esta Ciudad de México de la Nueva España, presidente de la Audiencia y Cancillería Real que ella reside, por la presente doy licencia a los indios común y naturales de la antigua congregación del pueblo de Xicalco, para que pueda de repartir los solares [...] y que hagan fundación de pueblo y pongan edificios e iglesias [...] en 10 días del mes de abril del nacimiento de Nuestro Señor Jesucristo de 1544 (Iturralde, s.f.: 19).

Como podemos notar, el registro del uso de Xicalco queda evidente en este texto, y como patrón el del santo arcángel San Miguel, sin embargo, el hecho de que exista un nombre nahua nos puede asegurar la autenticidad de este poblamiento como anterior a la conquista o como pueblo que fue fundado por indios originarios, pero que probablemente se avicinan posterior a la conquista en estos nuevos terrenos, sin embargo, dada la falta de evidencia no podemos afirmar o negar esta posible opción, que sí se aplicó en otras regiones como fue el caso de Huejotzingo; lo que sí es seguro es que es un pueblo de origen nahua dado por su historia, costumbres, tradiciones, registro de la pérdida del náhuatl así como por su nombre toponímico.

A San Miguel Xicalco se llega por la carretera federal a Cuernavaca, ésta pasa por una serie de pueblos originarios previos, Chimalcoyoc, San Pedro Mártir, Totoltepec, cada uno tiene en la entrada un arco, contiene su nombre nahua y su posible significado, el arco que marca la entrada al pueblo de San Miguel Xicalco, registra como significado del mismo lugar como el “de casas de xixa⁵ y piedra”; por otro lado, en el texto de Gerardo González Reyes y Maricela Dorantes Soria (2022) “lugar de casas de chichia” mismo que dice está así anotado en páginas oficiales de Tlalpan.

Ahora bien, el diccionario de Carlos Montemayor (2007: 176), el náhuatl español de México no incluye este nombre en su apartado toponímico, a pesar de que sí incluye el de Tlalpan y Ajusco.

⁵Aunque las páginas de la alcaldía de Tlalpan, así como los textos que han publicado el posible significado de Xicalco en donde siempre incluyen a una hierba de nombre *xixa* o *chichia*, es de notar que con estas grafías ninguna de estas palabras aparece en los vocabularios y diccionarios de lengua náhuatl más relevantes de los siglos xvi y xvii, ni en el de Molina (2013) o Simeón (2004) por mencionar algunos.

Entonces, cómo podemos dar una definición de Xicalco si los trabajos actuales no registran este topónimo dentro de sus páginas, a partir de esta evidente ausencia del topónimo en trabajos recientes, se buscó en vocabularios y registros de estudios previos el nombre de Xicalco donde éste aparezca.

La información que obtuvimos proviene de autores que se interesan por los significados de los nombres de lugares de la Ciudad de México como Manuel de Olaguibel en su libro *La ciudad de México y el Distrito Federal, toponimia Azteca*, publicado en 1898, quien registra como Xicalco, la siguiente definición: *Xicalli* jícara, vaso de calabaza (Molina, 2013), *co*, lugar. Lugar de jícaras, y apunta “puede ser porque las hacían los habitantes ó tal vez es toponímico: en el calabazo, aludiendo a la forma del terreno” (Olaguibel, 1898: 97).

Por su parte, el texto *San Miguel Xicalco, historias, tradiciones y costumbres* apunta posiblemente una opción de interpretación lo dicho por Olaguibel, lugar de jícaras o *xicalli* (Iturralde, s.f.: 5).

Estamos ante una incógnita, por un lado la alcaldía, registra como significado oficial al de “lugar de casas de chichia”, por otro lado vemos que otras fuentes que trabajan la toponimia de la Ciudad de México dan como posible opción la de lugar de jícaras, o sea de *xicalli*, pero si atendemos primero como posible el de casas de *chichia* y detengámonos en saber qué significa. Según la misma página de la alcaldía de Tlalpan apunta que: “El nombre deriva del vocablo náhuatl *tlatoxcalli*, vara que mezclada con adobe formaba la *xixia*, el material con el que se construían las casas de los primeros pobladores” (Iturralde, s.f.: 5).

El *Gran diccionario náhuatl* no registra en su base de datos la palabra *tlatoxcalli*, ni tampoco *xixia* o *chichia* con el sentido que se le da en la información oficial de la alcaldía, si esto no aparece en las fuentes, en ningún caso significa que tales palabras no existan, sino una ausencia del vocablo en los registros, pero a partir de que no podemos ubicarlos en este meta-diccionario tendremos entonces que ser celosos en cuanto a tomarlos como ciertos. En cambio, el término *xicalli* más el locativo *co* parece plausible, ya que es una traducción guiada por la construcción misma del topónimo, sin embargo, una fuente que podría dar claridad en la construcción del nombre sería el dibujo toponímico, desafortunadamente o para bien de su tiempo, no aparece ni en la *Matrícula*

de *Tributos* ni en el *Código Mendoza*, quizá porque ellos tributaban a Tlalpan y éste a su vez al pueblo mexica.

San Miguel Xicalco cuenta con un documento conocido como título primordial (figura 5), elaborado en el siglo XVII, en este título en una de sus páginas contiene una serie de representaciones que apuntan a señalar dos topónimos, el nombre del santo patrón cristiano y otro el del nombre en lengua náhuatl.

La imagen contiene en el centro al Arcángel Miguel, franqueado del lado derecho con una choza o casa que parece ser hecha de algún material hierba y arriba del mismo dibujo lleva la palabra *Xiucalco*, ante esta representación y el nombre anotado en la misma imagen, podemos ver que el término Xicalco está escrito de una forma distinta pues contiene una *u* después de la vocal *i*, esa *u* debe representar el sonido aspirado que en la escritura franciscana actualizada está acompañada de una *h* en su forma *uh*, pues indica la aspiración del sonido.

Figura 5. Título primordial de San Miguel Xicalco



Fuente: Ilustración de Enrique Palacios Álvarez.

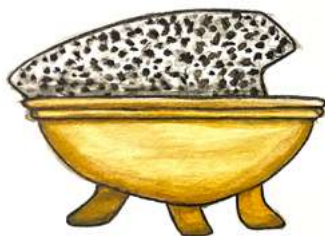
El término *xiuh* es en sí una apócope de la palabra *xihuitl* que en el caso de *Xiucalco*, está en su forma incorporada o aglutinada. Sobre la palabra *xihuitl* el *Gran diccionario náhuatl* dice “*Xihuitl*: año, hierba, turquesa, follaje, hoja” (GDN, 2024).

Lo que apuntaría por medio del dibujo que tenemos en el título primordial y que tomamos como verdadera representación, aunque tardía, representación real del topónimo del poblado, una casa que se ve está hecha de follaje, hierba, *xihuitl*, haciendo notar que dichas construcción de las viviendas o que las viviendas en este poblado se hacían de esos materiales perecederos. Cabe apuntar que este dato parece mantenerse a pesar del tiempo en la memoria colectiva pues en los propios habitantes dicen “los primeros que se plantaron allí su primera casita fue hecha de hierba” (Iturralde, s.f.: 14).

Sobre Xicalco, en el mapa de México-Tenochtitlan

En la sección de hidrónimos dentro del estudio hecho, por los autores del Mapa de México-Tenochtitlan, mencionan la existencia de un río que incluye la representación glífica de su nombre, un recipiente trípode llamada *tzicuintecómatl*, con una sustancia negra en puntos, similar a la representación de pulque en códices como el Mendoza; a este glifo Miguel León-Portilla y Carmen Aguilera lo identificaron como Xicalco (figura 6), los autores del estudio del mapa, nos indican que es nombre del río que representa y que traducen como “lugar de vasija como jícara” (León-Portilla y Aguilera, 2016: 94).

Figura 6. Xicalco 1550.



Fuente: ilustración de Enrique Palacios Álvarez

Si atendemos a la posición geográfica del glifo Xicalco, el río mencionado en el mapa, parece que está reflejando la ubicación exacta del pueblo de San Miguel Xicalco, además en sus cercanías está el glifo de

Ajusco y Tlalpan, según lo notificado por los autores del estudio. sin embargo, hay ausencia de otros topónimos cercanos a Xicalco como son Petlalcaco y Totoltepec que podrían brindar más claridad en el asunto, como bien apuntan León-Portilla y Aguilera (2016) varios glifos toponímicos no están representados en las inmediaciones geográficas que deberían estar, incluso algunos alejados del lugar que identifican, ese podría ser el caso del glifo que representa a Totoltepec y que no se encuentra a un lado de los mencionados, como bien apuntan en su texto de estudio los autores.

Ahora bien, si el registro de Xicalco aparece aquí no como el nombre del pueblo de San Miguel Xicalco, sino como el de un río, habría que preguntarnos de qué cuerpo de agua estamos hablando, si existe o existió, si fue río o riachuelo o si está entubado; el único cuerpo de agua plausible para poder ser éste es el río San Buenaventura que corría desde las faldas del Ajusco y atravesaba los pueblos de Santo Tomas Ajusco, Magdalena Petlalcaco y San Andres Totoltepec todas demarcaciones vecinas de San Miguel Xicalco, sin embargo, esto no aclara en ningún momento si el pueblo recibió tal nombre por causa del río o si bien el río es llamado así por el asentamiento.

El mapa que atendemos aquí, aunque probablemente elaborado por manos indígenas, posibles nahuas convertidos al cristianismo y educados en centros de estudio católicos, trazaron y que pintaron con cierta influencia europea el mapa, fechado como de 1550, veintinueve años posteriores a la caída de Tenochtitlan, lo cual a pesar de su cercanía en fechas a esos años, notamos la influencia de la pluma de los pintores europeos.

Regresando a la representación del glifo toponímico de Xicalco en el mapa, que aquí da nombre a un río que propiamente debió correr desde el Ajusco y como comentamos anteriormente las representaciones toponímicas aledañas no dejan duda de que río y pueblo están bautizados por el mismo nombre, sin embargo, tenemos una discrepancia, hemos visto tres posibles postulaciones sobre el significado del topónimo de Xicalco, la primera la que gobierno y pueblo han tomado como una realidad del significado del nombre de lugar; la segunda dada por uno de sus documentos históricos más importantes, el título primordial del siglo XVII donde se ve la fundación de San Miguel Xicalco sus nombres tanto

indígenas y cristianos representados, y por último el nombre dado a un río que paradójicamente está ubicado en las inmediaciones del pueblo de San Miguel Xicalco y rodeado como hasta la fecha lo está el pueblo por otros poblados vecinos con los mismos nombres y que también se ven representados en dicho mapa de 1550.

Ahora bien, aunque los autores del estudio del mapa nos hablan de una datación del mismo dada en 1550, y aunque la representación de Xicalco ahí es literal enmarcada por una jicara *xicalli* con una sustancia líquida en su interior, dando a entender un lugar de jícaras, aun así no se puede tomar ésta como exacta pues puede que el glifo sea una representación más de sentido fonético o figurado que exacto, esto podemos verlo incluso en otros mapas como el *Códice Xolotl* o *Códice Aubin*, donde a manera de ejemplo Mexicaltzingo es representado con el dios *Mexitl*, pero con el apoyo fonético-pictograma de un maguey, *metl*, pictograma que representa el fonema, el sonido *me*, que contiene el dios *Mexitl*, éste podría ser el caso de Xicalco, pues la geografía del lugar, así como sus recursos o materiales no muestran que éste tenga forma de una jicara o que ahí se produzcan las mismas y que por esto tal demarcación territorial recibió este nombre.

Pongamos en debate las tres posibles interpretaciones que se han manifestado sobre Xicalco.

Tres interpretaciones del vocablo Xicalco

Hemos hecho notar que a partir del estudio hecho encontramos tres posibles interpretaciones plausibles del significado del nombre de Xicalco, la primera la que se sostiene como oficial, es la que aparece en páginas del gobierno de la alcaldía de Tlalpan, a su vez es la que el mismo gobierno ha colocado en la entrada al pueblo y difundido entre sus vecinos, por otro lado tenemos la brindada por otros lexicógrafos que estudiaron la toponimia de la Ciudad de México y que dieron como posible la de “lugar de jícaras”, continuando con esta tendencia tenemos lo aportado por León-Portilla y Aguilera (2016) en su estudio introductorio al mapa de 1550, entonces, ¿cuál podemos tomar como verdadera o exacta? Ésta es una pregunta difícil de responder pues todas las opciones que se han brindado en este estudio han parecido plausibles,

sin embargo, creo que debemos descartar en primera opción la otorgada por gobierno, no porque no pueda ser, sino por la evidencia que han brindado ha sido débil o poco sostenible, pues ponen palabras que no encontramos en fuentes lexicográficas donde dichos términos, vocablos debieran aparecer y no están dando a simular que son constructos artificiales que se crearon simplemente como para dar una interpretación del topónimo, además que no parece haber alguna investigación que profundizará en por qué *xixia* o *chichia* son los términos que dan origen al término xicalco, además que ya incorporado, aglutinado el nombre parece como si esos términos hubieran sido calzados a fuerza, pues no siguen las reglas básicas de incorporación y aglutinación de la lengua náhuatl en sustantivos, algo básico que se usa dentro de las reglas topónimicas de la lengua náhuatl.

Tampoco mostraron tener evidencias en fuentes históricas que afirmen el uso de esa supuesta hierba llamada *chichia* o *xixia* y que fuese este material de construcción de los pueblos nahuas del Ajusco.

Nuestra segunda interpretación la de “lugar de jícaras”, parece más plausible pues la evidencia léxica tanto en cuanto a reglas como elementos que conforman el nombre nos muestran la clara presencia de los vocablos *xicalli* y *co*, dando como resultado *Xicalco*.

Además ésta fue la opción para los lexicógrafos que registraron el topónimo en sus trabajos de estudio sobre los nombres de lugar en náhuatl de tradición azteca dentro de la Ciudad de México, siguiendo esta línea los trabajos de León-Portilla y Aguilera (2016) vendrían a reforzar esta hipótesis pues nos presentan un mapa fechado en 1550 y que incluye un hidrónimo que se llama igual que el pueblo de San Miguel Xicalco, representado pictográficamente por la jícara con líquido y que está ubicado en las inmediaciones del mismo pueblo, no hay que olvidar que, en el mapa no da nombre al pueblo, sino al río y que dicho poblado no parece existir en este momento o en este mapa, mientras que algunos otros poblados vecinos sí son localizados como asentamientos, como es el caso de Tlalpan, la pregunta es si este nombre es dado porque dicho cuerpo de agua era llamado así o por asociación con el poblado que parece inexistente en el documento, como no podemos resolver esta problemática tendremos que al menos para este ensayo conformarnos con esta interpretación, aunque se sostiene, es poco verificable, pues

tal río no aparece ya en las inmediaciones del poblado y tampoco el territorio de Xicalco tiene forma de jícara ni se dan los materiales para la elaboración de éstas lo que debilita también la posible hipótesis.

Nuestra tercera y última es la brindada por el título primordial, que parece nos incluye la refundación del pueblo junto con los dos topónimos, católico e indígena, en ella vemos cómo es representado el pueblo de Xicalco con la elaboración de un jacal o casa hecho de hierbas, materiales sencillos y perecederos, también vemos la inscripción alfabética de Xiucalco marcando la aspiración para no dejar duda de que se trata del lugar de las casas de hierba, es decir, hechas con hierba y no dé lugar de jicaras, paradójicamente a esto debemos comentar que los topónimos están representados en la alcaldía de Tlalpan, curiosamente Xicalco es representado como una casa a la manera prehispánica y de color azul-turquesa, color que se expresaba con la misma palabra que *xihuitl*, ya que ésta tiene en sus significados el de hierba, año y turquesa, este color azul turquesa sería un elemento de apoyo fonético para indicar que es *xihuitl*, hierba con lo que se hacían estas casas, sin olvidar que el color azul y verde se mimetizan en el pensamiento nahua prehispánico muchas veces usando el mismo término para ambas cosas.

Considero que el topónimo plausible es éste, pues tenemos un documento colonial que testifica el nombre tanto a nivel escritura alfabética como pictográfica, por otro lado concuerda con el ecosistema del lugar pues la hierba es abundante y es probable que de ésta surgiera una historia manipulada que fue la que ha dado como lugar de casas de *xixia*, que según la alcaldía es al fin y al cabo una hierba, pero más que ser una hierba en específico, es en general, *xihuitl* que es útil para construcción de jacales, sin embargo, falta aún más evidencias, testimonios que refuercen más esta hipótesis, y al no contar con ellas nos hemos quedado en el ámbito de la especulación.

Conclusión

Hemos notado a partir de este texto, cómo el estudio toponímico merece mayor atención de especialistas, pues si bien durante parte del siglo XIX y XX se hicieron numerosos estudios, obras lexicográficas que incluían el

estudio de los nombres de lugares en lengua náhuatl, notamos cómo éstas por diferentes circunstancias no agotan el tema. Varios topónimos que han consolidado su interpretación como una verdad absoluta, carecen de sentido y las interpretaciones son poco plausibles. Hemos podido ver que esa veracidad es endeble y que ha faltado el estudio de los nombres en lenguas indígenas desde múltiples campos del conocimiento.

En estas páginas he atendido a dos topónimos poco debatidos y tomada la interpretación de éstos como veracidad absoluta, la significación que se les ha dado y que ha quedado oficializada por el gobierno y ante la comunidad, incluso para los habitantes de los mismos territorios, pues no reconocen otra traducción de su nombre de lugar de origen más allá de la que se les dio, ha sido deficiente, a veces carente de sentido y sin un respaldo de interpretación y traducción a partir de las mismas normas de la lengua en que fueron forjados los nombres de lugar.

Nuestros topónimos de estudio, no son los nombres de grandes ciudades y por lo tanto la bibliografía, la documentación y la atención prestada a los mismos por otros se ha visto limitada, si no es que nula, lo presentado aquí es el estudio de fuentes y de la lengua náhuatl puesto al servicio de la interpretación de estos dos nombres, creo que en el primer caso, Amozoc, hemos tenido más fuentes que nos han permitido dilucidar mayormente su posible interpretación, mucho más plausible y real al menos en evidencia de lengua y de fuentes que le han dado más certeza que la propuesta por otros estudiosos y tomada como fidedigna por el gobierno de Puebla.

En el segundo caso a pesar de ser un territorio que está dentro de la capital de México, ha sido un topónimo olvidado, poco o casi nunca estudiado, por tal motivo y con base en la evidencia de fuentes, no logramos establecer como sólo una interpretación exacta, tenemos tres plausibles, sin embargo, por la evidencia podemos decir que la menos probable es la que se tiene como oficial, las restantes, ambas, podrían serlo y en ciertos puntos se complementan pues la de traducción como lugar de jícaras podría ser sólo un apoyo fonético más que pictórico real del topónimo, en lo personal nos inclinamos por la de “casa de hierbas” pues coincide con los materiales de la región si tomamos en cuenta que en el Ajusco no se produce jícaras ni el pueblo tiene forma de una. Sin embargo, creemos que falta mayor peso en investigación para poder afirmar cómo esta interpretación es la única posible de tal topónimo.

Con esto podemos notar que la revisión toponímica debe de hacerse con conocimiento profundo de la lengua indígena y con el agotamiento de las fuentes bibliográficas, etnológicas y con estudios geográficos, de otra manera el trabajo quedaría en el terreno de la especulación, en donde posibles verdades se oficializan y se vuelven la traducción real del poblado algo que se debe atender a revisar y poner a crítica para poder dar con ello un mejor estudio de la toponimia náhuatl.

Bibliografía

- ÁLVAREZ, Claudia (2010). “Nativos y avecindados ¿ciudadanos distintos?”, en *La construcción de la memoria colectiva*. México, ENAH, pp. 13-26.
- ESACADEMIC (2011). Zoquitlán. Municipio de Puebla. Recuperado en junio de 2020 de: <https://esacademic.com/dic.nsf/eswiki/1243245#cite_note-2>.
- FRANCO, Felipe. (1976). *Índonimia geográfica del estado de Puebla*. México, Gobierno de Puebla.
- GRAN DICCIONARIO NÁHUATL [en línea]. (2012). UNAM. Recuperado el 13 de abril de 2024 de: <<http://www.gdn.unam.mx>>.
- GOBIERNO DE PUEBLA (2010). Amozoc: *Enciclopedia de los Municipios y Delegaciones de México*. Recuperado en junio de 2020 de: <<http://www.inafed.gob.mx/work/enciclopedia/EMM21puebla/municipios/21015a.html>>.
- GONZÁLEZ, Gerardo y Maricela Dorantes Soria (2022). “El título primordial de San Miguel Xicalco, siglo XVII. Memoria, historia y reproducción cultural”, en *Revista de Historia de América*, núm. 162. Comisión de Historia del Instituto Panamericano de Geografía e Historia/ Organización de Estados Americanos (oea), enero-junio, pp. 57-95.
- HERNÁNDEZ, Francisco (1942). *Historia de las plantas de Nueva España*. México, UNAM.
- HORCASITAS, Fernando (1992). *Náhuatl práctico, lecciones y ejercicios para el principiante*. México, UNAM.
- HUMBOLDT, Alexander (2002). *Ensayo político sobre el reino de la Nueva España*. México, Porrúa.

- ITURRALDE, Gabriela (s.f.). *San Miguel Xicalco, historias, tradiciones y costumbres*. México, Delegación Tlalpan.
- KIRCHHOFF, Paul, Lina Güemes y Luis Reyes, eds. (1989). *Historia tolteca-chichimeca*. 2ª ed. Ed. facsímil. México, FCE.
- LEÓN-PORTILLA y Carmen Aguilera (2016). *Mapa de México Tenochtitlan y sus contornos hacia 1550*. México, UNAM.
- MOLINA, Alonso (2013). *Vocabulario en lengua castellana y mexicana*. México, Porrúa.
- MONTEMAYOR, Carlos (2007). *Diccionario del náhuatl en el español de México*. México, UNAM.
- NUTINI, Hugo (1989). *Los pueblos de habla náhuatl de la región de Tlaxcala y Puebla*. México, INI.
- PEÑAFIEL, Antonio (2013). *Nomenclatura geográfica de México*. México, Miguel Ángel Porrúa.
- ROBELO, Cecilio (1904). *Diccionario de aztequismos*. México, Fuente Cultural.
- RODRÍGUEZ, Merced (2017). *De los valores simbólicos y económicos de la herrería artesanal para cabalgadura en Amozoc*. México, Tesis, El Colegio de Michoacán.
- SANTAMARÍA, Francisco J. (1959). *Diccionario de mejicanismos*. México, Porrúa.
- SANTOS, Edwin G. (2021). *Normalización, análisis y utilidad de toponimias como respaldo a problemas socio-ambientales a través de web-map en un sistema de información geográfica en Sacatepéquez, Guatemala*. C.A. Guatemala, USAC.
- SIMEÓN, Remi (2004). *Diccionario de la lengua náhuatl o mexicana*. México, Siglo XXI.
- URBINA, Manuel (1904). *Plantas comestibles de los antiguos mexicanos*. México, Museo Nacional.

Epílogo

Toda indagación, aunque culminada, deja incógnitas por resolver. Ésta no es la excepción: los pasos avanzados permitieron ver con más claridad lo que se tenía por delante, pero a la vez, la mirada adquirida ahora divisa a lo lejos nuevos planteamientos que no se tuvieron presentes al inicio y que, posiblemente, puedan resolverse en un próximo trayecto.

Este conjunto de estudios sobre los topónimos como objeto primordial de análisis deja clara la necesidad de continuar o innovar en nuevos enfoques interdisciplinarios que han de abreviar de las experiencias y virtudes de cada área de conocimiento. La historia puede aportar la meticulosidad de revisar y releer las fuentes para rescatar viejos cuestionamientos y adaptarlos a los problemas actuales, o aplicar nuevos cuestionamientos a las circunstancias del pasado. La geografía con su abordaje espacial de los hechos y fenómenos, apoyada con trabajo de campo, da una orientación para plasmar la realidad tangible en descripciones y sintetizarla en mapas.

En complemento, la lingüística arroja luz sobre el origen, uso y valor de las palabras con el matiz de cada cultura y considera sus arcaísmos, novedades y dinamismos, que hay que tener en cuenta al momento de desmenuzar los rastros escritos y la intangibilidad del lenguaje oral. Mientras que, la antropología y la arqueología, al poner en valor la presencia humana en el espacio y el tiempo, incorporan a los estudios sistemáticos las distintas formas de pensamiento, imaginación y sensibilidad que trascienden a los pobladores de cada época.

Es en este contexto multidisciplinario que, desde su respectiva escala, cada uno de los capítulos aporta nuevas lecturas analíticas sobre los topónimos, e igualmente plantea un cúmulo de incógnitas (a veces parcialmente resueltas, pero también pendientes), de las cuales se rescatan, sin exhaustividad, algunas ideas, para que el lector por su cuenta valore las contribuciones que considere más allá de lo aquí enumerado.

Guillermo Tovar brindó nociones acerca de los astrotopónimos, aquellas denominaciones para planetas, satélites o asteroides, los

cuales tienen sus propias reglas de nomenclatura a partir de la Unión Astronómica Internacional. La homologación de los topónimos del espacio exterior deja incógnitas abiertas como aquella que señala el autor: ¿Es necesaria una categoría nueva para definir los lugares en otros cuerpos planetarios? Este cuestionamiento surge como reflexión al hecho de que en el planeta Tierra se ha nombrado aquello de lo que el humano se apropia en el sentido estricto de la producción del espacio, pero lo que está más allá de nuestra atmósfera y que ni siquiera ha sido pisado o recorrido requiere de otros procesos para su denominación.

Sebastián Estremo, al defender su tesis sobre la toponimia como un indicativo de procesos históricos, políticos y sociales para nombrar el territorio, se cuestiona la presencia de las lenguas originarias de México en los nombres geográficos ya sea en sufijos o palabras concretas, señalando que algunas predominan claramente sobre otras. También deja abierta la pregunta ¿cómo se ha manifestado la toponimia en México con relación a otros países o regiones? Proyecta la pregunta al caso de Turquía o al Kurdistán a partir de los procesos históricos que en el caso mexicano han contribuido a la consolidación de los estratos toponímicos y sus graduales modificaciones.

Israel Baxin expone la dimensión toponímica en la geografía mexicana (tanto numérica, como en sus orígenes históricos y lingüísticos), los casos de homonimias y la presencia de los nombres en distintas representaciones y enunciaciones, incluyendo la oralidad cotidiana y los letreros turísticos contemporáneos. Señala algunas diferencias entre la toponimia de las zonas continentales de aquella que conforma las islas de México, ejemplificando procesos de modificación o de desaparición. Deja abierto el cuestionamiento ¿Es posible reivindicar a los topónimos en lenguas originarias como patrimonio intangible con un reconocimiento institucional para el caso de México? Esa posibilidad dependerá de la valoración que los pobladores, el Estado y las instancias internacionales brinden a los nombres de lugares, tal como ha sucedido en países como España.

Marcelo Ramírez, en su estudio sobre la toponimia de la Mixteca Alta planteó una pregunta como punto de partida: ¿pudieron haberse organizado las poblaciones mixtecas prehispánicas y novohispanas de acuerdo con la distribución a los cuatro rumbos? Esa búsqueda la

trasladó al presente para identificar dicha disposición espacial en los pueblos de la Mixteca incluyendo al centro como una quinta coordenada fundamental. El aporte del estudio incluye la cosmovisión ancestral implícita en el espacio, así como la diversificación de fuentes y metodologías (incluyendo recorridos contemporáneos) que puede servir como un modelo para adaptar a otras localidades y regiones mesoamericanas, con sus respectivas particularidades.

Rodolfo Rosas y Laura Rodríguez en su capítulo tomaron como fuente primordial una pintura virreinal (referida a la región de Chiautla de la Sal, Puebla), y establecieron su metodología de estudio a partir de una ruta de búsqueda que incluyó preguntas sobre las posesiones territoriales de los pueblos de indios y la legalización de su otorgamiento. Basta revisar el ordenamiento de su método de identificación de los topónimos, para entender que el proceso del análisis de cualquier documento histórico no es sencillo y debe llevar pautas comparativas para la comprensión de ubicaciones, jerarquías y permanencias en el espacio. Nuevamente nos encontramos ante un caso metodológico que puede ser aplicado a los documentos gráficos virreinales que se equiparan a los mapas de época.

Mariana Alzaga para la amplitud de la región purépecha y un muestreo de 40 nombres geográficos se cuestionó ¿Cuál de las diferentes interpretaciones de cada topónimo es la adecuada? Acudió a algunas *Relaciones geográficas* del siglo XVI, a un historiador, un filólogo y un antropólogo viajero que legaron testimonios de los nombres de lugar y en su interpretación concluye que resulta fundamental la mirada de un especialista en la lengua que dé pautas claras sobre los cambios fonéticos y morfológicos, a pesar de que sea relevante el contexto histórico en el que se produjo cada fuente, de modo que para emplear la toponimia como fuente para la historia se precisará siempre de la lingüística.

Ulises Gómez deshilvanó un texto descriptivo amplio que señala el pasado y el presente de su localidad de estudio a partir de dos preguntas ¿por qué existen dos significados para el topónimo de Pujiltic? y ¿cómo pasó de significar “lugar de juncos” a “valle de vientos”? Para responderlo acudió tanto a la memoria escrita y a la memoria oral de los habitantes del siglo XX, pero también evocó las modificaciones de paisaje y los imaginarios que se encuentran por debajo del presente cañero, es así que esa localidad y sus habitantes adquieren una nueva identidad de la

mano de la reinterpretación toponímica, los cambios socioeconómicos y la diferenciación de su territorio respecto a la región tseltal.

Leonardo Varela releó las fuentes aceptadas detrás del topónimo de California, el cual aparentemente proviene del mito y la literatura de caballerías. Al escarbar en otras posibles reinterpretaciones sobre el nombre que es objeto de su estudio se cuestionó ¿por qué quedan en la sombra el origen y significado de muchos topónimos que han sobrevivido hasta nuestros días? Es posible que, de lenguas como el vasco, surja otra versión con su propia lógica, y que, como toda hipótesis quede abierta a la crítica, pero también a la verificación como nueva vertiente no considerada con anterioridad, a pesar de los siglos que lleva pronunciándose dicho topónimo para aquella isla imaginaria y península que tanto se evoca.

Angela Miren Valero, desde el análisis etnohistórico y lingüístico planteó ¿por qué, de entre todos los elementos que hay en el entorno geográfico, deciden elegir uno específico para formar al topónimo? Si bien en cada caso tal determinación obedece a diferentes factores, es una pregunta que se puede aplicar a distintas regiones y lenguas, y puede convertirse en un punto de partida para los análisis desde diferentes disciplinas. En particular para el náhuatl, la autora acudió a los distintos estadios históricos para analizar ejemplos toponímicos desde las etimologías, pero también incorporó como variable los procesos donde la castellanización influyó a esta lengua dominante en el momento de los primeros contactos del siglo XVI.

José Abraham Méndez, aunque de manera literal no se cuestionó si ¿es posible desentrañar nuevas interpretaciones a las oficialmente reconocidas de algunos topónimos? (como alguno de los otros autores ya lo había planteado) coincidió en tal búsqueda al exponer el caso de los nombres de dos localidades originarias, que existen desde hace siglos, como lo constatan documentos antiguos. Los diferentes registros indican interpretaciones variopintas y el autor se posicionó en señalar los errores que se han oficializado, con base en su conocimiento del náhuatl. Así, un cuestionamiento inicial basado en la duda puede llevar a una ruta de búsqueda para el rescate de significados más congruentes.

En los estudios recopilados, y de varias formas vinculados, se demuestra que es posible analizar los topónimos como palabras con pasado

y presente, resultado cultural de asentamientos históricos, pero también como un instrumento de apropiación, a partir de la necesidad de una denominación basada en el paisaje o en la historia de sus habitantes: siempre como una huella humana que se pronuncia y que al escribirse y mapearse confirma una “alfombra de nombres” metafórica en el espacio.

La obra en su conjunto pone al topónimo en el centro, como objeto de estudio dinámico con múltiples posibilidades teóricas, metodológicas y de reflexión, también indica posibles caminos para futuros análisis. Si se logra en el lector un cambio en la manera de observar, escuchar o analizar las palabras que nombran espacios y que evocan lugares se habrá cumplido el cometido perseguido en las indagaciones aquí plasmadas.

JESÚS ISRAEL BAXIN MARTÍNEZ

Semblanzas autorales

Guillermo Tovar Márquez

<guillermotovar@filos.unam.mx>

Licenciado en Geografía por la Facultad de Filosofía y Letras de la UNAM y Divulgador de la Ciencia por la Dirección General de Divulgación de la Ciencia de la misma institución. Académico de la Facultad de Filosofía y Letras, y docente desde el nivel básico al medio superior. Imparte la asignatura de Cosmografía y Topografía en la licenciatura en Geografía, y las asignaturas de Taller de Ciencias, Geografía, Historia, Laboratorio de investigación y Ecología en instituciones de educación con enfoque en la diversidad en la Ciudad de México.

Especialista en la comunicación de la Ciencia en temas de Geografía, Física, Matemáticas y Astronomía. Ha impartido más de medio centenar de temas en conferencias a nivel nacional e internacional en congresos y eventos especializados. Ha escrito diversos artículos de divulgación en revistas indexadas en el Índice Mexicano de revistas de Divulgación de la Ciencia de Conacyt.

Sebastián Estremo Paredes

<sestremo@colmex.mx>

Licenciado en Geografía por la Facultad de Filosofía y Letras de la UNAM y maestro en Estudios de Asia y África con especialidad en Medio Oriente en el Centro de Estudios de Asia y África de El Colegio de México. Cartógrafo de profesión y escritor en su tiempo libre. Habla español, francés e inglés con fluidez, maneja un nivel intermedio de turco e italiano y ha estudiado árabe, serbio y ruso. Es autor del atlas *Topónimos: memoria de los pueblos en el territorio* y del libro de

crónicas *En estado de viaje: crónicas al Estremo*. Su vida académica la ha dedicado prácticamente en su totalidad al estudio del Kurdistan y el Medio Oriente.

Jesús Israel Baxin Martínez

<jesusbaxin@filos.unam.mx>

Geógrafo y doctor en Estudios Mesoamericanos por la UNAM. Sus tesis de licenciatura y maestría fueron condecoradas por la Sociedad Mexicana de Geografía y Estadística en el área de geografía social por sus aportes originales. Desarrolla las líneas de investigación: a) islas habitadas de México; b) geografía histórica y cultural; c) nombres geográficos o topónimos. Autor de una decena de capítulos de libro y artículos académicos publicados en México, Canadá, Colombia, Chile y España.

Como parte de su ejercicio profesional ha laborado en proyectos para instituciones como INEGI, Mapdata-Gobtec, Ceneval, la Subdirección de materiales educativos de la SEP y Montenegro editores. Cuenta con una experiencia docente de 10 años, ejerciendo actualmente como profesor de asignatura en la licenciatura en Geografía (modalidad SUAYED) y en el Programa de Maestría y Doctorado en Estudios Mesoamericanos en la Facultad de Filosofía y Letras de la UNAM.

Marcelo Ramírez Ruiz

<tomasramirez@filos.unam.mx>

Licenciado en Geografía, maestro en Estudios Regionales y doctor en Historia. Se desempeña como Profesor Titular “B” Tiempo Completo Definitivo en el Colegio de Historia de la Facultad de Filosofía y Letras de la UNAM, es “Miembro Asociado” del Seminario de Cultura Mexicana, SNI II y responsable del proyecto PAPIIT IN401325: “Los paisajes de la guerra. Un análisis histórico y contemporáneo de las representaciones cartográficas de la alcaldía de San Miguel y San Felipe de los Chichi-

mecas”. Las líneas de investigación que desarrolla son las siguientes: a) Cartografía histórica de México y el Nuevo Mundo; b) Geografía histórica de Nueva España; c) Los “pueblos de indios” novohispanos; y d) Paisaje y sociedad en la Mixteca. Tiene varias publicaciones y fue coordinador del libro *Paisajes y representación del “pueblo de indios”* (UNAM: Instituto de Geografía, 2020).

Rodolfo Rosas Salinas

<rodolfo_rosas@inah.gob.mx>

Investigador de la Dirección de Etnohistoria del INAH. Etnohistoriador por la ENAH, Maestro en Estudios Mesoamericanos por la UNAM. Ha realizado investigaciones en la Sierra Sur de Oaxaca sobre la relación entre zapotecos y mixtecos durante la época colonial. Su tesis de licenciatura ameritó el premio nacional “Francisco Javier Clavijero” que otorga el INAH en el campo de la Historia y Etnohistoria. Actualmente desarrolla un estudio sobre la interacción política y social de los diversos grupos en la región del Suroeste Poblano entre los siglos XVI y XVIII. Es coautor del libro *La vivienda tradicional de la Mixteca Poblana. Las últimas casas de techo de oreja de San Jerónimo Xayacatlán* (ENAH-INAH, 2021), del artículo “Una nueva narrativa del contacto de nahuas y castellanos en el suroeste de Puebla, México” (*Estudios de Cultura Náhuatl*, núm. 64, 2022) y autor de “Un aro de juego de pelota en el suroeste poblano” (*Anales de Antropología*, vol. 54, no. 2, 2020).

Laura Rodríguez Cano

<laura_rodriguez@inah.gob.mx>

Profesora investigadora de la Licenciatura de Etnohistoria en la Escuela Nacional de Antropología e Historia, miembro del SNI y responsable del proyecto de investigación: “Geografía Histórica de la Mixteca Baja. Toponimia y espacio político del siglo VIII al XVI”. Es arqueóloga por

la ENAH, galardonada con el premio Alfonso Caso del INAH. Maestra en Historia y Etnohistoria por la ENAH y doctora en Estudios Mesoamericanos por la UNAM.

Ha impartido cursos a nivel licenciatura y posgrado relativos a la arqueología y etnohistoria de Oaxaca y del Centro de México. Ha coordinado diversas temporadas de campo en la Mixteca Baja para el registro de inscripciones, rescate de archivos locales y documentación de saberes tradicionales. Su producción académica se puede ver en diversos artículos y libros dedicados a la escritura y geografía histórica de la Mixteca Baja, entre los más recientes se encuentra el libro *Entre glifos y glosas mixtecas. Análisis de los logogramas en el Códice Egerton* (2019).

Mariana Alzaga Fernández

<m.alzaga@comunidad.unam.mx>

Licenciada en Historia por la Facultad de Filosofía y Letras de la UNAM. Especialista en Historia Económica por el Posgrado de Economía de la misma universidad. Sus líneas de investigación son la historia económica novohispana, particularmente la política económica de la Corona española hacia la producción de azúcar y hacia la distribución de azogue para la minería. Actualmente colabora en el proyecto “Gestión política de la moneda: procesos locales y transiciones globales, siglos XVIII-XX”, en las labores de descripción del fondo documental Casa de Moneda del Archivo General de la Nación.

Ulises A. Gómez Vázquez

<ulises.gvazquez@colmich.edu.mx>

Historiador y maestro en Ciencias Sociales y Humanísticas con especialidad en Estudios Históricos por el Centro de Investigaciones Superiores de México y Centroamérica (Cesmecha) de la Universidad de Ciencias y Artes de Chiapas.

Fue director regional de la Red Mexicana de Jóvenes por la Investigación (REMJI-Chiapas), es coordinador académico del Colectivo de Estudios Históricos de Chiapas y miembro fundador del Colectivo Pujiltic. Hablemos de Nuestra Historia.

Ha participado en diferentes coloquios y congresos nacionales e internacionales, asimismo ha publicado algunos capítulos de libros y artículos en revistas digitales. Entre sus intereses académicos se encuentran la historia regional, la historia de la sexualidad, la historia de los dominicos y la historia de la caña de azúcar. Actualmente es doctorante en El Colegio de Michoacán, A.C.

Leonardo B. Varela Cabral

<varelacableo@gmail.com>

Maestro y doctor en Historia del Arte por la UNAM. Recibió la medalla Alfonso Caso de dicha universidad por su ensayo de titulación de maestría: “La experiencia del espacio en San Francisco Xavier Viggé-Biaundó”. Su tesis de doctorado se titula “Arquitectura en el núcleo misional de la Antigua California jesuita (1697-1768)”. Ha participado en diversos eventos nacionales e internacionales y ha publicado artículos en revistas especializadas acerca del arte virreinal y su circulación. Fue investigador invitado del Archivo Pablo L. Martínez de Baja California Sur.

Actualmente realiza una estancia posdoctoral en la Facultad de Estudios Superiores Acatlán de la UNAM, bajo la asesoría de la doctora en Historia Elena Díaz Miranda, donde desarrolla el proyecto “Devoción y fiesta barroca en las misiones jesuitas de la Antigua California”.

Angela Miren Valero Rosales

<a224130019@unison.mx>

Licenciada en Etnohistoria por la ENAH con mención honorífica (2023). Cuenta con experiencia docente en la licenciatura de Etnohistoria en la Escuela Nacional de Antropología e Historia (ENAH) como profesora

de asignatura en los cursos de lengua indígena (náhuatl clásico) de 2019 a 2023.

Actualmente continúa su formación en el programa de Maestría en Lingüística en el Departamento de Letras y Lingüística de la Universidad de Sonora como becaria SECIHTI. La línea de investigación que sigue desde su trabajo de tesis de licenciatura se centra en el sistema adposicional del náhuatl clásico, para el cual realiza la traducción de documentos coloniales escritos en náhuatl clásico para posteriormente desarrollar el análisis lingüístico. También, participa activamente en la creación de museos comunitarios y en la facilitación de talleres sobre cultura y lengua náhuatl dirigidos al público general y especialmente infantil.

José Abraham Méndez Hernández

<jose.mendezhdz@correo.buap.mx>

Historiador por la Benemérita Universidad Autónoma de Puebla (BUAP) y maestro en Estudios Mesoamericanos por la UNAM. Ha sido profesor de lengua y cultura náhuatl por la Escuela Nacional de Lingüística, Lengua y Traducción (ENALLT, UNAM), de la Licenciatura en Antropología de la Facultad de Ciencias Políticas y Sociales (UNAM) y de la Facultad de Filosofía y Letras BUAP.

Sus líneas de investigación son historia de los pueblos nahuas, Mesoamérica, historia prehispánica, literatura y lingüística náhuatl. Entre sus publicaciones se encuentran: *El carnaval en el Barrio del Alto* (Conaculta-Puebla, 2011), *Mohuentizque Campa Tlanesi-Los Peregrinos del Campa Tlanesi* (Estudios de Cultura Náhuatl, 2010), *Matizcalocan náhuatl* (Gobierno de Puebla, 2018), *Historia de México* (Santillana, 2019), *Nonemiliz, en Tlahuilli* (Atolecatoytl ediciones, 2019).

Índice

Introducción	7
--------------------	---

Sección i. Análisis geográficos desde escalas amplias

Astrotopónimos: Conexiones entre el espacio terrestre y el estudio del cosmos <i>Guillermo Tovar Márquez</i>	19
Toponimia, geo-cuerpo y Estado-nación <i>Sebastián Estremo Paredes</i>	37
Nombres geográficos: patrimonio inmaterial en la palabra escrita, la oralidad y los imaginarios en México <i>Jesús Israel Baxin Martínez</i>	65

Sección ii. Análisis históricos desde escalas locales

La toponimia mixteca de los cuatro rumbos <i>Marcelo Ramírez Ruiz</i>	97
Pintando espacios: recursos gráficos en una pintura del suroeste poblano del siglo XVII <i>Rodolfo Rosas Salinas y Laura Rodríguez Cano</i>	121
La toponimia como fuente para la historia: el caso purépecha <i>Mariana Alzaga Fernández</i>	155
Habitando un paisaje cañero. Pujiltilic: el topónimo de un pueblo en Chiapas desde su historia, geografía e imaginario <i>Ulises A. Gómez Vázquez</i>	185

Sección iii.
Análisis históricos desde
los bordes literario y lingüístico

El nombre vasco-franco de California: una propuesta alternativa <i>Leonardo B. Varela Cabral</i>	217
<i>Axcan motocayotia</i> ‘ahora se nombra’. Análisis de la toponimia nahua como fuente para la reconstrucción etnohistórica <i>Angela Miren Valero Rosales</i>	239
Traducciones e interpretaciones incorrectas en los topónimos en náhuatl del centro de México: Amozoc y Xicalco, casos de estudio <i>José Abraham Méndez Hernández</i>	273
Epílogo <i>Jesús Israel Baxin Martínez</i>	297
Semblanzas autorales	303
Índice	309

Alfombra de nombres: análisis interdisciplinarios y diversas miradas sobre los topónimos, coordinado por Jesús Israel Baxin Martínez, editado por la Facultad de Filosofía y Letras de la UNAM, se terminó de producir el 29 de octubre del 2025. Se utilizó en la composición, realizada por Daniela Macías Galván, la familia tipográfica Times-Roman en diferentes puntajes y adaptaciones. La totalidad del contenido de la presente publicación es responsabilidad del autor, y en su caso, corresponsabilidad de los coautores y del coordinador o coordinadores de la misma. La corrección de estilo fue realizada por Anthony Maximiliano Nicolas Lozano. El cuidado de la edición por Juan Carlos H. Vera.

La finalidad de esta obra es brindar lecturas nuevas e interesantes planteamientos sobre los topónimos, esa “alfombra de nombres” que es parte de nuestra cotidianidad y que resulta relevante no solo para ubicarnos en los mapas, sino para poner en valor las denominaciones del espacio como parte de la identidad cultural y de la historia que nuestras sociedades han forjado a lo largo de distintas etapas hasta el presente.

Las escalas de estudio que se ofrecen en los diez capítulos que conforman la obra son amplias, pasando del espacio exterior a las regiones internacionales y locales. Específicamente, para los estudios centrados en México, el muestreo de casos aborda diferentes ubicaciones y lenguas originarias diversas como el mixteco, el purépecha, el tseltal y el náhuatl, demostrando que es posible reunir diversas miradas a partir del filtro interdisciplinario, donde los topónimos no dejan de ser el eje conductor, un objeto de estudio dinámico con múltiples posibilidades teóricas, metodológicas y de reflexión.

Los estudios aquí reunidos demuestran que es posible analizar los topónimos como palabras con pasado y presente, resultado cultural de asentamientos históricos, pero también como un instrumento de apropiación, a partir de la necesidad de una denominación basada en el paisaje o en la historia de sus habitantes: siempre como una huella humana que se pronuncia y que al escribirse y mapearse confirma una “alfombra de nombres” metafórica en el espacio.

